BOGOTÁ

Fabio Puyo

COLECCIONES
MAPFRE
1492

«Es una empresa realmente singular establecerse en la cima de una montaña de 1. 370 toesas de altitud, en una altura que sobrepasa las crestas de los Pirineos, en una región que aún lleva todas las huellas de su condición anterior», escribía en 1801 el geógrafo Von Humboldt a propósito de Bogotá. La historia de la ciudad, que acaba de cumplir 454 años desde su fundación sobre un poblamiento prehispánico, centenario a su vez, se ha confundido a menudo con la historia política colombiana, a causa de su capitalidad. Estos aconteceres se han visto superpuestos y, en muchos casos, la historia nacional ha ocultado la singularidad de la vida urbana. El registro de los cambios impresionantes en el trazado urbano de Bogotá, de sus costumbres y de su desarrollo, de lo cotidiano como elemento trascendente, del proceso de integración de la población, de cómo se suman las tradiciones y culturas y cómo se van reuniendo esfuerzos por delinear y definir una identidad constituye el objeto del estudio de Fabio Puyo en esta obra.

Fabio Puyo Vasco (Medellín - Colombia, 1945). Doctor en Historia Urbana e Historia Moderna y Contemporánea, Universidad de la Sorbona. Presidente de la Fundación de Estudios Históricos Misión Colombia. Obras: *Bolívar Día a Día* (1983), *Historia de Bogotá* (1988), *Muy Cerca de Bolívar* (1988).

Colección Ciudades de Iberoamérica

BOGOTÁ

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Manuel Lucena
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-510-7
Depósito legal: M. 26942-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n., km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

FABIO PUYO

BOGOTÁ



ÍNDICE

APÉNDICES

PRESENTACIÓN

La historia de Bogotá que se presenta a continuación es un esfuerzo de síntesis de una ciudad que ha cumplido cuatrocientos cincuenta y cuatro años de existencia y que se fundó sobre un centenario poblamiento prehispánico. En este período tan largo se ha procurado superar la tendencia selectiva de la memoria histórica, que consagra unas épocas, denigra a otras y busca destacar precisamente aquéllas que han dejado mejores recuerdos. A este mirar sesgado se le agrega el hecho de que la historia de Bogotá se confunde con la historia política colombiana, a causa de su capitalidad. Estos aconteceres han sido superpuestos y, en la mayoría de las veces, la historia nacional ha ocultado la singularidad de la vida urbana. Así, se encuentra que muchas efemérides bogotanas no son más que acontecimientos políticos de significado nacional, resaltadas en un esfuerzo por mitificar el pasado. Esta óptica se ha abandonado en esta ocasión.

Procuró este libro registrar los cambios impresionantes del trazo urbano de Bogotá, de sus costumbres y de su desarrollo, de lo cotidiano como de lo trascendente. De cómo se integra la población, de cómo se suman tradiciones y culturas, de cómo se van reuniendo esfuerzos por delinear y definir una identidad propia.

Se ha investigado una ciudad en permanente recomposición. A Bogotá han acudido hombres, mujeres y niños de un sinfín de lugares. Unos han venido de paso, otros, atraídos por distintas causas, así los barrios crecieron acumulando culturas y tradiciones de sus lugares de origen, que se han conjugado con las existencias, y dado carácter y personalidad a la Bogotá de hoy.

El autor reconoce la valiosa colaboración de los miembros de la Fundación de Estudios Históricos Misión Colombia, Eugenio Gutiérrez Cely, Patricia Vargas, Antonio Javier Jaramillo y Fabio Zambrano Pantoja, quienes contribuyeron con sus críticas, comentarios y aportes investigativos a la realización de este libro. Sin su participación hubiera sido imposible llevarlo a feliz termino de manera satisfactoria y a tiempo. Además, agradece a los urbanistas Antonio Alvarez Lleras, Alberto Saldarriaga, Jaime Rodríguez, Fernando Jiménez, Carlos José Salazar, Carlos Niño y Rodrigo Cortés, quienes colaboraron haciendo anotaciones sobre el futuro de Bogotá, recogidas en el capítulo VII. Asimismo, al escritor Flavio de Castro por su participación en la revisión formal de los textos.

Fabio Puyo Vasco
Bogotá, 1992

Capítulo I

EL CONTEXTO TERRITORIAL

Introducción

En 1801, el geógrafo alemán Alexander von Humboldt recorrió la Nueva Granada y, en ella, las montañas de la Cordillera de los Andes. Pudo así conocer las sociedades aisladas que allí existían, y observar con criterio de científico europeo deslumbrado, la naturaleza de esta nación hispanoamericana. Dentro de su periplo, Humboldt ascendió la Cordillera Oriental y se radicó en Santafé por varias semanas. Como resultado de esta experiencia realizó una descripción de la sabana de Bogotá, que definió el contexto territorial en el que se ubicaba la capital.

> La ciudad tiene a lo sumo 30.000 habitantes, queda en la falda de una cordillera, mientras que hubiera podido buscarse una mejor situación en toda la planicie. Pero los conquistadores se dejaron guiar por el azar, siguieron especialmente a los indios y solamente aumentaron las ciudades que ya encontraron. Es una empresa realmente singular, el establecerse en la cima de una montaña que sobrepasa las crestas de los Pirineos –1.370 toesas de altura– en una región que aún lleva todas las huellas de su condición anterior. El extenso suelo, los depósitos de sílice redondeado, las rocas que, como las de Facatativá y Suba, se elevan en la planicie en forma de islas, todo denuncia la existencia de un lago extinguido. Los pantanos de los alrededores de Bogotá y Fontibón son también restos de aquel antiguo depósito de agua, y en la época de lluvia las aguas inundan aún hoy en tal forma la planicie, que sin gran esfuerzo podría construirse alrededor de Santafé un lago mexicano. En un clima menos frío, la cercanía de estas

aguas estancadas –lagunetas de Bogotá– llenas de plantas palustres en descomposición, sería muy desventajosa. Pero el frío se opone mucho a todo desarrollo de gases por mucho que la reducida presión de la atmósfera lo promueva, y los habitantes de Santafé sufren menos de fiebres que de ataques reumáticos, hidropesía o tabardillo –fiebres inflamatorias– [1].

Bogotá en Colombia

Hablar sobre Colombia es encontrarse con un universo de formas que crean la sensación de que la diversidad es su común denominador, su razón de ser. Suelos, subsuelos, microclimas, llanuras y cordilleras, mares de todos los colores, en fin, el paisaje, se presentan ante los ojos del observador como comprobación plena de que la variedad hace posible el conjunto prodigioso. Hay, sin embargo, un elemento vinculado a esta múltiple realidad, el hombre, que ha querido acercarla a sus aspiraciones y necesidades. Observaba Braudel:

> Sin duda, el hombre ha sido el obrero, el responsable de esos jardines, de esos campos, de sus pueblos. No siempre los mismos. El hombre ha sido el actor, el que pone en escena, pero su juego ha sido también provocado, facilitado, o hasta en parte impuesto por el exterior [2].

La diversidad, desde luego, está por encima de las actividades políticas. Ha convivido con ellas, aunque las haya estigmatizado y condicionado. Vale decir que la exuberancia de las formas y de las cosas ha creado un ámbito propio que cobija y sobrecoge a los seres humanos. Nadie ha pretendido uniformar esta multiplicidad que se analiza y que en lo que se refiere a las gentes, a sus costumbres, a sus derroteros, es apasionante.

En términos formales, puede anotarse que las divisiones político-administrativas actuales en Colombia obedecen, en mayor o menor

[1] *Alexander von Humboldt, en Colombia. Extractos de sus Diarios*. Publicismo y Ediciones, Bogotá, Kolumbien, 1982, pp. 46-67.

[2] F. Braudel, *L'identité de la France*, Editions Arthaud, París 1986, vol. I, p. 55.

medida, a circunstancias históricas anteriores. Los poblados, ciudades, provincias y regiones actuales coinciden en una buena parte con las del pasado. Los límites actuales de Cundinamarca y Boyacá corresponden con enorme exactitud a las fronteras pre-hispánicas existentes entre los dos grandes jefes muiscas, el Zipa y el Zaque.

Cada región ha salido de una acumulación prodigiosa. El padre de la geografía francesa, Vidal de la Blache, tiene razón en decir, al pensar en su país, que

> la historia de un pueblo es inseparable de la región que habita. Es necesario partir de esta idea: una región es un recipiente donde duermen energías, en el cual la naturaleza ha depositado el germen, pero cuyo empleo depende del hombre [3].

Así, en el caso presente, los habitantes no sólo forman parte de un territorio, sino que se parecen a él, lo definen, difícilmente podrían subsistir independientes.

La Geografía andina

Pierre Chaunu, al reflexionar sobre la estructura de la geografía americana, señala la importancia que ha tenido la morfología del Continente en el desarrollo de las sociedades que lo han habitado:

> Esta meridianidad de América domina las estructuras sucesivas del pasado americano... [Ella] ha pesado de una manera decisiva sobre el pasado precolombino. Ha contribuido con la inmensidad al encasillamiento, al aislamiento de civilizaciones que se han sucedido en su seno... El hombre americano se ha encontrado disperso sobre un archipiélago de América, al voleo sobre este inmenso espacio. Las civilizaciones amerindias, en tanto unidades (vivieron) mucho tiempo sin comunicación entre ellas, por tanto, de experiencias fraccionadas, consecuencia de un continente extendido sobre la escala meridiana, la mas difícil [4].

[3] P. Vidal de la Blache, Tableau de la géographie de la France 1913, reedición 1979, p. 226.

[4] P. Chaunu, *L'Amerique et les Ameriques. Des la Prehistoire a nos jours*, A. Colin, París, 1964, p. 13.

Al aplicar la propuesta de Chaunu al altiplano cundi-boyacense —unión de los vocablos indígenas Cundinamarca y Boyacá—, lugar en que está ubicada Bogotá, este espacio se puede describir para la época de la llegada de los españoles, como un archipiélago que limitaba de una parte, por el norte con las llanuras caribes del Bajo Magdalena, —referencia al río del mismo nombre que cruza a Colombia de sur a norte—, y por el oeste, con los valles del Alto Magdalena, habitados por tribus caribes. De la otra, al este y al sur, con las llanuras de la Orinoquia y la gran región selvática de la Amazonia, recorrida esta última por grupos humanos arawaks, pueblos recolectores y nómadas que poseían técnicas agrícolas de cultivo extensivo, largas rotaciones y poco rendimiento [5]. Entre estos dos universos, el mundo cultural andino era el resultado, en cierto modo, del desarrollo meridiano de la cordillera, con civilizaciones aborígenes agrarias de densidades medias que alcanzaban cerca de diez habitantes por kilómetro cuadrado, cuando sus vecinos de tierra caliente fluctuaban en densidades de veinte a cien por kilómetro cuadrado, a comienzos del siglo XVI.

Esta división del espacio presentaba una gran ventaja. Dada la disposición meridiana de la cordillera, y de ésta en la zona tropical, los complementos ecológicos con sus respectivos intercambios económicos basados en la reciprocidad, tenían una distribución vertical, esquema que se repetía en las diferentes latitudes [6]. De ahí que la expresión de *archipiélago* utilizado para el mundo andino por John Murra y también por Pierre Chaunu para el conjunto del continente, sea útil para crear una imagen del altiplano cundi-boyacense, región de clima frío ubicada en una meseta a 2.600 metros sobre el nivel del mar rodeada de laderas y climas medios y valles interandinos de climas tropicales.

Esta imagen del archipiélago presentaba tres aspectos: el vertical, en el que las sociedades andinas buscaron controlar, a través de alianzas, los tres pisos ecológicos para aprovechar al máximo la gama complementaria de recursos y productos de cada estrato térmico. El horizontal, en donde se veía claramente la necesidad que tenían los indígenas de hacer funcionar los sistemas de distribución, de circula-

[5] J. P. Deler, *Ecuador, del Espacio al Estado Nacional*, Ediciones del Banco Central del Ecuador, Quito, 1987, p. 22.

[6] *Ibidem.*



Paisaje actual del río Bogotá

ción de los productos, en una escala local, entre los diferentes núcleos espaciales. Y uno estructural, que indicaba la división de la sociedad andina según los ritos, creencias, clanes. La composición política de la sociedad primitiva tenía que estar resolviendo, permanentemente, los conflictos que suscitaba este escenario [7].

La sabana de Bogotá, situada en el altiplano cundi-boyacense, es desde la época precolombina una de las zonas más atractivas e impor-

[7] C. Martínez, *Apuntes sobre el urbanismo en el Nuevo Reino de Granada*, Ed. Proa, Bogotá, S. F., p. 46.

tantes de la actual Colombia. De unos 105 kilómetros de largo por 52 de ancho, sin estaciones, con períodos diferenciados de lluvia y sequía, su extraordinaria fertilidad ha marcado la suerte de sus pobladores de todos los tiempos, y constituye hoy el escenario natural que enmarca a la gran urbe contemporánea.

El significado de la ocupación del territorio

Al precipitarse la incursión europea en las tierras recién descubiertas, se generó una política de ocupación que, en el caso español, se plasmó en la fundación de ciudades.

Fue ésta la manera como se quiso ejercer el dominio y establecer el poder al otro lado de los mares. Bogotá y una estela numerosa de ciudades americanas, son el resultado de esta forma de entender la preponderancia.

A la ciudad llegaron los nuevos pobladores europeos, las autoridades en embrión, los primeros elementos de producción. Aquí se es-



Vista de los nevados de la Cordillera Central desde la Sabana de Bogotá

tructuró un nuevo orden jurídico religioso y político, calcado del existente en la península, aunque por supuesto, con las variaciones que exigían las circunstancias. Bogotá fue posible gracias a esta concepción pragmática que quería trasplantar una civilización a territorios desconocidos para asimilarlos y sujetarlos.

El sueño de un orden

El hecho de América, por imprevisto, encontró un vacío total sobre normas urbanas, procesos de fundación, de migración, de asentamientos. Bogotá, fundada en 1538, hizo parte de un recorrido legislativo que se inició en la Nueva Granada con la Expedición de Pedrarias Dávila en 1514, en la que se fijaron las primeras normas urbanas. Por ejemplo, se señalaban con claridad las características de la plaza mayor: «La plaza grande, mirando al crecimiento de la población..., que no sea menor de doscientos pies de ancho y trescientos de largo» [8]. Para la iglesia de Santa María la Antigua se previó: «A la iglesia mayor se le dieron cuatro solares, donde se hiciere en medio de la ciudad y se le dotó para fábrica de ella, dos caballerías de tierra» [9].

Vinieron posteriormente una ordenanza de Carlos V en 1526, el reglamento de 1529 titulado *Instrucción y reglas para poblar*, y las *Leyes nuevas* de 1542. Sin embargo, fue en 1573, bajo el reinado de Felipe II, con las *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de las Indias*, cuando se completó la legislación urbana.

El esquema básico para trazar una ciudad era en apariencia sencillo: alrededor de la plaza mayor, generalmente una manzana vacía, empezaba la cuadrícula a servir de esquema para permitir la extensión de la ciudad en todas las direcciones, de acuerdo con la norma de la Ordenanza de 1523, recogida en las Ordenanzas de Felipe II, que señalaba «que aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma».

[8] *Ibidem.*
[9] *Ibidem.*

VECINOS Y CABILDOS

Es necesario repasar el desarrollo fundacional español que se vivió en los primeros años de la Nueva Granada –hoy Colombia– para situar a Bogotá dentro de este proceso. En el país, desde la fundación de Santa Marta en 1525, hasta la de las ciudades mineras de 1580, hubo un cubrimiento impresionante que abarca casi todas las regiones actualmente pobladas de Colombia. Se establecieron las ciudades y villas-puertos marítimas, como Santa Marta –ciudad, 1525–, Cartagena –ciudad, 1533–, Tolú –villa, 1535–, Riohacha –ciudad, 1545–. Las fluviales como Santa Cruz de Mompóx –villa, 1540–, Tenerife –villa, 1543–, San Bartolomé de las Palmas –Honda, villa, 1560–. Las de frontera, como Anserma –ciudad, 1530–, la Villa de Ampudia –villa, 1535–, Villaviciosa de la Concepción de Pasto –ciudad, 1537–, Neiva –ciudad, 1539–, Arma –ciudad, 1542–, San Juan de los Llanos (1663), San Martín –ciudad, 1550–, Mocoa –1551–. Las ciudades y villas mineras, como Santafé de Antioquía –ciudad, 1543–, Mariquita –ciudad, 1549–, San Sebastián de La Plata –ciudad, 1551–, Almaguer –ciudad, 1551–, Trinidad de los Muzos –ciudad, 1553–, Nuestra Señora de los Remedios –ciudad, 1560–, San Martín de Cáceres –ciudad, 1576–, Zaragoza de las Palmas –ciudad, 1581–. Los centros administrativos y residencia de encomenderos, como Santiago de Cali –ciudad, 1536–, Popayán –ciudad, 1538–, Santafé de Bogotá –ciudad, 1538–, Vélez –ciudad, 1539–, Tunja –ciudad, 1541–, Pamplona –ciudad, 1549–. Además de otros centros urbanos, como Cartago –ciudad, 1540–, Caloto –ciudad, 1543–, Ibagué –ciudad, 1550–, Valledupar –ciudad, 1550–, Ocaña –ciudad, 1572–, Toro –ciudad, 1573–, Buga –ciudad, 1555– [10].

Esta temprana ocupación, desordenada y arbitraria, no conformó una red urbana definida. Más bien obedeció a los intereses y circunstancias del momento. Además, la relación metrópoli-colonia privilegió los intercambios de cada ciudad con España. Pugnas entre los centros urbanos y entre las tierras altas y bajas, fueron la inmediata consecuencia de esta desorganización inicial.

[10] J. Salcedo, «Estructuras y Tipologías urbanas en Colombia durante el período de la dominación española», Copia a máquina, Bogotá, 1990, p. 75.

Sin embargo, lentamente el espacio conquistado por los españoles fue sometido a un complejo control administrativo y político que les permitió mayor eficacia tanto en el manejo como en la dominación de las poblaciones sometidas, especialmente a partir de 1538.

La necesidad de comunicación con España valoró la búsqueda de la salida al Atlántico desde el interior. Sólo así el flujo de mercaderías podía llegar a tener un curso feliz. Esto explica la importancia otorgada al camino de Vélez al río Magdalena, y al de Santafé a Honda, los cuales comunicaron a la región andina con Cartagena durante varios siglos.

En general, luego de la fundación, la hueste procedía a designar los miembros del cabildo. «Donde no hay alcaldes y regidores no se puede llamar pueblo», decían entonces.

De esta manera, el gobierno del municipio quedaba en manos del grupo local de encomenderos, que representaba la primera oligarquía estable en su seno. Por supuesto que la inicial fronda de los encomenderos mantuvo el control de los cabildos en tanto existió la encomienda, sistema feudal europeo adaptado a América que se basaba en el derecho dado a un adjudicatario, el encomendero, para percibir los tributos y para explotar una tierra determinada con personal indígena sometido.

Los alcaldes y regidores constituían el ayuntamiento o cabildo, el cual cooperaba en el reparto de los solares, colaboraba en la asignación de ejidos, dehesas, estancias de huertas de vecinos, estancias de pan y de ganado, es decir, las mercedes de tierras que se otorgaban a los habitantes. A cargo del cabildo también estaba la designación de sus propios funcionarios subalternos, como alguaciles, etc., el manejo del abasto de aguas y de víveres, el control de los precios de estos últimos y las funciones inherentes a la categoría de tribunal de justicia.

Los alcaldes se escogían con frecuencia entre los vecinos más antiguos, quienes debían tener casa poblada y saber leer y escribir. Los alcaldes ordinarios eran elegidos por el cabildo por un año. El alcalde de primer voto, o principal, presidía el concejo y ejercía la jurisdicción como juez de primera instancia. El alcalde de segundo voto ejecutaba decisiones menos importantes. Estos alcaldes correspondían a las ciudades y villas. Los alcaldes mayores y los corregidores debían presentar,

al posesionarse, el balance de sus haberes, con el propósito de facilitar el control de su patrimonio y poder demostrar su honradez [11].

El corregidor era un funcionario nombrado directamente por el rey o por su representante, que actuaba con el objetivo de fortalecer el poder real en los cabildos. Para pueblos, aldeas y lugares menores, se nombraban alcaldes pedáneos.

En los primeros tiempos los cabildos tuvieron un ambiente positivo, una labor política eficaz y creadora en muchas ciudades y villas, lo cual se reflejó en las obras y el progreso general. Pero, organizado el municipio y distribuidas las mercedes de tierras, se fue agotando el atractivo del gobierno municipal, ya que las posibilidades de provecho personal derivadas de la adjudicación de tierras a los vecinos llegaron a su fin. Muy pronto la Corona, con el propósito de incrementar los ingresos de los cabildantes, dispuso que los oficios «concejiles y de pluma» fueran retribuidos, lo cual permitió que empezaran a acceder a cargos del cabildo individuos procedentes de los grupos sociales medios, en especial abogados, muchos de ellos agentes de las oligarquías locales.

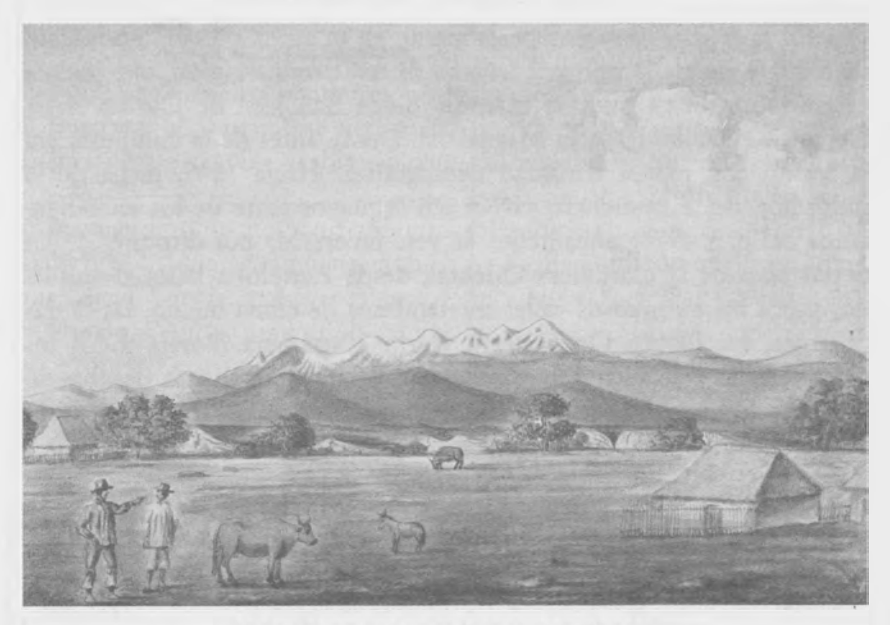
Deben mencionarse los ejidos como un aspecto de importancia en la administración de la ciudad. Eran terrenos de propiedad municipal destinados a diferentes usos que miraban sólo el beneficio de la comunidad. El pastaje o pastura de los bueyes de labor y las bestias de carga se hacía en ellos, lo mismo que el encerramiento del ganado. En sus inmediaciones se instalaban el matadero y los comercios e industrias que aquél generaba. La delimitación de los ejidos de Santafé (Bogotá), se realizó en 1571 [12].

La red urbana en el siglo xvi

Al consolidarse la ocupación inicial, hacia 1550, había ya fundados 93 núcleos urbanos, entre ciudades, villas, parroquias, lugares y

[11] J. Friede. Citado por Carlos Niño. «Esquema del proceso de poblamiento en Colombia». Copia a máquina, Colcultura, Fonade, Bogotá, 1990, p. 63.

[12] Véase J. A. Villamarín, «Haciendas en la Sabana de Bogotá, Colombia, en la época colonial: 1539-1810» en *Haciendas, Latifundios y Plantaciones en América Latina*, México, 1979, siglo xxi, ED, pp. 330-332.



Propiedad rural en la Sabana de Bogotá

pueblos de indios, sin contabilizar las fundaciones que terminaron en fracasos, pues sólo se registran las que dieron origen a municipios actuales. De aquellos 95 núcleos urbanos iniciales, 28 estaban ubicados a más de 2.000 metros sobre el nivel del mar, es decir, en clima frío, 24 entre 1.000 y 2.000 metros, en clima templado, y 41 a menos de 1.000 metros, en clima y temperaturas bastante cálidas dada la situación geográfica.

Hacia 1574, la Audiencia de la Nueva Granada estaba conformada por las gobernaciones de Santafé, Santa Marta, Cartagena, Popayán y Antioquía, donde existían veintiocho poblaciones que habían recibido el privilegio de ciudad. Además, había unos treinta pueblos de españoles, casi todos con la jerarquía de villas. En estos núcleos urbanos residían cerca de 515 encomenderos que tenían bajo su control aproximadamente a 170.000 indígenas tributarios. En Santafé (Bogotá) se contaba con una catedral metropolitana y un arzobispo, de quien dependían los obispos de Santa Marta, Cartagena y Popayán. Para entonces, sumaba la Audiencia tres centros importantes: Santafé, Cartagena y Popayán.

En la región central, especialmente en el altiplano cundi-boyacense, Santafé ejercía la primacia urbana de una amplia región, que incluía varias subregiones, pues se extendía desde San José de Cúcuta hasta Neiva en el Valle del Alto Magdalena. Desde antes de la conquista era la región con mayor densidad demográfica. Hacia 1549, fecha de la fundación de la Audiencia, vivían allí la mayor parte de los encomenderos del país. Geográficamente, se veía favorecida por disponer de las tierras altas de la Cordillera Oriental, desde Pamplona hasta el altiplano, y por los numerosos valles interandinos de clima medio, las tierras calientes, los Llanos Orientales y el río Magdalena. Poseía todos los pisos térmicos, lo cual garantizaba una oferta permanente de alimentos, base fundamental para la alta densidad humana. Parte del proceso de fundaciones puede observarse en el siguiente cuadro:

Red urbana de la región central de la Nueva Granada
1538-1600

Jerarquía Ciudad	Fecha de fundación	Tipo de ciudad
Santafé	1538	Centro Administrativo
Neiva	1539	Frontera
Tunja	1539	Centro Administrativo
Vélez	1539	Centro Administrativo
Tocaima	1544	Frontera
Mariquita	1549	Minera
Pamplona	1549	Centro Administrativo
Ibagüe	1550	Frontera
Muzo	1553	Minera
Ocaña	1573	Frontera

Nota: Las ciudades mineras dependían de los volúmenes de producción. Una vez declinaba la explotación, entraban en decadencia. Las ciudades fronteras perdieron esa condición tan pronto como se logró la dominación de las tribus vecinas.

Villas	Fecha de fundación	Tipo de villa
San Martín	1550	Transporte
La Palma	1561	Agrícola
Villa de Leyva	1572	Agrícola

Otros núcleos urbanos (parroquias, pueblos, lugares)	Fecha de fundación
Choconta	1537
Guacheta	1537
Iza	1537
Nemocón	1537
Paipa	1537
Suescún	1537
Timana	1538
Lenguazaque	1539
Curiti	1540
Charala	1540
Fusagasuga	1540
Macheta	1540
Sasaima	1541
Soata	1543
Siachoque	1545
Tena	1548
Choachi	1550
Junin	1550
Susa	1550
Villavieja	1550
Guaduas	1551
Villeta	1551
Pasca	1553
Mongui	1555
Cacota	1555
Salazar	1555
Vetas	1555
Chiquiza	1556
Tibacuy	1557
Facatativa	1561
Chipaque	1564
Puente Nacional	1569
Cerinza	1571
Simijaca	1584
Fomeque	1592
Ubate	1592
Gacheta	1593
Guatavita	1593
Paya	1600
Pisba	1600

En la Región Central, desde el valle del Magdalena hasta el extremo norte de la Cordillera Oriental, estaba ubicada la tercera parte de las ciudades de la Nueva Granada. Asimismo allí se hicieron la mitad de las 150 fundaciones realizadas hasta 1600, ya fueran ciudades, villas,

parroquias o pueblos. La parte central era entonces la más poblada de la Audiencia de la Nueva Granada.

El espíritu español que animó las fundaciones, buscaba su autoabastecimiento, pues los recursos naturales y la mano de obra de cada localidad debían ser suficientes para sus necesidades, lo cual ciertamente no propició de inmediato la formación de una red urbana, proceso que se demoró siglos.

La primera ruta de contacto con la metrópoli se hizo por el ya mencionado camino de Vélez al río Magdalena. Las dificultades que presentaba esta vía motivaron la búsqueda de alternativas, que se plasmaron en 1560 con la fundación del puerto fluvial de Honda, también sobre el río Magdalena, pero apenas a 120 kilómetros de Santafé, villa-puerto que rápidamente se convirtió en el eje de intercambios entre las diversas regiones del interior, y entre éstas y España.

La lenta expansión durante el siglo XVII

Luego del auge poblacional registrado en el siglo XVI, el impulso se detuvo un poco. Durante el siglo XVII se realizaron 98 fundaciones –contra 150 en el siglo anterior–, de las cuales casi la mitad correspondieron a la zona de influencia de Santafé.

La mayoría de las nuevas localidades fueron poblamientos indígenas, situados sobre todo en la cordillera oriental, por lo cual la legislación sobre la fuerza de trabajo tuvo un incremento notable en esta época. Se organizaron los resguardos, que eran áreas

> asignadas a una comunidad indígena bajo el mando de un cacique, donde los indios vivían bajo un estatuto seudopolítico y un régimen económico más o menos tradicionales, bien se tratase de indios encomendados o indios «libres» tributarios a la Corona» [13].

Se terminó de esta forma el ciclo de la conquista como acción militar.

[13] J. Friede. Citado por Carlos Niño. *Ob. cit.*, p. 63.

LA GRAN EXPANSIÓN DEL SIGLO XVIII

El siglo XVIII representó la etapa de mayor intensidad fundacional. Fueron cien años en los cuales se fundaron 261 de los actuales municipios colombianos, es decir, el 26 % del total. En el cuadro siguiente puede observarse el ritmo que siguieron las fundaciones hasta finalizar el siglo XVIII y su respectiva localización térmica.

Cuadro comparativo de la fundación de los actuales municipios colombianos 1525-1800

Periodos	Pisos térmicos			Total	%
	Frío	Templado	Cálido		
Hasta 1550	28	24	41	93	9,0
1551-1600	19	14	24	57	5,6
1601-1650	16	9	25	50	4,9
1651-1700	11	19	18	48	4,7
1701-1750	12	23	35	70	6,9
1751-1800	60	69	65	194	19,0
TOTAL	146	158	208	512	50,24

Fuente: Base de datos «Historia Municipal». Fundación de Estudios Históricos Misión Colombia.

En los primeros doscientos setenta y cinco años de la Nueva Granada, desde 1525 hasta 1800, se establecieron 512 de los actuales 1.100 municipios colombianos, la mitad de los cuales en los últimos cincuenta años de ese período, y en diferentes pisos térmicos. Hasta 1550 las fundaciones en tierra caliente casi igualaban a las de clima templado y frío. De 1701 a 1750, el 50 % se realizaron en clima cálido. Después, entre 1751 y 1800, el mayor número correspondió al clima templado. En ese momento comenzó a equilibrarse la utilización de los pisos térmicos y apareció una jerarquía más real que formal en las tendencias poblacionales.

Todo ello fue debido a la reestructuración demográfica que impusieron importantes migraciones, especialmente desde los climas fríos. Quienes encabezaron este movimiento fueron sobre todo mestizos y

poblaciones marginales, que buscaron acomodo en los nuevos asentamientos para obtener mejores condiciones que las ofrecidas en los lugares habitados por españoles y criollos. La Corona, al observar esta tendencia, incrementó también las fundaciones, con el objeto de evitar que las gentes se establecieran «arrocheladas», como se decía a la colonización espontánea, acostumbrándose a vivir «sin Dios ni ley». Así, las autoridades coloniales buscaron que las gentes vivieran «en policía», dentro de los controles sociales y morales que debían regir la vida urbana. Se puede observar en el siguiente cuadro la distribución racial, a finales del siglo XVIII.

Población de la Nueva Granada en 1778 según grupos socio-raciales:
(Distribución porcentual según Provincias)

	Santafé	Cartagena	Sta. Marta	Riohacha	Chocó	Nariño
Blanca	29	11	11	8	2	21
Mestiza	39	65	57	63	21	35
Esclava	2	6	10	12	39	19
Indígena ...	29	17	21	15	37	24
	Antioquía	Huila	Boyacá	Santanderes	Llanos	
Blanca	18	28	40	20	6	
Mestiza	58	54	43	74	27	
Esclava	18	8	2	1	0,5	
Indígena ...	5	10	14	4	0,6	

Fuente: Jaime Jaramillo. «Ideas para una clasificación y caracterización de las regiones colombianas». Ponencia al Seminario sobre Regionalización. Bogotá, Banco de la República, 1986.

El amplio proceso de poblamiento analizado estaba, como ya se dijo, liderado por la región central. En el censo de 1777 se vio cómo un poco más de la mitad de la población de la Nueva Granada vivía en esta región que comprendía a Santafé, Guaduas, Tunja, Sogamoso, Salazar, San Faustino, Las Vetas, Girón, los Llanos orientales, Juan y San Martín, y la provincia de Mariquita.

Cambios en las relaciones de las tierras altas-tierras bajas, siglos xix y xx

El proceso de ocupación del territorio prosiguió en los dos últimos siglos de acuerdo con el desarrollo de los productos agrícolas de exportación. El avance o el retroceso de la frontera agraria han marcado las tendencias migratorias. Por ejemplo, en la región central donde está situada Bogotá, a causa del auge tabacalero comenzado en 1848 se forjó un movimiento colonizador que partió del altiplano, hacia las laderas de la cordillera y el valle del río Magdalena.

Este movimiento coincidió con la fuerte recuperación demográfica que presentaba el altiplano cundi-boyacense desde fines del siglo xviii, proceso que creó una gran presión demográfica en las tierras altas, la cual provocó desplazamientos poblacionales a las tierras calientes. Este fenómeno llevó al geógrafo italiano Agustín Codazzi a afirmar en 1850 que:

> El rápido crecimiento de la población nativa de las tierras altas les da un carácter de *criadero de hombres,* si vale esta expresión, que dentro de algunos años tendrán que buscar espacio y teatro industrial en otros lugares y bajarán de las cumbres a los calurosos llanos paulatinamente y se aclimatarán en ellos y los someterán a la civilización [14].

No exageraba el geógrafo italiano, pues ya por esos años era notorio el flujo migratorio hacia las tierras bajas. Este desplazamiento de gentes fue posible gracias a la disponibilidad de tierras en los valles interandinos, oferta originada en la fragmentación del latifundio colonial, que permitió la formación de unidades de propiedad medianas en las vertientes cordilleranas, y provocó la integración efectiva de nuevos territorios a la región controlada por Bogotá, ahora enmarcada por el surgimiento del capitalismo agrario.

Los liberales de mediados del siglo xix realizaron varias reformas en procura de facilitar el desarrollo de la nueva economía agroexportadora, por lo cual expropiaron los bienes eclesiásticos en 1861. Esta medida tuvo sin embargo pocos efectos en la propiedad territorial, pues

[14] Comisión Corográfica, Geografía, vol. IV, p. 454. Citado por Palacios, *El Café en Colombia, 1850-1970,* El Áncora Ed., Bogotá, 1983, p. 136.

los bienes raíces rurales en manos de la Iglesia no eran tan significativos como al principio se creyó.

Otra medida importante en la legislación liberal fue la abolición de los resguardos, o «tierras indias»; pero, al igual que la desamortización, esta reforma tuvo muy pocos efectos en la estructura de la propiedad territorial en las zonas en expansión. La gran mayoría de los resguardos se encontraba en las tierras altas que, desde las épocas prehispánicas, estaban integradas en la economía del altiplano. Por último, la disolución de los resguardos, en vez de reforzar la formación de los latifundios, fortaleció la pequeña propiedad, el minifundio.

La tercera medida liberal fue la titulación de tierras baldías. Muy coherente con el liberalismo borbónico, que había introducido la política de conceder grandes extensiones de «tierras realengas» con el propósito de incentivar la producción para el mercado externo, los liberales republicanos continuaron con esta lógica de manejo de las tierras públicas, lo que permitió que numerosos comerciantes bogotanos adquirieran tierras baldías en las vertientes cordilleranas. Aunque muchos abandonaron las concesiones, a fines de siglo XIX otra oleada de comerciantes bogotanos se lanzó a comprar los títulos de estas tierras, encontrándose con colonos libres que se habían asentado en los latifundios inexplotados. Esto originó numerosos enfrentamientos, que en la década de 1920-1930 tomó la forma de una gran movilización campesina [15]. De esta forma, Bogotá integró a su control las tierras de vertiente cordillerana, las «tierras templadas», empleándolas en la economía exportadora con el cultivo del café.

De otra parte, si se observa este mismo fenómeno desde una óptica mas amplia, se puede observar que el desplazamiento de la población hacia las tierras de las vertientes en Cundinamarca, no fue un proceso aislado en Colombia. En efecto, simultáneamente, se daba inicio en toda la región andina a grandes migraciones que cambiaron la distribución geográfica de la población colombiana. Así, si Bogotá era, hasta principios del siglo XX, el extremo sur de la red urbana más densa del país, red que se extendía desde Bogotá hasta Bucaramanga a lo largo de la cordillera oriental, desde la década del veinte del mismo siglo y, como consecuencia de la economía cafetera, fue en la cordille-

[15] M. Palacios, *ob. cit.*, p. 129.

ra central, entre Medellín y Cali, donde se concentró la red urbana más densa del país, con lo que Bogotá pasó a ocupar el extremo oriental de la nueva configuración urbana nacional.

Estos cambios fueron acompañados por modificaciones en la distribución de la población según los pisos térmicos.

Como se puede observar en el cuadro siguiente, desde que se iniciaron las exportaciones de productos agrícolas en la década de los cuarenta del siglo pasado, la población de tierra caliente y templada presentó un leve crecimiento que se sostuvo hasta la segunda década del siglo XX, época en que se inició una redistribución demográfica acelerada. Una vez se detuvo el proceso colonizador en los valles interandinos y se consolidó el cultivo del café, estas regiones se convirtieron en expulsoras de campesinos hacia la capital, hacia Bogotá. Las tendencias más recientes de la ocupación del territorio han estado vinculadas en Colombia con la ocupación de las zonas baldías de la Orinoquia, la Amazonia y el Urabá antioqueño, relacionadas con actividades agropecuarias y, en parte, extractivas.

Distribución de la población por pisos térmicos según censos de población
(Porcentajes)

	1843	1851	1870	1912	1918	1938	1951	1964	1973	1985
Tierra Caliente 18 Municipios	4,3	4,8	6,4	5,1	5,07	4,9	4,6	4,2	2,7	2,3
Tierra Templada 70 Municipios	29,18	29,4	29,2	29,3	31,06	29,1	23,5	19,7	12,2	9,4
Tierra Fria 123 Municipios	66,52	65,75	64,3	65,18	63,80	65,9	71,9	75,6	85,0	88,3

Fuente: Base de Datos Historia Municipal. Fundación de Estudios Históricos Misión Colombia.

Capítulo II

EL ENCUENTRO DE DOS SOCIEDADES

El universo muisca

El lugar que hoy ocupa la ciudad de Bogotá no fue objeto de un poblamiento anterior similar al actual. La sabana de Bogotá era habitada por aborígenes conocidos como muiscas, vocablo que originalmente significó gentes. Los muiscas, conocidos posteriormente como chibchas por el nombre de su idioma, vivían esparcidos a todo lo largo de la planicie. Si se quiere situar geográficamente el centro de las actividades muiscas debe hablarse de Funza, localidad situada desde entonces en los alrededores de Bogotá. Allí vivía el Zipa, máximo dirigente de los indígenas. La comunidad, que tenía su eje en Funza, reunía a unas cien mil personas. Un cálculo de la población muisca total, aventurado como el anterior, la hace llegar a dos millones [1]. A pesar de que estas cifras son arbitrarias, todo indica que se trataba de una comunidad numerosa.

El territorio ocupado por los muiscas puede ubicarse entre los departamentos de Boyacá y Cundinamarca, con una extensión de 30.000 kilómetros cuadrados aproximadamente [2]. Cobijaba en términos generales a lo que es hoy el mencionado altiplano cundi-boyacense [3]. Sus límites iban desde el páramo de Sumapaz, al sur, hasta el valle del

[1] Véase *Historia de Bogotá*, Fundación Misión Colombia, 1988, tomo I, p. 40.

[2] V. Restrepo, *Los Chibchas antes de la Conquista Española*. Banco Popular, Bogotá, 1972, pp. 63 y 64.

[3] K. Langebaek, «Comentarios sobre teorías de las limitaciones de la agricultura muisca». *III Congreso de Antropología*, Memorias, Bogotá, 1984.

Chicamocha, al norte, e incluían las laderas del ramal andino que miran a los llanos orientales y al valle del Magdalena. La mayor parte de estas tierras están situadas a más de 1.800 metros sobre el nivel del mar [4].

Los muiscas formaban parte de la macrofamilia chibcha, la cual ocupó territorios continuos entre los océanos Atlántico y Pacífico. Muchas naciones han sido clasificadas como pertenecientes a esta familia lingüística o tradición cultural [5], que se extendió también hacia Centroamérica y los actuales países de Ecuador y Venezuela.

Mitología

Chiminigagua fue el fundador de la sociedad. Era portador de la luz:

> Este ser luminoso comenzó a amanecer y a mostrar la luz que en sí guardaba. Procedió luego a crear cosas, empezando por unas grandes aves negras, que mandó por todo el mundo echando aire resplandeciente por los picos, quedando con esto el orbe iluminado [6]...

Zuhé, el sol, y Chía, la luna, fueron generadas por esta gran fuerza luminosa y de allí surgieron el día y la noche.

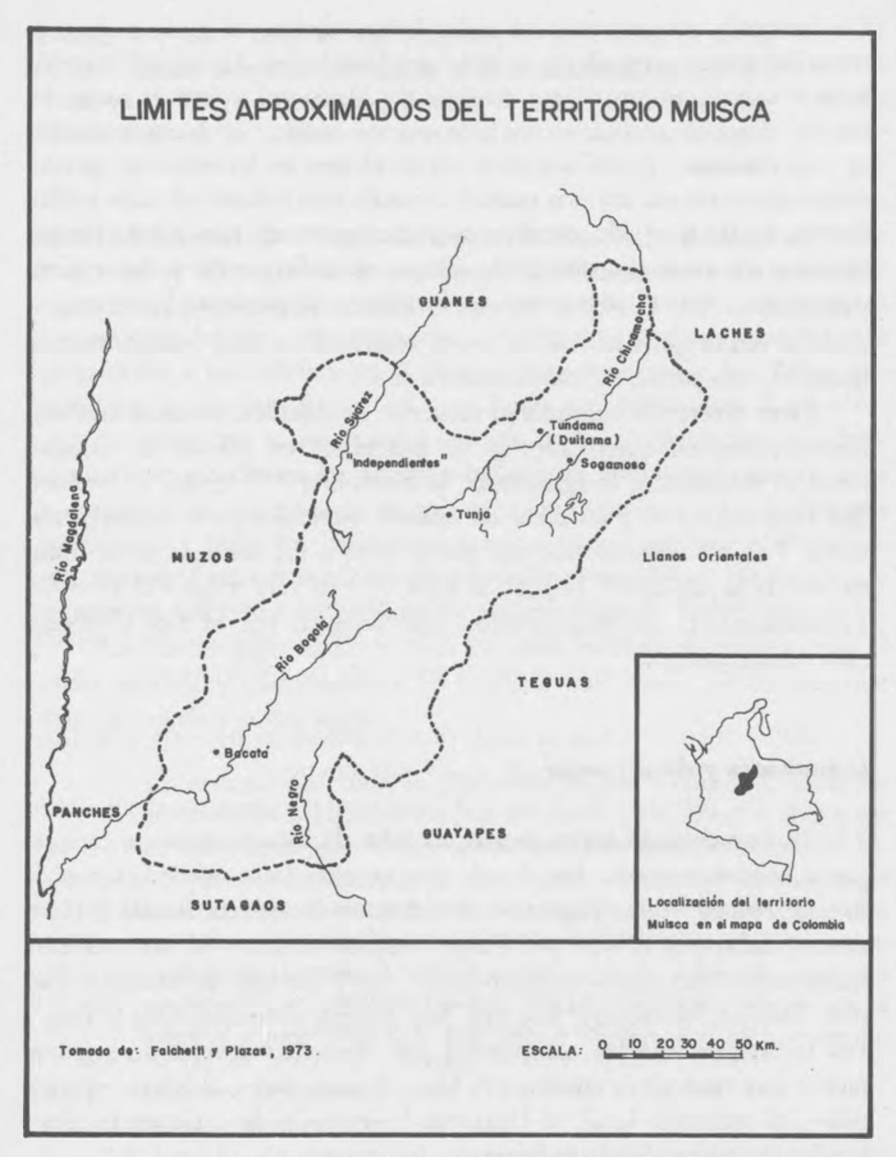
La raza proviene de Bachué o Furachoque —mujer buena—, quien salió de la laguna de Iguaque con un niño de tres años:

> Allí [Bachué] edificó una casa hasta que el niño tuvo edad para casarse con ella. Bachué fue tan fecunda que daba a luz hasta cuatro o seis hijos a la vez. Pronto se llenó de gente la tierra de los chibchas, porque andaba la pareja por todas partes dejando hijos que poblaran. Habiendo llegado a una edad muy avanzada, se volvieron con gran séquito a Iguaque y de allí pasaron a la laguna. Bachué se dirigió a la muchedumbre exhortando a todos a la paz y la concordia, a la guar-

[4] Véase Mapa n.º 1.

[5] S. E. Ortiz, «Familias lingüísticas de Colombia» en *Historia Extensa de Colombia*, Ediciones Lerner, 1965, vol. I, p. 30.

[6] V. Restrepo, *Los Chibchas antes de la Conquista Española*. Banco Popular, Bogotá, 1972, pp. 63 y 64.



Mapa 1. Límites territorio muisca

da de las leyes y de los preceptos que les había dado, y al culto de los dioses. Concluido esto, se despidieron ella y su marido con singulares demostraciones de pena de parte de ellos y de sus oyentes, y luego desaparecieron en la laguna convertidos en dos muy grandes culebras.

La tradición dice que el cacique de Iraca y su sobrino Ramiriquí hicieron de tierra amarilla al hombre, y a la mujer de yerba alta de tallo hueco. Con el objeto de que el mundo muisca adquiriera mayor claridad Ramiriquí subió al cielo y se convirtió en sol y posteriormente Iraca, tras sus pasos, se transformó en luna.

Gran reverencia infundía el recuerdo de Bochica, llamado también Nemterequeteba, quien además de instruirlos en oficios de utilidad como el estampado, la agricultura, la orfebrería y el tejido, les inculcó una ética valorativa y les dictó las normas esenciales de la organización social. Fue este mismo Bochica quien libró a los muiscas de la inundación de la sabana de Bogotá, al crear con su vara mágica el salto del Tequendama. La altiplanicie había sido anegada por el dios Chibchacum como castigo.

Organización política y social

La organización social muisca ha sido clasificada como de cacicazgos y confederaciones. En el siglo XVI existían las confederaciones de Bacatá, Hunza, Iraca, Sugamuxi, Tundama y Guanentá. Bacatá y Hunza unificadas por el Zipa y el Zaque, respectivamente. Al noroccidente había varios cacicazgos independientes entre los que se hallaban Tinjacá, Sachicá, Moniquirá, Ráquira, Saquencipá, Sorocotá, Suta y Yuta [7]. Los cacicazgos estaban compuestos por diferentes niveles de segmentación que iban de la familia a la Uta —comunidad—, al Sibyn —parentela—, al cacicazgo local, al Uzacazgo [8] —reunión de caciques locales— y a la confederación de uzáques.

[7] K. Langebaek, *ob. cit.*, p. 38.

[8] E. Londoño, *Los cacicazgos muisca a la llegada de los conquistadores españoles*, Tesis de Grado Universidad de los Andes, Bogotá, 1984, p. 125.

Los caciques eran los encargados de mantener las alianzas [9] o de dirigir las guerras, de presidir las ceremonias, de juzgar a los infractores y de confirmar a los capitanes y jeques en su cargo. Tenían también facultad de influir sobre fenómenos naturales. Los caciques no acumularon riquezas, ya que las joyas y demás objetos valiosos que poseían eran enterrados con ellos. El tributo que les era entregado por las demás capitanías era más un reconocimiento de su poder y formaba parte de un intercambio de regalos. Asimismo, cuando los uzáques y capitanes iban de visita a algún centro religioso llevaban obsequios a los caciques locales. Por esta razón, cuando en las visitas coloniales se preguntaba a los tributarios: «¿usted a quién da cosas?», los indios respondían: «yo le doy al Guatavita, al Tunja y al Sogamoso» [10].

Los derechos y deberes del cacique de la confederación se reproducían a su nivel para los uzáques y capitanes menores [11]. Los cultivos y construcción del cercado, permitían a los caciques ocuparse de otros menesteres y tener los productos necesarios para retribuir a las comunidades, en fiestas y servicios de especialistas religiosos. Las familias y parentelas realizaban los trabajos en un ambiente de fiesta y regocijo [12].

Las fiestas organizadas por los caciques estaban en relación con el ciclo agrícola y cosmogónico. El cronista fray Pedro Simón describe una de aquéllas como sigue:

> Las personas que salían en ellas serían de diez a doce mil, dividíanse en cuadrillas o parcialidades con diferentes trajes arreados de patenas de oro y otras joyas en que abundaban, aunque todas convenían llevar pintados los cuerpos de vija o jagua. Unos iban representando osos, otros en figuras de leones, y otros de tigres... y en este modo con otras muchas representaciones de animales diversos. Iban los sacerdotes con coronas de oro en forma de mitras, a quienes seguía una prolongada escuadrilla de hombres pintados sin disfraz ni joya alguna sobre sí y éstos llorando y pidiendo al Bochica y al sol que mantu-

[9] *Ibidem*, pp. 166-167.

[10] E. Londoño, «La conquista del cacicazgo de Bogotá», en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. XV, n.º 16. Bogotá, 1988, p. 110.

[11] H. Tovar, *La formación social Chibcha*. Cooperativa de Profesores de la Universidad Nacional, Bogotá, 1980, p. 40.

[12] G. Hernández Rodríguez, *De los Chibchas a la colonia y la República*. Biblioteca Básica, Colcultura, Bogotá, 1975, p. 72.

> viesen el estado de su rey o cacique y le otorgasen la súplica y ruego a que había dispuesto aquella procesión, para lo cual llevaban máscaras con lágrimas que eran retratadas tan al vivo, que eran de ver. Y era lo más gracioso de todo, que luego inmediatamente entraba otra caterva dando los unos grandes risotadas y saltando de alegría, y diciendo los otros que el sol les había concedido lo que los delanteros le iban pidiendo con lágrimas... y más viendo que en pos de aquella alegría descompasada iban otros con máscaras de oro disfrazados con las mantas arrastrando por el suelo en forma de canda que al parecer debían hacerlo con el fin de barrer la carrera para otros danzasen, pues les iban casi pisando las mantas otra gran muchedumbre de ellos ricamente adornados, bailando y cantando al compás triste y flemático de sus maracas y flautas, y tras ellos otro, y luego otros y tantos con diferentes invenciones [13]...

Los privilegios de los caciques consistían en tener una vida suntuosa. Usaban adornos y ropas distintivas, eran llevados en andas, no se les podía mirar a la cara, comían carne de venado. Los más famosos fueron momificados y conservados en templos.

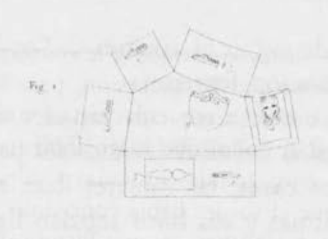
Es importante resaltar que el poder de los caciques era consensual y no por fuerza de las armas. Hubo caciques impuestos por los hispanos que no fueron obedecidos ni reverenciados. Para tomar decisiones importantes los caciques convocaban un consejo de uzáques. Además de los caciques, los jeques o chuquis eran los especialistas en las tradiciones y en rendir culto y hacer ofrendas a los antepasados.

Jeques o chuquis, además de encargarse del aprendizaje de sus sucesores y de instruir a las gentes de la comunidad que estuviesen atravesando por momentos importantes de la vida, eran artesanos especialistas en el tejido de finas mantas y en la orfebrería [14].

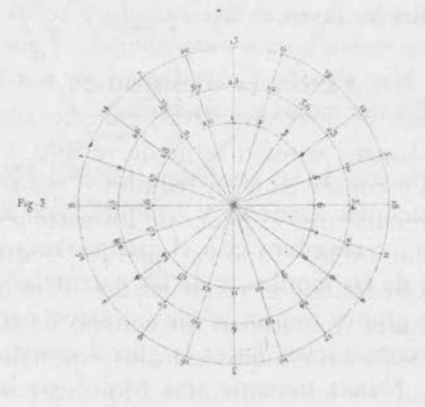
Las unidades menores, uta y sibyn, eran grupos territoriales y de parentesco. Estaban ligadas a partir de la filiación femenina. El derecho sobre la tierra se obtenía a partir de la familia de la madre. La herencia en los cargos, la posición de jeque y de cacique la adquiría el hijo de la hermana mayor de quien detentaba el cargo. El principio era pues

[13] *Ibidem*, p. 190.

[14] K. Langebaek, «Buscando sacerdotes y encontrando chuques de la organización religiosa muisca», en *Revista de Antropología y Arqueología*. Vol. VI, n.° 1, Universidad de los Andes, Bogotá, 1990.









Calendrier Lunaire des Muyscas

Anciens Habitans du Plateau de Bogota

Calendario solar muisca

el de que «los hijos han de seguir el vientre» [15]. Los hombres adquirían el poder a partir de su filiación femenina.

El matrimonio podía efectuarse con mujeres del mismo sibyn y del mismo cacicazgo local o de otras localidades para establecer alianzas. En la mayoría de los casos, las mujeres iban a vivir a la uta del hombre, aunque ellas mismas y sus hijos seguían ligados a sus propias familias. La poligamia estaba permitida. Los hombres de alto estatus y poder económico tenían cuantas mujeres pudieran sostener; a su vez, éstas, con su trabajo, les permitían mantener su rango. Al respecto se decía del cacique de Chocontá:

> ...tiene el dicho cacique cinco o seis indias y los dichos capitanes una o dos las cuales les sirven de hacer chicha y bollos y de comer para ellos e para sus yndios porque están obligadas y que aun cuando molestan dende hilar algodón para mantas y de ir a las labranzas que algunas de ellas son mozas y otras viejas [16]...

El lazo de integración de las confederaciones del Zipa y del Zaque lo constituían los caciques menores y uzáques. Por los honores que recibían éstos en sus intercambios con el cacique mayor se aseguraban el trabajo y sujeción de las familias y de las parentelas.

Aun cuando los grupos muisca se consideraron pacíficos debieron, por fuerza de las circunstancias, hacer la guerra desigual que les plantearon los invasores. Nunca tuvieron una tecnología bélica y por ello sus armas fueron apenas tiraderas, macanas, lanzas y piedras, todas ellas utilizadas para la cacería.

El calendario operaba en relación con la organización social, el ciclo agrícola y cosmogónico y la dieta alimenticia [17]. Tenía diferentes ciclos y niveles. La semana constaba de tres días, al término de los cuales se llevaba a cabo el mercado de Turmequé. El año se dividía en 20 lunas, y 20 años conformaban un ciclo. Cada 37 años se celebraban las más importantes fiestas religiosas [18].

[15] E. Londoño, *ob. cit.*, p. 146.
[16] H. Tovar, *ob. cit.*, p. 46.
[17] H. Tovar, *Ni caciques ni señores*, Senda Ediciones, Barcelona, 1988, p. 179.
[18] A. Humboldt, *Sitios de la cordillera y monumentos de los pueblos de América*, Imprenta y librería de Gaspar Editores, Madrid, 1878.



Mapa 2. Intercambio de sal

Catama era el lugar donde se levantaba el cercado principal del cacique Bogotá en la ya dicha Funza. Al parecer el Zipa contaba con otros cercados, como los de Cajicá y Teusacá. Su casa de Cajicá llamó la atención de los españoles por lo vistosa e imponente [19].

Rutas de comercio pre-hispánico

> Es gente tan codiciosa la de este Reyno que muchas veces se ha averiguado salir un indio de Santafé con un pan de sal a cuestas que pesa dos arrobas y llevado al mercado de la ciudad de Tocayma y no hallar por él allí en lo que lo llevaba estimado y pasar a la de Ibagué a venderle y tampoco satisfacelle lo que allí le daban por él y llévale de allí a las minas de Mariquita y vendelle [20]...

Las gentes de tradición cultural chibcha adecuaron y transformaron los ambientes de las tierras altas y bajas, y desarrollaron su actividad en ríos, ciénagas, altiplanos y montañas.

Los muiscas eran conocidos en regiones situadas a grandes distancias. En el país de los incas se referían a sus tierras como Cundinamarca. [21] Al parecer, la balsa de oro, símbolo de las exposiciones que ha realizado en el mundo el Museo del Oro de Colombia, representaba la ceremonia de «El Dorado», común a varias regiones de América:

> La ceremonia de «El Dorado» en donde se representa a un indio cubierto de oro, en Cundinamarca, era característica de las regiones con similar toponimia. Cuando Ojeda llegó a las costas de Maracay y Maracaibo (hoy Venezuela), supo de la rica tierra de El Dorado; Américo Vespucio, recorriendo las costas de Maracaná, Maracá y Maracán (hoy Brasil), también supo de El Dorado; Pizarro desde Panamarca viajó al sur y en la tierra de Cajamarca, inició la conquista de los Incas y envió a Belalcázar a apoderarse de las tierras de Cundinamarca; Quesada remontó el río Magdalena en la búsqueda de ese famoso El Dorado, pero cuando por fin llegó al altiplano se dedicó a saquear el oro y borró todo recuento de la tradición histórica [22].

[19] G. Hernández Rodríguez, *ob. cit.*, pp. 52 y 53.
[20] Véase mapa n.° 1. Mapa del territorio muisca.
[21] Véase mapas n.° 2 y n.° 3.
[22] H. Tovar, *ob. cit.*, pp. 75-76.

Una de las especialidades de estas gentes era el comercio. El mercadeo de sus productos llegaba a más de ochocientos kilómetros de distancia de su territorio. En las tierras enmarcadas por la macrofamilia chibcha los elementos más importantes de intercambio eran los objetos de lujo, las más de las veces suntuosos, que se prestaban para un intercambio con productos de pan comer. Entre éstos se encontraba oro, algodón, tejidos, cuentas, esmeraldas, conchas marinas y orfebrería. La sal, el pescado y los sainos domesticados, también entraban en su actividad mercantil [23].

La sal era el producto muisca que alcanzaba distancias más lejanas. Las principales rutas de comercio de este producto salían de la sabana hacia el Orinoco, el valle del Magdalena y el valle del Cauca.

> La sal sácanla a todas las provincias comarcanas que todas carecen de ella como es la gobernación de Popayán, por el valle de Neyva, el valle de Saldaña y a la sierra de Mariquita que también carece de ella. Por la vía de los llanos o del Dorado sacan grandísima cantidad y se tiene entendido que van por vía de rescate duzientas leguas la tierra adentro.. [24].

La sal les permitió a los muiscas adquirir oro [25] y algodón, productos que fueron transformados por ellos en orfebrería y mantas. Parte de los tratos y contratos se llevaba a cabo de mano en mano. Los productos cambiaban de valor en relación con la distancia de los centros de producción. Muchos grupos involucrados en el comercio fueron simples intermediarios que recorrían grandes distancias, sin haber intervenido directamente en el proceso productivo [26]. Internamente, la mayoría de los centros de mercado muisca estaban destinados a su propia comunidad, aun cuando a algunos de ellos confluían gentes de otras naciones con las que había identidad cultural [27].

[23] *Ibidem.*

[24] K. Langebaek, *Mercados, Poblamiento e Interacción Étnica entre los muiscas*, siglo XVI, Banco de la República, Bogotá, 1987.

[25] Véase mapa n.° 1.

[26] E. Acevedo, *El río Magdalena*. Banco de la República, Bogotá, p. 28.

[27] P. de Aguado, *Recopilación Historial*, tomo I. Biblioteca de la Presidencia de la República, 1956, p. 245.

Los muiscas llamaban Yuma al río Magdalena, palabra que en su idioma significaba «río del país amigo» [28]. Esto indicaba que las relaciones imperantes en la región con sus vecinos, los panches y yareguíes, eran de alianza y comercio [29]. Sobre la forma pacífica de sus relaciones comerciales refiere Herrera:

> «Sus tratos y mercancías son muy ordinarios, trocando unas cosas por otras y con mucho silencio y sin voces y no tienen moneda; y aunque haya gran multitud de tratantes no se oye ni hay vocinglería ni rencillas, sino extremada quietud sin contienda» [30].

A pesar del precario conocimiento sobre las redes comerciales, los intercambios culturales y la conformación de comarcas entre los aborígenes, recientes investigaciones desmienten la imagen dada por la historiografía tradicional sobre estas sociedades, a las cuales se atribuía escasa organización y estado de guerra permanente [31].

Paisaje y tecnología

Los páramos, la niebla que los cubre, la humedad, formaban parte del paisaje andino de los muiscas. Aún hoy, a pesar de las mutaciones que quinientos años han originado en el ecosistema, estas características permanecen inalteradas. Asimismo, la geografía muisca abundaba en lagunas que además de suministrar agua para los cultivos, tenían una importancia ritual. Ello puede advertirse en la ceremonia conocida como «correr la tierra», durante la cual los indígenas repasaban religiosamente sus territorios:

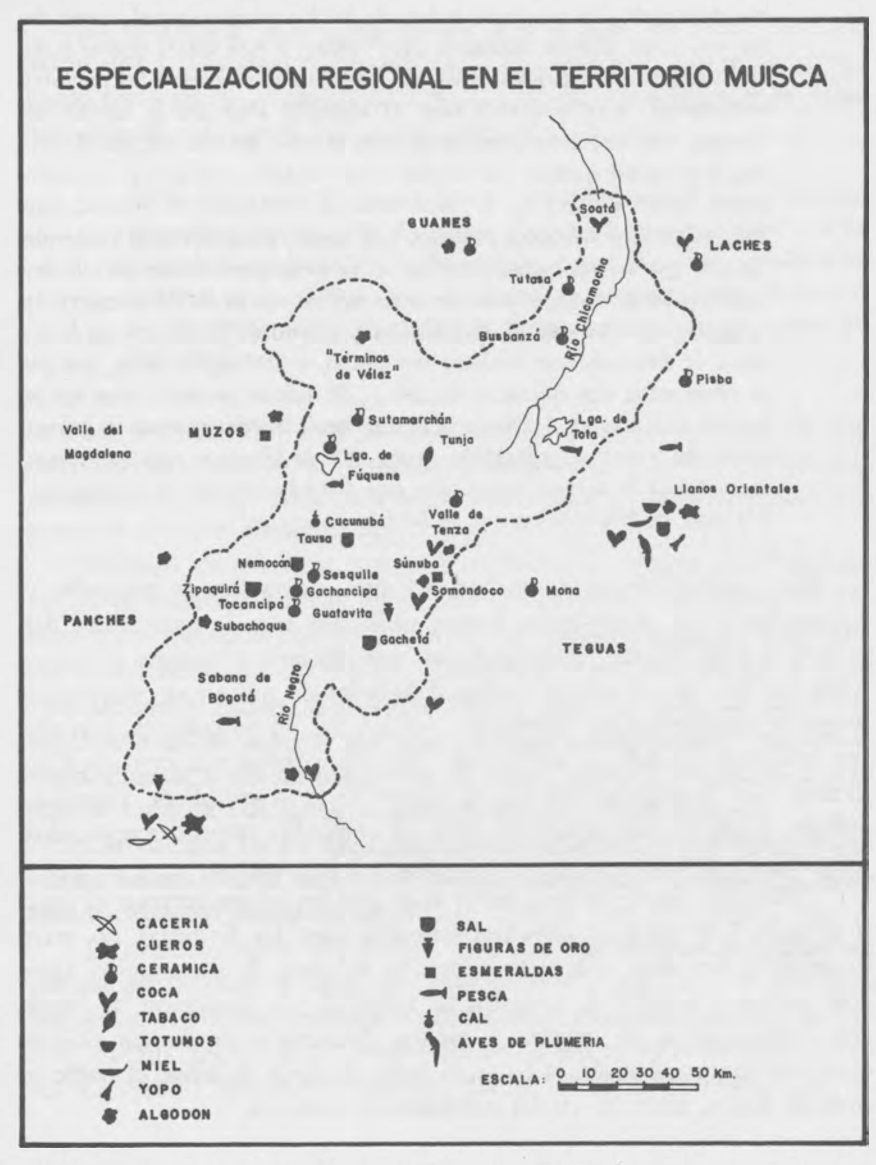
> Tenían señalados cinco altares o puestos de devoción (el que mejor cuadrase), muy distintos y apartados unos de otros, los cuales son los siguientes: el primero era la laguna grande de Guatavita a donde co-

[28] J. Pérez de Barracas, *Arqueología Agustiniana.* Ministerio de Educación, Bogotá, 1943, p. 110.

[29] A. Moreno, *Los pueblos indígenas de la Jurisdicción de Mariquita en el siglo* XVI, Universidad Nacional, Bogotá, 1987.

[30] K. Langebaek, *ob. cit.*, p. 142.

[31] H. Tovar, *ob. cit.*, p. 45.



Mapa 3. Especialización regional

> ronaban y elegían sus reyes, habiendo hecho primero aquel ayuno de los seis años, con las abstinencias referidas, y éste era el mayor y de más adoración, y adonde habiendo llegado a él se hacían las mayores borracheras, ritos y ceremonias; el segundo altar era la laguna de Guasca, que hoy llamamos de Martos, porque intentó sacarle el santuario y tesoro grande que decían tenía; codicia con que le hicieron gastar hartos dineros ...; el tercer altar era la laguna de Siecha, que fue la que tocó a Bogotá comenzar de ella a correr la tierra, y adonde mandó que en sus laderas quedase el escuadrón reforzado para la defensa de su persona, y adonde se recogió la noche de la matanza de la gente de Guatavita; el cuarto altar y puesto de devoción era la laguna de Teusacá, que también tiene gran tesoro, según fama, porque se decía tenía dos caimanes de oro ... El quinto puesto y altar era la laguna de Ubaque, ... Desde la laguna de Guatavita que era el primer santuario y altar de adoración, hasta esta de Ubaque, eran los bienes comunes, y la mayor prevención que hubiese mucha chicha que beber para las borracheras que se hacían de noche [32]...

Los páramos se caracterizaban por una vegetación de pajonales y fraylejones y sus depresiones fueron utilizadas para la agricultura del maíz y la papa. En las vertientes secas como Bojacá, Mosquera y Usme, había bosques de dividivi y cactus. Arboledas de roble y de pino americano se erguían en las laderas que subían del río Magdalena. Los alisos, arrayanes, cedros, y palmas de cera —hoy árbol nacional de Colombia—, se distinguían del pie de monte hacia la cordillera. Venados, ardillas, conejos e innumerables aves, así como los curíes domesticados —especie de conejos— servían de alimento a los nativos [33].

Utilizaban la piedra para hacer setos con los cuales represar el agua o alejarla. Los terrenos más frecuentados para las siembras no eran inundables. En ellos utilizaron diferentes sistemas de preparación agrícola como la quema, la rotación de cultivos y la remoción de tierra con instrumentos de madera y piedra. Principales productos de ese quehacer fueron el maíz, la papa, el frijol, la yuca, la hibia, el cubio y diversas frutas, entre las cuales sobresalía el aguacate [34].

[32] P. Aguado, *ob. cit.*, tomo I, p. 582.
[33] K. Langebaek, *ob. cit.*, p. 54.
[34] M. Triana, *La Civilización Chibcha*, Biblioteca del Banco Popular, Bogotá, 1984, vol. 4, p. 61.

La relación de esas comunidades con el agua fue evidente. Utilizaron ríos y lagunas para movilizarse. Las balsas que hoy se conservan como fruto de su orfebrería dan prueba de ello. Los muiscas se bañaban en pozos de aguas frías o termales como diversión.

> En las piedras de Facatativá hay un jeroglífico donde se conmemora el sendero que recorría el cacique de Bojacá para trasladarse a la laguna de Tena, llamada hoy Pedro-Palo, y en ésta todavía subsisten los vestigios de la calzada que daba acceso a sus yertas aguas. Teusaquillo, donde se fundó la ciudad de Santafé, era el sitio de baños del Zipa de Bacatá [35].

Los peces sin escamas que caracterizaban los ríos sabaneros formaron parte de su dieta. El *capitán* de largos bigotes, el *capitanejo* y la *güapucha*, eran cultivados en canales cercados, o pescados con diversos sistemas casi siempre manuales [36].

Cuando los primeros europeos entraron a la sabana de Bogotá tuvieron la sensación de que había una cantidad ingente de pobladores. Esto fue ocasionado por las labranzas, conocidas también con el nombre de cercados, que los muiscas trabajaban. Por ello, llamaron al lugar valle de los Alcázares. Al imaginarlos tantos, los apodaron *moscas* en lugar de muiscas, aunque no constituían un conglomerado multitudinario. Poseían sitios de habitación en cada cultivo y construían por lo general casas de dos aguas, como también bohíos circulares [37].

Los pueblos de los cercados, según Fernández de Oviedo, tenían veinte, treinta y hasta cien casas. *Pueblos hormigueros* los llamaban. Quesada los bautizó *pueblos infinitos* [38]...

El avasallamiento peninsular hizo que los muiscas perdieran su idioma promediado el siglo XVIII. Subsisten hoy infinidad de nombres indígenas, casi todos referidos a poblaciones aborígenes: Guachetá, Bacatá, Sutatá, Sochaquirá, Chiquinquirá. La sílaba final modificada en RA significaba labranza o cercado. Otros nombres de municipios re-

[35] Pérez de Barradas, *ob. cit.*, p. 110.

[36] *Ibidem.*

[37] M. Triana, *ob. cit.*

[38] C. Martínez, *Apuntes sobre el urbanismo en el Nuevo Reino de Granada.* Ed. Proa. Bogotá S.F., p. 46.

cuerdan hoy al cacique: Tocancipá –vestuario del Zipa–, Susacón –aliado del Susa–, Zipacón –aliado del Zipa–, Sutatensa –lugar donde estuvo Tenza–, Choachí –ventana de la luna– se refería a la salida del astro, y Soatá era el nombre de los cultivos del sol [39].

A esta sociedad muisca se sobrepuso la sociedad colonial. La dominación española encontró una gran facilidad para implantarse en este lugar, donde existía una extensa comunidad sedentaria, la más importante de la actual Colombia, de gran densidad y abundante mano de obra hábil y dócil, como era la muisca. Esta situación es la que explica por qué se encuentra aquí situada hoy la capital de Colombia. La dominación se ejercería especialmente a través de los núcleos urbanos.

> El repartimiento de indios lo hizo Quesada al modo cortesiano, pues en vez de repartir indígenas, repartió unidades preexistentes, cacicazgos indofeudales, evitándose así los errores de las «islas», que habían producido la desaparición de los indígenas. A Nicolás de Federmán pudo haberle entregado cien, doscientos o mil indios, como pago de su fácil sumisión, pero prefirió darle «al cacique y señor llamado Tanjoca *(sic)* con todos sus vasallos, caciques y señores capitanes e indios que le son sujetos y le solían dar tributo y vasallaje con todo lo al dicho cacique anexo y perteneciente». ¿Cuántos indios le dio? No lo sabía Quesada, ni seguramente tampoco lo supo jamás Federmán. Lo único que podemos afirmar es que le entregó un «indofeudo» mwisca entero, con todos sus cuadros de mando y sus vasallos indígenas, tal y como existía antes de llegar los españoles a la sabana [40].

La fundación de Santafé

Como ya se dijo, dentro del proceso de conquista y población, el acto de fundar ciudades era capital y era, a la vez, militar, jurídico y político, cargado también de un profundo significado religioso.

Puede afirmarse que los tres instrumentos claves del proyecto conquistador fueron la Cruz, la Espada y la Urbe. Mediante la fundación

[39] *Ibidem.*

[40] M. Lucena Salmoral, «El indofeudalismo chibcha, como explicación de la fácil conquista Quesadista», en *Estudios sobre política indigenista española en América*. Seminario de Historia de América, Universidad de Valladolid, 1975, p. 157.

de centros urbanos, el Imperio español refrendaba y reafirmaba su poder y su presencia en estos nuevos dominios. Ningún otro imperio en la historia de la humanidad fundó tantas ciudades como el español. Fue ese el elemento que marcó la diferencia esencial entre la actuación de los españoles y los alemanes en la conquista de América. La decisión de los primeros de crear una estructura de siglos se caracterizó por la fundación de ciudades. Los segundos no crearon ni un solo núcleo urbano y fue ésa la causa fundamental de la brevedad de su tránsito por este continente.

Decía proféticamente el cronista López de Gomara a comienzos del siglo XVI: «Quien no poblare no hará buena conquista, y no conquistando la tierra, no se convertirá la gente, así que la máxima del conquistador debe ser poblar».

El capitán Gonzalo Jiménez de Quesada llegó a estas comarcas de clima suave y bienhechor por el norte, vale decir, por «los pueblos de la sal»: Nemocón, Tausa y Zipaquirá. El 22 de marzo de 1537, Quesada y sus hombres tuvieron ante sí el espectáculo de la sabana. Los conquistadores llegaron a Chía y el 5 de abril a Suba. Desde las lomas de ese sector atisbaron buena parte de la altiplanicie, y la vista de los numerosos y apretados bohíos les inspiró la denominación que le dieron, y que desde entonces se hizo célebre: «valle de los Alcázares». Casualmente, ese 5 de abril se cumplía un año de la partida de estos intrépidos desde Santa Marta, en la Costa Atlántica, rumbo a lo desconocido. Habían emprendido el viaje 750 hombres.

Un año más tarde, sólo 166 soldados harapientos acompañaron a Jiménez de Quesada en su arribo a estas tierras cuyos aires empezaron a devolverles el vigor; 584 habían sucumbido mientras remontaban el río Grande de la Magdalena, asaltados sin tregua por víboras y alimañas mortíferas, devorados por fieras o asediados por indios temerosos.

Desde los cerros de Suba, Quesada divisó una población empalizada que se llamaba Muequetá o Bogotá –que desde 1819 se llamó Funza–, cuyo asiento era una hondonada cenagosa. Era esta ranchería la capital del Zipacazgo. Decía un cronista: «Era la tierra del más principal señor que hay en ella, que se dice Bogotá». La pronunciación original parece haber sido «Bacatá» o «Facatá». El lugar no era propiamente un conjunto urbano si se piensa en el concepto moderno de calles, casas, manzanas organizadas, pero su alta densidad indica que había un comienzo de utilización de áreas comunes y de distribución de es-



Cuadro de Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Santafé de Bogotá

pacios adecuada. El concepto que los muiscas desarrollaron en materia de poblamiento urbano, tenía que ver con la reunión de sus viviendas alrededor de la del cacique. El Zipa era el jefe supremo de una fede-

ración de cacicazgos, los que a su vez constituían, en forma incipiente pero definitiva, una nación.

Muerto el zipa Tisquesusa, por los españoles, fue elegido como heredero un caudillo altivo y aguerrido a quien llamaban Sagipa y Saxagipa. Sagipa hurtó el cuerpo a sus perseguidores, quienes enloquecían por dar con el paradero del tesoro de Tisquesusa, pero finalmente fue capturado por los españoles, a los que, aún cautivo, siguió burlando. Sus indios empezaron a traer excitantes cargas de oro para llenar con ellas un aposento, que una vez lleno del precioso metal, le garantizaría la salvación de su vida. Sin embargo, de pronto, la estancia quedó vacía. Los taimados indígenas se habían ingeniado trazas para volver a llevarse poco a poco el oro. Enfurecido, Quesada dio tormento a Sagipa hasta matarlo. No logró obtener ni un mínimo indicio del tesoro, cuyo paradero es un misterio todavía hoy, después de cuatro siglos y medio.

Antes de este suceso, Quesada y sus hombres habían conseguido amontonar una cantidad muy apreciable de oro y esmeraldas, que repartieron entre todos. Concluido este primer periplo de saqueo, los conquistadores trazaron otros planes. Ya era hora de buscar el lugar más apropiado para fundar allí un núcleo urbano que les sirviera de asiento permanente. En un principio Quesada despachó dos comisiones a fin de que exploraran diversas zonas. Una se dirigió hacia el occidente de Bacatá y la otra hacia el oriente. Esta última encontró un lugar llamado Teusaquillo, situado al pie del cerro y bien provisto de agua, leña y tierras propicias para huertas. El villorrio estaba ubicado alrededor de una residencia de recreo del Zipa, a lado y lado de la quebrada de San Bruno, afluente del río San Francisco, a la altura de la actual carrera 2.ª con calle 13 de Bogotá. El informe de la comisión que descubrió este lugar fue ampliamente favorable y, en efecto, allí se situó el primer asentamiento español, que posteriormente se llamó Pueblo Viejo, que ya era una zona de vivienda indígena.

Aunque las instrucciones más detalladas para la fundación de ciudades sólo fueron recopiladas y promulgadas en 1570, ya desde 1516 había algunas básicas que se referían con especial énfasis a la necesidad de buscar lugares bien abastecidos de agua, leña, materiales de construcción y «gente natural». Otro factor que siempre se tuvo presente fue el de que el sitio elegido ofreciera facilidades para guarecer la futura urbe contra posibles ataques de indígenas. Desde luego, esta con-

sideración se tuvo en cuenta para la fundación de Santafé en las estribaciones de los cerros. No obstante, todo hace suponer que en la elección de dicho paraje pesaron más otras razones, tales como la ya mencionada existencia del agua y otros materiales, como la piedra y la leña, junto con la protección contra los vientos que ofrecían los altos cerros aledaños. Además, los españoles ya habían observado los graves problemas que presentaba la sabana abierta, a la sazón anegadiza y cenagosa en extremo. Por lo tanto, se imponía la elección de un sector seco y que no ofreciera tan notorios riesgos. Por otra parte, la abundancia de ríos que bajaban de la cordillera, y su bien pronunciado declive, permitiría su aprovechamiento para la obtención de energía hidráulica, necesaria para los molinos de trigo y, por ende, para el abastecimiento regular de pan.

No se conserva acta de la fundación de Bogotá en 1538, quizás porque la intención original fue la de establecer un fuerte, no una ciudad. Numerosos historiadores y cronistas han recogido la tradición según la cual dicha fundación tuvo lugar el 6 de agosto de 1538, día de la Transfiguración del Señor. Según esta tradición, ese día se ofició la primera misa por el sacerdote fray Domingo de las Casas, y se bautizó el reino de los muiscas con el nombre de Nuevo Reino de Granada y el rancherío con el de Santafé: Dice Castellanos: «Fundaron luego doce ranchos pajizos que bastaban por entonces para que se recoja la gente toda».

Narra así fray Pedro Simón la pomposa ceremonia en que Jiménez de Quesada tomó posesión de estas tierras en nombre de la Corona:

> Fue el general con los más de sus capitanes y soldados al puesto y estando todo juntos el Gonzalo Jiménez se apeó del caballo y arrancando algunas yerbas y paseándose por él, dijo que tomaba posesión de aquel sitio y tierra en nombre del invictísimo emperador Carlos Quinto, su señor, para fundar allí una ciudad en su mismo nombre, y subiendo luego en su caballo, desnudó la espada diciendo que saliese si había quien contradijese aquella fundación porque él la fundaría con sus armas y caballos.

Vino luego la primera y solemne misa que, según la tradición, se ofició en una choza pajiza que, en tal caso, habría sido la primera ca-

tedral, unos pasos al sur de donde está la actual, que sería la cuarta. Según otra versión, dicha ceremonia tuvo lugar en la Plaza de las Yerbas –hoy Parque de Santander–, que era el centro de mercado de los indios.

La que podríamos llamar primera fundación, fue a todas luces incompleta, por cuanto en ella no se cumplieron las formalidades jurídicas de rigor. No se constituyó un cabildo, no se nombraron alcaldes y regidores, no se hizo el trazado inicial de la ciudad. Tampoco se cumplió el tradicional requisito de hincar en la mitad de la futura plaza el rollo o columna de piedra coronada por una cruz, que indicaba posesión y era centro del sitio donde se oficiaban los castigos legales. En otras palabras, la fundación era tenida como el paso de la conquista a la colonización; de la autoridad militar (Castrum) a la civil (Civitas). Y ninguna de estas condiciones se cumplió con esta primera fundación. Por eso dice Castellanos: «el general Jiménez de Quesada no hizo de Cabildo nombramiento, ni puso mas justicia que a su hermano». Por su parte, fray Pedro Simón anota: «no nombró entonces el general Quesada justicia ni regidores, ni puso rollo, ni las demás cosas importantes al gobierno de una ciudad».

Por ello todo conduce a pensar que la primera fundación de Santafé –la de 1838– fue simplemente un asentamiento militar.

El concepto español básico en cuanto a la fundación de ciudades era que éstas fueran efectivos centros de poblamiento. Ese concepto lo tuvo especialmente claro el otro conquistador de Bogotá, Sebastián de Belalcázar, quien llegó a ella pocos meses después de Quesada y quien no por casualidad fue el poblador por excelencia que fundó las ciudades de Cali, Popayán y Quito.

Se ha afirmado que, aunque letrado, Quesada poco sabía de asuntos de fundaciones, y que fue Belalcázar, cuando se reunieron en la sabana, quien lo asesoró para la segunda y definitiva fundación. Por otro lado, es muy probable que en las imperfecciones de la primera fundación haya influido el hecho de ser Quesada subalterno de Fernández de Lugo, gobernador de Santa Marta, quien había delegado en Quesada, atribuciones militares, mas no civiles. Las capitulaciones las había celebrado la Corona con Fernández de Lugo y no con Quesada, por lo cual este último no estaba autorizado para fundar ciudades. Sólo a la muerte del primero, acaecida a principios de 1539, Quesada se ha-

bría sentido investido de las atribuciones civiles que le permitirían dar bases jurídicas a la fundación de la ciudad.

«La definitiva, es decir, la fundación jurídica de Santafé, fue hecha en abril de 1539», afirma Juan Friede. El capitán Honorato Vicente Bernal, lugarteniente de Federmán, conquistador alemán que también llegó a la sabana al poco tiempo que Quesada y Belalcázar, y quien estuvo presente, dio fe que el acontecimiento tuvo lugar el 27 de abril y que ese mismo día se nombraron alcaldes y regidores. Tanto Flórez de Ocariz, como Simón, Castellanos y Fernández de Piedrahita coinciden en que esta ceremonia sí se cumplió con la debida solemnidad. Se perfeccionó el acto de posesión, se trazaron calles y señalaron solares y se delimitó la Plaza Mayor, exactamente en el área que hoy ocupa la de Bolívar. Los solares fueron adjudicados a los vecinos, según su importancia, cerca o lejos de la Plaza.

La dualidad de dos fundaciones trajo inicialmente como consecuencia un inconveniente fenómeno de bipolaridad, ya que mientras el centro real de la ciudad era la Plaza de las Yerbas (sitio de mercado), el centro oficial era la Plaza Mayor. Esta situación se mantuvo hasta cuando en 1553-54, el obispo Juan de los Barrios impulsó el traslado del centro de gravedad de la urbe hacia la Plaza Mayor, mediante la erección de la iglesia catedral en uno de sus costados y el desplazamiento del mercado hacia la misma plaza.

Pese a la segunda fundación, los problemas de Quesada siguieron. Aún estaba inseguro sobre su jurisdicción y atribuciones. Con Belalcázar y Federmán, Quesada partió para España y dejó su territorio en manos de su hermano, Hernán Pérez de Quesada, que era mucho más un conquistador que un colonizador y poblador y que, en consecuencia, repartió encomiendas y tierras con un criterio arbitrario y anárquico, opuesto a cualquier sano concepto de población.

Tras la partida de Quesada quedaron en Santafé unos cien españoles, —vecinos entre quienes se repartieron unas 25 manzanas de 4 solares cada una—. Los solares que circundaban la Plaza Mayor estaban divididos, por su parte, en 8 secciones cada uno, pero, en cambio, daban mayor categoría social a sus moradores.

Durante mucho tiempo permanecieron dentro de la ciudad vastos lotes sin edificar. Esta disponibilidad de tierra, que se incrementaba con los solares traseros de las casas, tuvo varias ventajas porque permitió el autoabastecimiento de algunos productos agrícolas, como frutas y hor-

talizas en los huertos domésticos, y también la cría de animales para consumo familiar, es decir, gallinas, cerdos y carneros. De estas crías y cultivos se derivaban ingresos para los moradores de las casas.

Aunque los vecinos de mayor jerarquía fueron beneficiados con los lotes más próximos a la Plaza Mayor, al principio, como ya se dijo, se presentó una cierta dualidad, pues en los primeros años se reputó como más importante la de las Yerbas. Prueba de ello es que en su marco estuvieron ubicadas entre otras las residencias de Hernan Pérez de Quesada, hermano del fundador y la del capitán Juan Muñoz de Collantes.

Frente a otras plazas mayores hispanoamericanas, la de Santafé presentó desde el comienzo el rasgo *sui generis* de estar trazada sobre un terreno inclinado de oriente a occidente. Asimismo, su ubicación equidista exactamente de los ríos Vicachá –San Francisco– y Manzanares –San Agustín–. Como en *El Zócalo* mexicano, como en la Plaza de Armas de Lima, la Plaza Mayor de Santafé agrupó en los cuatro costados de su espacio las sedes de los grandes poderes. Allí se irguió la catedral, y también los edificios públicos más importantes.

Tanto los ríos que enmarcaban a lo lejos la Plaza Mayor como otros que también bajaban de las montañas, seguían su curso en declive y por lo tanto con una apreciable velocidad, lo que determinó que los cauces fueran particularmente profundos. Por consiguiente, los ríos se convirtieron en barreras naturales que permitían una fácil defensa de la ciudad en caso de ataque aborigen, pero, desde los albores mismos de la ciudad, fue preciso construir puentes que la integraran e impidieran la formación de una ciudad de islas comunicadas.

Los puentes de San Francisco, San Agustín y San Victorino, fueron por largo tiempo las únicas vías de acceso y salida de Santafé. Este factor resultó ampliamente ventajoso en cuanto a que permitió un control eficaz sobre el recaudo de contribuciones derivadas del ingreso de bestias y otras mercaderías.

En cuanto a las calles, como aún hoy puede observarse, fueron trazadas de acuerdo con un esquema rectangular de manzanas cuadradas. Desde el principio se implantó la medida de aproximadamente cien metros «por cada lienzo de cuadra». Las calles de (travesía oriente-occidente) tuvieron 7 metros de ancho y las actuales carreras 10 metros [41].

[41] Historia de Bogotá, *op. cit.*, pp. 90-94.

La conformación de una sociedad dual

La sociedad muisca y más específicamente el cacicazgo del Zipa fueron la base del asentamiento español en Santafé. A partir de su dominio por la fuerza de las armas, los españoles establecieron con los nativos fuertes relaciones jerárquicas, y conformaron una sociedad dual, en la que los muiscas ocuparon el último estrato.

> Cuando se habla de la colonización y lo que ésta aportó, a veces se suele minimizar el hecho de que la colonización española sólo fue posible en aquellas regiones donde existían asentamientos de altas culturas americanas y que fue sobre la base de la producción de excedentes de estas culturas que la nueva sociedad constituyó su base material. Creo sin temor a equivocarme demasiado, que las dos primeras generaciones de españoles vivieron íntegramente del armazón de las sociedades indígenas, y esto como sabemos, se institucionalizaría hacia 1555 con la primera tasa de tributos que se verifica en estas regiones y se institucionaliza en el sentido de regularizar la canalización de excedentes producidos por las economías indígenas, hacia el aprovechamiento de los nuevos ocupantes. [42]

Las dificultades inherentes a la cohabitación de sociedades tan disímiles desencadenó la resistencia de los muiscas ante la ocupación española. El que se hubiese celebrado la fundación de poblaciones españolas no era sinónimo de la conquista de la población muisca [43]. El aumento de la inmigración española en el altiplano hizo que fuera mayor la presión sobre la producción alimenticia de los nativos, por lo que éstos tomaron las armas y se colocaron en pie de guerra. Por estos días, el zipa sucesor de Sagipa se fortificó con su gente en Tena, donde el español Pedro Limpias lo atacó. El cacique y gran parte de su gente huyeron, con lo que Limpias demostró el triunfo de la tecnología del caballo y del arcabuz [44]. Los muiscas mantenían su negativa a alimentar a los españoles, y en rechazo al tributo que éstos les querían im-

[42] Colmenares Germán. Los modelos de poblamiento y el estudio de las culturas en Boyacá, en *Historia y Culturas Populares*, ICBA, Tunja, 1989, pp. 214-215.

[43] D. Riveiro, *Fronteras Indígenas de la Civilización*, siglo xxi Editores, México, 1977.

[44] Fray P. Aguado, *ob. cit.*, 1956, pp. 327-331.

poner, planearon en toda la extensión de sus territorios que cada capitanía diera muerte a su respectivo encomendero [45].

Hubo ataques contra los españoles en diferentes poblaciones, como Tunja, Vélez, Simijaca, Tausa, todos apaciguados mediante el poder superior de las armas detonantes, la caballería y los perros. Finalmente la situación del altiplano hizo posible una rápida victoria española debido a la imposibilidad de fortificarse los indígenas en territorios tan descubiertos.

Se produjo entonces el paulatino debilitamiento y desintegración de la sociedad muisca. Los primeros puntos atacados por los españoles a la llegada de Jiménez de Quesada fueron los que aglutinaban los niveles simbólicos y dominantes de la sociedad segmentaria. Entre éstos se encontraban el templo de Sogamoso, las cabezas de los caciques principales y las de los uzáques, las grandes fiestas religiosas y las del ciclo agrícola. A pesar de todo, las unidades menores como la Sybin y la Uta permanecieron activas todavía hasta bien entrado el siglo XIX [46].

Por otra parte, los hispanos monopolizaron las redes comerciales que alimentaban la producción y el abastecimiento de los nativos. La presión sobre los alimentos y el aumento y cambio de destino del tributo, determinaron la pérdida de autoridad de los caciques y el viraje de sus funciones, al convertirse en recaudadores de los tributos para el encomendero. A ello hay que agregar la baja demográfica por el largo y sangriento enfrentamiento contra la ocupación española, y por las fuertes epidemias que se presentaron a finales del siglo XVI, además de la codicia sobre sus tierras, los traslados de población y el ataque frontal a su historia y creencias religiosas.

No obstante todavía, hasta más allá del siglo XVI se mantuvo un cierto predominio de la sociedad muisca sobre la española. En 1570 el cacique de Bogotá exigía aún el pago de sus tributos, propiciando enfrentamientos con el encomendero que los recibía, según se deduce del documento titulado *Zamora Martín, vecino de Santafé, su demanda por desacatos contra el cacique e indios del pueblo de Bogotá* [47].

En el siglo XVI se introdujeron nuevos cultivos y técnicas agrícolas en las haciendas de los encomenderos, como el trigo, la cebada y el

[45] *Ibidem.*

[46] S. Broadben, *Los chibchas. Organización socio-política,* Serie Latino-Americana, Universidad Nacional, Bogotá, 1964.

[47] Archivo Histórico Nacional, *Fondo Caciques e Indios,* tomo 49, folios, 224-247.

arado. Los muiscas acogieron los nuevos productos para el intercambio comercial y para pagar el tributo, pero continuaron sus tradiciones alimenticias, buscando mantener sus cultivos en pisos de diferente altura y sus viviendas dispersas en los campos, pues uno de los mayores objetivos de las autoridades españolas fue congregar la población nativa en pueblos para facilitar su adoctrinamiento y la liberación de tierras.

En un principio se permitió a las comunidades que mantuvieran su descendencia matrilineal. Luego, paulatinamente, se buscó imponer la filiación masculina, debido a los conflictos que se desarrollaron entre los encomenderos por la posesión de los hijos de los indios que les estaban destinados. Los desórdenes en el sistema de parentesco condujeron a que los integrantes de las parentelas y las capitanías perdieran los derechos sobre la tierra que les venían por filiación femenina. Empezó entonces a producirse la diferenciación social y económica entre los nativos.

Los indios en Bogotá

La ciudad se construyó y la vida se desarrolló en la Santafé colonial gracias al trabajo de los indios:

> Durante el siglo XVI y gran parte del siglo XVII, los habitantes de Santafé se sustentaron con el trabajo indígena para la satisfacción de sus necesidades básicas... En muchos aspectos la ciudad del siglo XVI no podía funcionar ni crecer sin el trabajo indígena. La puesta en operación de los servicios básicos o su mismo crecimiento dependía de su trabajo. Entre ellos el abastecimiento de agua, las obras públicas, la construcción de iglesias, de edificios y casas privadas... [48]

A principios del siglo XVII era alta la población de los indios en la ciudad. Más de 1.000 tributarios con sus familias llegaban a Santafé mensualmente. Los nativos construían bohíos en las afueras para su alojamiento [49]. Así se fueron constituyendo los barrios de Pueblo Viejo

[48] J. Vargas, *La Sociedad de Santafé Colonial*, CINEP, Bogotá, 1990, p. 8.
[49] *Ibidem.*

—Teusacá—, Las Nieves, Santa Bárbara y San Victorino. En esta época se llevó a cabo la mayor expansión de la ciudad [50].

Después de haber aprendido diferentes oficios artesanales [51] muchos indígenas lograron quedarse en la nueva población española. En este aspecto la ciudad dio la posibilidad a los nativos de ascender en la escala social. Hasta el siglo XVII la población de la naciente ciudad era todavía predominantemente indígena (70 %), lo que influía decisivamente en las costumbres y en el paisaje urbano [52].

Durante el siglo XVI los indígenas de la ciudad, pese a su cercanía con los españoles, todavía no hablaban el castellano. En Santafé, la ciudad de la época, se hablaban dos idiomas. Pensando en que los nativos cambiaran sus costumbres y aprendieran la doctrina cristiana se les dio misa en chibcha.

Los curas españoles tenían el control de los indios de «servicio personal» en la ciudad a través de sus amos, con quienes debían vivir; para su habitación los aborígenes tenían bohíos en los solares de las casas de los hispanos. Según órdenes de la Real Audiencia, los indios no podían reunirse para celebrar ningún tipo de fiesta, no obstante lo cual, algunas se realizaban en la clandestinidad.

La desintegración de la sociedad muisca se hizo evidente por la violencia que se generaba en la ciudad entre coterráneos pertenecientes al estrato más bajo de la sociedad [53]; fueron comunes entonces las riñas callejeras y las agresiones físicas y verbales. De otro lado, continuaban los malos tratos por parte de los españoles. En este aspecto fue famoso el magistrado Alonso Pérez de Salazar: «...ahorcaba con frecuencia indígenas en la plaza mayor y azotaba todas las semanas a los ladrones», según un testigo presencial, a quien cita Ibáñez.

Pedro Ordóñez de Ceballos «desorejó y desnarigó a dos mil indígenas e hizo otras justicias grandísimas, sin reparar en nadie ni aunque interviniese cualquier persona por principal que fuere».

Los castigos de la Real Audiencia más comunes para los indios que no cumplían la ley, fueron el decomiso de mantas, el corte del

[50] *Ibidem.*

[51] *Ibidem.*

[52] Historia de Bogotá, tomo I, *ob. cit.*

[53] J. Vargas y F. Zambrano, *En Bogotá 450 años. Retos y realidades*, Foro, IFEA, Bogotá, 1989.

cabello, los azotes y exposición pública y el desnarigamiento. Estos elementos llevan a reflexionar que la condición indígena en Santafé «estuvo al nivel de la esclavitud de facto».

Los nativos no podían vestirse a la usanza española, ni tener perros, ni caballos, ni armas, ni vender sin licencia de la Audiencia. Ante el resquebrajamiento de las redes comerciales prehispánicas, los nativos empezaron a sustituir el algodón por la lana. Su atuendo se caracterizó entonces por el uso de la ruana de lana y por la manta, que siguió siendo de algodón.

En el siglo XVIII se advierte el decrecimiento de la población muisca y el incremento de la mestiza; por la misma época era ya común el bilingüismo, en detrimento del idioma chibcha, que comenzaba a olvidarse. Con la desaparición paulatina de este idioma, desaparecieron los nombres raizales, que poco a poco se volvieron cristianos. La aculturación terminó así por imponerse.

Sin embargo, según el historiador español Manuel Lucena Salmoral,

> Murieron las encomiendas y nacieron los pueblos de españoles y los resguardos indígenas. Vinieron los traslados, los avances de los colonos, la avidez de los terratenientes, las guerras independentistas y otra vez los asaltos a los resguardos del indio... Al terminar el primer tercio del siglo XIX no quedaba ya en las antiguas tierras de los mwisca rastros del Zipa, ni del Zaque, ni de Quesada, ni de los encomenderos, ni de la vieja estructura hispanoprovincial, que iba siendo desmontada paso a paso por los políticos republicanos, pero en los campos de Boyacá y Cundinamarca, en los pueblecitos que todavía se llamaban Chocontá, Guatavita o Gachancipá, los campesinos seguían conservando sus antiguas capitanías e incluso contando su descendencia por la vía femenina, como sus antecesores los mwisca. Broadvent afirmó que las «capitanías» continuaron funcionando durante toda la época colonial, y hasta en los primeros decenios de la república [54].

[54] Lucena Salmoral, M., *ob. cit.*, p. 160.

Capítulo III

SANTAFÉ COLONIAL

La fundación de Santafé de Bogotá, al igual que la de otras ciudades hispanoamericanas, se realizó a manera de un rito que daba sentido a la ocupación del nuevo territorio. La Plaza Mayor surgió como el elemento generador de la forma urbana, como el centro geométrico y simbólico del espacio conquistado. A esta ciudad, de bajísima densidad, le correspondía dominar un amplio espacio en el país, de límites desconocidos aún en el siglo XVI, y por ello la acentuada función simbólica de orden y estratificación.

Esta función tomó cuerpo en la cuadrícula que, a manera de una parrilla adosada a los cerros tutelares, era el sello oficial del modelo del urbanismo hispánico aplicado en América, que fue desarrollado con rigor en Santafé. La proximidad a la Plaza Mayor se convirtió en el primer factor de localización y de estratificación social, y la ciudad se extendió desde la plaza hacia la sabana con una densidad decreciente. La Plaza Mayor se consolidó asimismo como el espacio abierto de reunión, de encuentro e intercambio al que acudían todos los habitantes. Las manzanas cuadradas, de aproximadamente 100 metros de lado, le imprimían un sello de uniformidad a la ciudad, que se acrecentaba con la altura de las edificaciones, casi todas de una planta, dando lugar a un tejido urbano uniforme, donde se destacaban los símbolos del control, las torres de las iglesias y los conventos. Estas manzanas estaban llenas de grandes patios y extensas huertas; así, si desde la calle aparecía lo público como homogéneo, en el interior lo privado mostraba una gran riqueza de matices y variedades.

Los conventos e iglesias que se construyeron a lo largo de la Calle Real durante el período colonial, fueron presionando sobre la estruc-

tura de las manzanas colindantes, y dieron origen a pequeñas plazas delante de sus fachadas, o a atrios, todos ellos lugares públicos de encuentro y sociabilidad.

Fue así cómo desde la iglesia de Santa Bárbara, pasando por San Agustín, Las Nieves y San Diego, se formaron plazuelas alternas a la Plaza Mayor.

Todo este esfuerzo urbanizador fue consolidando la ciudad y desembocó a fines de la colonia en la demarcación de los barrios, que tuvieron un carácter claramente administrativo, tanto en lo eclesiástico como en lo civil. Esta demarcación se hizo bajo la forma de cuarteles, que dividían en espacios regulares la ciudad y asignaban parroquias a cada barrio. Este momento coincidió con un gran auge de la ciudad, que se reflejó en un aumento de la construcción, en el crecimiento demográfico, la agilización del comercio, el interés por la ciencia y la cultura y, en fin, en los aires de la ilustración que animaron la ciudad desde la segunda mitad del siglo XVIII.

Poder en Santafé

La instalación de la Real Audiencia en 1550 consagró la presencia de la autoridad real española en la Nueva Granada, concretamente en Santafé. Las sugerencias hechas al Consejo de Indias por el licenciado Juan Díez de Armendáriz, son citadas como causantes de la determinación del monarca. Ellas tuvieron que ver con el número de españoles que residían en el nuevo reino y con la importancia de las tierras ocupadas por éstos.

La diócesis, que originalmente estaba en Santa Marta, fue trasladada a Santafé en 1553 por el papa Pío VI, con su obispo fray Juan de los Barrios. Así el poder religioso comenzó a imponerse en la villa santafereña de manera casi coetánea con el civil.

El Cabildo

Las circunstancias que acompañaron el surgimiento de esta autoridad municipal no fueron afortunadas, como tampoco fue fructífera la mayor parte de su ejercicio durante el período colonial. La desapari-

ción de sus archivos en un incendio en 1900 ha contribuido a crear confusión acerca de esta importante institución.

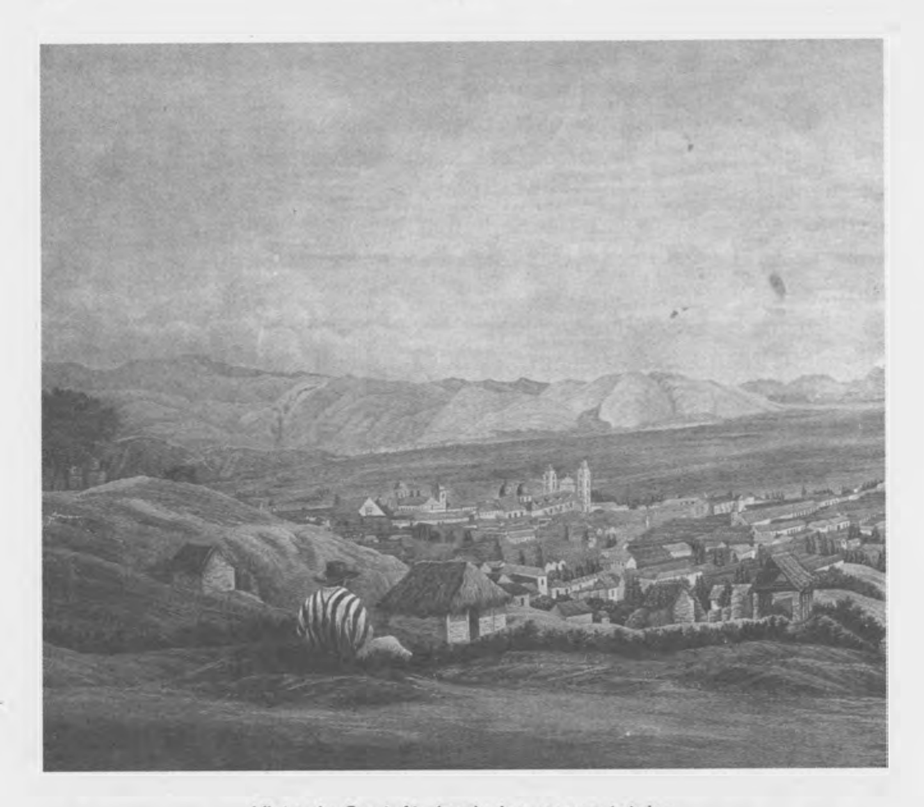
El siglo xvi es mencionado como su momento de mayor preponderancia, quizás por la identidad de actividades que tuvieron simultáneamente la Real Audiencia y el Cabildo, en las que las referentes al reparto y manejo de las tierras tenían más que ver con el segundo, compuesto por los iniciales poseedores y propietarios que tuvo el territorio.

En los siglos posteriores hay referencias negativas que indican la crónica falta de regidores para el cabal funcionamiento de la institución municipal, así como su escasa asistencia a las sesiones, y su negligencia y desinterés por resolver los asuntos de la ciudad. En 1697, una Real Cédula puso de presente el abandono en que los alcaldes mantenían sus ocupaciones, y pedía que se eligiera para esos empleos a personas que estuvieran todo el año en la ciudad. A pesar del desorden administrativo, la segunda mitad del siglo xviii muestra una ciudad en apogeo, lo que coincide con la implantación de los Borbones en el trono de España.

Los ingresos del Cabildo

En la recopilación de 1573, que regulaba la forma en que debía hacerse la traza de los poblados de América, se ordenaba que se dejara tierras comunales: ejidos y dehesas para que allí pastaran los ganados de los vecinos y de la carnicería. Estos terrenos debían circundar el poblado, pues podían también servir de áreas de expansión urbana, de modo que la ciudad pudiera crecer sin obstáculo. Los ejidos y dehesas formaban parte del patrimonio de la ciudad, la cual derivaba de ellos sus ingresos, puesto que le era permitido arrendar, vender y parcelar estas tierras como le conviniera. Este conjunto patrimonial administrado por el Cabildo se llamó «Ramo de propios».

Al parecer, Santafé nació sin ejidos y dehesas, pues fue sólo hasta 1571 cuando el Cabildo delimitó las tierras de propios. De todas maneras, los ingresos de la ciudad fueron deficitarios hasta finales del siglo xviii, cuando la capital vivió una pequeña bonanza económica. La debilidad de las finanzas municipales se manifestó en los siguientes hechos:



Vista de Santafé desde los cerros tutelas

En 1622 se presentó al rey una petición para que auxiliara las arcas municipales, pues sus ingresos de sólo 1.000 pesos por concepto de la dehesa no alcanzaban para la ejecución de las obras públicas emprendidas en este período y la ciudad se encontraba muy endeudada.

En 1653, el Cabildo elevó una nueva petición de auxilio al rey, por considerarse en situación de quiebra fiscal. Ya no sólo estaba endeudada sino que nadie quería ocupar ni comprar los cargos de regidor. Los ingresos continuaban en 1.000 pesos. Ante este desolador panorama, el rey facultó al Cabildo para que cobrara a las pulperías y tiendas de mercadería, para que entregara a censo sus propios, para que «se haga carnicería para propios /.../ y pueda fabricar a su costa ventas en su jurisdicción por el camino real /.../». Además, le otorgó un auxilio de 6.000 pesos, que se redujo finalmente a 1.300.

Durante todo el siglo XVII los únicos ingresos de la ciudad fueron los que le proporcionaron sus dehesas, que se mantuvieron en 1.000 pesos. Para las pocas obras públicas ejecutadas en este período se recurrió a la mano de obra indígena –¿repartimiento, o mita urbana?–, a las donaciones privadas y a los aportes del gobierno real.

Brubaker y Julián Vargas han hecho una reconstrucción aproximada de lo que pudo ser la evolución de los ingresos de la ciudad. Las cifras por ellos obtenidas muestran cómo, a partir de 1735, comenzaron a aumentar las entradas, hasta llegar a 2.274 pesos. Para 1785 este valor se duplicó y algo más, pues ascendió a 5.590 pesos.

Las finanzas municipales dependían en ese momento básicamente de tres fuentes. La primera estaba constituida por el patrimonio inmobiliario urbano y rural. Vargas totalizó entre 1797 y 1809, 39 propiedades pertenecientes al municipio: 7 potreros, 7 estancias y lotes rurales, 6 tiendas, 5 solares, 5 lotes suburbanos, 4 ventas, 3 casas, una ramada, un ejido grande. La segunda fuente era el crédito. En 1807, las arcas del Cabildo presentaban un pequeño superávit, que fue solicitado en préstamo por don Mariano Tovar. En enero de 1808, el Cabildo decidió prestar a censo sus excedentes fiscales, que eran de «mil y tantos pesos». La tercera fuente de ingresos de Santafé procedía de los impuestos. Si bien éstos eran potestad del monarca, y por lo tanto el Cabildo no podía imponerlos, a finales del siglo XVIII los virreyes ya habían permitido su cobro para algunas actividades. Así fue cómo, en 1775, el virrey Solís autorizó al Cabildo el cobro de diez pesos por el funcionamiento de cada mesa de billar. Otras actividades sobre las que el Cabildo cobró impuestos fueron las carnicerías, las ventas de los caminos, los molinos, las tiendas y pulperías, las loterías públicas y la distribución de aguas.

Relaciones entre el Cabildo y la Real Audiencia

La historia del Cabildo de Santafé estuvo marcada por las constantes intervenciones de la Audiencia en sus actos. Un memorial de la Audiencia, fechado en 1795, pone de presente la situación. Según este documento, hacía veintiocho años que el Cabildo no revisaba las cuentas de propios y además manejaba éstos sin contar con el virrey ni con la Audiencia. La pugna llevó a esta última a solicitar juicio de

residencia al Cabildo. Insólito, pero expresa la agudeza del conflicto. Desde la segunda mitad del siglo XVI se inició el forcejeo entre ambos. Esta oposición tuvo su origen en la resistencia de los encomenderos, representados en el Cabildo, a los intentos de la Audiencia por someterlos al orden jurídico real.

En cuanto a la administración de la ciudad, fue notoria la intervención de la Audiencia en el período que va desde su instalación, en 1550, hasta 1570, cuando el Cabildo asumió con mayor decisión sus funciones. Esta intervención buscaba resolver tres problemas de la ciudad: obras públicas, precios y abastos. Tales problemas correspondían al Cabildo, pero éste no los había resuelto.

En lo referente a las obras públicas, los problemas más acuciantes comenzaban con la catedral, que a pesar de reales órdenes y piadosas limosnas no se comenzaba; como tampoco la cárcel municipal y el hospital, indicados por las ordenanzas respectivas. La Audiencia demandó el cumplimiento de estas obras.

En el aspecto del control de precios, el problema empezó ocho años después de la instalación de la Audiencia, cuando en 1558 se presentó en la ciudad una aguda escasez de víveres, ante la cual la Audiencia solicitó al Cabildo que reglamentara los precios de los productos alimenticios y de artesanías, como platería, herrería, sastrería, zapatería y carpintería.

Sobre las tierras, el problema surgió desde la fundación de Santafé, cuando el Cabildo se atribuyó la función de otorgar las vacantes a vecinos y pobladores. Esta atribución fue cuestionada ante el rey en 1540 por el procurador de la ciudad alegando irregularidades en el repartimiento. No obstante, el Cabildo continuó proveyendo tierras. Desde la instalación de la Real Audiencia en 1550, la función de repartimiento fue asumida también por esta institución, por lo que en 1555 el rey reprendió a la Audiencia por entrometerse en este asunto, función que correspondía exclusivamente a los Cabildos. A partir de la institución de la Presidencia (1564), el conflicto jurisdiccional comenzó a decaer pues la mayor parte de la tierra estaba ya otorgada. A partir de 1589, tanto el Cabildo como la Audiencia dejaron de asignar tierras.

Respecto a los indígenas, el conflicto entre la Audiencia y el Cabildo por el gobierno de los indígenas, comenzó cuando la primera empezó a obligar a los encomenderos a cumplir sus deberes con los indígenas, especialmente respecto de su adoctrinamiento, regulación del trabajo y

tributos. Teniendo en cuenta que el grupo encomendero era el sector dominante de Santafé y que a través del Cabildo controlaba la administración local, los intereses personales de este grupo se hacían coincidir con los de la ciudad. De ahí que las intervenciones de la Audiencia tendieron frecuentemente a corregir esta situación, máxime cuando la urbe dependía de la mano de obra indígena en asuntos como el abastecimiento de alimentos y de leña, la conducción de agua, las obras públicas, la construcción de iglesias, edificios y casas privadas. Así, por ejemplo, durante el siglo XVI, la provisión de alimentos para Santafé estuvo controlada por los encomenderos, por lo cual cada vez que se sentían presionados por la Real Audiencia ocasionaban una escasez de alimentos. Tal como sucedió cuando se les prohibió utilizar a los indios como bestias de carga. Para fines del siglo XVI, la posición económica y política de los encomenderos se hallaba debilitada y entonces tanto las actividades públicas de Santafé como la de sus habitantes —burócratas, comerciantes, artesanos, órdenes religiosas—, pudieron aprovechar la mano de obra indígena mediante el sistema de alquiler de la misma.

Autonomía del Cabildo. Con su llegada a Santafé, la Real Audiencia intentó obstaculizar el derecho que hasta entonces ejercía el Cabildo de nombrar a sus alcaldes. Esta controversia continuó a lo largo del período colonial y la Real Audiencia terminó aceptando los nombramientos del Cabildo pero sujetos a su confirmación y a la del virrey.

La conformación urbana

El marco urbano inicial de Santafé estuvo delimitado por fronteras naturales. Al norte y al sur respectivamente, corrían los ríos San Francisco y San Agustín. Al oriente el límite lo marcaban los cerros de la cordillera oriental y al occidente un enorme barranco formado por las continuas crecientes del río San Francisco que inundaban la planicie y causaban erosiones [1].

[1] Veáse: J. Vargas, *La Sociedad de Santafé Colonial.* CINEP, Bogotá, 1990. y G. Brubaker, *Santafé de Bogotá: A Study of Municipal Development in Eigteenth century Spanish America,* Ph. D. Tesis. University of Texas, Austin, 1960.

Espacio urbano

La llamada Plaza de las Yerbas –actual Plaza de Santander– situada en la margen derecha del río San Francisco, fue el primer centro de actividad cívica y religiosa de la ciudad. Allí se construyó el humilladero, capilla pajiza donde se ofició la primera misa. En su marco construyeron algunos fundadores sus residencias, debido a las características de plaza mayor que inicialmente tuvo. Esta posición privilegiada fue sin embargo transitoria, pues, como se señaló, a partir de 1553 la Plaza Mayor absorbió las atribuciones correspondientes.

En ese año, con la llegada del también ya mencionado obispo fray Juan de los Barrios, se decidió reemplazar la capilla de paja por una catedral en la Plaza Mayor. En 1554, el mercado semanal instalado en la Plaza de las Yerbas fue también trasladado. La Real Audiencia hizo lo propio en 1555. La entronización de la Plaza Mayor estableció desde entonces un eje con la Plaza de las Yerbas cuya unión fue la calle denominada, a partir de 1556, Calle Real del Comercio –actual carrera séptima–. La ubicación de las iglesias-conventos de las órdenes de San Francisco y San Agustín en los polos norte-sur de la ciudad, sobre la misma Calle Real, hacía que Santafé pareciera dibujada linealmente, con una apariencia alargada.

Esta situación se hacía más palmaria si se tiene en cuenta que la Calle Real hacia el sur, desde el convento de San Agustín, se conectaba con el camino a Fómeque y a las encomiendas del sur de la ciudad. Además, dos cuadras al sur del mismo convento de San Agustín, construyó el encomendero Lope de Céspedes la ermita de Santa Bárbara. Por el norte, la Calle Real se conectó con el camino hacia Tunja. Cinco cuadras al septentrión de San Francisco, otro encomendero, Cristóbal Bernal, construyó en 1581 una ermita dedicada a la Virgen de las Nieves. En 1587, doña Francisca de Silva donó el área delantera de la ermita, formándose así una plazuela, la de Las Nieves.

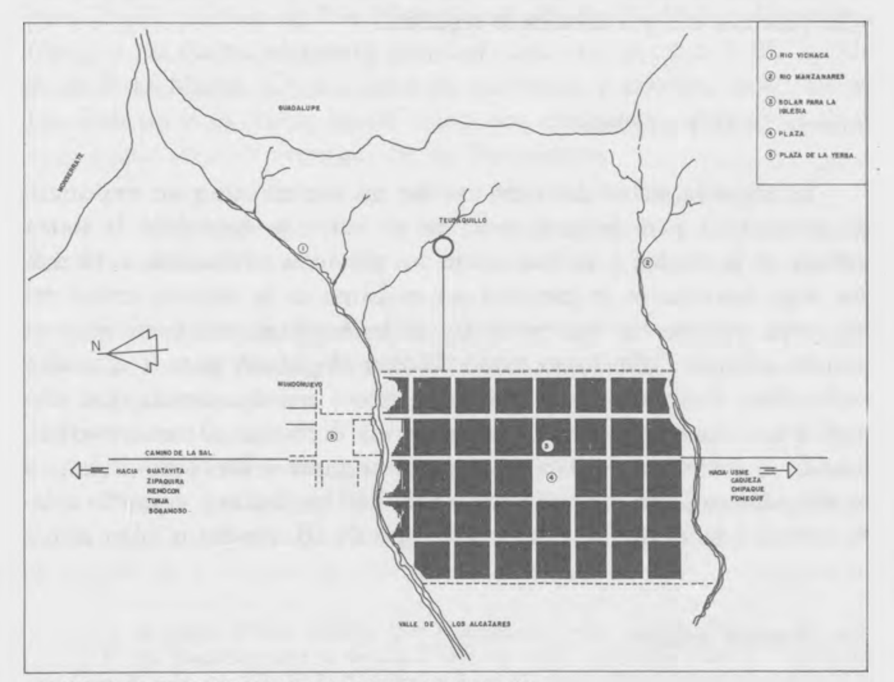
Estas piadosas donaciones de los ricos encomenderos de la ciudad demarcaron la inicial configuración urbana de Santafé, y no fueron desinteresadas, pues contribuyeron a revalorizar sus propios predios.

No es casual que la configuración urbana se iniciara a partir de las iglesias y conventos, en una sociedad donde la fe y la práctica religiosa constituían el principio rector de la vida de los individuos. La iglesia reflejaba la expresión simbólica del ideal modo de ser de las

gentes. El habitar cerca de algún sitio sagrado, llamárase iglesia o convento, significaba estar mucho más cerca de la morada celestial. De ahí que estos lugares se convirtieran en los puntales del desarrollo urbano, tal como lo muestra el hecho de que los tres primeros barrios de la ciudad, Santa Bárbara, La Catedral y Las Nieves, se crearon alrededor de las iglesias del mismo nombre. La parroquia, sede del cura que vela por las almas, fue así el elemento simbólico dominante que presidió la inicial configuración urbana de Santafé.

Desarrollo urbano

La urbe tenía su centro en la Plaza Mayor, componente de una retícula, trasunto fiel del damero que se hace presente en los municipios castellanos como base de su trazado. Alrededor de esta plaza se desarro-



PLANO DE LA CIUDAD DE SANTAFE EN LA MITAD DEL SIGLO XVI.

Plano de Santafé

lló Santafé, que sumó su cuarto barrio con el de San Victorino, al ser erigida una capilla de este santo en 1598 sobre el camino a Fontibón.

La escasez de calles no obstó para que se integrara al paisaje urbano una alameda sin álamos, aunque con alisos y sauces, pues en las últimas décadas del gobierno español se construyó una alameda de San Victorino hacia el norte –la actual carrera 13– y otra después al occidente, –la calle 13, hacia la actual estación ferroviaria de la Sabana–. De esta forma, las principales vías de acceso a la ciudad fueron, por el norte y sur la Calle Real, y por el occidente, el Camino de Occidente, que partía de San Victorino para bifurcarse un poco más allá en dos ramales: uno que, vía la Mesa, permitía llegar a Neiva, Popayán y Quito, y otro que, vía Fontibón, unía a Santafé con el puerto fluvial de Honda, en el río Magdalena y, por este último, a la capital con la costa atlántica. Las otras dos calles importantes de la población serían, casi hasta el siglo XX, la calle de Florían –actual carrera octava–, y la ya mencionada alameda –actual carrera 13–, sitio de comercio la primera y de paseos a pie y a caballo la segunda.

Edificios civiles y religiosos

La segunda mitad del siglo XVI fue un período de gran importancia urbanística para Santafé, pues en su curso se consolidó la trama urbana de la ciudad y se levantaron sus primeras edificaciones. El mayor auge constructor se presentó sin embargo en la primera mitad del siglo XVII, cuando los repartimientos de indios para las labores urbanas –¿mita urbana?– ofrecieron mano de obra abundante para la actividad edificadora. Después, hasta 1750, se produjo una decadencia que sólo vino a ser superada gracias al arribo de los Borbones al trono español, cuando la autoridad política dio un gran impulso a las obras civiles, en su afán de reorganizar el imperio español en las Indias y sujetarlo drásticamente a su dominio. (Ver anexo capítulo III, cuadro n.º 1).

Equipamiento urbano

El ya mencionado camino de Honda y el camino a Tunja fueron sin duda las vías de comunicación fundamentales de la ciudad en esta

época [2]. El de Honda, intransitable y peligroso en invierno, era apropiado para el lomo del indio [3]. El de Tunja, pésimo camino de herradura, fue la continuación de la Calle Real del Comercio hacia el norte y sirvió originalmente a los muiscas para su movimiento mercantil. Este camino, hacia el sur, fue prolongado en época del virrey Solís hasta Villavicencio, en un intento inicial de colonizar los llanos orientales.

Los puentes formaron parte de la vida de Santafé en sus primeros siglos, dada la ubicación de la ciudad en medio de los ríos San Francisco y San Agustín, que sirvieron como límites a las parroquias en que inicialmente se dividió. El San Francisco separaba las parroquias de Las Nieves y La Catedral. Además de estos dos ríos, hubo otros de menor importancia en cuanto a su caudal pero que sirvieron para abastecer de agua la ciudad. Uno de ellos, el río Arzobispo, desciende todavía de oriente a occidente por el Parque Nacional.

De esta última corriente se abastecieron los hermanos recoletos de San Diego desde comienzos del siglo XVII, y más tarde surtió el agua para la pila pública de Las Nieves y el acueducto de San Victorino. Otro, el río Fucha, abasteció desde el siglo XVII, y hasta 1805, la pila de la Plaza Mayor. Ciudad llena de quebradas y arroyos, como los de Las Delicias y La Vieja, Santafé tuvo una permanente relación con el agua y una singular dependencia de los puentes.

Puentes coloniales

Sobre el río San Agustín:
– Puente de San Agustín (1602-1605).
– Puente de Lesmes (1628-1630).
– Puente Giral.
Sobre el río San Francisco:
– Puente San Miguel (Primero en aparecer en 1558 y reconstruido varias veces).

[2] C. Martínez. *Bogotá. Sinopsis sobre su evolución urbana*, Bogotá, 1987, p. 84.

[3] El río Magdalena fue la principal ruta que tuvo Colombia hasta la llegada del avión en el siglo XX. Ver R. L. Gilmore y J. P. Harrison, «Juan Bernardo Elbers y la Introducción de la navegación a vapor en el río Magdalena», en *El siglo XIX en Colombia*. La Carreta, Bogotá, 1977.

– Puente de San Victorino.

Sobre el río Funza:

– Puente del Común.

– Puente Grande (1664).

Sobre los ríos de San Agustín y San Francisco:

– Puente de San Antonio (1754-1757).

– Puente Aranda (1768).

Sobre el río San Cristóbal:

– Puente de Bosa (1713).

Para abastecer de agua la ciudad, el Cabildo decidió construir un acueducto que tomaba el líquido en el río San Agustín y lo llevaba hasta una pila que se instaló en la Plaza Mayor y que duró cerca de tres siglos. Esta obra, emprendida en 1584, solucionó en gran medida el problema del agua, que en los primeros años era conducida a las casas por indios aguateros.

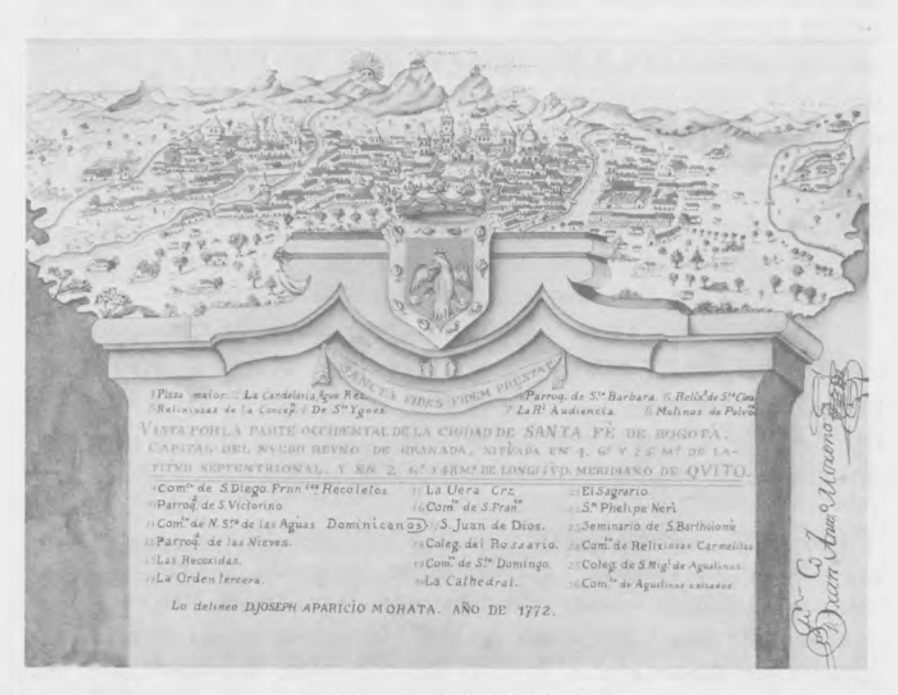
En 1757 se inauguró el acueducto de Agua Nueva. Luego de dos siglos de constante búsqueda de solución al problema del agua en Santafé, se decidió construir un acueducto que aprovechara la parte alta del río San Francisco, recogida en una bocatoma, para llevarla por una acequia también hasta la pila de la Plaza Mayor. A este acueducto se opusieron tenazmente los molineros, que vieron reducido el caudal de agua necesario para impulsar sus molinos. A pesar de ello, su servicio duró hasta fines del siglo XIX, cuando se construyó el acueducto de hierro.

El último acueducto construido en la Santafé colonial fue el ya mencionado del barrio San Victorino, inaugurado en 1803 con aguas del río Arzobispo.

Estos acueductos abastecieron además de las pilas de las plazas, algunas residencias privilegiadas que pagaban por el servicio privado del agua. Los vecinos que por razones de la distancia o del dinero no podían surtirse de estos acueductos, se servían de los chorros públicos, los cuales consistían en cajitas situadas en las calles y que tomaban el agua de solares privados. Para fines del siglo XVIII el cronista Moisés de la Rosa contó 36 chorros en la ciudad. Por otra parte, las pilas y los chorros constituían el punto de congregación de las aguateras y de los vecinos pobres que acudían en busca de agua. Crearon así formas de sociabilidad de las gentes de Santafé, puntos de circulación de los chismes y rumores de la urbe y también expresiones de la vida colectiva.

El aseo de las calles tuvo una relación directa con las aguas de lluvia que lavaban los espacios públicos. Las gentes lanzaban las basuras domésticas a las vías para que la lluvia las arrastrara calle abajo. Al finalizar los días de mercado había una verdadera inundación de desperdicios y porquerías. En las calles empedradas las aguas residuales corrían por un caño abierto en la mitad de la vía. Las acequias, que conducían las mercedes de agua, eran frecuentemente enfangadas e invadidas por basuras.

Las calles hablaban un lenguaje simbólico, dado que sus nombres estaban ligados a las creencias religiosas, a los antepasados, a la naturaleza, a las profesiones y oficios o a los edificios político-administrativos que las bordeaban. Ejemplos de esta manera de representar los habitantes su imaginario colectivo pueden ser las calles de San Bruno y San Juan Nepomuceno, las de La Peña, Las Águilas, la Real del Comercio, la del Herrero, la de Las Aulas y la de La Aduana.



Plano de Santafé de Bogotá

Materiales de construcción en Santafé

La confrontación de dos civilizaciones diferentes en América tuvo como resultado la preponderancia de una de ellas, la que por su fortaleza tenía más posibilidades de sobrevivir. Este hecho inevitable puede comprobarse en los aspectos sociales, religiosos e idiomáticos. Sin embargo, en un punto al menos la parte física del encuentro de dos mundos no presentó una tan clara imposición. Así, los procedimientos de construcción en Santafé, obedecieron a la mezcla de las dos tradiciones arquitectónicas. La indígena, con sus enchinados, muros de bahareque, los techos pajizos, el empleo de tomizas o cuerdas y esteras elaboradas con pajas, espartos o juncos. La otra, la hispánica, distinguida por la tapia pisada, el adobe y el ladrillo, la teja y otros materiales cerámicos.

El bahareque, uno de los aportes indígenas que mejor acogida tuvo entre los hispanos, se formaba mediante el procedimiento de hincar postes a distancias convenidas, con base en los cuales se hacían muros interiores y exteriores de caña entretejida, relleno con escombros de construcción y revestidos con barro. Los techos de paja, considerados como otra de las contribuciones aborígenes a la arquitectura colonial, se formaban atando manojos de ese vegetal a las estructuras de la cubierta. Los atados variaban entre 30 y 40 cm. de largo y 8 o 10 cm. de espesor en la base, sitio en el cual se amarraban con una especie de cordón hecho de la misma paja.

La tapia pisada, procedimiento constructivo español por excelencia, fue distintiva de la arquitectura residencial santafereña.

Consistió en la construcción de muros de tierra apisonada entre tapiales —tableros de madera—, con cimientos en piedra como apoyo, que daban estabilidad y protegían a la edificación de la humedad. La tapia también fue utilizada como muro divisorio de corrales y deslinde de predios rurales. Su aspecto exterior poco llamativo era mejorado con enlucidos formados por argamasas, preparadas en bosta y arenas arcillosas. El toque final se daba con pinturas a base de cal.

El ladrillo y la teja se utilizaron en la ciudad, casi desde su fundación. El ladrillo «cocho», producido en chircales con hornos que llegaban hasta una temperatura de 650 ° C. era de escasa resistencia, y pronto fue descartado. El ladrillo llamado tolete intervino como material de aparejo y relleno, en los muros de calicanto. El ladrillo con

mejor acogida fue el tablón, que medía 28 x 28 x 4 cm. Los de enlosado, un poco más grandes, se usaron en zaguanes, habitaciones, corredores y patios, ventanas, cúpulas, camarines de iglesias, capillas y conventos. Las tejas tuvieron un cocimiento y una consistencia superiores a los de los materiales señalados, y cubrieron todas las construcciones. El centro de Santafé se distinguió por la uniformidad de sus tejados, que multiplicaban la teja española.

La cal se empleaba para la preparación de morteros y enlucidos. Las obras de calicanto estaban formadas por trozos de piedra sentados en morteros integrados por una parte de cal y tres de arena y agua. Era indispensable que la cal estuviera podrida, es decir humedecida, y decantada varias veces en albercas. Estos morteros fueron imprescindibles en las obras trabajadas con sillares de piedra, como el puente del Común, la fachada principal de la catedral y el Observatorio Astronómico.

Con la madera se formaron vigas de entrepiso, andamios, entramados, cerchas y techos. Trabajado este material con azuela, quedaba apto para columnas, dinteles y vigas pulidas. Se usó también en forma de canes —vigas— para el sostén de los balcones. El piso de las habitaciones era formado por tablas y tablones pulidos con cepillo, garlopa, sierra o torno. La madera sirvió además para la fabricación de puertas y ventanas, balcones, comedores y barrotes protectores en las ventanas de primer piso [4].

SOCIEDAD

Población

Los datos que se poseen acerca de la población de Santafé son precarios durante el período colonial, por la ausencia de censos y por el ya mencionado incendio de los archivos de la municipalidad, ocurrido en 1900.

Durante el siglo XVII la población de Santafé fue predominantemente indígena —al menos en un 70 %— [5]. El resto de la comunidad

[4] C. Martínez, *ob. cit.*, p. 84.
[5] *Ibidem*, p. 198.

estaba constituida por la burocracia española, encomenderos y comerciantes, clérigos y monjas, blancos pobres, y algunos negros esclavos que hacían parte de la servidumbre doméstica [6].

Durante el siglo XVIII la composición demográfica empezó a cambiar, pues la población indígena disminuyó en proporción considerable y un nuevo grupo racial entró en escena: los mestizos.

La tendencia decreciente del sector indio comenzó a observarse desde las primeras décadas del siglo XVII. Las cifras muestran que entre los años 1592-1595 a 1630-1640, la población indígena de la Sabana pasó de 42.257 a 33.333, es decir que bajó en un 21,5 % [7].

A partir del primer tercio del siglo XVII, la tasa de decrecimiento del sector aborigen disminuyó en la ciudad, aunque continuó reduciéndose hasta la primera mitad del siglo XVIII. La principal causa de la mengua de los grupos indios se encuentra en las instituciones de la encomienda y la mita, que imponían a los naturales obligaciones tributarias y laborales excesivas, que en muchos casos los obligaban a huir de sus pueblos [8]. Otra causa no menos importante del descenso demográfico la constituyeron las epidemias, siempre presentes en todo el período colonial.

Los indígenas durante el siglo XVII vivían en barrios de extramuros como Pueblo Viejo y Pueblo Nuevo, el primero en el extremo oriental, y el segundo muy al norte. Se mezclaban con los españoles por su relación de trabajo, que les hizo aprender oficios artesanales como la panadería, la albañilería y la platería, o por la convivencia de sus mujeres que hacían la servidumbre de las familias prestantes.

A mediados del siglo XVIII, el ritmo de crecimiento de la población indígena empezó a ascender nuevamente, y se acercó al de los demás grupos sociales. Sin embargo, en los años 1778-1779 los indios constituían apenas el 10 % de los pobladores de Santafé. Esta caída vertiginosa fue correlativa con el aumento acelerado de los mestizos, mientras los blancos mantenían estancado su aporte. En 1793, el 57 % de la población era mestiza, el grupo blanco conformaba el 38,3 %, los negros, libres y esclavos el 5,8 %, mientras los indios no llegaban sino

[6] J. Vargas, *ob. cit.*, p. 23.
[7] *Ibidem*, p. 149.
[8] *Ibidem*, p. 17.

a 500, lo que representaba sólo el 3 % de los habitantes del casco urbano.

Los mestizos. Las mujeres indígenas se unieron con los españoles en matrimonio o libremente, aprovechando las diferentes alternativas que la ciudad ofrecía, y esta circunstancia implicó el surgimiento de una población mestiza nativa de Santafé, muy significativa desde el siglo XVIII, que apresuró la desaparición de los límites culturales entre indios y mestizos.

En medio de la inexistencia de soportes dignos de crédito, Julián Vargas afirma que,

> Entre 1778 y 1800, la población santafereña creció en un 34,13 %. En estos veintidós años pasó de 16.002 habitantes a 21.464, un aumento absoluto de 5.460 personas, lo cual hace una tasa anual de crecimiento del 1,3 %. De acuerdo con estos datos se pueden ver dos pautas de crecimiento. Una, poco pronunciada, entre 1779 y 1793, 0,7 % de crecimiento anual, y otra de mayor pendiente entre esta fecha y 1800. Durante este período de siete años ocurrió un crecimiento anual del 2,4 % [9].

La diferencia entre estas tasas de crecimiento pudo ser ocasionada por las epidemias de viruela que vivió la ciudad entre 1782 y 1788.

Las epidemias en Santafé y sus alrededores fueron frecuentes durante toda la época colonial. Los conquistadores introdujeron en la meseta chibcha la viruela, el tifus, la gripe, la lepra y la sífilis. Aunque la concepción de la época atribuía a las epidemias un origen divino —eran penitencia y castigo para los pecadores—, las autoridades tomaron diferentes medidas para sofocarlas, como los controles a las importaciones y a los pasajeros en Honda, las cuarentenas y las quemas. El fuego fue el elemento purificador por excelencia. Las rogativas, a su vez, vinculaban al público pecador con el perdón de Dios. El arzobispo Zapata de Cárdenas hizo traer de la población de Chiquinquirá, la imagen de la Virgen que allí se venera y la expuso en la Catedral. Según se dice, desde la llegada de la Virgen de Chiquinquirá la peste y el mal contagioso se «sosegaron». Santafé la consagró entonces como Santa Patrona contra las pestes. Los habitantes quisieron apropiarse de

[9] *Ibidem*, p. 45.

la imagen, pero los vecinos de Chiquinquirá se opusieron y finalmente fue devuelta a su sitio de origen, con la promesa de que cada vez que Santafé la necesitara para conjurar epidemias le sería prestada. (Ver anexo capítulo III cuadro n.º 2)

En 1782, el médico y botánico español José Celestino Mutis utilizó la inoculación para prevenir la viruela. Sin embargo, fue en 1804, con la llegada a Santafé de una comisión de la Expedición Filantrópica, cuando se empezó a aplicar sistemáticamente la vacuna de la viruela, y se creó en la capital una Junta Presidencial de la Vacuna, encargada de regular su utilización en todo el virreinato [10].

Varios ejemplos podrían ilustrar no sólo los padecimientos sufridos, sino las crisis poblacionales ocasionadas por las epidemias. En 1558, 10.000 indios murieron en el altiplano por la viruela. En 1590, por la misma causa, murieron las tres cuartas partes de la población indígena de Santafé. Una epidemia de tifus, entre 1600 y 1633, exterminó otras cuatro quintas partes, junto con 96 blancos y 185 clérigos. Las investigaciones modernas han registrado en el siglo XVIII más de diez epidemias de viruela, sarampión y peste que ocasionaron innumerables muertos.

La distribución social en Santafé como en toda la Hispanoamérica de la época estaba rígidamente estratificada [11].

Los grupos sociales eran definidos con criterios primordialmente raciales. Blancos, mestizos, indios, eran las categorías que particularizaban el estatus social. Además de este principio racial obraban otros, como el lugar de origen, la religión, la profesión y el tipo de alianza nupcial y política establecida. De esta manera, el vértice de la pirámide social estaba compuesto por los blancos españoles que reunían los requisitos de ocupar cargos burocráticos o militares, ser conquistadores o descendientes de ellos y practicar públicamente la religión católica. Las costumbres señalaban signos de diferenciación social inequívocos: vestidos y adornos, el escaño de la iglesia, el tratamiento verbal. Aunque no siempre estos ritos se acataron, particularmente en el comportamiento sexual y amoroso que legitimó muchas veces el concubinato

[10] En 1803 Carlos IV organizó una expedición, con el objeto de aplicar en las Indias la vacuna.

[11] J. Vargas, *ob. cit.*

haciendo caso omiso del orden jurídico y de la política de la Corona, que siempre aspiró a que se casaran los que se unían a pesar de pertenecer a distintos estratos sociales, pues para ella el matrimonio santificado lo arreglaba todo. El grupo social que participaba del poder siempre estuvo presto a defender sus privilegios. De ello dan cuenta varios enfrentamientos entre los miembros de la Real Audiencia y de los Cabildos secular y eclesiástico, por la posición que unos y otros creían vulnerada en los actos públicos, civiles y religiosos.

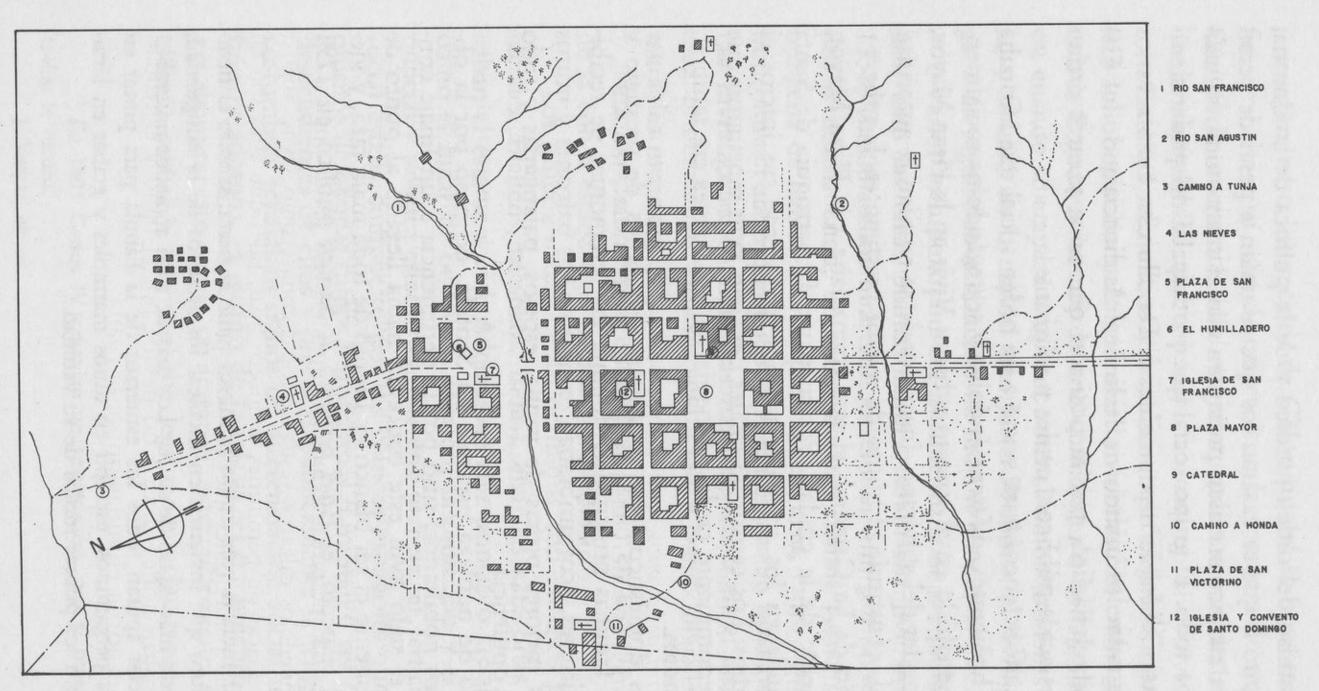
El que Santafé se encontrara sujeta a un orden social que afirmaba el rango de sus habitantes, diferenciándolos y segregándolos socialmente, era posible percibirlo en el espacio urbano. Vivir en la Plaza Mayor, el símbolo del poder del soberano, lugar donde se reunían la autoridad divina y terrenal, constituía el punto de mayor prestigio en la urbe.

Era el barrio de La Catedral, el que circundaba a la Plaza Mayor, el más preeminente de la ciudad. Por su parte, la parroquia de Santa Bárbara, construida en los arrabales sureños, fue desde sus inicios el barrio de los indios. Los censos de finales del siglo XVIII mostraron que la población predominante en la parroquia de Las Nieves era también de mestizos e indios.

Los objetos domésticos eran igualmente símbolos de prestigio y honor, pues las familias principales, durante las ceremonias de recibimiento de los virreyes, acostumbraban exhibir en los balcones y muros de sus casas las mejores piezas de vajilla, espejos, palanganas y todo signo visible de opulencia.

El concepto de nobleza presente en Santafé, no pasó por la obtención de títulos nobiliarios, sino por la pertenencia a un linaje conquistador. Para el siglo XVIII este concepto había llegado al punto de significar simplemente el ser blanco «y limpio de toda mala raza, y viejo cristiano». Al respecto, el *Papel periódico de Santafé* publicó en 1791 la siguiente nota:

> Qué feliz fuera la vida de los hombres sobre la tierra, si todo el tiempo y tesoro que invierten en inculcar los archivos de la antigüedad, tuviera uso más digno de su ser. Los más de ellos afanados miserablemente, casi apuran todos los esfuerzos de la Fábula para pintar en delicados pergaminos, esculpir en duros mármoles y grabar en láminas de oro los pobres Idolos de su vanidad...



PLANO DE SANTAFE A FINALES DEL SIGLO XVI

Plano fines S. XVI

Vestidos

Los indios de la Sabana usaron manta de algodón hasta la primera parte del siglo XVII, y la de lana caracterizó desde la misma época al indio urbano. Mantas había de diferentes clases, chingas o comunes, y las buenas o pintadas. El vestido de las indígenas ciudadanas consistía en una camisa de lienzo o tela basta. Con el tiempo aparecieron unos cambios en su atuendo, como la introducción de la ruana, que se extendió en el siglo XVIII a todos los sectores pobres de la ciudad, aunque con los años esta prenda mejoró su posición social.

La indumentaria que distinguió a los mestizos durante el siglo XVIII fue la ya mencionada ruana. Vestían también camisa y pantalón, de lienzo o algodón, sombrero de hoja de palmera y alpargatas. Las mestizas llevaban telas ordinarias y alpargatas. Se cubrían la cabeza con monteras de paño o de bayeta.

Aunque no existe una descripción fidedigna cerca de la vida social de los mestizos en Santafé, es posible seguir algunos rastros de ésta en los artesanos del siglo XVIII. En 1777, el gobierno virreinal promulgó la *Ynstrucción general de gremios*, con la que se buscó organizar a los artesanos del Nuevo Reino de Granada fijándoles una moral, y normas de vestir y de aseo. Esta instrucción expresa que:

> El uso de las ruanas en estos reinos es parte muy principal del desaseo; ella cubre la superior del cuerpo, y nada le importa al que se tapa ir aseado o sucio en el interior: descalzos de pie y pierna se miran todas las gentes, y sólo con la cubierta de la ruana, que aunque en efecto es mueble muy a propósito para cuando se camina a caballo, debería extinguirse para todos los demás usos; y así los maestros, y padres han de procurar quitarla enteramente a sus discípulos, e hijos haciéndolos calzar y vestir de ropas cortas como sayos, anguarinas, o casacas sin permitirles tampoco capas, pues que éstas son tanto, o más perjudiciales que las ruanas para el aseo de los artesanos [12].

En estas instrucciones el aseo no pasaba por el baño y el cuidado del cuerpo, sino por la eliminación de la ruana.

[12] *Ibidem*, p. 87.

La manera de vestir de los notables es descrita así en el libro *Cosas de Santafé*, de Daniel Ortega Ricaurte:

> Los señores encopetados de fines del siglo XVIII usaban larga casaca azul o grana de pana con cuello empinado «de cordero pascual» y ancha solapa galoneada, las faldas del casacón bajaban hasta cerca del talón y tenían botonadura de metal, camisa con cuello de elevadas puntas y pechera de encajes de batista almidonada, chaleco de raso de color que cubría el vientre y bajaba hasta la parte anterior de los muslos, prenda en cuyo bolsillo guardaban el reloj con pendientes de complicados dijes y miriñaques, pantalón rodillero de casimir con charnelas de oro, medias de seda, que dibujaban el perfil de la pierna, zapatos puntiagudos, con plateadas hebillas o botas con vueltas de cuero, capa de grueso paño de San Fernando con aleta también galoneada, bajo la cual asomaba el espadín o la tizona y sobre la peluca con varias onzas de polvos blancos llevaban el chambergo que luego fue trocado por el sombrero de tres picos o tricornio, con vistosa escarapela roja. Después se suprimió la solapa de la casaca, que para las fiestas era bordada, moda que se llamó bonapartina, la casaca fue sustituida por chaqueta de la cual salían los pliegues y chorreras de encajes de holanda de la misma camisa, cubriendo parte del chaleco, ordinariamente bordado pero ya mucho menos largo que antes. Luego se suprimieron totalmente las pelucas, las coletas y los polvos blancos en la cabeza.

Las señoras y señoritas:

> Las señoras usaban camisón de seda de talle muy alto y escotado, con aros de ballena que ahuecaban la ropa, elegantes monjiles con mangas corridas de punto blanco y falda larga o ricas basquiñas que apenas dejaban ver la punta del pie con sus zapatillas de raso o de cordobán, después redujeron la altura del peinado y el ancho desmesurado de las faldas; en la calle ancha mantilla, también de seda o paño, que en los días solemnes como el Corpus o el Jueves Santo cambiaban por una de hermoso encaje negro cuya transparencia dejaban ver la cabellera y los grandes zarcillos de oro. Las señoritas usaban entre casa traje de zaraza escotado con manga corta y pañolón coquetamente cruzado de la espalda al pecho y para sus escasísimas salidas a la calle se ponían un camisón de talle bajo los hombros, basquiña de fino olán, chaquetón adornado con florecitas de seda de

colores, mangas con ahuecadores, zapatos de raso, largos zarcillos y muchas sortijas. Los niños no usaban medias ni corbata [13].

Las modas criollas eran un trasunto fiel de las que se usaban en España. Una importante diferencia consistía en la ausencia de estaciones en Santafé, que permitía a los habitantes economizar la inversión que representaba un cambio de atuendo en cada una de ellas. El frío bogotano hizo que las prendas siempre fueran pesadas y que hubiera una tendencia a los colores oscuros, especialmente en el vestuario masculino.

Juegos, fiestas y diversiones

Los mestizos heredaron de los indígenas la chicha, bebida de maíz fermentado ligada a las celebraciones religiosas indias precolombinas, que durante la sociedad colonial mantuvo su popularidad, convirtiéndose en el licor cotidiano de los sectores populares de Santafé hasta bien avanzado el siglo XX. Una de las formas de socialización más importantes de la ciudad eran las chicherías. Siempre sospechosas de la corrupción social de la urbe, las autoridades intentaron controlarlas y reducir su prolífero número, pero ni en el siglo XVII ni en el XVIII, cuando se hallaba ampliamente extendido el consumo de la chicha entre los mestizos, se logró atajar su expansión.

Los días de fiesta y carnestolendas, la Semana Santa y las otras celebraciones eran las ocasiones en que los santafereños se dedicaban con mayor intensidad al juego, que se desarrollaba por lo general en las trastiendas de las chicherías. El juego clandestino —el preferido— se hacía con barajas y dados. Entre los juegos públicos y permitidos estaban las loterías y el bisbis —especie de ruleta—. Los juegos lícitos e ilícitos fueron contemporáneos de la fundación de la ciudad. En 1555, la Real Audiencia, preocupada por la excesiva afición de los santafereños al juego, restringió el de pelota o bolos en los días de trabajo. Luego prohibió su práctica totalmente en días laborales y limitó las apues-

[13] D. Ortega Ricaurte, *Cosas de Santafé de Bogotá*, Editorial ABC, Bogotá, 1959, pp. 6-8.

tas a un tope de 10 pesos oro. Sin embargo, la afición por los naipes era tan extendida en Santafé, que durante el siglo XVII algunos oidores llegaron a tener verdaderas timbas en la ciudad.

Los patios de barra o pelota –lanzamiento de una pieza de hierro o pelota– se hallaban por toda Santafé, pero abundaban más en el sector central. Los había en torno a la Plaza Mayor. A principios del siglo XVIII fue muy célebre el patio llamado El Canelón.

En la época colonial fueron abundantes las fiestas públicas. Las hubo fijas y ocasionales, como los recibimientos a virreyes y arzobispos, que podían durar hasta dos semanas. Las fiestas obligatorias se celebraban en este orden: carnestolendas, que iban del 1 al 6 de febrero; Ceniza, 16 de febrero; Semana Santa y Pascua de la Resurrección; del 21 al 27 de marzo; fiesta del polvillo o de Nuestra Señora del Campo, el 1 de mayo; Corpus Christi y su octavario, el 5 de junio; Chirriaderas de San Juan, del 22 de junio al 4 de julio; Santo Domingo, el 3 de agosto; Nuestra Señora de la Concepción, 7 y 8 de diciembre; Novenario del Niño Jesús, del 16 al 24 de diciembre, y la Natividad, 24 y 25 de diciembre. A estas celebraciones se agregaban las de San Luis Beltrán, la Virgen de la Candelaria, el Día de los Fieles Difuntos, el de Santa Teresa de Jesús, y los cumpleaños del rey, la celebración de victorias militares o armisticios, los jubileos y bendiciones papales y hasta los lutos por reyes y reinas finados.

Durante las fiestas se podía pedir limosna vestido de nazareno, y en las calles había juegos de azar y numerosos atractivos, como el de los volatineros –gentes que andaban por la cuerda floja–, muy apreciado en Santafé. En las fiestas profanas no faltaban los toros. Las primeras noticias sobre éstos son de finales del siglo XVI. Hasta el siglo XVII los toros se jugaron enmaromados, es decir, enlazados por los cuernos. En el siglo XVIII los toros ya aparecen sueltos.

Economía

La sabana de Bogotá durante la Colonia. Tenencia de la tierra

Los españoles introdujeron en la Sabana el cultivo de cereales y de hortalizas. Así, el conquistador Jerónimo Lebrón trajo semillas de trigo, cebada, garbanzo, cebolla y frijol. Estos alimentos complemen-

taron la dieta alimenticia nativa, que se componía de maíz, papa, ahuyama, hibias, cubios, ají, aguacate y plátano.

Los encomenderos de la Sabana, con ayuda del cabildo de Santafé, se apropiaron de las llamadas «tierras vacas», en contra de la política de la Corona de impedir la constitución de fuertes poderes locales en las colonias.

Las «tierras vacas» dieron origen a «estancias», como se llamó a las haciendas hasta el siglo XVIII. Según el estudio de Villamarín [14], las haciendas de la Sabana no tuvieron su origen en las encomiendas, a pesar de que algunos títulos de encomiendas del altiplano dan a entender que se extendía la jurisdicción de los encomenderos sobre la tierra de los indios. Éstos últimos fueron perdiendo sus terrenos al abandonarlos para rotar cultivos, lo que hizo que los españoles ocuparan con ganados las tierras desamparadas. La creación de los Resguardos entre 1592 y 1595 trató de proteger a los indígenas, pero sus tierras jamás les fueron retornadas, con lo que los muiscas de la Sabana, comenzando el siglo XVII, quedaron en posesión apenas de un cinco por ciento de su superficie, con lo cual se dejó el campo libre a la posterior formación de las grandes haciendas de la Sabana.

Mano de obra

La provisión de la mano de obra en el primer siglo de dominación española, se hizo fundamentalmente a través del alquiler del trabajo de los indígenas, que era obligatorio, y representó para los encomenderos una cantera permanente. Hubo mitas urbanas, –¿o repartimiento de indios para labores urbanas?– mineras y agrarias. Diversas reglamentaciones fueron proferidas acerca de la cantidad de indígenas que debían trabajar, el tiempo y su remuneración.

De estas constricciones los encomenderos salieron bien librados, pues fueron preferidos en el número de indios que recibían en concierto, ya que sus propiedades quedaban cerca a las comunidades, abastecían a la capital y eran las más extensas. La reforma de 1657 re-

[14] J. A. Villamarín, «Haciendas de la Sabana de Bogotá» en *Haciendas, Latifundios y Plantaciones en América Latina*, siglo XXI Editores, México, 1979, pp. 330-332.



Vida cotidiana en una estancia de la Sabana

forzó la preeminencia de las grandes estancias para explotar la fuerza de trabajo aborigen, y como el valor e importancia de las haciendas dependían en gran parte del acceso a la mano de obra, esta preferencia las fortaleció [15].

Producción

Las estancias y haciendas se dedicaron a la agricultura y la ganadería simultáneamente, sin especialización. Los cultivos, en orden de importancia, fueron, el trigo, el maíz, la cebada y las papas y, al menos hasta el siglo XVII, predominó el ganado ovino. De lejos, el trigo fue el cultivo más importante de la Sabana, y su producción alcanzaba para abastecer a Santafé y a los puertos de Honda y Mompóx, así como,

[15] *Ibidem*, pp. 333 y ss.

algunas veces, a Cartagena y a las regiones mineras de Tolima y Antioquía, exportándolo en forma de grano, harina e incluso como bizcocho.

Durante la primera mitad de la ocupación colonial la producción agropecuaria estuvo en permanente expansión, pero desde la segunda mitad este crecimiento empezó a mermarse a causa de los siguientes factores. Primero, por el traspaso de propiedades a la Iglesia. Segundo, por las dificultades en la consecución de mano de obra. Tercero, por la aparición del polvillo, plaga que arrasaba los cultivos de trigo. Cuarto, por la crisis minera que restó los mercados más importantes del occidente y quinto, por el contrabando de harinas norteamericanas, que abastecía a Cartagena y que desde el siglo XVIII llegó hasta el puerto de Honda, a 120 kilómetros de Santafé.

La demanda originada en Santafé era secundaria para los hacendados de la Sabana, pues el rígido control de precios hacía que el abasto a la ciudad no fuera un buen negocio. Como este control también se ejercía en los precios de la carne, no se intensificó la actividad ganadera cuando declinaron los mercados del trigo. A causa de estas condiciones, a mediados del siglo XVIII la producción de las haciendas decayó y sus productos sólo se consumieron en los mercados locales restringidos de Santafé y el altiplano cundi-boyacense. Para esta época, los hacendados diversificaron sus actividades con los empleos burocráticos y el comercio en la capital buscando desarrollar más de una fuente de ingresos.

En cuanto a la tecnología agrícola los europeos desplazaron los instrumentos indígenas, de piedra y madera, por las herramientas metálicas. Con su llegada se impusieron el hacha, el arado, la barreta, la azuela, la pala, el azadón y la hoz, todos de metal. La adopción de estos sistemas europeos fue un proceso lento, especialmente para el grupo indígena, que durante un buen tiempo continuó empleando aún las herramientas tradicionales en sus propias tierras, aunque aprendió a usar las otras técnicas para el trabajo en las haciendas de los españoles.

Hasta entrado el siglo XVII las faenas agrícolas dependieron de la energía humana. Fue por esta época cuando comenzó a utilizarse la fuerza animal.

Ganadería

La producción de carne en la Sabana fue insuficiente durante todo el período colonial para abastecer la demanda de Santafé. La ciudad debió importar ganados de Neiva, Timaná y La Plata, situados en el alto Magdalena, pero desde finales del siglo XVII el abastecimiento de carne se dificultó, porque estas provincias prefirieron vender sus productos a los centros mineros. Además, la producción ganadera se vio desalentada en la misma Sabana por el rígido control de precios. Pese a ello, se extendió notablemente la cría de ovejas, que exigía bajos requerimientos de mano de obra y permitía utilizar un subproducto bastante importante: la lana. Ésta, fue introduciéndose poco a poco como materia prima de los tejidos de tal manera que logró extenderse y cambiar las vestimentas indígena y mestiza. Reemplazó al algodón como materia prima, y a la manta por la ruana de lana.

CULTURA

Literatura

Las primeras crónicas realizadas en Santafé son de autores españoles y datan del siglo XVI. Entre ellas se encuentran *La Historia Memorial de la fundación de la Provincia de Santafé... 1550-1558*, del franciscano Esteban Asencio; cuatro escritos monográficos del oidor y fiscal de la Real Audiencia don Francisco Guillén Chaparro y varios escritos del licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de la ciudad. De este último se conservan la *Memoria de los descubridores y conquistadores... del Nuevo Reino*, 1576, el *Antijovio* obra de tema no americano y las *Indicaciones para el buen gobierno* —1549— [16].

La literatura criolla se manifestó en Santafé a partir de 1630. En ese momento apareció en la ciudad un grupo de intelectuales provenientes de los colegios santafereños e integrado por cronistas, poetas, humanistas latinos y pintores.

[16] M. T. Cristina, «La Literatura en la Conquista y en la Colonia», en *Manual de Historia de Colombia*, tomo I, Colcultura, Bogotá, 1978.

El carnero es la obra más representativa de la época, escrita por Juan Rodríguez Freyle (1566-1638) [17]. Relata los sucesos civiles y militares de la Conquista y hace la crónica novelesca de la vida de Santafé, en la que predominan los temas pintorescos y escandalosos que hoy podrían formar parte de una crónica roja.

Deben mencionarse también *El Poema Heroico*, de Hernando Domínguez Camargo, –Santafé 1606-1659–, biografía gongorista de San Ignacio de Loyola [18]. *El Desierto Prodigioso*, de Solís y Valenzuela –1624-1711–, y el volumen de poesías titulado *Rhytmica Sacra, moral y laudatoria*, de Francisco Álvarez de Velasco y Zorrilla, publicado en 1739.

En el siglo XVIII, el santafereño Francisco Antonio Ladrón de Guevara –1721– fue el poeta más consagrado, aunque en esos días la literatura casi había desaparecido del panorama neogranadino, pues bajo el influjo de la ilustración los intelectuales prefirieron los escritos de contenido científico, económico, filosófico y político. Es perceptible cómo, con el tiempo, fue surgiendo la figura del intelectual laico y, por lo tanto, la literatura de inspiración religiosa tendió a desaparecer.

Pintura

Gentes de la época, los artesanos, hicieron su aparición en Santafé como parte del tráfico cultural que Europa practicaba con América. Orfebres de oro y plata, bordadores, talladores, ensambladores, espaderos y pintores, llenaron con su presencia y actividad las necesidades que la nueva sociedad demandaba. Un pintor, Simón de Salas, inició en 1592 la información que se tiene sobre las labores de enlucimiento sacro. Recibió 160 pesos de oro corriente de 13 kilates «por haber pintado y dorado el racimo de mora, y aves y signos y estrellas de la capilla mayor de la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad».

Del miniaturista Francisco de Páramo, nacido a finales del siglo XVI en Santafé, quedan 20 volúmenes en pergamino de los libros co-

[17] B. Tovar, «El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial» en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n.° 10, Bogotá, Universidad Nacional, 1981.

[18] M. T. Cristina, *ob. cit.*, p. 550.

rales que pintó para la Catedral por instrucciones del obispo de la ciudad, Lobo Guerrero.

Antonio Acero de la Cruz, también nacido en Santafé a comienzos del siglo XVII, fue un pintor piadoso del cual se conservan «purgatorios», santos, adoraciones y vírgenes. Críticos modernos ven en él al pintor más completo de la Colonia [19].

A mediados del siglo XVIII se instaló en la ciudad don Gaspar de Figueroa, quien abrió un taller de pintura que adquirió fama regional. Aunque su especialidad era la pintura de imágenes, también hizo algunos retratos. El más conocido fue el *Retrato de Fray Cristóbal de Torres*, fundador del Colegio del Rosario de Bogotá. Otras obras fueron el *Jesús Crucificado* de la iglesia de Santa Bárbara, numerosas efigies del Redentor y abundantes sagradas familias. Dos hijos de don Gaspar, Nicolás y Baltazar de Vargas Figueroa, aprendieron con su padre el arte de la pintura. De este último se conservan un centenar de obras entre las cuales están el *Martirio de Santa Bárbara*, la *Indulgencia Gregoriana a favor de las Ánimas*, la *Muerte de Santa Gertrudis*, el *Bautista condonante*, y la *Adoración de los pastores*.

El pintor más conocido de la época colonial neogranadina, Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos, nació en Santafé en 1638. Allí instaló un taller familiar donde debieron pintar, además de él, su hermano mayor, Juan Bautista Vásquez, su hija Feliciana Vásquez Bernal y probablemente otras personas ajenas a la familia.

> Se le conocen algo más de 500 cuadros, de calidad y tamaño muy diversos. La mayoría son trabajos de taller, sencillos, rutinarios y amanerados, hechos simplemente para cumplir encargos baratos de gentes devotas; pero también ha dejado obras de gran empeño, como las que sobre escenas bíblicas realizó para los muros de la Capilla del Sagrario... [20].

La decadencia del siglo XVIII en otros campos, se presentó también en la pintura. Volvió el oro bizantino a decorar los lienzos, reaparecieron las frases alusivas que ilustraban las imágenes, en bocas de

[19] G. Jaramillo Giraldo, *La Miniatura y el Grabado en Colombia*, Colcultura, Bogotá, 1980, pp. 94 y ss.
[20] *Ibidem*.

santos y profetas. La ausencia de originalidad y el desmedro en las técnicas que trataban de copiar los modelos antiguos, fueron las principales características.

Joaquín Gutiérrez Camargo, probablemente discípulo pero con seguridad imitador de Gregorio Vásquez, pintor de sociedad, como lo demuestran sus lienzos de los marqueses de San Jorge y de diferentes virreyes, y Pablo Antonio García, retratista, pueden mencionarse como los artistas más representativos de finales de la Colonia.

Teatro

Que se sepa, la primera representación teatral en Santafé, ocurrió en el año 1580. La llegada de los obispos de Santa Marta y Cartagena al concilio convocado por el arzobispo Zapata, se festejó con la representación de un sainete llamado *Alarco.* En 1594, algunos españoles vecinos de Santafé formaron un grupo de teatro que funcionó cerca de la plazuela de San Francisco. En 1619, don Bruno de Valenzuela estrenó su comedia religiosa *Vida de Hidalgos.* Otra referencia en medio de la escasez de información y posiblemente de funciones es datada en 1715, a propósito de la salida del presidente Francisco Bravo de Saravia, cuando se celebraron en la ciudad diversas representaciones por comediantes cuyos nombres se desconocen.

El Coliseo, primera sala de teatro en su género en Santafé, construida por José Tomás Ramírez y José Dionisio del Villar, quienes pidieron autorización al virrey para construir un teatro de bailes y comedias, solicitud que el clero no vio con buenos ojos, fue inaugurado en 1792. Muy modesto, albergó no obstante a 1.200 espectadores y la primera compañía extranjera en presentarse fue la española de Nicolasa Villar con obras, hoy desconocidas, tales como *El Curro, Zambita llora* y *El Torito Cachón.* En el terreno que ocupaba el «Coliseo Ramírez», conocido después como Teatro Maldonado, se construyó el actual Teatro Colón, inaugurado el 27 de octubre de 1895.

Educación en el siglo XVIII

Aunque el concepto de escuela pública se originó en la segunda mitad del siglo XVIII, en los siglos anteriores existieron también escuelas de primeras letras. Algunos indicios de la existencia de maestros de escuela en Santafé en el siglo XVII, los da Rodríguez Freyle en su crónica *El carnero*. Esporádicamente, algún encomendero o acaudalado español legó capitales para fundar escuelas en la ciudad. Finalizando el siglo XVII, Luis López Ortiz dotó una escuela elemental para niños pobres anexa al Convento de San Francisco y Antonio González Casariego otra, anexa al Colegio de San Bartolomé en Santafé. Hasta el advenimiento de la república, la educación de los infantes de las familias adineradas de la ciudad debió estar en manos de preceptores privados. Para los niños pobres se contó entre tanto con la caridad de los poderosos de la ciudad, pues no existía una política estatal de educación.

A mediados del siglo XVIII las escuelas públicas de primeras letras se colocaron en América hispana bajo la dirección de los cabildos de ciudades y villas, quienes debían sostenerlas con el ramo de propios. Siendo tan pobres estas rentas, muy pocos eran los municipios que podían sostener escuela y maestro. Esta situación fue familiar a Santafé, pues durante el período colonial la falta de escuelas de primeras letras fue una constante en la ciudad. El sabio Caldas desde el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, en un artículo titulado *Discurso sobre la educación*, se lamentó en 1808 de que en una ciudad como Santafé, de 30.000 habitantes, sólo existiera una escuela pública de primeras letras.

Universidad

Desde su instalación en 1550, la Real Audiencia autorizó a los conventos para instruir a clérigos y seglares en las cátedras de gramática y lectura. En Santafé esta tarea fue llevada a cabo por los conventos de agustinos, dominicos y franciscanos. Los colegios y universidades aparecieron en la ciudad a comienzos del siglo XVII, y desde entonces licenciados y doctores empezaron a salir de sus aulas. Así, en 1605, fray Bartolomé Lobo Guerrero fundó el Colegio de San Bartolomé. En 1623, la Compañía de Jesús recibió la autorización del rey para fundar la Universidad Javeriana, que otorgó los primeros títulos en jurispru-

dencia y teología. La Universidad Tomística se fundó en 1626, aunque comenzó a funcionar en 1636. Fray Cristóbal de Torres fundó el Colegio de Nuestra Señora del Rosario en 1654.

Los colegios y universidades coloniales tenían tres ciclos de estudios: artes, teología y cánones. El ciclo de artes duraba de dos a tres años, y en él se enseñaba gramática, retórica, lógica, metafísica y algo de matemáticas y física. Los de teología y cánones duraban cuatro años. Los autores que se estudiaban eran Aristóteles, Santo Tomás y los maestros escolásticos. Las clases se daban en latín. Los temas preferidos en estos centros de estudios eran generalmente teológicos: la gracia, la predestinación, la inmaculada concepción, la comunión de los santos. En física las disputas trataban sobre el movimiento, la fuerza y la generación de los animales.

Las universidades sólo preparaban curas y abogados, los cuales apenas necesitaban estudiar teología, leyes y retórica. Sus objetivos correspondían a los de una sociedad agraria, comercial y minera, que basaba la transmisión de sus conocimientos en la tradición y no en las instituciones docentes.

El auge de las universidades confesionales indicó al virrey Guirior, en 1774, la necesidad de fundar una universidad pública que aprovechara los bienes expropiados a la Compañía de Jesús, desterrada por primera vez. El fiscal protector de indios Antonio Moreno y Escandón, encargado del proyecto, lo presentó a la Junta de Temporalidades.

Esta iniciativa, duramente atacada por el conjunto de órdenes religiosas, intentaba conciliar la tradición con las ideas reformistas y modernizantes de Moreno y Escandón. Si bien calificaba los estudios universitarios existentes de verbalistas, dogmáticos y carentes de aplicación práctica, mantenía sin embargo su contenido católico. Asimismo, introducía la enseñanza de las matemáticas por medio de los textos de Wolff y el estudio de la Física de Newton, eliminaba el juramento de fidelidad a la doctrina de Santo Tomás y prohibía el memorismo y el criterio de autoridad como fuentes del conocimiento.

Aunque no llegó a ponerse en práctica por insuficiencia de catedráticos y ausencia de fondos, el programa de Moreno y Escandón marcó un momento destacado en las tendencias que orientaban la universidad santafereña.

La real expedición botánica

En las últimas décadas del siglo xviii, la Corona emprendió expediciones botánicas en sus dominios de ultramar. Perú, México, Nueva Granada y Filipinas fueron los territorios explorados.

En 1783 el científico español José Celestino Mutis –radicado en Santafé desde 1761–, envió a la corte española un proyecto de expedición botánica que fue aprobado por Carlos III. Los objetivos de esta expedición, según la real cédula que la aprobó, consistían en inventariar las riquezas naturales del Nuevo Reino de Granada, formando «...herbarios y colecciones de productos naturales, describiendo y delineando las plantas que se encuentren...», y además enviar a España semillas y raíces vivas de las plantas y árboles, unas útiles para la medicina y otras para la industria naval. Asimismo se incluían observaciones astronómicas y geográficas. Mutis fue nombrado director de la expedición como primer botánico y astrónomo del rey. Entre otras, las siguientes personas conformaron el que hoy se llamaría equipo de trabajo: Francisco Antonio Zea, agregado para la parte científica; presbítero don Eloy Valenzuela, discípulo de Mutis; Francisco Javier Zabaraín, oficial de pluma; Salvador Rizo, pintor primero; como auxiliares don Pedro Fermín de Vargas y don José Camblos.

Según la *Enciclopedia ilustrada de las grandes noticias colombianas 1483-1983*, obra de Enrique Santos Molano y Jaime Zárate, el director de la expedición –el sabio Mutis– devengaba dos mil pesos anuales y quinientos el agregado y el oficial de pluma; para los 17 pintores se fijó la suma de dos mil pesos, que debía distribuirse a prorrata entre todos ellos.

Si bien es cierto que la Expedición Botánica funcionó en Mariquita durante siete años, en Santafé se construyó en 1803 un observatorio astronómico que, dotado por el gobierno español y el señor José Ignacio Pombo, formó parte de la empresa.

La importancia de esta institución científica radicó en que ella expresaba un nuevo ideal de conocimiento: la ciencia aplicada a la técnica y a la industria, que se oponía al saber escolástico de las universidades. Muchos de los líderes del movimiento de independencia de 1810 fueron o discípulos de Mutis o colaboradores de la Expedición Botánica.

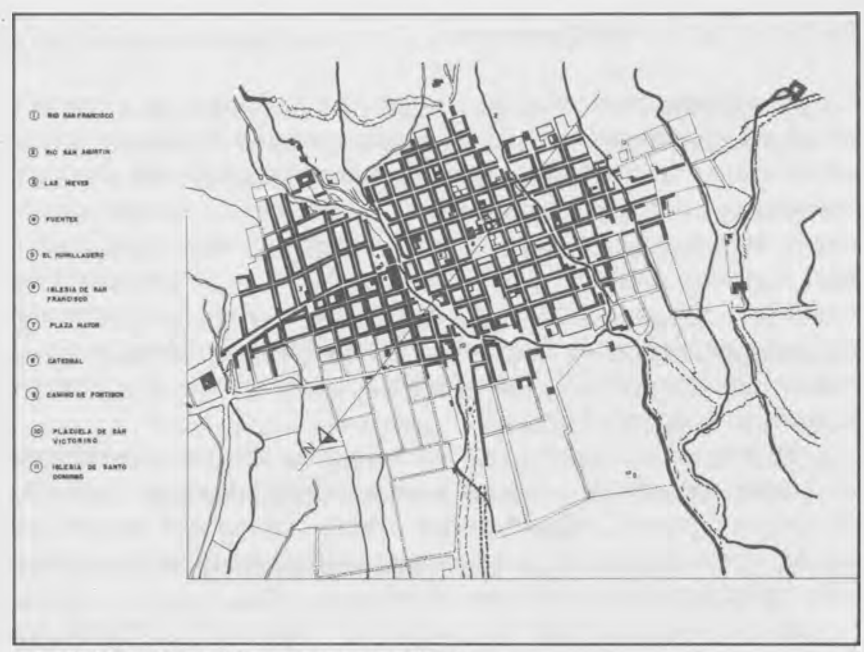
La ciudad en la preindependencia

El ambiente intelectual que conmocionó a Europa en la segunda mitad del siglo XVIII con la Enciclopedia coincidió en España con el advenimiento de los Borbones, encabezados por Carlos III. Estas circunstancias repercutieron en la sociedad santafereña y crearon condiciones de inquietud intelectual que no tardaron en tener manifestaciones concretas. De otra parte, las reformas político-administrativas borbónicas tuvieron como efecto en el plano académico la sustitución del orden escolástico de Aristóteles y los padres de la Iglesia, por uno racionalista que pretendía difundir conocimientos útiles en todos los campos de la actividad humana.

En este caldo de cultivo nacieron las conocidas tertulias literarias de Santafé que fueron en alguna medida el fermento de la revolución de independencia. En ellas se reunían jóvenes intelectuales que por tratar de estar al día con la moda europea, ponían en jaque la organización tradicional de los reinos de ultramar.

Se recuerdan las siguientes tertulias: la Eutropélica, dirigida por Manuel del Socorro Rodríguez, que se reunía en la biblioteca real; la del Buen Gusto, patrocinada por Doña Manuela Saiz Santamaría de Manrique, en cuya casa se reunía (algunos de los siguientes miembros de esta tertulia fueron fusilados por el reconquistador Pablo Morillo en 1816: Camilo Torres, Francisco Ulloa, José Montalvo, los hermanos Frutos y José María Gutiérrez, José Fernández Madrid, José María Salazar, Custodio García Rovira, Tomasa y José Angel Manrique), y el Casino de Literatos o Círculo Literario, fundado por Antonio Nariño en 1789, que funcionó hasta 1794, año en el cual su fundador fue detenido y acusado de conspiración contra el rey. Nariño importaba de Europa periódicos y libros, especialmente franceses, para sus miembros, entre quienes estaban José María Lozano, José A. Ricaurte, José Luis Azuola y su hermano Luis, Juan Esteban Ricaurte, Francisco Antonio Zea, Francisco Tobar, Joaquín Camacho y Pedro Fermín de Vargas.

La aparición de unos carteles desafiantes en 1794 dio origen a un curioso juicio por conspiración, que demostró tanto la importancia que las autoridades españolas daban a las noticias de la revolución francesa —supuesta motivadora de los pasquines—, como la implantación dentro



Santafé, 1791

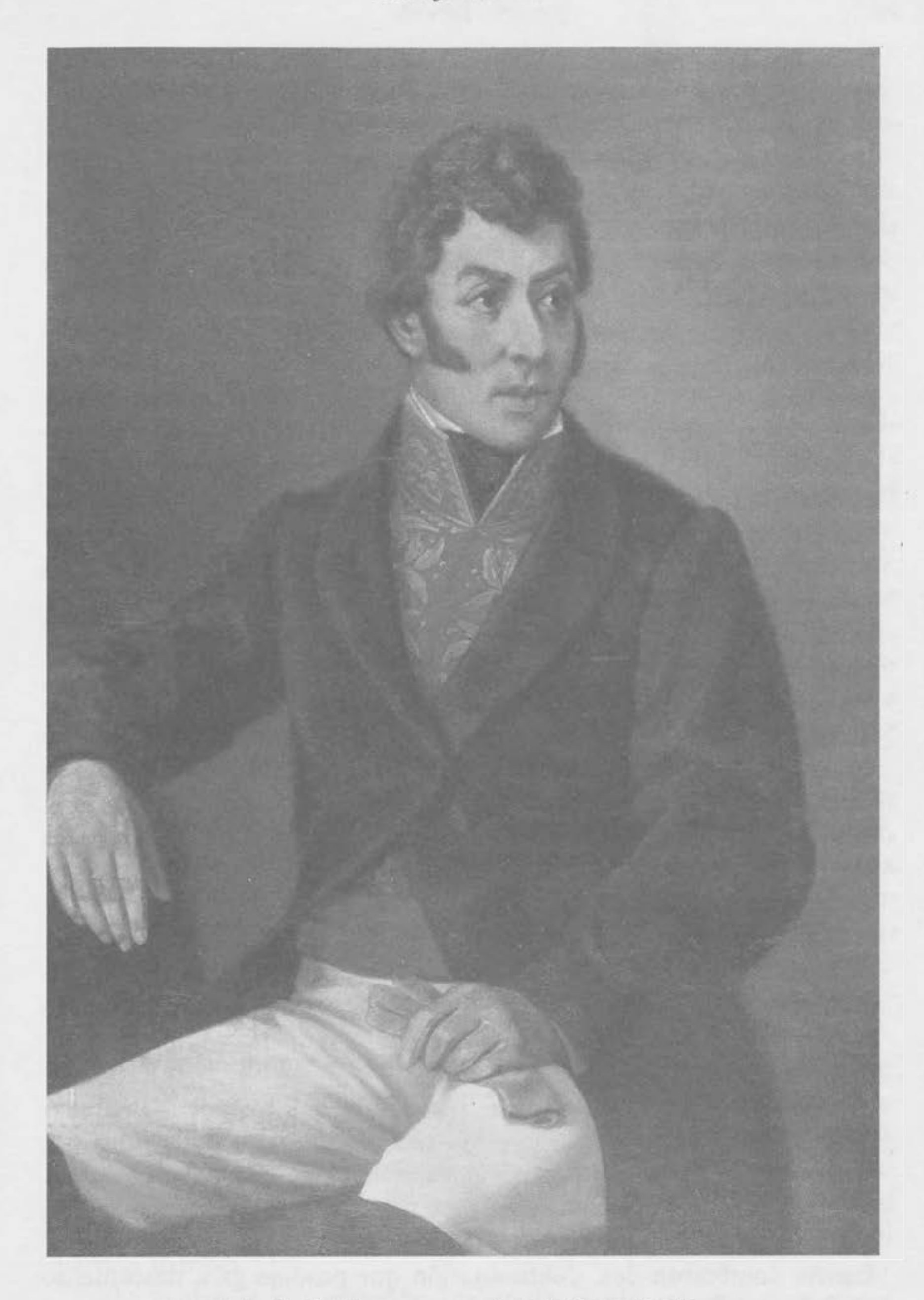
del sector intelectual criollo de una ideología novedosa que desembocó en el movimiento de Independencia.

Sucesos políticos

El 20 de julio de 1810

A mediados de agosto de 1808 se conoció en Santafé el apresamiento de Fernando VII por Napoleón y la catástrofe de la monarquía borbónica española. Esta noticia despertó en la Nueva Granada el temor por una próxima invasión francesa a las Indias. Apresado el rey de España, sus súbditos de América ¿a quién debían lealtad?

Los criollos y el pueblo de las colonias españolas de América se hicieron desde entonces esa y otras preguntas angustiosas: ¿Debemos esperar a que los franceses lleguen a América, para crear también aquí



Antonio Nariño, precursor de la independencia

juntas de resistencia contra ellos, o estamos autorizados para crearlas ya? ¿La soberanía es transferible del monarca a alguna otra autoridad peninsular? Fue en ese punto donde los criollos americanos y los peninsulares y autoridades españolas de América entraron en una contradicción insoluble.

El futuro que se deparaba a las Indias no era otro que esperar pasivamente la llegada de las tropas francesas y confiar que entonces las autoridades virreinales no defeccionaran de su fidelidad al cautivo soberano español. Tan inseguro porvenir fue el que indujo a que la conciencia americana se hiciera sensible a las ideas de soberanía y libertad, pues hasta allí los principios democráticos apenas si eran compartidos por algunos pocos criollos simpatizantes de la independencia norteamericana y de la revolución francesa. El peligro inminente y los altibajos de la lucha española de resistencia contra Napoleón hicieron infinitamente más por la difusión de las ideas liberales entre la mayoría de la élite criolla y el pueblo americano, que el intermitente trabajo anterior realizado por los precursores del iluminismo en América, o por los escasos brotes independentistas que ya habían tenido ocurrencia anterior.

El temor a que el movimiento patriota español terminara derrotado por las tropas de Napoleón, y que América cayera entonces en manos francesas, convenció a muchos de la urgente necesidad de que los americanos se hicieran cargo de su propio destino. Ese hecho, más el torpe manejo de la Junta de Regencia española y de las autoridades peninsulares de América ante la justa inquietud criolla, precipitaron el movimiento emancipador de 1810.

En septiembre de 1808 se realizó en Santafé la ceremonia de jura de lealtad a Fernando VII en presencia del enviado de la Junta Suprema española, quien recogió en pocos días en la ciudad medio millón de pesos en metálico como contribución a la lucha contra los franceses.

Tal fervor hispánico comenzó a esfumarse a los pocos meses. A principios de 1809 se conoció en la capital el decreto de la Junta Suprema de Sevilla por el cual se llamaba a los virreinatos y capitanías de América a nombrar diputados a ese organismo. El decreto establecía que mientras cada provincia de América nombraba un diputado, las de España nombraban dos, discriminación que produjo gran descontento entre los criollos de Santafé.

Fue entonces cuando el abogado Camilo Torres escribió el *Memorial de Agravios*, documento donde por primera vez los criollos neogranadinos asumieron una actitud contestataria frente a la política colonialista española: «Tan españoles somos como los descendientes de Don Pelayo...», decía la protesta. A los pocos días, en las instrucciones dadas al delegado de la Nueva Granada –que circularon clandestinamente en la capital– se anotó categóricamente que no debía aceptar «superioridad alguna de las provincias españolas respecto a las americanas». El delegado finalmente no partió hacia España porque antes llegó a Santafé la noticia de la extinción de la Junta de Sevilla.

El primer intento juntista se hizo en Santafé a principios de septiembre de 1809, cuando se conoció en la ciudad el llamamiento de la Junta Suprema constituida en Quito el 10 de agosto anterior, por el cual se convocaba a los granadinos a unirse a los quiteños en un movimiento similar. El Cabildo santafereño convocó una junta de autoridades, notables y cuerpos de la capital con la intención de constituir también aquí, aunque con la presidencia de las autoridades virreinales, una junta suprema que se hiciera cargo del gobierno granadino en tanto durara la crisis de la península. El virrey Amar y Borbón accedió a la reunión, pero sólo la autorizó para tratar acerca de la respuesta que se debía dar al llamado de Quito.

En las sesiones de esta junta, muy concurridas por las más altas notabilidades civiles y eclesiásticas, criollas y peninsulares de Santafé, muchas voces –entre ellas las del Cabildo capitalino– solicitaron la formación de una junta similar a las de España. Como fruto de la creciente animosidad, la Real Audiencia, que consideraba al virrey demasiado tolerante con el partido patriota, realizó entonces todo un montaje para obligar al mandatario a endurecer su posición. Al respecto se le hizo saber por interpuesta persona –el criollo Luis Caycedo y Flórez, alcalde de primer voto de la ciudad–, que en casa del oidor Hernández de Alba, encargado de la policía, reposaban documentos comprometedores contra Amar y Borbón que habían sido interceptados en Cartagena y que demostraban la disposición del virrey de entregar el virreinato a los franceses. Estos documentos permitirían encausar al mandatario por traición, si éste no mostraba más decisión contra el partido patriota.

La vigilancia y la represión anti-criolla se hizo sentir entonces con todo rigor. La imprudencia del lenguaraz canónico criollo Andrés Ro-



. PLANO DE SANTAFE EN 1797. POR CARLOS CABRER .

sillo quien ofreció a la virreina, supuestamente a nombre del partido patriota, proclamar Rey de la Nueva Granada a Amar y Borbón si éste cortaba lazos con España, sirvió para acusar de conspiración a Luis Caycedo y Florez y a Pedro Groot, dos criollos eminentes, y para que el 3 de noviembre la Audiencia ordenara la remisión a los calabozos de Cartagena de Antonio Nariño y del oidor quiteño Baltasar de Miñano.

La elección por el Cabildo de los alcaldes ordinarios de la ciudad para el año de 1810 se convirtió en un asunto de vital importancia política. El virrey en persona decidió intervenir en esta elección, y nombró a seis regidores añales, saltándose la costumbre según la cual los nuevos regidores eran nombrados por los regidores perpetuos y por los que terminaban su período anual. Como alférez real el virrey impuso a un impopular español. Sin embargo, de nada sirvió este montaje pues los regidores patriotas lograron elegir a dos integrantes de su partido, José Miguel Pey y Juan Gómez, como alcaldes de la capital.

Ya no una solemne ceremonia, como cuando se reconoció la Junta de Sevilla en 1808, sino apenas un simple bando fue el medio por el cual el virrey comunicó al pueblo el cambio de gobierno ocurrido en 1810 en la península —el Consejo de Regencia—. ¿Cómo debía interpretarse esta frialdad de las autoridades virreinales hacia el Consejo de Regencia? ¿Sería acaso el anuncio de que el virrey y la Real Audiencia se preparaban a adherirse al partido napoleónico? Tales preguntas rondaron con insistencia en Santafé desde las mentes más lúcidas hasta las más sencillas.

A principios de febrero corrió como un reguero de pólvora la noticia de que habían entrado tropas extranjeras a los llanos, a pocas jornadas de Santafé, y mientras unos sostenían que eran los temidos franceses que llegaban a tomar posesión del reino, otros aseguraron que eran los aliados ingleses que venían a prevenir tal invasión. La realidad se aclaró al poco tiempo: algunos patriotas jóvenes e impacientes habían comenzado a agitar los llanos. Las cabezas de dos de ellos, Vicente Cadena y José María Rosillo, pronto entraron a Santafé —el 14 de mayo—, ensartadas en las lanzas de las tropas enviadas por el virrey en su persecución. En lugar de amedrentar a la población, este hecho de innecesaria crueldad provocó indignación general. La violenta represión que vivió Quito dejó de ser entonces algo lejano para las gentes de Santafé.

El Consejo de Regencia, que quería evitar lo inevitable en América, envió comisionados a las colonias con la misión de asegurar la fidelidad a la nueva autoridad peninsular. Para ello escogió criollos americanos, lo que fue muy mal visto por los españoles de América y recibido con beneplácito por los criollos.

Antonio Villavicencio, natural de Quito pero educado en Santafé, fue el encargado de dirigirse a la Nueva Granada. Apenas llegó al virreinato empezaron a precipitarse los acontecimientos. A los pocos días de su arribo a Cartagena, el 14 de junio, Villavicencio dio su anuencia al arresto del gobernador de esa provincia por el cabildo de la ciudad, con lo que en la práctica se consumó la revolución allí, el más importante puerto y plaza fuerte del virreinato. Tan sorprendente noticia llegó a Santafé precedida y seguida de otras tan buenas como aquélla: la revolución de Caracas, el 19 de abril, y las de Pamplona y Socorro, en la Nueva Granada, se habían realizado también. Villavicencio marchó de Cartagena rumbo a Santafé el 25 de junio. Su llegada a la capital, todo el mundo lo sabía, debía producir grandes transformaciones. En la ciudad, de manera casi desembozada, se decía que el virrey y los oidores se habían vendido ya a Napoleón y, lo que era más grave, que habían vendido a todos los americanos: «Los hombres a dos reales, las mujeres a uno, y los chicuelos a medio real».

El prestante criollo Joaquín Camacho se dirigió el 18 de julio de 1810 al Presidente del Cabildo de Santafé instándolo a que convocara una Junta de autoridades y notables de la capital, en la que se pudiera constituir la Junta Suprema del reino, «haciendo responsables ante Dios, el Rey y la patria a los que se opusieren a medidas tan saludables» [21].

Vino luego el incidente causado por la negativa del préstamo de un florero para la fiesta en honor del comisionado regio —el 20 de julio de 1810, día de mercado mayor en Santafé—, que dio origen a las injuriosas palabras del español Llorente —«me c... en Villavicencio y en todos los americanos»—, taco que corrió como pólvora entre la multitud que mercaba y produjo una reacción que con toda seguridad a los que primero sorprendió fue a los propios criollos patriotas. Informa un testigo anónimo:

[21] F. Vergara y Velasco, *Capítulos de Historia Civil y Militar*, Editorial ABC, Bogotá, 1958, p. 148.

> ...cada vez iba creciendo más y más el concurso junto a la casa [de Llorente] y toda la calle Real estaba llena de corrillos, de modo que parecía día de Corpus. A las dos y media de la tarde comenzó a desenfrenarse el pueblo, pidiendo a gritos satisfacción del agravio que les había hecho Llorente y que no se contentaban con menos que con su cabeza y que al instante lo llevasen a la cárcel. El alcalde Pey así lo verificó, y lo condujo yendo detrás de ellos adelante, y a los lados toda la multitud, blasfemando públicamente contra los chapetones y su conducta, en orden al tratamiento que daban a los americanos ... Luego que metieron a Llorente a la cárcel, comenzaron a gritar que hiciesen lo mismo con Infiesta, Trillo y Bonafe y otros odiados chapetones [22].

Luego de la fase inicial de desfogue de la ira popular y del apresamiento de los españoles más odiados, la multitud, conducida por los chisperos, —dirigentes del pueblo, sobre todo artesanos y jóvenes criollos patriotas—, pasó a exigir la reunión inmediata de un cabildo abierto. José Acevedo y Gómez, uno de los héroes de la jornada, narra así la participación apocada de la mayoría de los criollos que posteriormente capitalizaron en su favor el éxito del movimiento:

> No había calle en la ciudad que no estuviera obstruida por el pueblo. Todos se presentaban armados y hasta las mujeres y los niños andaban cargados de piedras pidiendo a gritos la cabeza —de los chapetones más odiados—... El primer paso hostil del virrey hubiera sido la señal para que no quedase un europeo ni ninguno de los americanos aduladores del antiguo sistema. Todo era confusión a las cinco y media [de la tarde]; los hombres más ilustres y patriotas asustados por un espectáculo tan nuevo se habían retirado a los retretes más recónditos de sus casas [23].

A las cinco y media de la tarde ninguno de los criollos ilustres de la capital se hallaba al frente del movimiento, y la mayoría de ellos se encontraba entonces tan sorprendida y asustada, como los peninsulares contra los que vociferaba la multitud. La muchedumbre condujo uno

[22] *Academia Colombiana de Historia*, Boletín de Historia y Antigüedades, vol. VIII.
[23] A. Forero. *El 20 de julio tiene 300 días*, Ediciones Universidad de los Andes, Bogotá, 1967, pp. 149-150.



Cuadro de Vázquez y Ceballos

a uno a los regidores patriotas desde sus casas hasta el Cabildo, y «a las seis y media de la tarde hizo el pueblo tocar a fuego en la Catedral y en todas las iglesias para llamar de todos los puntos de la ciudad al que faltaba». A esa misma hora Acevedo y Gómez pronunció su famosa arenga, «Si perdéis estos momentos de efervescencia y calor, he ahí las cadenas y grillos que os esperan...», con la que se puede decir que entró de lleno en escena la élite dirigente criolla personándose desde ese momento en la dirección del movimiento [24].

Conseguida del virrey la autorización para el Cabildo extraordinario se dio comienzo a éste, pero sin los regidores nombrados meses atrás por el virrey. El Cabildo extraordinario se convirtió en Cabildo abierto y el pueblo nombró directamente los diputados que lo representaran, cuatro por cada barrio. El virrey entregó entre tanto las armas del parque de artillería a los comisionados populares, con lo cual se protocolizó su caída.

[24] J. Camacho y F. J. Caldas, *Historia del 20 de julio*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, vol. IX.

Acordada ya por el Cabildo abierto la constitución de la Junta de Gobierno, se procedió a nombrar los diputados que habrían de constituirla, cuyos nombres fueron ratificados uno a uno por el pueblo presente. El oidor jurado, quien presidió el Cabildo extraordinario por designación del virrey, pretendió desconocer el cambio de régimen que se había producido y alegó no tener poderes suficientes para ratificar lo hecho.

> Con este motivo [informa el Acta del 20 de julio] se levantaron sucesivamente varios de los vocales nombrados por el pueblo y con sólidos y elocuentes discursos demostraron ser un delito de lesa majestad y alta traición, el sujetar o pretender sujetar la soberana voluntad del pueblo, tan expresamente declarada en este día a la aprobación o improbación de un jefe cuya autoridad ha cesado desde el momento en que este pueblo ha reasumido en este día sus derechos.

Aunque el Acta del 20 de julio no proclamó la independencia de España y mencionó todavía el nombre del rey Fernando VII para dar legitimidad a la Junta recién establecida, sí invocó expresamente el principio de la soberanía popular, lo cual le imprimió su carácter revolucionario al movimiento de este día. Las dudas sobre si el pueblo de Santafé era consciente o no de los derechos que le asistían en la definición de su propio futuro se despejaban con solo echar un vistazo a la Plaza Mayor.

Capítulo IV

EL SIGLO XIX

La independencia no significó un corte definitivo en lo que respecta a la traza, el paisaje, el tejido urbano de la capital. Al menos hasta las últimas décadas del siglo XIX Bogotá conservó el aspecto de ciudad hispánica, aunque en sus rasgos sociales mantuvo, hasta bien entrado el siglo XX, muchas características heredadas de la colonia, tales como los trajes negros, las costumbres cotidianas y las fiestas religiosas, entre otras.

El crecimiento físico fue muy lento, al extremo de que a fines del siglo XIX la ciudad escasamente había crecido un 60 % respecto a 1810, mientras que su población había aumentado en más de cinco veces. Este fenómeno se pudo realizar gracias a la división y subdivisión de las casas coloniales y a la utilización de los patios y jardines interiores de las mismas. Durante la República la ciudad no pudo disfrutar de grandes inversiones que le permitieran transformaciones significativas, en gran medida a causa de la pobreza del erario público.

De otra parte, a pesar de la integración al mercado mundial que se acentuó desde mediados del siglo XIX, Bogotá mantuvo su estatus de ciudad mediterránea, aislada de las corrientes de cambio y renovación, así como de los flujos de inmigración externa que suscitaron transformaciones en otras capitales hispanoamericanas.

Todo ello produjo que la herencia colonial española se mantuviera sin muchos cambios. Sin embargo, la densificación de la ciudad creó nuevas presiones sobre los servicios públicos, la salubridad y el abastecimiento que fueron atendidos muy parcialmente, por lo que se generó un relativo deterioro del espacio y la calidad de vida.

Los intentos por mejorar las condiciones sanitarias fueron muy parciales, limitados a subsanar los efectos inmediatos de las epidemias.

En contraste con este panorama, Bogotá se convirtió en el epicentro de las ideas políticas. Aquí se imprimieron numerosos periódicos, panfletos, hojas sueltas, que se distribuyeron por todo el país y moldearon la opinión pública nacional. La confrontación política, numerosas veces armada, se tornó en el eje de la vida capitalina.

El auge comercial, desde mediados de siglo, el atisbo de industrialización que se produjo en las dos últimas décadas, así como la aparición de los servicios públicos modernos, y de comunicación y transportes en esta misma época, constituyen por último los rasgos más destacados de la Bogotá del siglo XIX.

La traza urbana

Santafé cambió su nombre por Bogotá, como una de las consecuencias de la independencia. A diferencia de lo que ocurrió durante la Colonia, la capital fue visitada a lo largo del siglo XIX por gran cantidad de extranjeros, los cuales consignaron en sus escritos su admiración por la altura a la que se hallaba situada la ciudad y por su aislamiento respecto a los puertos marítimos y a los demás centros poblados del país. Como ya se señaló, Humboldt, a su llegada a Santafé a mediados de 1801, calificó de empresa singular el establecimiento de esta ciudad a una altura mayor que las crestas de los Pirineos y en una región, la Sabana, que visiblemente era el lecho de un gran lago prehistórico extinguido, del cual quedaban restos en los pantanos que rodeaban la ciudad y que en un clima menos frío hubiesen sido fuente perenne de malaria y paludismo. El francés Augusto Le Moyne, quien conoció a Bogotá en 1829, y el norteamericano Stewart, quien arribó a ella en 1836, señalaron por su parte el aspecto triste y desolador que presentaba la ciudad a primera vista, y la ausencia de árboles en los cerros que la rodeaban, debido a la continua demanda de leña para fines domésticos.

Santafé a comienzos de esta centuria tenía una extensión considerable para su escaso número de habitantes, ya que predominaba en ella el latifundio urbano, con casas de varios patios y solares, además de multitud de iglesias y conventos. A lo largo del siglo XIX el casco

urbano casi no creció, a pesar de que la población se quintuplicó. Entre 1800 y 1905 Bogotá pasó de 21.464 a 100.000 habitantes, pero su extensión continuó siendo casi la misma, fenómeno que se explica porque hubo una utilización más intensiva del espacio central con posterioridad a la independencia, una paulatina disminución del tamaño de las nuevas casas y, sobre todo, una subdivisión de la mayor parte de los viejos caserones coloniales.

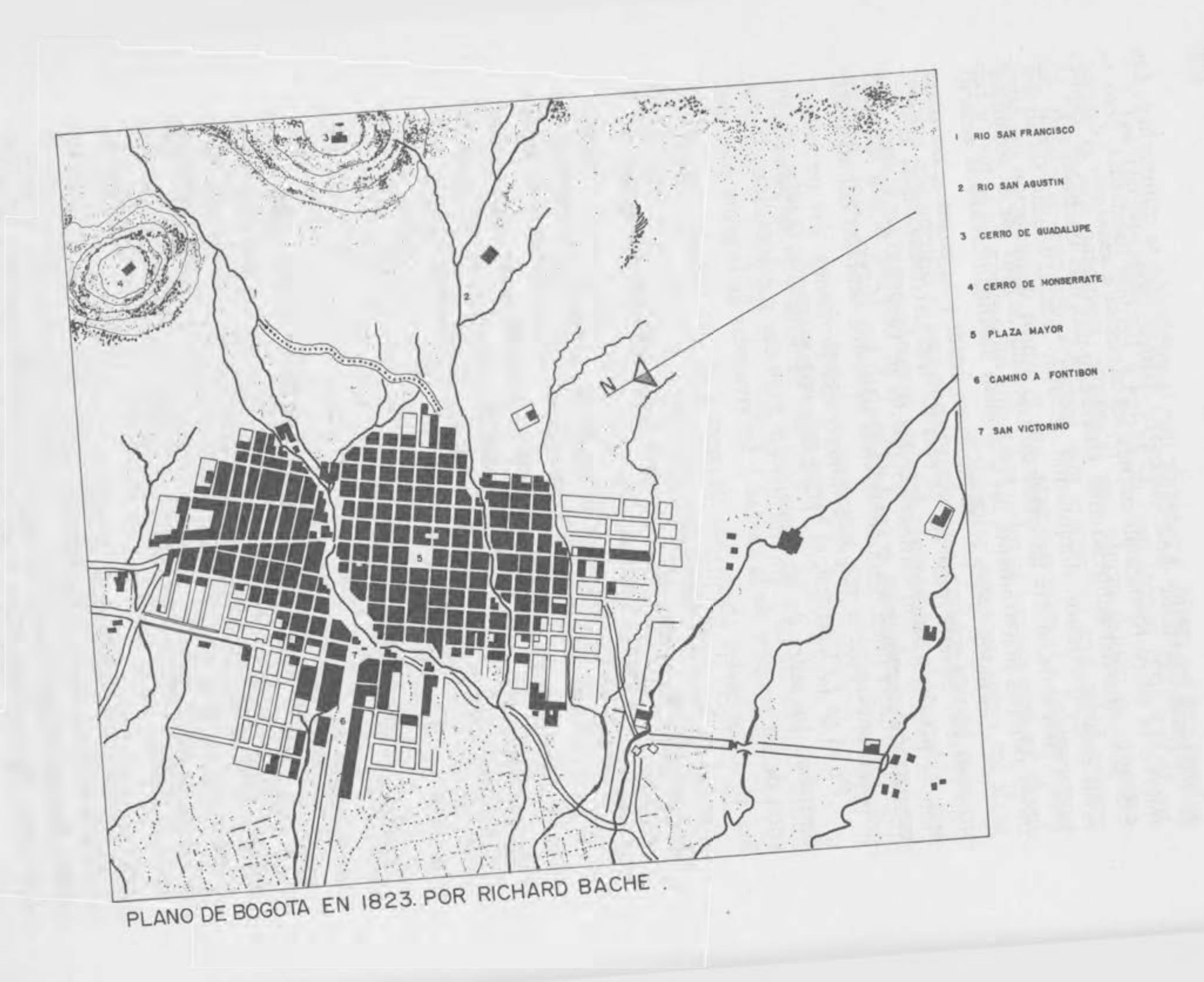
Los barrios continuaron coincidiendo con la distribución eclesiástica, y durante la mayor parte del siglo se mantuvieron las mismas cuatro parroquias coloniales, o sea La Catedral, Las Nieves, Santa Bárbara, y San Victorino.

En el de La Catedral, el barrio más importante de la urbe, se concentraban las sedes de las autoridades políticas y eclesiásticas, la mayoría de los templos de la ciudad y las viviendas de la gente principal. Era el sector mejor abastecido de agua y el que contaba con la casi totalidad de los establecimientos comerciales y de las edificaciones de dos pisos de la ciudad. Hacia la mitad del siglo XIX albergaba casi la mitad de la población bogotana.

El barrio de Las Nieves estaba poblado en gran parte por artesanos y en los años cincuenta del siglo en cuestión, concentraba casi una cuarta parte de los habitantes de la urbe. Santa Bárbara llegó a contar aproximadamente con un 16 % del total de la población, mientras San Victorino concentró algo más del 14 % por la misma época.

Arquitectura del siglo XIX

Durante el siglo XIX la arquitectura bogotana se distinguió por su modestia y por el predominio de las casas bajas de un solo piso y con paredes muy gruesas. La elegancia se sacrificaba en ellas en aras de la solidez, por temor a los frecuentes temblores. A principios de siglo sólo los palacios arzobispal y de gobierno contaban con chimeneas, no obstante la frialdad de la ciudad, y en la mayor parte de las viviendas las vigas del techo quedaban a la vista, pues el cielo raso sólo se empezó a utilizar después de la independencia. Raras eran las ventanas con vidrios, pues la generalidad tenían postigos de madera y rejas. Las construcciones de dos pisos solían tener balcones y en ellas, particularmen-



PLANO DE BOGOTA EN 1823. POR RICHARD BACHE .

te en las de la Calle Real, el piso superior servía de vivienda y el inferior se adaptaba para almacenes, tiendas y talleres.

Las sedes del gobierno civil y de la administración pública en general se caracterizaron durante todo el siglo por su sencillez. Salvo ligeras diferencias, todas las casas se parecían. A poco de concluida la independencia prácticamente no se podían distinguir las oficinas de los diversos ministerios y a no ser por los soldados de guardia, harto trabajo costaba advertir cuál era la casa de los presidentes. Esta edificación, el Palacio de San Carlos, restaurado en 1828, no pasaba de ser la que hasta hacía poco ocupaba la vieja biblioteca pública colonial. Por su parte, el Congreso funcionó durante mucho tiempo en un convento, el de los dominicos, pues los únicos edificios sobresalientes en la ciudad eran los de las comunidades religiosas, la catedral y la iglesia de San Francisco.

La ausencia de parques y jardines públicos era total, aunque en parte suplida por los amplios patios, huertos y solares de las casas, donde había abundancia de árboles y cultivos de hortalizas. En estos huertos y solares, gracias a la parcelación de las viejas casonas coloniales, aparecieron la mayoría de las nuevas viviendas construidas durante el siglo XIX.

En la primera mitad del siglo, Bogotá careció prácticamente de restaurantes y hoteles u hospederías, con muy contadas excepciones, como la posada Boyacá. Las fondas en cambio fueron numerosas y muchísimo más las chicherías, las cuales tenían una hoja de col en sus puertas como distintivo, y se podían encontrar hasta en la plaza mayor. Hasta octubre de 1843 no se inauguró el primer club social con que contó la ciudad, el Club del Comercio, organizado por los comerciantes pudientes, quienes tenían situados sus almacenes en la Calle Real o del Comercio, negocios que surtían a la capital y a la mayoría del país de variadas mercancías nacionales y extranjeras. Esta zona de la parroquia de la Catedral era la parte comercial de la ciudad, y allí se concentraban todavía a mediados de siglo los mercaderes y tratantes en pequeña y mediana escala, junto con los campesinos en el mercado público, que tenía lugar todos los viernes en la Plaza Mayor. También en este sector se extendían las calles dedicadas a actividades económicas específicas, como la calle de la sal, la de los sombrereros, la de los plateros, la de los talabarteros y otras.

La Plaza Mayor, desde 1847 Plaza de Bolívar, era centro de tertulias, especialmente en el altozano de la Catedral. Se terminó de empedrar en 1816 por los prisioneros patriotas a órdenes de Morillo. El régimen liberal inaugurado en 1849 le cambió el nombre por Plaza de la Constitución, pero el uso popular pudo más que las razones políticas, y a la postre logró imponerse el nombre de Plaza de Bolívar, que mantiene hasta hoy. No ocurrió lo mismo con la Plaza de San Francisco, a la que también los liberales le cambiaron en 1851 el nombre por Plaza de Santander, denominación que conserva en la actualidad.

Por iniciativa del presidente Tomás Cipriano de Mosquera se ordenó en 1846 la construcción del Capitolio Nacional en el costado sur de la Plaza de Bolívar. El 20 de julio del año siguiente se colocó la primera piedra y la obra fue encomendada al arquitecto Tomás Reed, mientras el contratista de los cimientos fue Juan Manuel Arrubla. En el centro de la plaza, en el sitio que hasta entonces ocupaba la pila popularmente conocida como «El Mono de la Pila», se erigió el 20 de julio de 1846 la magnífica estatua en bronce del Libertador, que donó a la ciudad José Ignacio París y cuyo autor fue el escultor italiano Pietro Tenerani. Fue el primer monumento público que se levantó en la ciudad.

En ese mismo año, Juan Manuel Arrubla terminó de construir el edificio que hasta 1900 ocupó todo el costado occidental de la Plaza. La nueva obra, donde se ubicó desde entonces el gobierno municipal de la capital, fue conocida como *Las Galerías de Arrubla*; tenía 103 metros de frente y tres plantas y fue la mejor construcción de arquitectura civil de su época. Fue destruida por un incendio en 1900.

Casi hasta finales de siglo, Bogotá careció de una nomenclatura confiable para distinguir sus calles. El gobernador provincial Pastor Ospina quiso en 1847 introducir algo de orden en el desenvolvimiento de la ciudad, por lo que propuso al Concejo Municipal el primer plan de desarrollo urbanístico que conoció la capital, que propendía por un crecimiento racional dirigido hacia los terrenos, en su mayoría ejidales, que se extendían mil metros al occidente de la pila de San Victorino y sobre esta línea –actual Av. Jiménez–, mil metros a uno y otro lado. Al plantear esta medida, Ospina expresó su confianza en que por lo menos durante los siguientes dos siglos la capital no podría extenderse fuera del plano por él propuesto. Su previsión se vio desbordada me-

nos de un siglo después. El Concejo de la época, poco previsor, desatendió la oportuna invitación a planear del gobernador Ospina.

La ciudad a mediados de siglo y la desamortización

Al comparar el plano que en 1823 levantó Richard Bache con los que de Bogotá trazaron Agustín Codazzi en 1852, e Isaac Holton en 1854, la ciudad parecía no haber aumentado de tamaño en esos treinta años, pese a que casi había doblado su población en el mismo período de tiempo. La verdad era que sí había crecido.

Además de la subdivisión ya mencionada de las antiguas construcciones, se había generalizado el sistema de «tiendas», pequeños espacios edificados en los pisos bajos de las casas de dos plantas, los cuales se constituían en fuente de renta para sus propietarios. Mientras en el piso alto éstos habitaban con holgura y comodidad, en los locales de abajo, con sólo una puerta que daba a la calle y sin ninguna ventana que ofreciera luz y aire al recinto, trabajaban y se hacinaban pequeños comerciantes y artesanos, cuya indigencia los obligaba a vivir y laborar en el mismo reducido cubículo, privados de mínimos elementos de higiene. La oscura habitación era compartida con perros, gatos, cerdos y hasta gallinas, y sus moradores arrojaban directamente a las calles los desperdicios e inmundicias, debido a la carencia del servicio de agua y de albañales. En esta forma convivían en el mismo inmueble gentes acomodadas en el segundo piso, con trabajadores paupérrimos que se amontonaban en el primero. Es decir, las diversas clases sociales compartían el mismo espacio urbano, los mismos barrios, aunque en condiciones bien diferentes. Según el censo de vivienda realizado en 1863, mientras en Bogotá había 2.633 casas, a la vez existían 3.015 tiendas, que por su desaseo constituían uno de los factores que más contribuían a la alta morbilidad existente en la ciudad.

Tal cantidad de tiendas explica por qué no había en la capital en ese momento arrabales o barrios obreros, excepción hecha de los terrenos de Egipto y Las Cruces, cuyos moradores vivían en ranchos pajizos.

La primera reforma urbana que conoció Bogotá y que de alguna manera empezó a modificar la anterior situación, fue efecto de la desamortización de «bienes de manos muertas», que realizó el general



Contraste de la arquitectura republicana con la tradicional vivienda española

Tomás Cipriano de Mosquera en 1861 luego de ocupar victorioso con sus tropas, la ciudad. Fue ésta una afortunada acción contra la actitud de la Iglesia, opuesta a sus designios políticos.

Pocos años antes, en 1853, se refería el norteamericano Holton a la opulencia de la Iglesia bogotana. El convento de La Concepción por ejemplo, ocupaba dos manzanas enteras en el centro de la ciudad. El de Santo Domingo albergaba en una esquina al Consulado de los Estados Unidos, y todas las tiendas y almacenes de los cuatro costados de la manzana en que se hallaba eran de su propiedad, lo mismo que las casas de dos pisos ubicadas en la calle de San Juan de Dios –actual calle 12 entre carreras séptima y décima–.

A causa de los numerosos legados testamentarios que la Iglesia recibió con la condición de no poder enajenarlos, –bienes de manos muertas, los llamaron–, la institución eclesiástica se había convertido en el mayor propietario de finca raíz de la capital y, por ello mismo, en un obstáculo para el desarrollo urbano pues restringía la libre circulación de la propiedad inmueble. Esta situación terminó con el histórico decreto del 9 de septiembre de 1861 promulgado por el general Mosquera, que trasladó todas las edificaciones y terrenos de la Iglesia al dominio del Estado para su remate y puesta en disponibilidad entre los particulares. En Bogotá y la Sabana el valor de los bienes desamortizados alcanzó al 57 % de la totalidad de bienes enajenados de esa manera en el país.

Todos los conventos y monasterios de Bogotá pasaron a manos del Estado, con lo cual éste se hizo con las propiedades mejor construidas y más amplias y espaciosas que había en la ciudad. Fueron diez los conventos y monasterios de los que se apropió el Estado en 1861: Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, La Concepción, El Carmen, Recoletos de San Diego, Santa Clara, Santa Inés, La Candelaria y La Enseñanza. Ya desde 1819 el gobierno había pasado a ser propietario del convento de los Capuchinos, así como del de Las Aguas, en 1821, por disolución de la comunidad que residía allí, y del de San Juan de Dios, por haberse extinguido en 1844 la orden de los Hermanos Hospitalarios de ese nombre. La apropiación de dichos inmuebles le brindó al gobierno la oportunidad de instalar en ellos oficinas públicas, hospitales, cuarteles, cárceles, escuelas y facultades de la Universidad. Esto, a todas luces muy práctico, eximió sin embargo al Estado de construir los edificios que requería para su funcionamiento, y convirtió a Bogotá en una ciudad sin arquitectura pública de significación hasta bien entrado el siglo XX.

Sólo en el casco urbano de la capital los bienes desamortizados pertenecientes a la Iglesia ascendieron a 418 casas, 633 tiendas, 27 almacenes, 13 edificios y 36 solares. En total, 1.128 predios de los 5.648 que componían la ciudad.

La actividad constructora recibió un extraordinario impulso como consecuencia de la desamortización, y las casas que antes eran de «manos muertas» y que fueron rematadas por particulares mejoraron ostensiblemente en aspecto y en mantenimiento, gracias a que los nuevos

propietarios, al contrario de los antiguos, sí se preocuparon por sostenerlas en las mejores condiciones posibles.

La Iglesia hizo fallidos esfuerzos por revertir la situación. Uno de ellos consistió en aplicar severas sanciones de orden religioso a quienes compraran o tomaran en arriendo inmuebles que hubieran sido de propiedad eclesiástica. Por ello no sorprenden avisos como el siguiente, publicado en la prensa de la época: «Se vende una hermosa quinta. No ha sido jamás de manos muertas».

En esos mismos días cambios económicos definitivos, como el triunfo del librecambismo, significaron gran progreso y renovación. Bogotá a mediados del siglo XIX se convirtió en un núcleo mercantil como nunca antes otro había existido en el país. Por estos días se construyó su primer centro comercial, llamado «Bazar Veracruz», situado en la segunda calle del comercio —hoy carrera séptima entre calles 12 y 13—. Éste fue el primer edificio que en la capital se destinó específicamente a oficinas, muestrarios y venta de mercancías.



La plaza de Bolívar a fines del siglo XIX, vista desde la torre de la Catedral

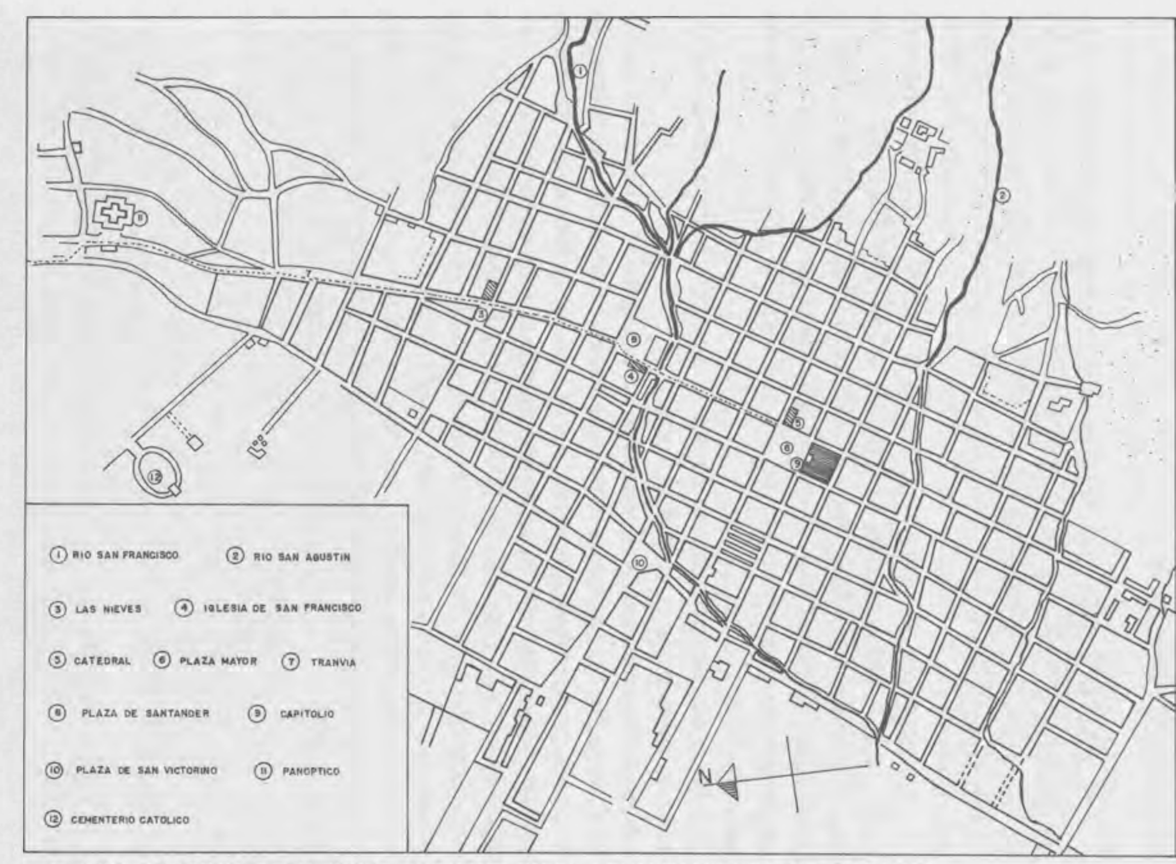
Primeras reglas urbanísticas

El auge renovador que se experimentó desde mediados de siglo fue acompañado de remodelaciones generalizadas y de la venta de los bienes raíces no desamortizados en 1861, de los que empezó a desprenderse el municipio en 1866, haciéndose necesario entonces un código urbanístico. El acuerdo del Cabildo del 15 de septiembre de 1875, hizo las veces de tal, convirtiéndose en el primer conjunto normativo de la ciudad. Antes de éste, un plan de ampliación hacia San Victorino, concebido por Mosquera en 1861 pero nunca realizado, llegó a contemplar hermosas plazas con calles de dieciséis varas de ancho, aceras levantadas y una avenida, la actual carrera 13, entonces conocida como la Alameda.

En estas circunstancias se formó la primera empresa urbanizadora privada, pionera de infinidad de organizaciones similares que hoy encabezan el crecimiento y el progreso de la capital. La «Empresa Popular Compañía Constructora» tuvo una lujosa nómina de accionistas, en la que figuraban Santiago Pérez, presidente de la República, Eustorgio Salgar, gobernador del Estado soberano de Cundinamarca, Pedro Navas Azuero, fundador de la Compañía Colombiana de Seguros, los hermanos Camacho Roldán y otros conocidos empresarios y hombres de pro. La guerra civil de 1876-77 frustró el proyecto.

En 1866 se contabilizaron en Bogotá 2.720 casas, 3.127 almacenes y tiendas, 32 quintas y 25 edificios públicos diversos. Por otra parte, según el catastro del Estado de Cundinamarca de 1869, existían en Bogotá 266 predios urbanos con un valor de hasta $100, 1.631 de $100 a $500, 686 de $500 a $1.000, 2.544 de $1.000 a $10.000 y 63 de $10.000 a $50.000.

Al finalizar el siglo XIX, la capital no había variado sustancialmente sus límites urbanos con relación a las postrimerías de la Colonia. Por el sur, el oriente y el occidente eran casi los mismos. Hacia el norte, sin embargo, era notorio ya un cambio que tenía lugar más allá de la Recoleta de San Diego, límite septentrional de su primigenio espacio urbano. Ocurría que poco a poco se estaba poblando el caserío de Chapinero, especialmente con casas y quintas de recreo a donde los bogotanos solían acudir a «respirar aire puro». La línea del tranvía, inaugurada en diciembre de 1884, y la presencia del hipódromo y del



PLANO DE BOGOTA EN 1885 BASADO EN EL LEVANTAMIENTO DE CODAZZI

templo de la Virgen de Lourdes, inaugurado este último en 1892, daban nuevo impulso al sector.

Durante la Regeneración –1880-1900–, se llevaron a cabo en la ciudad algunas obras de importancia, que coincidieron con los cambios políticos e institucionales característicos de ese período, durante el cual se expidió una nueva Constitución Nacional –la de 1886, que duraría hasta 1991–.

En 1882 se emprendió una amplia remodelación de la Plaza de Bolívar y en 1890 se inauguró el Teatro Municipal. En 1883, con ocasión del primer centenario del nacimiento del Libertador, se inauguró en el sector de San Diego el Parque del Centenario. También fue reconstruido en esta época el viejo Teatro Maldonado, el cual quedó convertido en Teatro Colón, estrenado para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América en 1892, y que se conserva hasta hoy sin mayores modificaciones.

El Capitolio Nacional sólo quedaría concluido totalmente hacia 1926, luego de casi ochenta años de iniciado. Uno de los escollos que se presentaron consistió en que en 1871 los ingenieros determinaron que sus cimientos eran insuficientes y que por lo tanto había que reforzarlos para que pudieran soportar el peso de la inmensa mole.

El retraso más notable en el panorama de la ciudad estaba constituido por los servicios públicos, insuficientes para los casi 100.000 habitantes de inicios de 1900, los cuales carecían de alumbrado público permanente, de alcantarillado adecuado y de provisión eficiente de agua potable.

La infraestructura pública

La falta de cementerio

Larga fue la lucha de las autoridades para erradicar la costumbre de enterrar a los muertos dentro de los templos, producida por la creencia popular de que las almas quedaban privadas de todos los sufragios y rezos si sus cuerpos no descansaban en los mismos lugares donde estas oraciones se celebraban. De nada valieron las órdenes terminantes contenidas en cédulas de los reyes Carlos III y Carlos IV, que disponían construir cementerios en las afueras de las ciudades. En

ellas se prevenía que «si los eclesiásticos... resistiesen el enterramiento de sus individuos o de cualquier otra persona en los lugares destinados al intento, se proceda por la justicia a la extracción de dichos cadáveres».

En cumplimiento de estas reales órdenes, el virrey Ezpeleta mandó construir un cementerio frente a la actual estación ferroviaria de la Sabana. Los tozudos santafereños siguieron en su ley, oponiéndose a estas disposiciones a pesar de la solemne bendición que el arzobispo Compañón impartió a los terrenos. Durante mucho tiempo a esos lugares solo fueron a parar los cadáveres de los indigentes, envueltos en costales. El gobierno republicano persistió en esta campaña y hacia 1825 adquirió con destino al camposanto municipal otras tierras situadas sobre el camino de Engativá, sitio en el cúal se encuentra aún hoy el Cementerio Central. También, en un acto de reconocimiento y gratitud por los servicios que prestó a la causa de la independencia la Legión Británica, la municipalidad bogotana compró en la misma vía un lote más pequeño y lo donó al ministro de la Gran Bretaña en Colombia. Desde entonces este camposanto fue conocido por los piadosos bogotanos como «protestante», aunque también se le distingue por cementerio inglés.

En 1827 el Ayuntamiento entregó al párroco de la catedral el terreno recién comprado para el nuevo cementerio. El Libertador Bolívar dictó acto seguido un decreto que ordenaba enterrar allí en adelante a *todos* los muertos, sin excepción. El difunto número uno, un acaudalado habitante de la parroquia de San Victorino cuyo cadáver fue conducido al nuevo camposanto en un fino ataúd de madera, resultó «muerto ausente». En la capital fue fama que en realidad había sido enterrado en una iglesia, por lo que, en cumplimiento del decreto de Bolívar, el jefe político municipal ordenó exhumar el cuerpo, y en efecto encontró que el costoso féretro estaba lleno de tierra y piedras [1].

La prensa contribuyó a la lucha por desviar a la gente de las iglesias funerarias hacia el cementerio, debido a la insoportable pestilencia que se percibía en algunas de ellas [2]. Un acto que contribuyó eficazmente a vencer atavismos y supercherías fue el sepelio del ex presiden-

[1] A. Cuervo y J. Rufino, *Vida de Rufino Cuervo y noticias de su época.*
[2] *Constitucional de Cundinamarca*, Bogotá, 20 de mayo de 1832.

te Santander, sin duda el hombre más controvertido de su época, celebrado en 1840 en el cementerio.

Basuras

Según la tradición un virrey habría dicho que en Santafé existían cuatro agentes de policía encargados de mantener la limpieza de sus calles: la lluvia, los gallinazos, los burros y los cerdos. La primera barría las inmundicias y los otros tres las devoraban.

Insatisfecho con esta realidad, el virrey José Ezpeleta estableció a finales del siglo XVIII un presidio en Santafé, con el propósito de encargar a los presidiarios el aseo y las obras públicas que requería la ciudad. Se convirtió así en la primera forma organizada con que contó la capital para garantizar la satisfacción de tales necesidades. Poco tiempo después, en diciembre de 1803, en la relación de mando con que el virrey Pedro Mendinueta hizo entrega del gobierno a su sucesor Antonio Amar y Borbón, se quejó de que pese a sus ocupaciones como mandatario supremo de la Nueva Granada, le había tocado ponerse al frente de todas las minucias relacionadas con los hoyos y empedrados de las calles de Santafé, con los escombros y basuras que interrumpían el tráfico, que afeaban la ciudad y amenazaban la salubridad pública. Pero Mendinueta también entregó un parte de victoria: con la ayuda de todos los habitantes, a quienes logró comprometer en el aseo de la ciudad, enfrentó con éxito la última epidemia de viruela desatada bajo su mandato.

A fines de 1808, el Cabildo de Santafé formuló un reclamo al virrey Amar y Borbón por estar utilizando a los presidiarios en la apertura del camino hacia el Puente del Común. El Cabildo manifestó que el nuevo destino de los presos,

> ha sido y es perjudicialísima a la ciudad porque sin ellos no se puede conseguir su continua limpieza precisa para el aseo; ...El camino puede continuar sin este socorro, y la ciudad no puede asearse sin él. Para esto se estableció el presidio privativamente [3].

[3] E. Ortega Ricaurte, y A. Rueda Briceño, *Cabildos de Santafé de Bogotá,* Empresa Nacional de Publicaciones, Bogotá, 1957, pp. 243-244.

El virrey no se dio por enterado de la protesta, por lo que el alcalde Luis Caicedo y Flórez no tuvo más remedio que apelar a la cárcel de mujeres del Divorcio, y así, según cuenta el cronista José María Caballero, las presas fueron sacadas a barrer las calles a principios del año de 1809, junto con las «mujeres que cogían de noche o por cualquier otra causa».

Durante la época en que el pacificador Pablo Morillo implantó en Bogotá el Régimen del Terror —1816—, los jefes patriotas que se salvaron del patíbulo fueron los encargados de trabajar en el aseo y en las obras públicas urbanas. Ellos, encadenados y engrillados, terminaron de empedrar la Plaza Mayor, así como de construir varios puentes y de reparar los caminos que salían de la ciudad.

Años más tarde, en 1822, las autoridades de la ya flamante capital de la Gran Colombia encargaron a un vecino en cada manzana para que, *ad honorem* y con apremios de multa, velara por que los habitantes de las casas y tiendas de la ciudad tuvieran limpios sus frentes y desyerbadas las respectivas vías [4].

Sin embargo, las acequias que corrían por el centro de las principales calles eran un vehículo propagador de permanente suciedad, pues por la noche las sirvientas salían de las casas al amparo de la oscuridad a verter en ellas los cubos, bacinillas y demás recipientes en los cuales, durante el día, se habían acumulado toda clase de basuras y detritus orgánicos.

En 1856, treinta presidiarios se encargaban del aseo de la ciudad. El Cabildo acordó que para la recolección de las basuras estos reclusos emplearan carretillas que pudieran ser manejadas cada una por dos hombres, y determinó que «el conductor de la carretilla tocará en cada casa, tienda u otro edificio habitado a efecto de recibir la basura» [5].

Fue 1884 el año en que por fin se empezó a organizar de manera racional el aseo de la ciudad a cargo de contratistas particulares pagados por el erario municipal. A principios de 1901 cincuenta carros realizaban diariamente la recolección de las basuras en Bogotá, junto a 76 barrenderos y 13 sobrestantes. Cuarenta reclusos completaban la tarea

[4] E. Vergara, *Instrucción de alcaldes pedáneos de esta capital*, Bogotá, enero de 1822. spi.

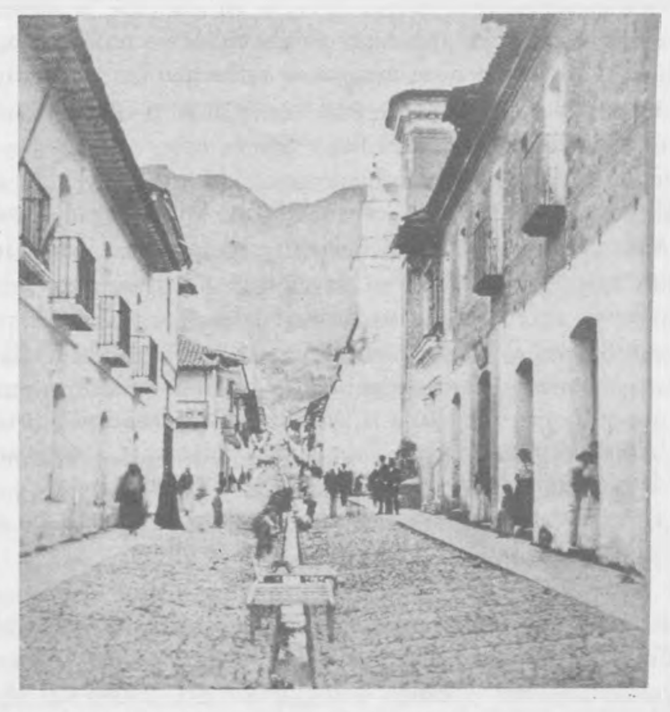
[5] *El Repertorio*, Bogotá, 23 de agosto de 1856.

del aseo cada quince días, al limpiar los cauces y riberas de los ríos y arroyos que atravesaban el área urbana. El servicio de aseo fue municipalizado en 1902.

El alcantarillado subterráneo

En los años veinte del siglo XIX, los viajeros franceses Le Moyne y Boussingault encontraron que eran pocas las casas que poseían pozos sépticos, por lo que la gente tenía la costumbre de cumplir sus necesidades al aire libre, en los huertos de las casas o en las orillas de los riachuelos que cruzaban la ciudad.

Pasaron los años y la falta de alcantarillado subterráneo continuaba dando a muchas calles de Bogotá un aspecto en verdad repugnante. Cordovez Moure escribió al respecto, que en 1861:



A fines del siglo XIX las aguas negras aún corrían en medio de la calle

> Por en medio de las calles que tienen dirección de oriente a occidente, y en algunas de norte a sur, descendían caños superficiales cuyo principal alimento eran los desagües de las casas adyacentes, de manera que cuando soltaban el contenido salía en confuso tropel fétida aglomeración de materias fecales que esparcían nauseabundas miasmas... Los puentes de la ciudad... suplían para el pueblo las funciones de los actuales inodoros.

El primer tramo de alcantarillado subterráneo –cubierto con bóveda de ladrillo– se construyó en Bogotá en 1872, a lo largo de la actual calle 10 entre la Plaza de Bolívar y las carreras 10 y 11. Esta alcantarilla inició la sustitución de los antihigiénicos caños de superficie, que dificultaban en extremo el uso de los carruajes. En 1882, en sus notas de viaje, el diplomático argentino Miguel Cané escribió:

> El día que por una obstrucción momentánea –y son desgraciadamente frecuentes–, el caño cesa de correr en una calle, la alarma cunde en las familias que la habitan porque todos los residuos domésticos que las aguas generosas arrastran, se aglomeran por la acción del sol, sin que su plácida fermentación sea interrumpida por acción municipal, deslumbrante en su eterna ausencia.

El alcalde Higinio Cualla, en su informe anual al gobernador del Distrito Federal publicado en el Registro municipal del 23 de julio de 1886, acotó que

> aun cuando se ha dispuesto colocar en las esquinas de cada cuadra rejas de hierro que se abrirán en determinada hora de la noche para que se arrojen por ellas a la alcantarilla las inmundicias, es tal el hábito de desaseo arraigado en nuestra población que se pasarán muchos años para que se acostumbren a no arrojar a las calles públicas a cualquier hora del día las inmundicias de sus viviendas y a aguardar la hora de la noche en que deben hacer la limpieza.

Más optimista, la revista *Anales de Ingeniería,* de diciembre de 1888, informó que para esa época «El celo de la autoridad va desterrando ya las acequias o caños descubiertos del centro de las calles, bien que con pesar de muchos resabiados vecinos».

Las fuerzas de la ignorancia y el atraso dieron en vano su batalla contra el alcantarillado subterráneo y en favor de los asquerosos albañales de superficie. El periódico *El Orden* del 1 de enero de 1887 decía al respecto: «La ciencia y la experiencia tienen demostrado que no impunemente se pueden remover a cierta profundidad las tierras, pues de ahí se desprende un desarrollo de gases mefíticos que ponen en peligro la más robusta constitución».

En 1890 ya había 170 cuadras, la tercera parte de las calles de la ciudad, que contaban con albañales subterráneos, fabricados en ladrillo y cubiertos con lajas de piedra en su mayoría. Aun cuando en 1896 Miguel Samper se refería a la situación diciendo que «las antiguas acequias habían sido sustituidas por alcantarillas», la situación de principios de siglo continuaba siendo crítica para muchas edificaciones, pues sólo contaban con los seculares pozos sépticos, o con excusados secos, que se cubrían con cal viva, cenizas o tierra.

El agua

Como se vio en el capítulo anterior, Santafé se abastecía desde la época colonial de agua de las corrientes, no propiamente ríos, San Francisco, Arzobispo y Manzanares, afluente este último del San Agustín. Por medio de cañerías se llevaba el agua a las pilas públicas, de donde la recogían las aguadoras que surtían las casas. Algunas familias pudientes gozaban del privilegio de mercedes de agua, consistente en atanores que, desviándose de las cañerías principales, conducían el líquido hasta las residencias particulares. Para 1843 eran 198 las viviendas que disfrutaban de estas mercedes, ubicadas casi todas en la parroquia de La Catedral.

El Cabildo era pobre, y el ramo de aguas más pobre aún, con tan pocos suscriptores. En 1817, 6 pilas, 24 chorros, algunos aljibes subterráneos y pequeñas corrientes naturales suministraban agua a la ciudad. Hasta 1831 el ramo de aguas estuvo administrado por el Cabildo, pero la penuria del tesoro municipal llevó al gobierno a ceder su manejo a contratistas particulares, que debían encargarse del mantenimiento de las cañerías, cajas de reparto y pilas públicas a cambio de los cinco pesos de la tarifa anual que pagaban cada una de las pocas casas que gozaban del privilegio de merced de agua. Este sistema acentuó el de-



Puente sobre el río San Francisco

terioro de los acueductos, pues los rematadores percibieron sus ingresos pero no atendieron sus deberes de mantenimiento, lo cual obligó al municipio a suspender los remates y a reasumir la administración en 1838, luego de que el servicio estuvo interrumpido por dos meses en la mayor parte de la ciudad a causa de un grave derrumbe que afectó el acueducto de Aguanueva, el principal de Bogotá.

A comienzo de la década de los 60, existían seis acueductos en la ciudad, a saber: el de Aguanueva –barrio de La Catedral–, el del río Arzobispo –barrio de San Victorino–, el que atravesaba por la quinta

de Bolívar –barrio de Las Nieves–, el de Manzanares –barrio de La Catedral–, el de Belén –barrio de Santa Bárbara– y un pequeño acueducto que abastecía una pila en Las Cruces.

Cuando el imperio de las aguateras estaba por terminar, en 1885, ellas cobraban un peso mensual por dos múcuras o cántaros de 25 litros de agua que diariamente llevaban de las fuentes públicas a las casas. 50 litros diarios por casa sólo alcanzaban para cocinar, lavar los pisos, beber y, si acaso, para un somero aseo matinal y el lavado de las bacinillas que cada noche se vaciaban en los caños de la mitad de las calles. Muy poca agua se utilizaba en el aseo personal general y en el lavado de la ropa que, por lo general, se le encomendaba a lavanderas que recogían la ropa de la semana para ir a lavarla en corrientes de agua ubicadas fuera de la ciudad, y que cobraban por pieza lavada.

El acueducto de hierro

El 24 de julio de 1886 la municipalidad concedió a Ramón B. Jimeno y a Antonio Martínez de la Cuadra, un privilegio exclusivo para establecer en Bogotá y Chapinero un acueducto con tubería de hierro, y el derecho a usufructuarlo por el término de setenta años. El Municipio entregó a la compañía 325 pajas de agua de servicio doméstico –una paja de agua equivalía a 504 litros por día–, y todos los acueductos, pilas y fuentes públicas servidos por el viejo sistema de acequias. Los empresarios se obligaron a suministrar en forma gratuita el agua para las fuentes y pilas públicas de la ciudad, con el fin de seguir haciendo posible el abastecimiento popular.

La empresa actuó con celeridad en el tendido de la tubería. Las obras causaron graves dificultades en el abasto debido a que mientras entraba en servicio la nueva red a presión, fue preciso interrumpir la antigua, lo que ocasionó innumerables protestas, especialmente por medio de la prensa. El 2 de julio de 1888 se inauguraron oficialmente dos cañerías de hierro del nuevo acueducto, que atravesaban las calles 9 y 11 de oriente a occidente.

Hubo graves tropiezos iniciales, como los robos nocturnos de tuberías y plumas por parte de amigos de las aguadoras cesantes, y un malhadado derrumbe que a los dos años de inaugurado el servicio dejó siete meses sin agua a Bogotá –desde agosto de 1890 hasta marzo de

1891–. El problema, acaecido en la parte oriental de la conducción, pudo solucionarse mediante una ingeniosa construcción de puentes sobre el terreno que se había hundido, de los cuales se colgó la tubería sobre un tramo de cien metros. Este sistema de acueducto aéreo permitió que continuara el abastecimiento a la ciudad durante varios años. La empresa había construido un estanque de cuatro millones de litros de capacidad en Egipto, y a raíz de la crisis hizo otro entre la Quinta de Bolívar y el Molino de Esguerra, con trece millones de litros de capacidad.

En 1897 ya había en servicio en la ciudad 2.763 plumas particulares de agua, y 38 más en Chapinero, además de 115 plumas en las pilas y fuentes públicas con destino a quienes carecían de servicio directo de agua. Allí seguían concurriendo las aguateras para llenar sus cántaros y venderlos a domicilio. Gracias al nuevo acueducto, una comisión presidida por el ingeniero José Segundo Peña pudo informar al Cabildo capitalino en 1897:

> El agua [al fin ya puede] llevarse a cualquier punto de la ciudad, desde el tanque de Egipto hasta abajo de la estación del Ferrocarril de la Sabana, y desde el Panóptico, al norte de la ciudad, hasta la Plaza de Armas, en Las Cruces, y el Hospital Militar, en Tres Esquinas. Hoy puede tenerse agua en cualquier alcoba, encima del fogón, sobre el baño, en el jardín, en cualquier sitio, por excusado que sea, en la casa que esté servida por el acueducto.

La luz

Mientras Caracas empezó a iluminar sus calles en 1757, Lima y México en 1762 y Buenos Aires en 1774, hasta 1791 el alumbrado público nocturno corrió en Santafé exclusivamente a cargo de la luna. El precursor de la independencia, Antonio Nariño, como alcalde de primer voto de la ciudad organizó en 1791 un cuerpo de serenos que portaban faroles manuales mientras recorrían durante la noche la Calle Real.

> Por falta de alumbrado en Santafé no existe –comentó sobre esta medida el *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá* el 8 de abril

del mismo año–, la honesta diversión de pasear de noche que se disfruta casi en todas las ciudades del universo... Parece indigno de los hombres que puedan vivir contentos en una población que representa una gruta.

Lamentablemente esta iluminación portátil sólo duró el año en que Nariño ejerció la alcaldía. Los comerciantes de la Calle Real protestaron contra la contribución que se les había fijado para pagar la precaria luz nocturna, por lo que hubo de ser suspendida. Los primeros conatos de subversión patriota, de los que fue protagonista el mismo Nariño dos años después, llevaron al Cabildo a instalar de nuevo, en 1794, un cuerpo de serenos que recorrían y vigilaban con un farol de mano en el que ardía una vela de sebo. El Cabildo destinó para esta primera forma de alumbrado público permanente 3.000 velas al año, las cuales ascendieron en 1804 a 10.248, incluidas las de las rondas nocturnas que realizaba la autoridad.

El primer farol público fijo que brilló de manera permanente en la capital se instaló en 1807 al frente de la actual alcaldía, y a su mantenimiento contribuyó la junta de propios con una vela por noche. Desde ese año se comenzaron a instalar faroles en todas las pulperías y chicherías que abundaban en la ciudad, pero la oscuridad retornaba a las calles a las ocho de la noche, hora del cierre de tales establecimientos. Los bogotanos, para salir de noche, invariablemente debían llevar consigo un farolito con su consabida vela de sebo para iluminarse el camino.

En 1842 el Cabildo mandó colgar a su cargo faroles en las ventanas y balcones de algunas casas de la capital, medida que fue saboteada por los propietarios que tenían que poner a su costo las velas. En ese mismo año el encargado pontificio de negocios, monseñor Savo, le regaló a Bogotá el primer farol de «reverbero», cuyo tipo funcionaba con aceite y fue muy conocido en Europa en el siglo XVIII. La primera contribución para el alumbrado se reglamentó en 1844, y era de un cuartillo mensual por cada puerta, ventana o balcón que diera a la calle.

El alumbrado doméstico se basaba en ese entonces en candiles provistos con el ordinario y maloliente sebo. Poco a poco las familias acaudaladas empezaron a usar lámparas de vidrio o quinqués, o unas bujías más sofisticadas que se denominaban esteáricas, que no genera-



Calle Real de Bogotá a fines del siglo XIX

ban ningún olor y que se importaban de Europa. Esto ocurría en la ciudad a mediados del siglo pasado, mientras Londres gozaba del alumbrado de gas desde 1807.

El primer intento de iluminación con gas en Bogotá fracasó en 1852, cuando unos faroles recién inaugurados y cuya fabricación se basó en el ingenio del médico e inventor bogotano Antonio Vargas Reyes, apenas exhalaron un humo apestoso que amenazó con asfixiar a los peatones.

La Junta de Comercio creada en 1855 y liderada por don Eustasio Santamaría, instaló poco después un alumbrado con faroles de reverbero y un cuerpo de serenos en número suficiente para vigilar los establecimientos del centro de la ciudad. Más tarde, en 1867, esta junta empezó a instalar lámparas de petróleo en las principales esquinas. La entidad perduró hasta finales del siglo, y fue la simiente de la pujante Cámara de Comercio actual de Bogotá.

La American Gas Company, sociedad anónima colombo-norteamericana creada en 1871 bajo el auspicio del empresario bogotano Nicolás Pereira Gamba, funcionó hasta finales de siglo y, sin grandes éxitos pero con constancia, cumplió con la labor de iluminar algunas de las calles de la ciudad a pesar de las guerras y la incomprensión de las gentes, que temían permanentemente explosiones mortales al ir a prender el pico de gas. Los quinqués y las velas continuaron su trabajo sin competencia durante todo este tiempo, en el sector doméstico del alumbrado.

El 22 de abril de 1882 se hizo el primer ensayo de iluminación eléctrica de la ciudad, por parte del cubano Fernando López de Queralta, funcionario de la empresa norteamericana Weston Company, la cual firmó un contrato para el alumbrado eléctrico que nunca llegó a cumplir. La Weston hizo la propuesta para Bogotá en momentos en que Nueva York llevaba apenas un mes de haber inaugurado su propia iluminación eléctrica, y sólo habían pasado dos años desde el día en que Edison encendió su primer foco incandescente. La opinión bogotana fue muy favorable a esta innovación, como lo demuestra el optimista comentario del *Diario de Cundinamarca* del 20 de septiembre de 1871: «La luz eléctrica es un grande adelanto... Una sola luz puesta en la mitad de la Plaza de Bolívar hará que se pueda leer un periódico o un manuscrito en toda la extensión de ella».

En 1889, el futuro general y presidente de Colombia Pedro Nel Ospina, y Rafael Espinosa Guzmán, establecieron una empresa que fue la encargada de hacer realidad la luz eléctrica en la capital mediante un contrato suscrito con el Gobierno Nacional. La Compañía de Luz Eléctrica de Bogotá fue inscrita en la legislatura de Albany, Estados Unidos, con un capital de 100.000 pesos y con el nombre de *The Bogotá Electric Ligth Co.* Los accionistas establecieron la oficina principal en Nueva York, con el propósito de atraer inversionistas internacionales que permitieran mejorar su capitalización. Como éstos no llegaron, la compañía tuvo que contentarse con recursos locales, suscritos en su mayoría por la casa antioqueña de Ospina Hermanos.

El 7 de diciembre de 1889 fue el día señalado para realizar la primera prueba pública del nuevo alumbrado, de la cual nos informa así un folleto de la época:

> La gente hormigueaba por todas las calles, concentrándose en especial en las carreras séptima y octava, la Plaza de Bolívar y los alrededores

> de la Estación de la Sabana, en donde, a las siete de la noche estaban reunidos muchos miembros del gobierno, varias señoras y respetables caballeros, quienes, entre los aplausos de numeroso gentío, saludaron la llegada —por primera vez— del ferrocarril —a la Estación de la Sabana—... En estos momentos, sería poco más de las ocho, el contento y la algazara llegaron a su colmo, cuando de repente, y como a impulsos de un soplo encantado, alumbraron los espléndidos focos de la luz eléctrica establecidos en la plaza, humillando las mil luces que momentos antes parecían poderosas... El entusiasmo pareció suspenderse en un instante... y luego el oleaje humano volvió a su rápido curso, miles de manos aplaudieron la nueva luz, y de la multitud se escapó un grito generoso, que vitoreaba aquello mismo que momentos antes le infundía temor [6].

La nueva empresa generaba energía por el sistema termoeléctrico, en el que máquinas de vapor accionadas por cuatro dínamos y alimentadas por carbón mineral producían el fluido. La escasez de hulla, la renuencia de los ciudadanos a cancelar a tiempo sus contribuciones para el alumbrado y las dificultades de mantenimiento causadas por la necesidad de importar casi todos los elementos, conspiraron sin embargo desde su inicio contra esta empresa modernista, que por lo demás no pudo atender el alumbrado doméstico de la ciudad y sólo se limitó a servir una parte del alumbrado público.

Por otra parte, aun cuando las autoridades municipales, cautas por experiencias anteriores, no desmontaron el viejo alumbrado de petróleo, éste fue herido de muerte durante los feroces motines de 1893 en los que enardecidos artesanos destruyeron 135 faroles de petróleo, de los 150 que existían en la ciudad.

Las dificultades del sistema termoeléctrico llevaron al cabildo de Bogotá a escuchar, desde 1892, otras propuestas de alumbrado más eficiente y barato. Fue Santiago Samper Brush quien finalmente obtuvo en 1895 el privilegio exclusivo para establecer el sistema hidroeléctrico en Bogotá. Samper creía en las ventajas del río Bogotá, cercano a la ciudad, y en consecuencia procedió a comprar la hacienda El Charquito, en el área del río colindante a la imponente catarata conocida como el salto del Tequendama, para montar allí las instalaciones de la nueva empresa.

[6] *El Incendio del 7 de diciembre de 1889*, Imprenta de la Luz, Bogotá, 1889. pp. 5-7.

Desde el mismo 1895, año en que se firmó el contrato, los Samper, constituidos en empresa, quisieron mostrar a los bogotanos las aplicaciones prácticas del fluido eléctrico. Valiéndose de una máquina de vapor de regular potencia y de un dínamo pequeño, hicieron una demostración para comprobar que la electricidad podía generar no sólo luz, sino también fuerza y calor. Mostraron también a los asistentes, cómo las bombillas incandescentes eran mucho más apropiadas para el alumbrado doméstico que las lámparas de arco voltaico usadas por la empresa de Pedro Nel Ospina.

Durante 1899 y 1900, los Samper importaron la maquinaria para la proyectada hidroeléctrica, y fue así cómo venciendo toda clase de dificultades los empresarios pudieron inaugurar la planta de El Charquito el 7 de agosto de 1900, en medio de la guerra civil llamada de Los Mil Días. Por una feliz coincidencia, el nuevo siglo se inició con el primer servicio de alumbrado de electricidad bien organizado, serio y permanente con que contó la capital. Esa empresa, oficializada posteriormente, es la misma que hoy presta servicio eléctrico a cinco millones de bogotanos. Una elocuente nota periodística describió los obstáculos descomunales que hubo de superar la empresa para traer hasta las inmediaciones de Bogotá la maquinaria que requería el nuevo complejo hidroeléctrico:

> Tuvieron necesidad de trazar y acondicionar trochas desde la orilla del Magdalena hasta la región del Salto para poder acarrear en rastras las voluminosas piezas de los dínamos y demás unidades. Bajo soles ardientes y por entre la maraña de las selvas los bravos conductores de los cargamentos algún día llegaron a tener reunidos, victoriosamente, los elementos todos de la planta generadora de energía... En la noche del 6 de agosto de 1900 los esfuerzos de don Santiago y de sus hermanos, y también de las señoras de Samper, culminaron cuando en la casa paterna de Miguel Samper, su viuda, Teresa Brush, encendió con mano trémula las primeras bombillas de la nueva luz [7].

La creciente demanda de fuerza para la industria y de luz para el alumbrado doméstico, obligaron a la empresa a emprender obras de expansión de la capacidad generadora a sólo dos años de haber comen-

[7] *Cromos*, Bogotá, 10 de marzo de 1945.

zado a funcionar. A los diez años, la compañía accionaba satisfactoriamente cien motores eléctricos industriales y 23.000 bombillas incandescentes.

Vías y ferrocarriles

Durante el siglo XIX el camino de mayor importancia para Bogotá, continuó siendo el de Honda, única vía de comunicación con el río Magdalena, y por tanto con el mar y con el resto del mundo. Este camino sólo era transitable a caballo o en mula, pues durante casi todo el siglo, las carretas sólo podían rodar hasta Facatativá, a pocos kilómetros de la ciudad. Normalmente el viaje a Honda duraba tres días, tiempo que sumado al que demandaba la azarosa navegación fluvial por el río Magdalena, hacía que en 1845 se necesitaran por lo menos dos meses para ir y volver a la costa atlántica desde Bogotá.

A mediados de siglo se refaccionó el camino de Bogotá a Facatativá, por el sistema carretero de Mac Adam, lo cual hizo surgir la primera empresa de transporte colectivo intermunicipal, con cinco carruajes importados, servicio que se perfeccionó en 1854 con cuatro carretas parisienses. Poco después se iniciaron las calzadas carreteables a Zipaquirá, Bosa y Soacha. Hacia la década del 70, de Bogotá salían apenas 150 km de carreteras macadamizadas, —término proveniente del apellido del mencionado ingeniero inglés que patentó el sistema de pavimentar con piedra triturada que se afirmaba con rodillos o pisones—. En 1847 se empezó a regularizar la navegación a vapor por el río Magdalena, lo cual redujo los fletes de las mercancías extranjeras que llegaban a Bogotá. Ello significó gran alivio pues las pésimas condiciones del camino de Honda hacían que los fletes para cualquier mercancía costaran lo mismo de Londres a ese puerto que de allí a Bogotá.

Los efectos de los malos caminos fueron descritos así en 1874 por Aníbal Galindo:

> [Por el alto costo del transporte], para la generalidad de los habitantes de Bogotá son artículos de lujo los frutos del río Magdalena —a sólo 120 km de la ciudad—, y para la generalidad de los habitantes de tierra caliente son artículos de imposible consumo —los de la sabana de Bogotá—. Cualquier producto que en las orillas del río Mag-

> dalena podría obtenerse por 0,20 pesos, vale en Bogotá 0,80. ...El azúcar es aquí un artículo que hoy no pueden consumir sino las clases acomodadas; los pobres sólo la usan como remedio... Por término medio, los productos agrícolas que forman la base de la alimentación pública no pueden caminar con los actuales medios de transportación más de veinte leguas, para que su precio de mercado... deje de ser provechoso [8].

Esta situación reflejaba la regionalización característica de la economía colombiana en el siglo XIX.

El primer tramo ferroviario, entre Bogotá y Facatativá, se inauguró el 20 de julio de 1889, luego de que la primera locomotora fue subida a la Sabana a lomo de bueyes. La vía férrea a Zipaquirá estuvo en servicio en 1898 y sólo hasta 1908 se completó la línea hasta Honda. El ferrocarril del sur llegó a Soacha en 1896 y a Sibaté en 1903. Al finalizar el siglo, la Sabana poseía apenas más de cien kilómetros de ferrocarril, pocos, pero quizás los tramos férreos construidos a mayor altitud en el mundo en ese momento.

El transporte urbano

Alfonso Acevedo, gobernador de Bogotá, en el informe que presentó a la Cámara provincial en 1844 solicitó que se prohibiera el tránsito de carros por las calles de la ciudad porque inutilizaban los acueductos, que iban por las vías casi a flor de tierra. Según Acevedo los carros deberían detenerse a la entrada de la ciudad, y desde allí transbordar su carga a carretillas de mano.

La prohibición de circulación de carros y carretas duró hasta 1877. En ese año, la municipalidad permitió el tránsito de carruajes de resortes, sólo para transportar personas. En 1882 se organizó una agencia de coches de servicio público, la primera línea regular de vehículos colectivos.

El tranvía, tirado por mulas, se inauguró oficialmente el 24 de diciembre de 1884 por la empresa norteamericana *The Bogotá City Railway Company,* con carros construidos en Filadelfia que fueron traídos,

[8] *Diario de Cundinamarca,* Bogotá, 10 de agosto de 1874.

desarmados y en grandes cajas. Por la dificultad para el transporte de material pesado la compañía decidió tender rieles de madera revestidos con zunchos, en lugar de verdaderos rieles de hierro, lo que dio lugar a no pocos contratiempos en el servicio del tranvía. Ocho años más tarde se instalaron rieles de acero transportados desde Inglaterra. La primera línea del tranvía recorrió la carrera séptima desde la Plaza de Bolívar hasta San Diego. Allí, a partir de la actual calle 26, tomaba el llamado Camino Nuevo –actual carrera 13–, hasta Chapinero. El viaje, cualquiera que fuera su longitud, tenía una tarifa única de diez centavos.

Inicialmente los comerciantes de la Calle Real, con el pretexto del ruido que hacía el tranvía y los destrozos que producía en el empedrado de las calles, lograron en 1885, a los pocos meses de iniciado el servicio, que la municipalidad prohibiera el tráfico de tranvías por el centro, de modo que los vehículos cubrieron la ruta de Chapinero sólo desde el Parque de Santander.

El 21 de julio de 1892 se inauguró la línea que unía a la Plaza de Bolívar con la Estación de la Sabana. Todavía en ese año los pasajeros del trayecto a Chapinero tenían que hacer transbordo de un carro a otro, pues aún no estaba terminada toda la línea. En 1894 esta ruta era recorrida por un carro cada veinte minutos, y al año siguiente se dio al servicio una nueva línea que cada 10 minutos partía del actual Parque de Santander. La empresa tenía para entonces varios modelos de carros que fueron reseñados en la siguiente forma por la prensa:

> El público encuentra hoy, pues, tres diferentes clases de carros que recorren las carrileras de las dos líneas bogotanas: unos abiertos, otros medio cerrados, y estos últimos, que pueden cerrarse completamente, habrán de ser una bendición para los viajeros, quienes no quedarán expuestos a frecuentes resfriados y a la incomodidad de las lluvias [9].

El uso de coches de alquiler tirados por caballos se regularizó en 1896, para regocijo de las gentes de las clases altas, que así se libraron de tener que seguir usando los tranvías, descritos en 1902 por Manuel José Patiño, en su *Guía práctica de la capital* como «Pésimos carros ti-

[9] *El Correo Nacional*, Bogotá, 9 de julio de 1893.

rados por mulas, llenos en su mayor parte de sirvientas y de gente de la hez del pueblo, que han dado en la flor de conducir en tranvía sus canastos de mercado y cuanto "líchigo" llevan consigo o les encargan llevar».

El telégrafo y el teléfono

En 1865 la única parte de Colombia que contaba con servicio telegráfico era Panamá —región que se segregaría de Colombia como nueva República en 1903—, con 85 kilómetros de alambrado. En los Estados Unidos había a la sazón 90.000 kilómetros de líneas telegráficas, en la Gran Bretaña 70.000, en México 400, en Chile 250 y en Venezuela 100. En ese mismo año se conformó en Bogotá la Compañía del Telégrafo, sociedad mixta entre el gobierno colombiano y capitales privados, bogotanos y norteamericanos, encargada de comunicar por telégrafo a la capital con el resto del país. Las obras se hicieron con tal rapidez, que el 1 de noviembre del mismo 1865 fue recibido en Bogotá el primer telegrama de su historia, enviado desde Cuatro Esquinas, a doce millas de distancia. La línea arribó a Facatativá, a 24 millas, el 10 de noviembre, el 27 de abril de 1866 a Ambalema y en mayo a Honda. De esta forma, al enlazar con el río Magdalena, el aislamiento de la ciudad sabanera empezó a superarse. En 1874, las líneas telegráficas sumaban 1.388 km en el país.

En 1886 Colombia quedó comunicada directamente con el mundo por medio del cable submarino. Se organizó entonces un periódico en Bogotá, *El Telegrama*, que se encargó de comunicar al otro día a los atónitos capitalinos las noticias internacionales.

A su vez, el 21 de septiembre de 1881 se inauguró la primera línea telefónica en la capital, que unió al Palacio Nacional con las oficinas de correos y telégrafos de la ciudad. Tenía una extensión de medio kilómetro. El periódico *El Conservador*, del 26 del mismo mes, informó que, «una banda de música tocó alternativamente en los extremos de la línea, oyéndose las piezas con toda claridad, pues la transmisión del sonido fue perfecta».

A principios de diciembre de 1884 se instaló en la oficina de la firma González Benito Hermanos el primer teléfono particular de la ciudad, en conexión con otro que se estableció en Chapinero, a legua

y media de distancia. Según el periódico *El Comercio* del 3 de diciembre de 1884,

> tan luego como nos pusimos en comunicación con la persona que ocupaba la otra estación, quedamos verdaderamente sorprendidos con la perfección con que se produce la traslación del sonido y la claridad con que se oyen las palabras sin que para esto se haga ningún esfuerzo ni haya necesidad de alzar la voz más de lo que cada uno usa y acostumbra ordinariamente. En nuestro concepto el teléfono será una necesidad tan imperiosa en las familias y en los negocios, como el correo y los mandaderos. Merece que todos concurran a ver esta maravilla.

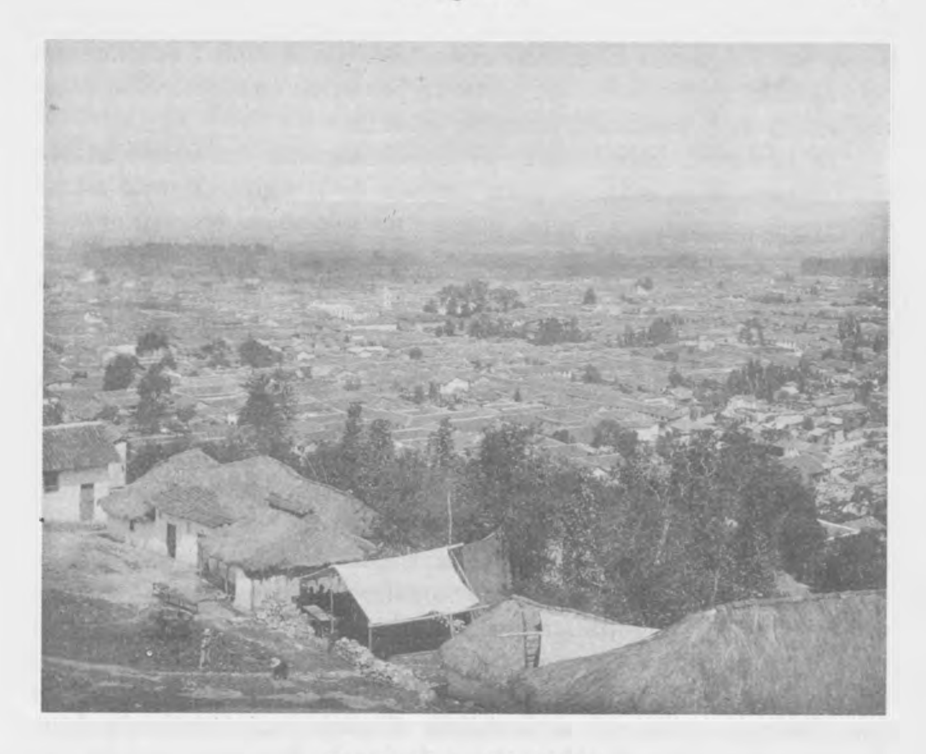
En 1885 ya había 47 líneas en operación, que funcionaban conectadas a una pequeña central manual. En 1890 se construyó una central telefónica más grande, contigua a la Alcaldía y la prensa recomendó al público suscribirse al nuevo servicio, pues según decía, Bogotá era en ese momento la ciudad más barata del mundo en cuanto a servicio telefónico. El primero de mayo de 1892 la Compañía de Teléfonos repartió a sus 456 suscriptores, que hacían 2.000 llamadas diarias, el primer directorio telefónico de la capital. Al iniciarse el nuevo siglo, exactamente en octubre de 1900, existían 720 aparatos de servicio particular en funcionamiento en la ciudad.

Los bogotanos

Demografía

Al alborear el siglo XIX, en las 195 manzanas del casco urbano de Santafé vivían 21.464 personas, sin contar vagos y mendigos –unos 500–, ni población pasajera –unos 1.000–.

Hacia 1810, año inicial de la independencia, Santafé andaba por cerca de los 25.000 habitantes. Era sin duda una ciudad pequeña, si se tiene en cuenta que para esa misma época Caracas tenía 40.000 habitantes, y Quito 80.000. De 1800 a 1808 el cura de la iglesia metropolitana llevó una rigurosa estadística del movimiento demográfico del barrio de La Catedral, el más populoso de la ciudad. Según sus cuen-



Bogotá a fines del siglo XIX

tas, en estos nueve años hubo 2.090 nacimientos y 875 muertes, con un aumento neto de población de 1.215 personas en un barrio que en 1800 tenía 8.604 habitantes.

Desde 1800 la ciudad no volvió a tener censo hasta 1832, cuando se contaron 36.435 bogotanos, que subieron a algo más de 39.000 en 1835. El censo de 1843 prácticamente no reveló crecimiento alguno en la población de la capital, pues ésta sólo aumentó respecto a 1835 en 644 habitantes. Las bajas producidas por la «Guerra de los Supremos», y las 3.128 personas que sucumbieron a la oleada de viruelas sucedida entre 1840 y 1841, pueden ser las causas de este estancamiento demográfico.

Desde el censo de 1779 se pudo constatar que las mujeres constituían una notable mayoría en la población santafereña. A partir de ese momento, y hasta el censo de 1843, fueron como mínimo el 58% del total de habitantes en la ciudad. Luego de la independencia, pudo atri-

buirse este fenómeno a las levas de varones con destino a las guerras, pero además, existen cifras que permiten pensar en una mortalidad más alta dentro de la población infantil masculina.

El número de habitantes de Bogotá consagrados a la vida eclesiástica les pareció escandaloso poco después de la independencia a los franceses Boussingault y Roulin, quienes no sólo se impresionaron con la desmesurada cantidad de templos, monasterios y conventos, sino también con los verdaderos enjambres de curas, frailes y monjas que topaban por todas partes. Boussingault consideró que éstos imprimían a Bogotá un carácter monástico. En el padrón de 1800, de 21.464 santafereños 1.208 estaban vinculados a la Iglesia.

Las estadísticas de comienzos de siglo XIX muestran una apreciable mayoría de hombres y mujeres célibes. La razón está en que los censos sólo consideraban como casados a los que lo eran por lo católico, sin tener en cuenta a los que convivían sin estar bendecidos por la Iglesia que igualaban en número a los que sí lo estaban. En una sociedad pacata y religiosa al máximo como la santafereña, las uniones libres elevaban el número de hijos naturales, que con creces, superaba al de hijos legítimos. En 1826, entre el 1 de agosto y el 30 de noviembre recibieron el bautismo 300 infantes, 157 naturales y 143 legítimos [10]. Esta diferencia continuó aumentando. El periódico *Constitucional de Cundinamarca* informó a fines de 1845 que de 361 niños nacidos en los cuatro últimos meses de ese año, 209 eran ilegítimos y sólo 152 habían nacido de uniones lícitas. Esta ecuación se mantuvo durante toda la centuria.

Mínimo crecimiento vegetativo de la población, mayor número de muertes que de nacimientos y un índice muy elevado de mortalidad infantil, podrían mencionarse como las tendencias demográficas dominantes del siglo XIX. En 1881 la ciudad tenía 84.723 habitantes. Veinticuatro años más tarde, dicha cifra apenas había llegado a los 100.000, y a lo largo de todo ese tiempo el número de nacimientos siguió siendo inferior al de defunciones, de suerte que el reducido aumento de población sólo ocurrió gracias a la constante migración provinciana hacia Bogotá.

La mortalidad infantil alcanzó a finales de siglo el aterrador índice del 45%. Este porcentaje comenzó a ceder con los adelantos en mate-

[10] *La Bandera Tricolor*, Bogotá, diciembre 1826.

ria de salud y servicios públicos, que paulatinamente se incorporaron al universo bogotano. En cuanto a la relación entre nacimientos y defunciones, la diferencia disminuyó paulatinamente en favor de la natalidad hasta fines de la segunda década del siglo XX, cuando, por fin, los nacimientos superaron a las muertes.

Salubridad y epidemias

El tema de la salud en el siglo pasado estuvo íntimamente ligado no sólo a las epidemias, que con alguna periodicidad se presentaron todavía, sino también a la debilidad de los centros asistenciales, a la resistencia de los padres de familia a los nuevos tratamientos y prácticas higiénicas y a la escasa cobertura de los servicios públicos.

Los hospitales existentes dependían para su funcionamiento de la actividad desplegada sobre todo por el clero, particularmente la de los Hermanos Hospitalarios, que asumieron el control del mayor centro de asistencia social, el Hospital San Juan de Dios, y la de las Hermanas de la Caridad, traídas por el gobierno. La municipalidad de Bogotá solamente asumió mayores responsabilidades a finales del siglo, con la inauguración del Hospital de la Misericordia.

Un segundo problema que hacía más funestas las enfermedades era la negativa de los padres de familia a vacunar a sus hijos, o a aplicar las recomendaciones básicas para prevenir o enfrentar las epidemias. Por esta circunstancia, las prácticas sanitarias se convirtieron en asunto de policía o de injerencia de la Iglesia. Las autoridades se vieron en la obligación casi permanente de imponer multas a los padres irresponsables, o de solicitar al clero su influencia para presionarlos a aceptar las medidas higiénicas que previnieran el brote de fenómenos epidémicos.

Las viruelas, que azotaron a Bogotá de 1801 a 1803, dejaron un saldo de 329 muertos, muchos menos que los 3.500 que hubo veinte años atrás por la misma causa. El nuevo brote de la terrible enfermedad presentado en medio de la Guerra de los Supremos, en 1840, cobró 3.128 nuevas víctimas.

En 1849 el cólera visitó el país. En tres meses hubo más de 20.000 muertos entre la costa atlántica y el valle del río Magdalena. Luego el virus emprendió el ascenso de la cordillera hacia Bogotá, adonde llegó

a principios de marzo de 1850. Los médicos declararon que el cólera no podía germinar a estas alturas y que los casos que se habían detectado eran de simple «colerín». Pese a ello, según testimonio de Salvador Camacho Roldán en sus memorias, se dieron 150 casos de cólera en Bogotá, la mayoría de ellos mortales.

Apenas cesó la epidemia, y bajo el efecto del pánico, autoridades y población emprendieron una campaña de aseo general como sólo se conoció durante la Colonia cuando las viruelas y el tifus atacaban recurrentemente la ciudad. Lamentablemente toda esta febril actividad no fue más que flor de un día, por lo que el tifus, la disentería y la viruela, males crónicos en la Bogotá del siglo XIX, continuaron como la principal causa de morbilidad de la población.

A fines de siglo las viruelas se hicieron nuevamente presentes en 1881, 1882, 1883, 1896 y 1897. También en estos años hubo asoladoras epidemias de disentería, colerín, tifus, fiebre tifoidea y sarampión, que causaron estragos en la población infantil. Igualmente siguieron cobrando numerosas víctimas las enfermedades respiratorias y gastrointestinales. A principios de los años noventa empezó a aparecer el cáncer como causa de mortalidad, y se registró también un notable incremento en las enfermedades venéreas.

Enfermedades predominantes a finales del siglo XIX

Tipo de enfermedad	Años en que predominó
Viruela	1882, 1883, 1896 y 1897
Disentería	1882
Colerín	1885
Fiebre tifoidea	1887, 1894 y 1897
Tifus	1889, 1892, 1894 y 1897
Sarampión	1884, 1890 y 1891

La vida diaria

En la primera mitad del siglo XIX había en Bogotá 31 iglesias y 13 monasterios y conventos, un guarismo exorbitante si se relaciona con el tamaño y el número de habitantes de la ciudad. Desde fines del si-

glo XVIII y hasta mediados del XIX la capital no vio la construcción de un solo templo más, sin embargo, el norteamericano Holton escribió en 1853 que Bogotá era sobre todo una ciudad de iglesias, pues con menos de 50.000 habitantes tenía treinta y una, mientras que París, con un millón de habitantes, tenía apenas cincuenta. No sorprende entonces que la religión fuera tan determinante en la ciudad, y que la Iglesia, con su lenguaje de campanas, determinara y rigiera la vida cotidiana de los bogotanos.

En efecto, desde las tres de la mañana comenzaba a quebrarse el silencio de las noches bogotanas con el repique de los bronces en campanarios y espadañas. A esa hora empezaban a sonar las campanas de San Diego y San Francisco, sus sacerdotes principiaban a rezar en coro y simultáneamente muchas familias que escuchaban los tañidos se levantaban a rezar el rosario. Un poco más tarde, a las cuatro de la mañana, tocaban el alba los bronces de San Agustín y Santo Domingo. Después se les unían todos los demás. Las misas empezaban a las cinco de la mañana y se seguían oficiando con muchas comuniones hasta las nueve, hora en que se cantaba la misa mayor en la Catedral.

A las seis de la mañana, doce del día y seis de la tarde, las campanas recordaban a los fieles que había llegado la hora de la salutación angélica —el ángelus—, en que había que quitarse el sombrero, asumir una actitud recatada, —arrodillarse las mujeres—, y pronunciar las oraciones correspondientes, ya fuera en la propia casa, en el lugar de trabajo o en la calle, hasta que las campanas dejaran de tañer. Luego se rezaba el rosario en familia, encabezado por el padre, con una larga serie de oraciones adicionales por los pecadores, los agonizantes, el Santo Padre y las necesidades de orden terrenal.

Nadie iniciaba una comida sin bendecir la mesa, ni la terminaba sin el Padrenuestro. Todos los viernes a las tres de la tarde los campanarios, sin excepción, tocaban a muerto, para conmemorar la hora en que murió Jesús, y las gentes interrumpían sus labores para recitar el credo. Después del rosario vespertino, que se rezaba por igual en cuarteles y casas, volvían a sonar las campanas a las ocho de la noche para recordar a los fieles el deber de decir un Padrenuestro y un Avemaría por las almas de los difuntos. Éste era también el toque que anunciaba la *queda*, hora en que todo mundo debía recogerse en sus casas. Al tañido de las campanas se daba inicio y fin a la jornada cotidiana, y

los toques del ángelus de las doce y de las seis de la tarde, señalaban el fin de la jornada laboral respectiva.

La vida diaria de los santafereños empezaba por lo común con la asistencia a misa, al alba, antes del desayuno, y después de éste se dedicaban a sus actividades y labores. Entre las doce y la una, luego del almuerzo, cerraban cuidadosamente las puertas de sus casas y se consagraban a la siesta durante una hora por lo menos. Tras el trabajo de la tarde, a la hora vespertina, solían dar un paseo por el atrio de la Catedral, por la Alameda, –actual carrera 13–, o por el aserrío. Al regresar a casa, hacia el final de la tarde, tomaban invariablemente el «refresco», que consistía en chocolate con abundante dulce y colaciones. A continuación venía el rosario en familia, después del cual se hacía o recibía alguna visita. Entre las 9 y las 10 de la noche se servía la cena. Concluida ésta los santafereños se acostaban.

Esta rutina variaba el domingo. El desayuno era entonces con tamales. La familia visitaba y era visitada y se intensificaban los paseos por San Victorino, en los que damas y caballeros lucían sus mejores galas. A principios de siglo se veían desfilar ese día por las calles los tres únicos coches que había en la ciudad: el del virrey, el del arzobispo y el de la familia Lozano –marqueses de San Jorge–. A veces se realizaban dramas y comedias en el Coliseo, así como uno que otro baile. No faltaban tampoco las reuniones familiares o de amigos en que se jugaba ropilla –naipes–.

El chocolate al desayuno era una bebida básica entre los santafereños. Por lo común el cacao era molido y amasado en forma de bolas o pastillas, y se le mezclaba maíz en proporción al rango social del consumidor. El destinado a la servidumbre contenía mayor cantidad de maíz. Para las grandes ocasiones, o para atender visitas importantes, el convite se realizaba a base de pastillas de chocolate mezcladas con canela aromática y vino, guardadas en arcones durante períodos de varios años.

La cocinera era ama y señora en la cocina desde antes del alba. En su hogar había una piedra ancha colocada a suficiente altura, que se utilizaba para moler y aderezar el chocolate. Luego, un trípode de piedras en el suelo, donde avivaba el fuego, servía para colocar sobre él las ollas y calderos de hierro y arcilla para el puchero y otras viandas. La dotación la completaban una parrilla y una sartén para asar y freír las carnes, una paila de cobre para preparar los dulces, y una ti-

naja de barro panzuda cubierta con una tapa de madera, en que se almacenaba el agua potable.

Uno de los platos más apetecidos por los santafereños a principios del siglo XIX era la antigua olla podrida española: caldo caliente, verduras, longaniza o morcilla. El postre consistía en dulce de guayaba. Los artesanos preferían el ajiaco, —caldo de papas—, o, en su defecto, la carne cocida con maíz, papas, plátanos, yuca y legumbres. También apetecían la mazamorra, y las arepas de maíz más que el pan. Por su parte los indígenas, que habitaban en zonas suburbanas en bohíos idénticos a los que halló Jiménez de Quesada a su llegada, no solían consumir carne, con la única excepción de la de curí —un pequeño roedor—. En cambio su dieta abundaba en papas, arracachas, legumbres secas y arepas, y acompañaban sus comidas con abundante chicha —bebida de maíz fermentado—. El viajero francés Le Moyne informa que hacia 1840, cuando salió de Bogotá, unos panaderos franceses que habían llegado hacía poco empezaban a difundir el pan francés.

Después de la misa del alba y del desayuno empezaban muy temprano los bogotanos sus oficios cotidianos. Artesanos, aguateras, mozos y criadas iniciaban labores desde las seis; los empleados públicos desde las siete de la mañana, y los comerciantes, menos madrugadores, a las nueve.

Las señoras y amas de casa de la clase alta, de acuerdo con el *Tratado sobre economía doméstica* de doña Josefa Acevedo de Gómez, destinaban las primeras horas de la mañana al arreglo de la casa, luego al de su persona y finalmente al desayuno. El resto del día se dedicaban a las ocupaciones propias de su condición y de su sexo tales como el dibujo, el bordado, la costura y la enseñanza de los niños. Ninguna mujer trabajaba fuera de su casa con excepción de las que ejercían sus menesteres pedagógicos en los escasos centros de enseñanza primaria de la ciudad, y de unas pocas viudas que habían heredado de sus maridos establecimientos de comercio que ellas mismas atendían. Cuando se daba el caso de que por estrecheces de fortuna las mujeres de clase alta debían contribuir con algún trabajo productivo al presupuesto del hogar, su actividad se orientaba hacia la modistería, al servicio de las damas acaudaladas, o a la repostería, a aderezar platos especiales, postres y pasteles para fiestas y veladas. Otra era la suerte de las mujeres de los estratos populares, que tenían que trabajar como norma, princi-

palmente en el servicio doméstico o como lavanderas, planchadoras, aguateras o expendedoras en el mercado.

Las incomodidades y estrecheces en la conducción, provisión y manejo del agua por las aguateras, por una parte y, por otra, el clima de la ciudad, se constituyeron en factores determinantes para que los bogotanos no fueran exagerados en el aseo personal. El baño matinal, no muy generalizado, era una rápida ablución de cara y manos en la jofaina o aguamanil de la alcoba. El baño de cuerpo entero era considerado por muchos como una actividad a realizar, semanal o quincenalmente, en los ríos, chorros y quebradas cercanos a la ciudad, siempre que hiciera buen tiempo. Otros aguardaban la llegada de un domingo soleado y ponían en el segundo patio de la casa un enorme platón de agua para que se tibiara a los rayos del sol, cuya acción se reforzaba con numerosas olletas que se ponían a calentar en el fogón de la cocina. Era una costumbre muy arraigada no probar alimentos en las tres horas anteriores al baño, porque la contravención de esta norma podía, según se afirmaba, acarrear graves trastornos de salud.

De cuatro a seis de la tarde todos los días, como si se hubieran puesto de acuerdo, las muchachas de la capital se asomaban al balcón o a las ventanas de sus casas, lo que era aprovechado por sus galanes para intercambiar con ellas saludos y cumplidos. Debido a la falta de alumbrado público, las familias aprovechaban las noches de luna llena para «pagar» alguna visita pendiente. Se organizaban entonces verdaderas caravanas en las que participaban párvulos de todas las edades y la servidumbre en masa, que se repartía el trabajo de cargar a los niños, llevar el clásico farol con la vela de sebo, y portar paraguas y zapatones para sus amos en previsión de una lluvia repentina a la hora del regreso.

La extrema lentitud de esta vida cotidiana tenía su razón de ser en el aislamiento de Bogotá respecto al mundo exterior, y en la actividad económica de ritmo débil, por las escasas posibilidades de lucro de un país poco ligado al comercio internacional, con un mercado interno autoabastecido y de baja demanda. Una economía con tales características no exigía dinámica en las transacciones entre los particulares, en los trámites de la administración pública ni en las comunicaciones. De ahí que la capital, que sólo disponía de pésimos caminos de herradura, pasó todo el siglo sin usar casi el viejo invento de la rueda en sus contactos con el resto del país. Sólo se podrían exceptuar

las ruedas que a partir de 1847 comenzaron a impulsar regularmente los buques de vapor por el río Magdalena. Todo esto determinaba una peculiar percepción y apreciación del tiempo por parte de los bogotanos, hasta el punto de que lo medían no por horas ni por días, sino por semanas y meses. De ahí que a los habitantes de Bogotá «no les importaba esperar ni hacer esperar».

Las diversiones

Casi todos los pocos regocijos colectivos de que disponían a principios de siglo los santafereños estaban ligados con la religión. Se relacionaban con bautizos, confirmaciones, primeras comuniones, bodas, ordenaciones o profesamiento de votos de las hijas de familia que habían tomado los hábitos monjiles, o con las grandes festividades religiosas tales como el Corpus, el polvillo, las carnestolendas o mascaradas, la Navidad y otras.

El toreo, común denominador de casi todas las celebraciones populares, constituía espectáculo poco ortodoxo. Era un zafarrancho bárbaro muy similar a las caóticas «corralejas» que hoy se realizan en la zona interior del litoral atlántico colombiano, y diferían poco de las «corridas» vigentes en la actualidad en la Pamplona de España. No había diestros y, en consecuencia, se enfrentaban a los toros todos los espontáneos que tuvieran a bien hacerlo una vez que el aguardiente o la chicha les infundía el valor necesario. Como Bogotá no disponía de un coso taurino específico, para tal efecto se cercaban las principales plazas de la ciudad, especialmente la Mayor, y alrededor se levantaban graderías rudimentarias, donde tenía lugar el pandemonio. Aparecían jinetes que pinchaban a los toros con rejones y banderillas, y abundaban los temerarios de a pie, cuyo objetivo era agarrarlos por la cola y derribarlos. Con relativa frecuencia, alguno que otro pagaba con la vida su torpeza en esta lidia improvisada.

Una de las diversiones más arraigadas era ya entonces el juego de tejo o turmequé, de origen muisca, cuyas características no han variado hasta nuestros días. Otra, que hoy es netamente popular pero que entonces contaba con el favor de todas las clases sociales, era la riña de gallos, hasta el extremo de que personajes del alto mundo social y de



Acuarela de Ramón Torres Méndez

los negocios criaban ejemplares de pelea y asistían puntualmente a las galleras, donde se cruzaban apuestas por sumas muy elevadas.

Los almuerzos campestres dominicales a orillas de los riachuelos sabaneros, eran entretenimiento común. El máximo orgullo de los capitalinos radicaba en invitar a sus huéspedes foráneos al Salto de Tequendama, localizado a 38 km de la población. Esta imponente cascada natural de 175 m de altura, formada por el río Bogotá, posteriormente se aprovecharía para la generación eléctrica y alcanzaría, en el siglo XX, triste fama como escenario de suicidas; hoy languidece entre los negros farallones del contaminado río.

Igual que hoy, no pocos bogotanos de fines de siglo solían pasar temporadas en tierra cálida. El periódico *El Telegrama*, del 15 de enero de 1891 informaba acerca de la masiva afluencia de veraneantes en esas vacaciones al cercano municipio de Villeta, –a 40 km de distancia–.

La retreta pública fue una diversión decimonónica que se prolongó hasta entrado el siglo XX, cuando, de sitios céntricos como el Parque de Santander, se trasladó al de la Independencia. Bogotá conoció en forma temprana el cine, pues en agosto de 1897 la llamada Com-

pañía de Variedades presentó en el Teatro Municipal la primera proyección cinematográfica que vio la ciudad. No habían pasado aún tres años desde que los hermanos Lumiére habían enseñado a los parisienses la magia del cinematógrafo.

La economía

Ciudad comercial

A pesar de las dificultades de comunicación ya anotadas, la céntrica ubicación geográfica de Bogotá y su enlace fluvial con la costa atlántica, mantuvieron a la ciudad como el principal centro de acopio de manufacturas extranjeras y nacionales para la mayor parte de las provincias del interior del país durante el siglo XIX. Este liderazgo fue discutido repetidamente por otras ciudades, que lo veían como opuesto a sus intereses económicos. Así, Cartagena y Socorro impulsaron un partido federalista inmediatamente después del grito de independencia de 1810, partido que intentó, al modificar la organización política, romper la hegemonía comercial de la capital. Casi todos los congresos constituyentes del siglo, desde el de Cúcuta de 1821, reprodujeron la disputa contra Bogotá, y siempre sin éxito quisieron despojarla de su título de capital del país. Detrás de esta controversia se encontraba el hecho de la supremacía comercial de la ciudad.

El lento viaje marítimo que tenían que realizar las manufacturas europeas, y los elevados fletes y tributos que tenían que pagar al llegar al país, favorecieron desde la Colonia el desarrollo de las manufacturas neogranadinas y el auge del contrabando desde las Antillas. Hacia la época de la independencia la Nueva Granada producía casi todos los textiles de lana y algodón que consumía. La mayor parte de esos textiles eran fabricados principalmente en la provincia del Socorro, pero su distribución se concentraba en Bogotá. Sólo se importaban telas de alta calidad. Para mantener el menguado monopolio mercantil en los últimos años coloniales, el gobierno peninsular mandó destruir las plantaciones de lino establecidas en Santafé, y cerrar las fábricas de loza, sombreros y batán fundadas también allí.

Hasta mediados del siglo XIX, cuando se hicieron sentir con toda intensidad los efectos de la revolución industrial en Europa y los Es-



Representación de un viajero del siglo XIX

tados Unidos, estuvo en auge la clase artesanal, y la mayor parte de las transacciones de los comerciantes bogotanos tuvieron por objeto manufacturas nacionales. La regularización de la navegación a vapor por el río Magdalena, facilitó la invasión de mercancías extranjeras, lo que produjo permanentes reacciones por parte de los artesanos.

Pese a que hasta 1871 no hubo bancos estables, Bogotá era la ciudad donde más se concentraba el dinero en Colombia, lo cual contribuía a aumentar su importancia económica. En conjunto, el circulante afluía a la capital porque ésta era la mayor plaza comercial, y porque a ella llegaba el oro de las regiones mineras y el dinero de las agroexportadoras del interior del país, en procura de las manufacturas extranjeras y nacionales que sólo allí se conseguían. Además, el oro y la plata venían de afuera para ser acuñados en la Casa de la Moneda de la ciudad, la más importante de las dos que existían en la Nueva Granada, —la otra era la de Popayán—. También la sal de Zipaquirá que abastecía al interior del país tenía que pasar obligatoriamente por la capital. No debe olvidarse por último que Bogotá era el centro de la administra-

ción pública nacional, a donde llegaban los tributos y se congregaba la mayor parte de la burocracia de la nación. Estas razones hicieron de la capital la ciudad que menos sufrió la crónica deflación monetaria que padeció Colombia a lo largo del siglo XIX y, por lo mismo, las que hicieron posible el inicio allí de la banca privada colombiana.

A pesar de la ausencia de información continua sobre el tráfico comercial de la ciudad en el siglo XIX, es interesante citar el folleto titulado *Observaciones sobre el comercio de la Nueva Granada, con un apéndice relativo al de Bogotá*, atribuido al empresario inglés Guillermo Wills e impreso en 1831, publicación en la cual se dieron los siguientes datos sobre el tráfico comercial anual de la ciudad en ese momento:

Costo original de las mercancías extranjeras	700.000
Derecho de aduana y fletes	350.000
Derechos de alcabala en Bogotá	40.000
Transporte entre Honda y Bogotá	10.000
Ganancias del importador	100.000

Agricultura

A diferencia de la solidaridad de intereses entre comerciantes y artesanos que se mantuvo hasta mediados del siglo XIX, cuando aparecieron las mercaderías extranjeras, sorprende el desinterés mutuo que caracterizó durante la mayor parte del siglo XIX a hacendados y comerciantes de la sabana de Bogotá. Esa falta de entendimiento hizo que unos y otros dependieran casi todo el siglo de sus solos recursos individuales para sostener y ampliar sus inversiones o, en el mejor de los casos, de solicitar capitales a censo a la Iglesia, o de congelar sus propiedades en manos muertas. La consecuencia de esta falta de respaldo entre las dos actividades económicas principales de la Sabana y Bogotá, fue la pequeñez de la mayoría de las inversiones realizadas en una y otra, así como la escasa rentabilidad obtenida por la generalidad del capital de negocios.

Sólo hasta 1871, con la fundación del Banco de Bogotá, se reunieron establemente los recursos de los comerciantes y hacendados bogotanos, para irrigar conjuntamente la economía capitalina. Hasta ese momento, el dinero metálico era poseído fundamentalmente por los

primeros, quienes abastecían de manufacturas la demanda bogotana y la de gran parte del interior del país, y hacían de la suya la actividad económica más importante y lucrativa, que atraía por igual a jóvenes y a empresarios nacionales y extranjeros.

A comienzos de siglo, en 1803, el virrey Mendinueta se quejó en su relación de mando de que el salario agrícola promedio en la Sabana era todavía el mismo que cincuenta años atrás. Esta situación no mejoró con la independencia y sí produjo, durante las primeras décadas de la vida republicana, el reclamo de hacendados y maestros artesanos al gobierno local de Bogotá, pues pretendían mantener en el trabajo a los reacios asalariados, desestimulados por el bajo nivel de los jornales. Esta circunstancia explica por qué los dueños de los esclavos fueron intransigentes en su negativa a concederles a éstos la libertad, y por qué llegaron a evaluarlos a precios exorbitantes cuando las leyes nacionales abolieron la esclavitud mediante el pago de indemnizaciones.

La Sabana en la segunda mitad del siglo XIX

Hacia 1868, el economista Salvador Camacho Roldán estableció que en la sabana de Bogotá vivía una población de 150.000 personas, demográficamente la más concentrada y rica del país –desde la conquista–, con una densidad promedio de 1,33 habitantes por fanegada cuadrada, bastante alta para la época [11]. Allí se encontraban 32 distritos parroquiales, con unos 2.000 habitantes promedio por distrito, sin incluir la ciudad de Bogotá, cuya sola población se computaba entonces en más de 50.000 habitantes, la ciudad más populosa del país.

Pocos fueron los cambios que experimentó la economía de la Sabana entre el siglo XVIII y la segunda mitad del XIX. De actividad primordialmente agropecuaria, los ciclos de siembra, cosecha y ceba se determinaban con base en dos inviernos y dos veranos, denominaciones que se referían más a la abundancia o escasez de lluvias que a verdaderos cambios estacionales.

Los principales productos agropecuarios, además del trigo, eran la cebada, la papa, el maíz, las hortalizas, las frutas, los pastos naturales

[11] S. Camacho Roldán, «Revista de las cosechas», en *El Agricultor*, Bogotá, 1868-1869.

—y algunos artificiales— y el ganado vacuno, caballar y lanar. La producción de trigo y maíz era deficitaria. Sus faltas se cubrían con trigo y maíz calentano producidos sobre todo en las zonas cálidas aledañas a la Sabana. Gracias a los dos grandes períodos anuales de siembra y cosecha, y a la división de los cultivos de la cordillera según la altura sobre el nivel del mar, en suelos y climas diferentes, —con lo que prácticamente todo el año se estaba sembrando o cosechando—, rara vez se produjo una escasez extraordinaria y nunca hubo hambrunas.

Numéricamente primaba la pequeña propiedad campesina, consecuencia de la reciente disolución de los resguardos indígenas. La producción poco especializada era diversa y determinaba que la masa campesina no dependiera de un solo producto para su subsistencia. Los precios oscilaban bruscamente debido a las condiciones propias de la época, tales como la rudimentaria tecnología productiva, los elementales sistemas de comercio y las precarias vías de comunicación. Un prolongado verano hacía subir la leche y sus derivados y hacía bajar la carne, por la escasez de pastos. De las regiones cálidas aledañas provenían la mayoría de las 75.000 toneladas de maíz que demandaba cada año la altiplanicie.

El trigo, principal producto agrícola de la sabana de Bogotá al alborear el siglo XIX, en nada contribuyó al desarrollo económico de la capital, como lo pudo advertir Humboldt ya en 1801. Desde mediados del siglo XIX el comercio del trigo sabanero quedó circunscrito a las regiones más inmediatas a la sabana de Bogotá, pues hasta el puerto fluvial de Honda, a solo 120 km de la capital, llegaba el trigo norteamericano de mejor calidad y similar precio. Para 1868 este cereal había sido desplazado por los pastos y la papa, al tercer lugar en importancia entre los cultivos de la sabana. En este año, la producción fue de 12.500 toneladas, que se vendieron en 400.000 pesos. Tan modesto resultado, demuestra que la sabana importaba buena parte del trigo que luego llevaba en forma de harina a otras regiones.

La ganadería ocupaba 107.500 fanegadas, la agricultura 70.000 y los eriales y rastrojos otras 27.000, lo que evidencia una activa utilización de la tierra. Sin embargo, los avances técnicos brillaban por su ausencia y los métodos utilizados en el campo diferían muy poco de los de la Colonia. Nicolás Pereira Gamba, único comerciante importador de maquinaria agrícola extranjera, tuvo que rematar en 1871 todas

las máquinas, arados e instrumentos modernos pues no pudo venderlos en los cuatro años anteriores [12].

Precios de productos alimenticios en Europa y USA hacia 1876 comparados con los de Bogotá [13]

Articulos	Unidad	Europa y USA $	Bogotá $
Arroz	libra	0,03 a 0,04	0,10
Azúcar	libra	0,10 a 0,15	0,15 a 0,20
Harina de trigo	barril	4,00 a 8,00	7,00 a 8,00
Café	libra	0,18 a 0,19	0,075 a 0,10
Papa	arroba	0,28 a 0,40	0,73 a 0,84
Carne del Plata	barril	11,00 a 21,00	2,20 a 3,00
Sebo	quintal	11,00 a 12,50	14,40 a 16,00
Cacao	libra	0,16 a 0,18 (trillado)	0,40 a 0,50 (sin trillar)
Sal	libra	0,025	0,10
Leche	libra	0,25 (condensada)	0,10 (sin condensar)

Salvador Camacho Roldán calculaba también para 1868 en 1.000.000 de pesos el valor global de las hortalizas, frutas, habas, arvejas, repollos, lechugas, nabos, zanahorias, remolachas, pescado, gallinas y pavos que producía la Sabana. Según él, el valor anual de los distintos rubros de la economía agropecuaria de la sabana de Bogotá, ascendía en 1868 a 6.000.000 de pesos, valor que, distribuido entre los 150.000 habitantes, arrojaba un ingreso per cápita de 40 pesos al año. Esta cifra no es exagerada, si se observa que el jornal promedio de cada uno de los 20.000 jornaleros del altiplano, era de 100 pesos al año.

El 80 % de las explotaciones agrícolas en la Sabana estaba conformado por pequeñas propiedades, de dos a diez fanegadas, en virtud de la división infinitesimal que desde 1820 se había realizado en los antiguos resguardos de indígenas. En el otro polo se calculaba que 160 propiedades, del total de 10.000 que existían en la Sabana, se apropiaban el 60 % de la tierra. En la región económica casi autosuficiente para abastecimiento de alimentos que integraban la Sabana y sus po-

[12] N. Pereira Gamba, *Boletín Industrial*, Bogotá, 17 de junio 1864.

[13] *Diario de Cundinamarca*, Bogotá, 31 de marzo de 1876.

blaciones cálidas aledañas, los principales mercados de venta y consumo eran Bogotá, Facatativá, La Mesa, Ambalema y Villeta. Las transacciones realizadas en estos mercados se calculaban (en pesos) así:

En Bogotá	3.000.000 al año.
En Zipaquirá	1.250.000 al año.
En La Mesa	1.250.000 al año.
En Facatativá	1.600.000 al año.

Bogotá tenía poca importancia relativa como centro de abastecimientos alimentarios para la región económica de la Sabana.

Las principales poblaciones abastecedoras de alimentos de climas templados y cálidos para la Sabana eran a su vez:

En arroz	Cunday
En azúcar	Chaguaní, Guaduas, Simacota y Socorro
En cacao	Neiva
En panela y plátano	Villeta y Fusagasugá
En aguardiente anisado	Ocaña
En tabaco	Ambalema y Girón

Bogotá exportaba oro y plata en lingotes y moneda para pagar parte de las manufacturas que importaba de Europa y USA, y a su vez era el principal centro abastecedor de manufacturas importadas para el resto del país. Buena parte de la quina, el añil, el tabaco y demás productos que exportaba Colombia a fines de los años sesenta, hacía escala en la capital, en el viaje hacia los puertos marítimos. Este obligado tránsito de mercancías de importación y exportación, y de dinero metálico y letras de cambio, fue el que convirtió a la ciudad en el principal centro mercantil y financiero del país.

La manufactura

A fines de la Colonia sólo operaban en la capital una fábrica de pólvora —establecida en 1768— y una fábrica de loza con producción y calidad aceptables, así como algunos molinos de trigo movidos por fuerza hidráulica.

Con la independencia se fortaleció la producción artesanal, y un importante número de sastres, zapateros, carpinteros, ebanistas, plateros, talabarteros, albañiles, pintores, faroleros y hojalateros se organizaron en incipientes gremios, según lo informa la *Gaceta de Santafé de Bogotá* del 26 de septiembre de 1816.

En la época de la Gran Colombia producía cerveza en la ciudad un alemán de apellido Mayer; posteriormente un inglés, Cantrell, prosiguió desde 1831 con la elaboración de este producto. Otro extranjero, Tomás Thompson, anunció mediante avisos en la *Gaceta de la Nueva Granada* del 28 de septiembre de 1834, su producción de cerveza, y Martínez y Galineé informaron en 1837 que habían comprado la cervecería del Señor Cantrell.

La Nueva Granada conoció un breve período proteccionista en la segunda mitad de los años treinta del siglo XIX, período durante el cual el Congreso concedió privilegio a distintas compañías nacionales para montar factorías de papel, vidrio y loza fina. A fines de 1836, por los imposibles caminos de herradura de la cordillera, el general Pedro Alcántara Herrán trajo a Bogotá desde los Estados Unidos la maquinaria requerida para la fundación de la Compañía Bogotana de Tejidos. Estas fabricas, así como la Casa de la Moneda de la ciudad, utilizaban fuerza hidráulica y animal, pues no contaban con calderas de vapor.

El 13 de enero de 1839 el periódico *El Argos* informó a sus lectores que ese número ya era totalmente impreso en papel producido localmente, y demandó al gobierno que el de la gaceta oficial y el papel sellado fueran comprados en la nueva fábrica nacional.

Debido a la importancia mercantil de la ciudad existían entonces en Bogotá importantes casas de comercio extranjeras. Había inglesas, como *Powles, Illingwort et Co., Plock et Logan, Souther, Druce et Co.* y *Henry Price et Co.* Las norteamericanas eran *Joseph Godin* y *James Brush*. Había también una francesa denominada *Jean Capella*, y por supuesto varias decenas de grandes casas importadoras nacionales.

El privilegio que el Congreso concedió a los fabricantes nacionales garantizaba la exclusividad para producir artículos manufacturados en el país, mas no para venderlos, por lo cual la competencia extranjera constituyó un obstáculo invencible para las fábricas bogotanas. Este hecho, sumado a la enorme dificultad para conseguir las materias primas que se requerían, a la estrechez del mercado interno y a la guerra civil de 1840 a 1842, dieron al traste muy pronto con el primer intento

de industrialización que conoció Bogotá. El rumbo de la economía colombiana quedó entonces trazado para el siguiente medio siglo: la rebautizada Nueva Granada sería un país productor y exportador de materias primas e importador de casi toda suerte de manufacturas.

Durante el primer gobierno del general Tomás Cipriano de Mosquera —1845-49—, se dio inició a un proceso de modernización y apertura económica, que al ser profundizado por su sucesor, José Hilario López —1849-53—, contribuyó a consolidar el papel de Bogotá como principal centro mercantil del país.

Desde 1850 hasta 1861 se tomaron una serie de medidas que contribuyeron a eliminar los rezagos de la economía colonial aún subsistentes. Entre estas medidas destacan la disolución de los resguardos indígenas del centro del país, la abolición de la esclavitud, la supresión de diezmos y censos, el desestanco del tabaco, la desamortización de bienes de manos muertas y el auge del libre cambio y el federalismo.

Miguel Samper escribió en 1867, en su libro *La Miseria en Bogotá*, que entre las consecuencias más notorias que habían producido las anteriores medidas figuraba:

> La navegación marítima que se regularizó y se mejoró hasta venir a contarse hoy con comunicaciones semanales en el río Magdalena y quincenales en el mar, servidas por buques de vapor. ...El comercio se ha hecho accesible aún a los pequeños capitales. El país, y en particular Bogotá conocieron entonces un verdadero remezón económico.

En 1875, el *Boletín Industrial* de Bogotá informaba que desde 1855, había aumentado el número de tiendas de efectos extranjeros en la capital desde menos de 150 hasta cerca de 800, y el número de importadores directos de Europa o de los Estados Unidos, desde menos de 50 hasta cerca de 300 [14].

En 1855 se estableció una fábrica de tejidos de lana, cuya existencia se prolongaría por treinta años. También subsistieron las pequeñas industrias de cerveza, fósforos, jabones y velas que venían operando desde las décadas del 30 y 40. En 1862 se fundó una fábrica de fideos

[14] *Boletín Industrial*, Bogotá, 28 de octubre de 1875.

y poco después una de chocolate. Sin embargo, mal podría hablarse entonces de Bogotá como una ciudad en proceso de industrialización. El común denominador de todas estas industrias por entonces existentes en la capital era que ninguna utilizaba aún el vapor como fuerza motriz.

En 1867 se trajo a Bogotá la primera máquina de vapor que conoció la ciudad con fines de producción industrial. Esta máquina representaba una fuerza nominal de diez caballos, y estuvo destinada a dar movimiento a un molino de trigo propiedad de la familia Sayer. Sin embargo, el costo exorbitante del transporte de 36 toneladas de maquinaria, a lomo de indio y mula desde Honda hasta Bogotá, además de los gravámenes de aduana, peajes y costos de compra de las máquinas, fueron la sentencia de muerte temprana del molino de harina movido a vapor.

En 1870 la fábrica Rey y Borda produjo fósforos en Bogotá, y dio empleo a destajo a más de doscientos trabajadores directos e indirectos, en su mayoría mujeres. En 1871 se fundó una fábrica de licores y perfumes que se llamó de Los Tres Puentes. Los empresarios publicaron un catálogo de sus productos en el que realizaron la defensa de la «industrialización por sustitución de importaciones»:

> Convencidos los empresarios de esta fábrica ... de lo absurda que es la importación de la mayor parte de los licores, perfumes, aguas aromáticas espirituosas y otras producciones de esta naturaleza que nos vienen del extranjero confeccionadas con elementos de la América Tropical, de donde se llevan a Europa y a Estados Unidos del Norte en la forma de materias primas, han empezado a producir en Bogotá, y ofrecen al público ... [15].

Lamentablemente, tan ambiciosos proyectos no alcanzaron larga vida, pues en 1878 la promisoria industria llegó a la bancarrota, acosada por dos frentes: de un lado, las 406 destilerías familiares de aguardiente que existían en Cundinamarca y, de otro, el asedio tributario.

En 1874 los señores Koppel & Schloss e Ignacio A. Ortiz fundaron una fábrica de cigarros cuyos productos se destinaban casi en su

[15] «Catálogo de los productos de la fábrica de los tres puentes», Fondo Pineda, Biblioteca Nacional, Bogotá, vol. 895.

totalidad a la exportación. Otro intento fallido fue el que emprendieron en 1874 los mismos empresarios de la fábrica de Los Tres Puentes con inversionistas de la capital. Se trataba de revivir la industria de vidrio, cuyo objetivo principal era la producción de objetos de ese material a precios no tan altos como los importados. Con excepción de los ricos, los bogotanos todavía carecían de vidrios en las ventanas de sus casas, y de la generalidad de los utensilios de vidrio que eran ya de uso común en Europa y Estados Unidos. Los empresarios solicitaron al Congreso exenciones tributarias, que la corporación negó por presiones del gremio de boticarios de Bogotá, quienes arguyeron que la libre importación de materias primas para la fábrica de vidrios encubriría el contrabando de los productos químicos que se utilizaban en la preparación de gran variedad de medicamentos.

Groot, Paz y Cía. compró en julio de 1875 al francés Luis Manouri la pequeña fábrica de calzado que éste poseía en Bogotá, en la que trabajaban con máquinas, 20 a 25 obreros. Los nuevos empresarios aseguraron entonces que

> el calzado que nuestra fábrica produce reúne todas las condiciones del mejor extranjero, y su figura se adapta perfectamente a la forma del pie, lo cual no sucede con el europeo, que por lo regular no tiene la proporción corriente para nosotros [16].

Los tropiezos de este segundo intento de despegue continuaron. Cuando se inició el establecimiento del telégrafo se creyó llegada la hora para el montaje de una fábrica de ácido sulfúrico. Entonces se pensaba que esta empresa sería la base de la industria siderúrgica. Tampoco tuvo el éxito esperado.

A principios de 1878 se fundó una industria que, a diferencia de las anteriores, sí se consolidó y alcanzó mucho más de medio siglo de vida. Fue la célebre fábrica de chocolates Chaves, movida desde el principio por maquinaria de vapor. Hubo también por entonces otras innovaciones de importancia, tales como la que introdujo la Casa de la Moneda entre 1877 y 1879 al reemplazar sus máquinas de tracción animal por modernos mecanismos de vapor.

[16] *Diario de Cundinamarca*, Bogotá, 11 de noviembre de 1874.

Los gravámenes arancelarios que fijó el gobierno de la Regeneración –1880-1900–, no se reflejaron positivamente, como se esperaba, en el desarrollo de la industria capitalina. Sin embargo, el viejo monopolio estatal sobre renglones como la fabricación y venta de cigarrillos, cigarros y fósforos fue eliminado y gracias a ello empezó por este tiempo la fabricación de tales productos por empresarios privados en la ciudad. Al amparo de la política proteccionista se produjeron también esfuerzos de importancia en el campo de los tejidos. No obstante, fue la cerveza el producto industrial que logró mayor firmeza y solidez dentro del panorama de la industria bogotana. La Cervecería Bavaria, fundada en 1889 por el empresario alemán Leo S. Kopp, fue la fábrica que alcanzó un mayor grado de desarrollo y que repercutió de manera más permanente en la vida de la ciudad.

Los bancos

La necesidad de papel moneda para facilitar las transacciones fue en aumento en la medida en que creció la importancia comercial de Bogotá. Su creciente tráfico mercantil, sobre todo después de las reformas de medio siglo, se vio cada vez más obstaculizado por el tradicional sistema monetario basado en circulante de oro y plata que estuvo vigente durante todo el siglo XIX. Así y todo, la falta de prestigio y fortaleza del Estado y la crónica inestabilidad política del país, impidieron hasta 1871 la aceptación del papel moneda emitido por el gobierno o por los particulares.

Como consecuencia de la ausencia de bancos, la gente se veía obligada a guardar y ocultar el dinero en sus casas o negocios, ingeniándose originales arbitrios para esconder sus monedas de oro y plata en lugares seguros. Cuando se presentaban guerras, revoluciones o conmociones políticas de cualquier orden, los ciudadanos, aterrados ante el espectro de las confiscaciones, multiplicaban los escondrijos y se esmeraban aún más en hacerlos inaccesibles a la más encarnizada pesquisa.

La peor consecuencia de la quiebra en 1842 del emporio financiero de Judas Tadeo Landínez –el más grande que conoció el siglo XIX colombiano– fue que en Bogotá, y por extensión en todo el país, imperó desde entonces el rechazo contra todo tipo de instituciones ban-

carias, y a partir de esa bancarrota acentuaron los capitalinos su apego al puro metálico.

Empero, hasta tal punto se hacía sentir la necesidad de papel moneda para oxigenar el movimiento comercial, que en 1861, apenas entró a la ciudad el general Tomás Cipriano de Mosquera, triunfante en la guerra contra el gobierno de Mariano Ospina Rodríguez, ordenó emitir 500.000 pesos en billetes de tesorería para sufragar los gastos de la contienda, y buscó al mismo tiempo que sirvieran como dinero fiduciario que empezara a aclimatar el papel moneda en el país. Infortunadamente este dinero se desvalorizó y el Gobierno hubo de suspender la emisión. Mosquera repitió el intento en 1863 y en 1867 en vano, pues los comerciantes bogotanos mantuvieron su desconfianza hacia un papel moneda cuyo único respaldo era el Estado, pese a que eran conscientes de que el dinero metálico no bastaba.

Entretanto las más importantes casas de comercio llenaban el vacío bancario, pues se dedicaban, al margen de su actividad mercantil, a verdaderas actividades de corretaje bursátil. Actuaban como comisionistas, agentes de finca raíz urbana y rural, captadoras de dinero a interés, cobradoras de cartera vencida y hasta como intermediarias de reclamos y trámites ante las oficinas públicas.

En 1871 un grupo de empresarios bogotanos reunió el capital necesario para la constitución del primer banco privado con éxito que tuvo Colombia. Fue el Banco de Bogotá. Para el despegue de la institución fue decisivo el apoyo oficial, pues el Gobierno autorizó al banco para emitir billetes y los aceptó como dinero en pago de los impuestos y rentas nacionales; también depositó en él los fondos de la Tesorería Nacional. El Banco de Bogotá fue un éxito desde su inicio, aun cuando en su primer balance semestral, el 30 de junio de 1871, los accionistas sólo habían pagado la suma de 47.000 pesos sobre los 235.000 pesos de capital suscrito. Al cierre del primer ejercicio semestral, y luego de constituir las debidas reservas, el banco distribuyó un dividendo del 14 % entre sus accionistas, lo cual lo convirtió en una de las empresas más rentables del país por esa época. Al culminar el primer año de operaciones el capital accionario suscrito había subido a 500.000 pesos, el pagado a 100.000 pesos y las acciones se vendían con una prima del 25 % cada una.

El halagüeño éxito del Banco de Bogotá estimuló a otros empresarios para crear una institución financiera semejante. Así nació, en

abril de 1875, también con buen suceso, el Banco de Colombia. En medio del auge comercial y financiero que vivía Bogotá se dio inicio, igualmente a principios de 1875, a la Compañía Colombiana de Seguros –Colseguros–. Sus accionistas eran los mismos de los bancos de Bogotá y de Colombia. La creación de una compañía de seguros dentro de un marco de circunstancias económicas y políticas tan azarosas era una gran temeridad, pero al mismo tiempo, ante el auge de la actividad mercantil, la existencia de una entidad aseguradora llenaba una necesidad tan apremiante como la había sido la de los bancos.

En un informe que redactó Salvador Camacho Roldán en 1876 sobre la situación del Banco de Bogotá, se encuentran una serie de datos que revelan cuán necesarias se habían hecho las entidades bancarias, en tan corto tiempo, para la economía de la capital y del país, y cuántos beneficios habían traído a la ciudad. Camacho Roldán estableció que el número de tiendas de efectos extranjeros en Bogotá se había *triplicado* en los últimos seis años, y que las introducciones de mercancías foráneas a la ciudad representaban de 4 a 5 millones de pesos anuales en valores de factura, las que al expenderse por mayor y detal alcanzaban un valor doble. Un tercio de esta suma, a lo más, se recibía de contado, y el resto se colocaba a plazos hasta de un año, con lo que el comercio de Bogotá poseía siempre en su cartera de 2 a 3 millones de pesos en pagarés, cantidad que constituía el fondo principal de los descuentos en los bancos, ya endosándoles aquellos pagarés directamente, o dándoselos en prenda para obtener préstamos en efectivo del 50 al 75 % del importe total.

A comienzos de la década de los ochenta la actividad bancaria registraba un notable incremento en Bogotá y a lo largo del país. Para 1881 existían ya 42 bancos en Colombia, ocho de los cuales se encontraban en la capital.

Sociedad y cultura

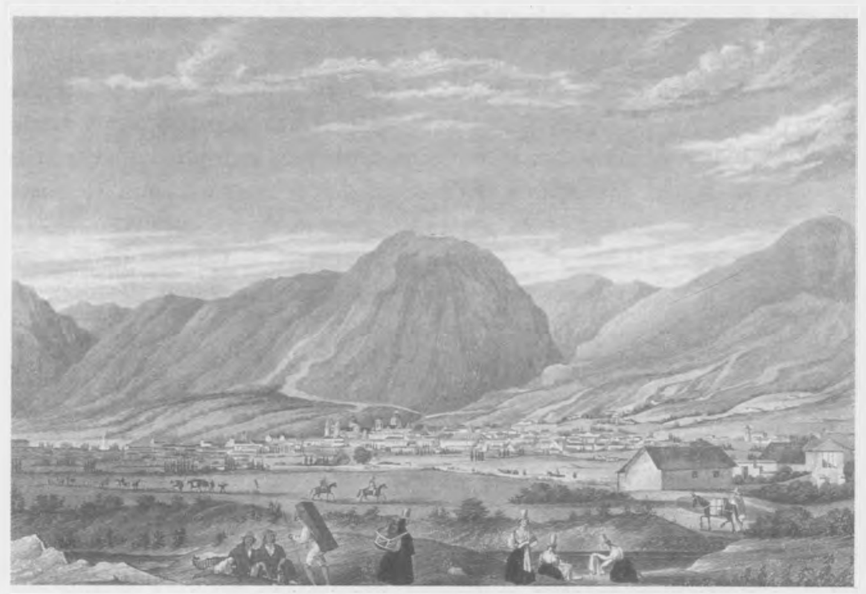
La abolición de los resguardos de indígenas

Nada pudo ser más funesto para la vida y condición general de los aborígenes que la abolición de los resguardos. A raíz de la independencia se intensificó el reparto de las tierras de los resguardos, las cua-

les fueron entregadas como parcelas individuales a cada familia aborigen. Esto fue aprovechado por los terratenientes, que les compraron los terrenos a precios irrisorios, y convirtieron a los indígenas en asalariados o arrendatarios en el campo, y en mendigos o maleantes en la ciudad.

Ya en 1842, el gobernador de Bogotá, Alfonso Acevedo, informó al gobierno nacional en relación con las medidas de disolución de los últimos resguardos muiscas que se llevaban a cabo en la sabana de Bogotá:

> Antes de cuatro años ningún indígena poseerá porción alguna de terreno, resultando el grave inconveniente de que todos ellos se conviertan en mendigos y holgazanes, dejando la útil profesión de la agricultura de que hoy viven proporcionando a la raza blanca víveres abundantes y baratos, pues como Ud. habrá observado los terrenos que éstos poseen son en general los más bien cultivados, y los indígenas son los que proveen todos los mercados de la provincia de Bogotá de los víveres necesarios [17].



Lavanderas y campesinos de la Sabana

[17] *Constitucional de Cundinamarca*, Bogotá, 3 de abril de 1842.

Para 1847 ya se había repartido en la Sabana el resguardo de Facatativá y se habían dictado providencias para hacer lo propio con los de Nemocón, Fúquene, Fómeque, Zipacón, Tábio y Tocancipá. En 1849 se repartió el resguardo de Suba. Para 1851 ya estaban también repartidos los resguardos de Fómeque y Nemocón. Los resguardos de Bosa, Engativá, Soacha, Fontibón, Cota y Zipacón se distribuyeron entre 1856 y 1858. Fue antes, sin embargo, en 1851, cuando se produjo el golpe definitivo a los aborígenes de la Sabana y, en general, a los de la provincia de Bogotá, por medio del decreto que dispuso la libre enajenación de las tierras que les fueron asignadas, luego de repartidos los resguardos.

La libertad de los esclavos

Apenas concluida la independencia, en 1822, un año después de la creación de la República de Colombia, y de la proclamación de la libertad de vientres, se cobraban en Bogotá 200 pesos por un esclavo de 18 años, 250 pesos por una esclava de 24 años y 300 pesos por otra de 40 años. Al mismo tiempo una mula valía entre 35 y 45 pesos, un buey entre 25 y 30 pesos y una vaca entre 12 y 14 pesos. Ante la escasez de mano de obra, los esclavos eran un bien extremadamente costoso en la capital de Colombia. Esta situación no varió mucho hasta 1851, cuando se proclamó la libertad definitiva de los esclavos.

Entre 1821 y 1845 sólo se manumitieron en el Cantón de Bogotá 313 esclavos, y apenas se otorgaron 159 cartas voluntarias de libertad, 51 de las cuales por reclutamiento militar y en pago de impuestos correspondientes a testamentos [18]. De ahí que la ley de libertad de los esclavos de 1851 encontrara en la capital una fuerte resistencia, por el apreciable número de esclavos que aún existía en la ciudad.

[18] A. Galvis, *La esclavitud en Bogotá durante el período de 1819 a 1851, vista a través de las Notarías Primera, Segunda y Tercera*, Universidad Javeriana, Tesis doctoral, Bogotá, 1974, pp. 81-82.

Proteccionismo vs. *librecambio: los movimientos de los artesanos*

Apenas se inició la República empezaron a presentarse controversias en Colombia entre los partidarios del proteccionismo económico y los que defendían el libre cambio. Los proteccionistas dieron la batalla contra las importaciones extranjeras, atribuyendo la miseria del país al escaso desarrollo industrial.

El *Constitucional de Cundinamarca* publicó en septiembre y diciembre de 1831 vigorosos alegatos en los que se exigía del Congreso la inmediata promulgación de medidas proteccionistas para la industria nacional:

> La libertad ilimitada de comercio es incomparablemente peor que las restricciones que ponía España al comercio granadino. ...Es de absoluta necesidad prohibir la introducción de las manufacturas extranjeras que más directamente destruyen las fábricas de las nuestras.

El Congreso prestó atención a esos clamores y fue así cómo empezaron a producirse medidas oficiales que permitieron el establecimiento, hacia 1837, de las primeras manufacturas modernas. En esos días se fundaron también las primeras sociedades de artesanos que operaron en Bogotá.

Desde 1847, el Secretario de hacienda del primer gobierno del general Mosquera, Florentino González, empezó a impulsar una política librecambista, que significó un reto para el artesanado bogotano. Por ello los gremios respectivos impulsaron en Bogotá, el 6 de octubre de ese mismo año, la organización de una sociedad de artesanos y labradores, que se convirtió al año siguiente en la Sociedad Democrática, entidad que a la postre sería la asociación político-gremial más beligerante de los artesanos de Colombia.

Los acontecimientos políticos de mediados del siglo XIX en Colombia dependieron en gran medida de la lucha de los artesanos contra el librecambismo, y en favor de la protección de las manufacturas nacionales. Para los liberales no fue difícil obtener el apoyo de los artesanos en las elecciones de 1849, que llevaron a José Hilario López al poder, en reemplazo del general Tomás Cipriano de Mosquera, a quien se acusaba de propiciar la ruina de los agremiados debido a su política librecambista. López, quien se negó a alzar los derechos de importa-

ción, también perdió el apoyo popular, y al poco tiempo el movimiento de los artesanos reflejó más una lucha de clases que una reivindicación laboral. El gobierno que siguió al de López, el del general Obando, fue derrocado en 1854 por quienes quisieron enfrentar violentamente las políticas librecambistas. De esta manera, la ciudad de Bogotá vivió uno de los pocos golpes de Estado que ha conocido Colombia, propiciado por el sector que en forma incipiente pero decidida quería hacer respetar los derechos de los productores criollos.

El motín del pan de 1875

El alza del precio de la harina, promovida por los dueños de los tres molinos de la ciudad, fue seguida en enero de 1875 de la decisión de los panaderos de no producir más el «pan de a cuarto», llamado así porque con dos y medio centavos los pobres podían obtener cuatro panes de regular tamaño. El mismo día de la aplicación de la medida, aparecieron en los muros y puertas de las casas de los panaderos inscripciones con calaveras y las letras M. a P., muerte a los panaderos. Más de dos mil personas realizaron un mitin en la Plaza de Bolívar y demandaron la intervención del presidente, Santiago Pérez, quien sin embargo se mantuvo indiferente a la inconformidad popular.

Convencidos los ciudadanos de que en las autoridades no tenían apoyo alguno, se dirigieron hacia las diversas panaderías con el fin de hacer justicia por su propia mano. Las casas de los panaderos de la ciudad, en número de más de treinta, fueron atacadas con piedras, en especial la del acaudalado empresario, financista y dueño de molino de trigo Joaquín Sarmiento, a quien se acusaba de ser el principal responsable de la gigantesca especulación.

El alcalde de Bogotá, Peregrino Santacoloma, de tendencia distinta a la del presidente, tuvo que dimitir por haberse negado a reprimir el motín. Era notorio que ya venía abriéndose camino el intervencionismo de Estado, una de las banderas con las que pocos años más tarde la Regeneración llegaría al poder.

Dentro de la historia colombiana del siglo XIX, el Motín del Pan posee una connotación fundamentalmente política. En la dieta popular de entonces el pan no tenía la importancia de otros alimentos como el maíz o la papa y, por tanto, no era un artículo de primera necesi-

dad. El movimiento fue la expresión de la angustia popular ante los excesos del régimen liberal radical en su política de marginación del Estado en el libre juego de la economía. El pueblo de Bogotá se valió de esta coyuntura para oponerse a los abusos que con la anuencia oficial estaban cometiendo los monopolistas.

El Bogotazo de 1893

El alto coste de la vida, la acción propagandística del liberalismo radical, entonces en la oposición, la campaña de recristianización de la sociedad adelantada por el régimen imperante, y el ya viejo grado de autonomía de los artesanos capitalinos, constituyeron los elementos para el estallido en Bogotá de un nuevo motín popular en 1893.

Los artesanos de la ciudad eran extremadamente susceptibles a las manifestaciones de desprecio social, y celosos de su prestigio como gremio. En esta oportunidad decidieron responder a ofensas gratuitas de la prensa progubernamental, instigados al parecer por elementos del liberalismo radical y por alguno que otro del anarquismo.

Todas las comisarías de policía de la ciudad fueron atacadas por los amotinados, 135 faroles de alumbrado público con petróleo fueron destruidos, rotos los alambres de telégrafos y teléfonos y derribados los postes que los sostenían. No se pudo precisar con exactitud el número de muertos y heridos, pero al parecer los primeros pasaron de veinte. El ejército intervino no sólo para poner punto final al motín sino también para proteger a la policía, que amenazaba con ser liquidada por la multitud enardecida por los desmanes anteriores de los agentes del orden.

Régimen municipal

La administración pública

Durante la época colonial la administración pública municipal fue compartida en Santafé por el virrey de la Nueva Granada, en calidad de corregidor de la ciudad, conjuntamente con los alcaldes de primero y segundo voto, y el Cabildo.

El virrey tuvo que desempeñar las funciones de corregidor, máxima autoridad cantonal, porque las menguadas rentas municipales nunca permitieron la creación independiente de ese cargo en Santafé. Como ya vimos, los alcaldes de primero y segundo voto, funcionarios *ad honorem* designados anualmente por el Cabildo, se encargaban del orden y la tranquilidad ciudadana, e impartían la justicia civil y criminal como jueces de primera instancia. Su nombre provenía del orden en que era hecha su elección por el Cabildo. Este último corría con el cuidado de la salubridad, el aseo y el ornato de la ciudad, así como con la administración e inversión de los bienes y rentas municipales, labores que realizaba a través de sus miembros, los que se renovaban anualmente por elección de los regidores entrantes hecha por los que terminaban su período anual.

Al nacer la República de Colombia, luego de la independencia, se introdujeron pocas variaciones en la estructura administrativa municipal heredada de la Colonia. El nuevo Estado ultracentralista creado en 1821, aminoró sin embargo el poder de las autoridades locales y, en general, la autonomía de las provincias. En las ciudades cabeceras de cantón, como Bogotá, el antiguo corregidor, ahora con el nombre de jefe político municipal, continuó como la máxima autoridad y a él se mantuvieron supeditados los Cabildos y alcaldes de primero y segundo voto, así como los alcaldes de barrio, heredados también de la Colonia.

El cargo de jefe político municipal fue efectivamente creado en Bogotá y dotado de alguna remuneración, a cuenta de las rentas de la ciudad, aunque su nombramiento y control quedaron a cargo del intendente departamental. De ahí que, al comenzar la vida republicana, Bogotá perdió gran parte de la autonomía que había conocido durante la Colonia, cuando el Cabildo y los alcaldes de primera y segunda instancia, y los alcaldes pedáneos o de barrio, gozaban de mucha libertad, pues sobre ellos el virrey-corregidor no ejercía un control muy estrecho, dadas sus múltiples ocupaciones.

En 1825 el Congreso determinó que los regidores del Cabildo, actuales concejales, y los diferentes alcaldes, fueran elegidos por sufragio indirecto de los ciudadanos. Desde 1833, jueces letrados profesionales comenzaron a administrar justicia, con lo que el jefe político municipal perdió sus funciones judiciales. En 1842 fueron suprimidos los al-

caldes de origen colonial, y desde entonces sólo hubo un alcalde que rigió los destinos de la ciudad.

Hasta 1885, durante la mayor parte del tiempo que rigió la Constitución federalista de 1863, el alcalde de Bogotá fue de elección del Cabildo, situación que modificó la Constitución de 1886, que devolvió al gobernador del Departamento de Cundinamarca la potestad de designar a la primera autoridad capitalina.

Las rentas municipales

Según la relación de mando del virrey Mendinueta, los ingresos fiscales de Santafé ascendían en 1804 a 6.000 pesos anuales. Esta suma había permanecido constante desde hacía diez años.

En 1826, Bogotá produjo 14.598 pesos por concepto de ingresos municipales. Los ramos más importantes (en pesos) eran los siguientes:

Ejidos y dehesas	5.995
Ramo de Camellón (peajes)	2.167
Degüello	2.106
Impuesto a almacenes, tiendas, pulperías y chicherías	1.040
Arrendamiento de tiendas de la municipalidad	634
Mercedes de agua	520
Alquiler de pesas y medidas	486
Reventas	91
Multas	45

El impuesto predial no aparece en esta lista, pues no se cobraba todavía. 4.562 pesos costaba al año el pago de los sueldos de los veintisiete empleados que tenía el cantón, incluidos diez guardias, un cabo, un sargento y los alcaides de las dos cárceles. Los restantes funcionarios con sueldo eran los siguientes: tesorero, secretario y dos alguaciles de la municipalidad, fontanero público, médico de la vacuna, portero de la vacuna, amanuense del jefe político, amanuense del cabildo, concertado del cabildo, cabo colector de carnes, administrador del almotacén y administrador de la renta de propios. 5.755 pesos demandaban los gastos de funcionamiento, incluidas la alimentación de los presos y la refacción de los bienes oficiales. La suma restante, 3.931 pesos, se destinó en ese año a obras públicas, que fueron, los arreglos de Puente

Grande y del Puente del Común, en las afueras de la ciudad, y el inicio de la nueva edificación de cárcel y casa capitular, que sólo se terminó en 1844. Se destinaron 350 pesos para la celebración de las fiestas del Corpus y su octava, y para la fiesta del polvillo. Ni el jefe político municipal –alcalde mayor–, ni los alcaldes de primero y segundo voto gozaban de estipendio alguno en ese momento.

En 1830 se decretaron unos impuestos adicionales para chircales –fábricas de ladrillo y adobes–, otros por entradas de madera y piedras a la ciudad, el de sacrificio de cerdos, y uno que gravaba los entierros en iglesias o capillas, destinado a la construcción del nuevo cementerio. En 1831 se incluyeron en el presupuesto los sueldos de un herrero de cárceles, dos empedradores de calles, un pregonero y el capellán de la municipalidad. En 1832 aparece también incluido en el presupuesto, –¡por fin!– el sueldo del jefe político municipal, así como figuraron las pequeñas cantidades de 100 y 120 pesos para útiles de la escuela del barrio de La Catedral y para refacción de empedrados, respectivamente.

En 1836 y 1837 no sólo se pagaban intereses del 5 % al año por el capital de 3.500 pesos de la obra pía de Diego Ortega –creada para dotar hijas de blancos pobres–, sino que también el Cabildo había tomado a interés, «a censo», los 10.000 pesos del capital de la obra pía de Pedro Ugarte –creada para educar niñas pobres–, por los que se reconocían 500 pesos anuales al Colegio femenino de La Merced de la capital. Era ésta, pues, otra forma de balancear el presupuesto municipal. En 1844 se empezó a cobrar el impuesto para alumbrado y recolección de basuras, consistente en un cuartillo mensual por cada puerta, ventana o balcón que mirara a la calle.

La desamortización de bienes de manos muertas, realizada en 1861, dejó a Bogotá sin su principal ingreso fiscal, el correspondiente a ejidos y dehesas, situación que obligó a la ciudad a buscar una fuente de entradas que supliera a la que acababa de perder. Fue ése el momento en que la capital comprendió la necesidad de contar con un eficiente catastro municipal, y de racionalizar el cobro del impuesto predial, por lo que desde allí se prestó atención a estos dos fundamentales elementos de la administración pública municipal contemporánea.

En 1887, el impuesto predial era ya el segundo en importancia entre los ingresos fiscales de Bogotá –el 18 % del total–, mientras los

ingresos por réditos que la nación reconocía a la ciudad por los bienes que le había desamortizado en 1861 ocupaban el tercer lugar —con casi un 11 % del total—. En 1902 el impuesto predial pasó a ocupar el primer lugar dentro del presupuesto de rentas de Bogotá.

La policía

Cuatro modelos de cuerpo policial se pueden hallar desde fines del siglo XVIII en Bogotá. El primero, heredero directo de la Colonia, derivaba de un concepto de policía muy amplio: «todas aquellas acciones que llevan al bienestar del Estado y sus miembros» y, por tanto, abarcaba desde medidas de mejoramiento económico, el aseo, el alumbrado público y las disputas familiares, hasta la conducta moral de personas y cuidado de animales. El personaje típico de esta época llegó a ser el famoso Ventura Ahumada quien, al frente de su cuerpo de serenos y alguaciles, en los albores republicanos —1826-29—, ejerció en Bogotá atribuciones casi de cura consejero y se ocupó no sólo de los revoltosos estudiantes septembrinos —mes del atentado contra Bolívar en 1828—, sino de los frailes díscolos, los perros sueltos y los caños malolientes.

Al pasar los años, un nuevo modelo de solución se fue dando en medio de los conflictos civiles, en donde la policía perdió el carácter de servicio cívico, para empezar a ser usada en las contiendas políticas. Tales fueron los cuerpos de gendarmes creados por el presidente conservador Mariano Ospina Rodríguez en 1861, para enfrentarse a los partidarios del caudillo liberal general Tomás Cipriano de Mosquera, y luego los armados por el dirigente radical Manuel Murillo Toro para contraatacar, a su vez, a los ospinistas. Más tarde, entrados los años 70, se ensayó otra vía: la Junta de Comercio de Bogotá organizó un cuerpo de serenos con el fin de cuidar los establecimientos de los socios y sus calles aledañas. Tampoco pudo sustraerse la policía en este ensayo a la tentación de ser usada como instrumento de justicia de grupo.

El intento precursor más cercano al de un cuerpo de policía moderno, y el punto de partida de la institución actual, fue sin duda el realizado desde 1891 por el comisario francés Juan María Marcelino Gilibert. Los obstáculos que en la década de los ochenta habían impedido la consolidación de un cuerpo de policía profesional fueron, de

una parte, la sobrecarga de funciones de los inspectores, quienes debían organizar el aseo, multar vecinos, patrullar, recoger animales y hasta cobrar impuestos. De otra, la falta de unidad, por cuanto distintos funcionarios del gobierno solicitaban agentes para servicios especiales y se quedaban con ellos como subalternos de sus dependencias respectivas. En 1883, por ejemplo, se calculaba que la capital requería al menos 300 agentes, pero disponía sólo de 50, 25 de los cuales estaban destinados al ramo de aguas, a la recaudación de impuestos, a la plaza de mercado y al barrio de Chapinero.

Gilibert le vedó a la policía toda injerencia política y militar y la adscribió al Ministerio de Gobierno. La tarea de profesionalización sufrió desde luego arduas dificultades: ignorancia del personal, enfrentamientos con el alcalde de la ciudad, la resistencia de la población, como aquella del famoso motín artesanal de 1893, ya mencionado, durante el cual fueron atacadas casi todas las comisarías recién creadas, e incendiados sus archivos. Aun en sus mejores momentos, el cuerpo no pasó de 450 guardias a fin de siglo –un agente para cada once cuadras–. Sin embargo, el progreso fue notable: se instalaron turnos de vigilancia rigurosos y planificados, se crearon registros y controles de pasajeros, prostitutas y casas de juego, se introdujeron conocimientos de derecho, criminalística y medicina legal, y se creó un cuerpo técnico de policía secreta.

Dos causas llevaron sin embargo al fracaso de este programa precursor de la profesionalización de la policía bogotana: el clientelismo y las guerras civiles de 1895 y 1899-1902. En 1895, el presidente Miguel Antonio Caro adscribió la policía al Ministerio de Guerra y empezó a llenarla de recomendados de mala conducta, usados nuevamente como arma de persecución política, según lo expuso el propio Gilibert en su carta de renuncia, acaecida en 1898. El resto terminó de hacerlo la Guerra de los Mil Días –1899-1902–, en la que murieron los últimos hombres entrenados por el francés Gilibert. Sucesivos directores, como el mal recordado Aristides Fernández, autor de una masacre contra el pueblo bogotano, culminarían este primer intento de modernización. Hacia 1910, bajo el gobierno de Rafael Reyes, la policía era el odiado símbolo de la dictadura y había retornado a ser una especie de guardia pretoriana.

Educación

A principios del siglo XIX la educación en Bogotá permanecía en todos sus niveles, particularmente en el universitario, casi totalmente en manos de la Iglesia. En el año 1805, los centros educativos que operaban en Santafé eran la Universidad de Santo Tomás, los colegios mayores del Rosario y San Bartolomé, el colegio de niñas de La Enseñanza, una escuela primaria regentada por la comunidad dominica y una sola escuela pública de primeras letras, ubicada en el barrio de La Catedral, sostenida con el legado que estableció a fines del siglo XVII Antonio González Casariego y administrada por el párroco local. La inmensa mayoría de los niños de Santafé tenía que resignarse a la carencia de centros públicos de instrucción primaria. Los niños de las familias acomodadas no tenían problema, pues recibían la educación dentro del recinto del hogar, de sus mismos padres o de maestros y preceptores particulares. Otros pocos, asistían a escuelas pensionarias que esporádicamente abría algún vecino culto de la ciudad, como la que regentó en 1810 la señora Gertrudis Valenzuela, en la calle del Camarín del Carmen. En 1809, el cura de la parroquia de Las Nieves abrió la primera escuela pública que tuvo ese barrio.

La Universidad de Santo Tomás de los dominicos, disfrutó hasta 1826 del privilegio de otorgar grados académicos, aun cuando no había en ella, propiamente, estudios superiores. Los estudiantes de los dos Colegios Mayores del Rosario y San Bartolomé, al terminar sus cursos universitarios, debían concurrir a la Universidad Tomística a presentar exámenes para recibir el grado académico de bachiller, maestro, licenciado o doctor. No era raro que los teólogos y canonistas dominicos sirviesen de examinadores en medicina, por ejemplo, ciencia que no dominaban. Este antipático monopolio terminó en 1826 y pasó a la Universidad Central, de carácter público, inaugurada oficialmente el 25 de diciembre de 1826, en el edificio que había servido para las aulas del Colegio Mayor de San Bartolomé.

En noviembre de 1821, dentro de la política republicana de extender la instrucción pública como base de la idea de libertad y progreso, se estableció a cargo del gobierno departamental la primera escuela normal que conoció el país. Fue fundada por el sacerdote franciscano fray Sebastián de Mora, quien introdujo en la educación bogotana el método lancasteriano por entonces en boga como el indicado para po-

pularizar a bajo costo la instrucción primaria, y que Bolívar importó junto con los pedagogos que lo difundían. Anexa a la normal fue establecida una escuela pública que servía para realizar las prácticas pedagógicas de los candidatos a maestros. Uno de ellos, José María Lizarralde, pasó a dirigir al año siguiente, con el nuevo método de enseñanza mutua, la escuela del barrio de Las Nieves, sostenida gracias a una donación del cura de esa parroquia. En 1823 se pudieron contabilizar en Bogotá cuatro escuelas públicas primarias, regidas por el sistema anotado. Fueron las tradicionales del barrio de La Catedral y del Convento de San Francisco, establecidas durante la Colonia, la de la parroquia de Las Nieves, y la anexa a la normal, situada en el Colegio de San Bartolomé, que era la única sostenida con fondos públicos.

El *Constitucional de Cundinamarca* publicó el 23 de septiembre de 1832 una alarmante información según la cual para entonces sólo subsistían dos de las anteriores escuelas, la de la Catedral y la de Las Nieves. En la primera de ellas estudiaban 67 niños y en la segunda 36, para un total de 103 niños en toda la ciudad, lo cual equivalía a menos del 1 % de la población bogotana menor de dieciséis años. Así —concluyó el periódico—, «ni las estepas de Rusia, ni las ruinas de Grecia están más atrasadas que nuestro país en la instrucción popular».

En cuanto a los internados para la educación secundaria, el primero de ellos lo fundó en 1827 el pedagogo José María Triana, quien ya tenía experiencia en el sistema lancasteriano. Este colegio, conocido como la «Primera Casa de Educación», se inició con un grupo de veinte estudiantes y fijó una pensión de 20 pesos mensuales, que de hecho lo convirtió en un plantel exclusivo para hijos de familias pudientes.

Las monjas de La Enseñanza, que administraban el legado establecido por doña Clemencia Caicedo a fines de la Colonia, continuaron a cargo de la educación femenina en la ciudad al frente del colegio de La Enseñanza, al que acudían sobre todo niñas de padres acaudalados de Bogotá. En 1832 se inauguró el Colegio de la Merced, gracias a la iniciativa del gobernador de Bogotá, Rufino Cuervo, quien contó para ello con la fundación que habían establecido en 1791 don Pedro Ugarte y doña Josefina Franky, a favor de las niñas huérfanas.

La educación a fines de siglo

En 1867 se estableció en Bogotá, a cargo del gobierno nacional, la Universidad Nacional de Colombia, desde entonces primer centro de enseñanza pública universitaria del país. Durante el auge político del liberalismo –1863-1878–, los conservadores fundaron en Bogotá planteles privados sólidamente basados en los postulados de la filosofía tomista, para preservar a la juventud conservadora de la influencia de los pensadores liberales que se enseñaban en los planteles públicos oficiales. Así aparecieron en este período el Colegio Pío Nono, del doctor José Vicente Concha, donde Miguel Antonio Caro dictó filosofía tomista según Balmes; el San Joaquín, que dirigía el doctor Víctor Mallarino; el San José, regentado por los presbíteros Manuel María Camargo y Salustiano Gómez, los colegios de Ruperto Gómez y don Sandino Groot, y el del Espíritu Santo, cuyo rector fue Carlos Martínez Silva y donde se graduó con una sesuda tesis el joven Marco Fidel Suárez, luego presidente de Colombia. También habría que destacar el Liceo de la Infancia, que fundó y dirigió Ricardo Carrasquilla y donde enseñó filosofía tomista su hijo Rafael María, futuro rector del Colegio Mayor del Rosario.

El triunfo político de la Regeneración en 1885, entregó de nuevo la educación oficial a la tutela eclesiástica. Como reacción, un selecto grupo de intelectuales y educadores liberales se dedicaron a fundar y promover instituciones educativas cuya misión esencial era la conservación y propagación de las ideas que profesaban. Entre ellos se destacaron Nicolás Pinzón, Luis A. Robles, Simón Araujo, José Herrera Olarte y Manuel Antonio Rueda Jara, quienes fundaron la Universidad Externado de Colombia en 1886. Eugenio J. Gómez, fundó a su vez la Universidad Republicana en 1890. Lorenzo Lleras, Antonio J. Iregui, Aníbal Brito y Francisco Montoya, en unión de Rueda Jara, hicieron lo propio con el Colegio Académico y el Liceo Mercantil.

En 1881 había en Bogotá 13 escuelas públicas en servicio. En 1900 la guerra las cerró. La enseñanza primaria se hizo privada paulatinamente. En 1888, 19 escuelas particulares educaban a 501 niños de un total de 1.640 estudiantes de primaria que tenía la ciudad.

Otra tendencia notoria por entonces fue la feminización de la docencia primaria. En 1888 aún había dos varones como profesores de las escuelas de La Catedral y Las Nieves, pero en 1898 la totalidad de

las plazas de maestros de primaria en Bogotá estaban ya ocupadas por mujeres.

El periodismo decimonónico

El periodismo nació tarde en Santafé, aunque bien pronto recuperó terreno y llegó a convertirse, durante el siglo XIX, en uno de los elementos característicos de la hegemonía cultural y política de la capital sobre el resto del país. Los primeros intentos de hacer periodismo en la ciudad datan de 1785, cuando aparecieron el *Aviso del Terremoto* y la *Gaceta de Santafé*, cada uno de los cuales solo tuvo tres entregas, motivo por el cual el *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, editado por el cubano Manuel del Socorro Rodríguez desde 1791, es considerado el primer periódico digno de tal nombre en Colombia, pues logró sostener su publicación continua durante seis años, un número cada semana, hasta 1797. En el momento de su tímida aparición en Santafé, ya circulaban en Lima y México gacetas y periódicos similares a los de Europa.

Antonio Nariño, precursor de la independencia de la Nueva Granada y primer gran periodista político bogotano, imprimió e hizo circular en 1794 la declaración de los derechos del hombre y el ciudadano, traducida del texto proclamado por la Revolución Francesa. Tal desacato le valió el primer juicio de imprenta que se realizó en la actual Colombia. Nariño fue condenado a destierro perpetuo y a diez años de prisión en las posesiones españolas de África, pero logró dejar el barco, llegar a Madrid y fugarse a París con pasaporte falso, desde donde regresó a Santafé. De nuevo fue apresado en 1809 y se le confinó a Cartagena, de donde volvió a la capital después del golpe revolucionario del 20 de julio de 1810. En junio de 1811 Nariño fundó el periódico *La Bagatela*, con el cual, apenas tres meses después, obligó a renunciar al presidente de Cundinamarca, Jorge Tadeo Lozano. Nariño fue elegido para reemplazarle. Con él se inició la larga serie de gobernantes de Colombia que accedieron a la presidencia luego de una fructífica labor periodística. Jorge Tadeo Lozano también había hecho periodismo, pues durante 1801 publicó los 46 números del *Correo Curioso*, segundo periódico que conoció la capital del virreinato.

Siete periódicos se publicaron en Santafé antes de la independencia de 1810, cinco de los cuales tuvieron origen oficial. Durante la *Patria Boba*, de 1810 a 1815, aparecieron en la ciudad una decena de periódicos más, todos con finalidades partidistas.

Vale la pena anotar aquí, como complemento de las observaciones hechas en otros lugares y para evitar al máximo cualquier confusión, que los periodistas llamaron en el siglo XVIII y en las doce primeras décadas del XIX *Santafé de Bogotá* a la ciudad que oficialmente sólo llevaba desde su fundación el nombre castellano dado por Gonzalo Jiménez de Quesada. Los títulos de los periódicos fueron, en efecto, *Papel Periódico de Santa Fe de Bogotá* (1791), *Correo Curioso erudito, económico y mercantil de la ciudad de Santa Fe de Bogotá* (1801), bajo la dirección de Jorge Tadeo Lozano y Luis Azuola, *Diario político de Santa Fe de Bogotá* (1810), dirigido por Francisco José de Caldas, y *Gaceta de Santa Fe de Bogotá*, lanzada el 15 de agosto de 1819, cinco días después de la entrada triunfal de Bolívar a la capital, y de cuya cabecera se suprimió el *Santa Fe* y se dejó solamente Bogotá el 13 de febrero de 1820, en cumplimiento de lo acordado en el Segundo Congreso de Angostura, –diciembre de 1819–, sobre la denominación de la capital de la República de Colombia.

Tampoco sobra recordar que el general Pablo Morillo, comandante en jefe del ejército español que reconquistó la Nueva Granada en 1815, escribió lo siguiente al rey en julio de 1820, respecto a los alcances de la revolución en Tierra Firme:

> La revolución... no ha tenido por objeto mejorar su sistema ni reclamar los principios liberales que ahora nos dirigen –la Constitución de Cádiz, aclaramos–, sino la emancipación y la absoluta independencia. (...) Llevan su encono... hasta el extremo de quitar las denominaciones castellanas por sustituir nombres indígenas, como llamar Cundinamarca a la Nueva Granada, Bogotá a Santa Fe y otros semejantes.

Luego de proclamada la República de Colombia –1821–, y en la medida en que se fue agudizando a lo largo del siglo el debate sobre el tipo de Estado, centralista o federalista, y de sociedad, laica o teocrática, que los dos partidos proponían para el país, la prensa bogotana tuvo un auge inusitado. Las múltiples publicaciones en las que se ac-

tivó la confrontación ideológica, constituyeron un verdadero movimiento cultural que caracterizó a Colombia y a su capital durante el siglo XIX.

El Papel Periódico Ilustrado publicado entre 1881 y 1887, por Alberto Urdaneta, fue quizás la publicación que alcanzó niveles tipográficos superiores durante esta época. Sus articulistas, sus reproducciones, entre las cuales figuraron los mejores grabados de la época, y su diagramación, dejaron huella en el periodismo capitalino.

Los periódicos bogotanos más influyentes fueron durante el siglo XIX los siguientes: *El Granadino, El Día, La Civilización, El Neogranadino, El Catolicismo, El Tiempo, El Mensajero, El Diario de Cundinamarca, El Tradicionista, El Mosaico, El Relator, El Papel Periódico Ilustrado, El Telegrama* y *El Correo Nacional.*

Literatura bogotana

La obra teatral *Las convulsiones* escrita en 1828 por el bogotano Luis Vargas Tejada, es mencionada como la primera muestra importante de la comedia de costumbres aparecida durante la Gran Colombia. Se trata de una sátira antibolivariana, representada públicamente semanas antes del atentado contra la vida de Bolívar. Asimismo, otro bogotano, Eugenio Díaz, con su novela *Manuela*, publicada en 1858, es considerado fundador –al igual que Jorge Isaacs–, de la narrativa colombiana. A la larga lista de cronistas santafereños que brillaron en la Colonia, el siglo XIX aportó a José María Cordovez Moure con sus *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá*, obra saturada de fino humor santafereño decimonónico.

José María Vargas Vila es probablemente el más cosmopolita de los escritores nacidos en Bogotá en el siglo pasado, y aunque la casi totalidad de su obra fue hecha e impresa fuera del país, no deja de estar impregnada de las profundas pasiones que la ciudad y su ambiente político y clerical le impusieron al prolífico literato en su juventud. Soledad Acosta de Samper es, por su parte, un raro caso de participación de la mujer en el campo de las letras colombianas de ese siglo, explicable quizá porque se dio precisamente en Bogotá.

La literatura costumbrista contó con José María Vergara y Vergara, quien escribió *Las Tres Tazas*, obra en la que describe las mutaciones

que sufría la sociedad criolla debido a las influencias extranjeras. *El Moro*, de José Manuel Marroquín, pertenece también a esta escuela literaria, aunque su autor, que fue presidente de Colombia, es más conocido por la fábula *La Perilla*, muy popular en toda América hispana. Rafael Pombo, fue el autor de un universo literario infantil, de entusiasta acogida entre el público de entonces y de hoy.

José Asunción Silva es, sin duda, el gran poeta bogotano del siglo XIX, pese a que no fue apreciado cabalmente como tal durante su corta vida. Creador por excelencia, con un puñado de poemas conquistó la inmortalidad. Su *Nocturno* es citado como una de las obras maestras de la poesía universal. Por último, grandes gramáticos y filólogos, como Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro, también presidente, realizaron profundos trabajos en Bogotá en la segunda mitad del siglo XIX en el campo del idioma.

Pintura

Los Figueroa, fueron una familia que abrió el siglo pictórico y se dedicó fundamentalmente a temas religiosos y a la confección de retratos. Pedro José, fundador de la familia, fue maestro de muchos pintores y creó, con su hijo José Miguel, un taller de pintura.

José María Espinosa, conocido como el Abanderado por su participación en la guerra de la Independencia, fue el retratista y miniaturista por excelencia de la época heroica.

Ramón Torres Méndez se destacó por su parte como un pintor costumbrista que dejó, además de una vasta producción, una serie de láminas de costumbres, excelente testimonio del Bogotá y del país que le tocó vivir.

Luis García Hevia, discípulo de Pedro José Figueroa, creó un estilo propio, amanerado, caracterizado por cierta dureza en las líneas, y en los perfiles de los retratos.

Alberto Urdaneta, además de fundador del *Papel Periódico Ilustrado*, inició una escuela de grabado, y fue quizás el iniciador de movimientos culturales de trascendencia.

La Academia fue el nombre genérico que se dio a los artistas de la última parte del siglo, y que proviene de la influencia que las Academias europeas, ya un poco en desuso, ejercieron en los intelectuales

criollos. Académicos fueron considerados no sólo los pintores, sino también los escritores y todos aquellos vinculados a la cultura, que padecían la influencia del Viejo Continente.

Epifanio Garay y Ricardo Acevedo Bernal, el primero retratista y el segundo excelente paisajista, pueden mencionarse como artistas bogotanos de importancia en el fin de siglo.

Ataques a Bogotá durante el siglo xix

Bogotá padeció desde 1813 nueve ataques militares por parte de diferentes grupos políticos, para quienes la captura de la capital era decisiva en el desarrollo de su respectiva estrategia política y militar. Vale la pena enumerar estos ataques.

Año	Quién gobierna	Quién ataca	¿Hay toma?
1813, 9 de enero	Centralistas	Federalistas	No
1814, 12 de diciembre	Centralistas	Federalistas	Sí
1816, 6 de mayo	Patriotas	Españoles	Sí
1819, 10 de agosto	Españoles	Patriotas	Sí
1830, 28 de agosto	Santanderistas	Bolivaristas	Sí
1854, 5 de diciembre	Militares/Artesanos	Constitucionalistas	Sí
1861, 18 de julio	Conservadores	Liberales	Sí
1862, 4 de febrero	Liberales	Conservadores	No
1862, 25 y 26 de febrero	Liberales	Conservadores	No

Capítulo V

EL SURGIMIENTO DE LA CIUDAD MODERNA (1900-1950)

Desde fines del siglo XIX las transformaciones modernas empezaron a dejarse sentir en Bogotá. La traza urbana, la cuadrícula hispana heredada de la Colonia se comenzó a desdibujar en los bordes de la ciudad y ésta inició su extensión hacia el norte y el sur, uniendo los dos polos que se habían formado: los barrios de Chapinero y San Cristóbal.

Aparecieron los procesos especulativos del suelo urbano, con la consecuente densificación del centro y las edificaciones se dispararon hacia arriba.

Hasta entonces, los años veinte, se construía con las técnicas resultantes de la albañilería española y la cultura indígena.

Ahora, hicieron su aparición el cemento, el hierro y el vidrio, con lo que cambió el paisaje urbano sustancialmente: los campanarios de las iglesias dejaron de ser las edificaciones más altas, para ser reemplazadas por los bancos, los nuevos símbolos del progreso.

La sustitución arquitectónica estuvo acompañada de cambios en el transporte, con la introducción del tranvía y el automóvil. La red original de calles se alteró con la introducción de avenidas y el paisaje urbano adquirió otro aspecto con los postes y las redes eléctricas. Aunque se mantuvo el uso del espacio público, en el privado hubo cambios sustanciales, acompañados del deterioro del nivel residencial que fue bastante generalizado.

La intensificación del tráfico de vehículos, públicos y privados, produjo congestión en el centro histórico, el cual poco a poco se volvió de difícil acceso. Por ese motivo, la nueva vida económica y administrativa se alejó, siempre hacia el norte.

La nueva realidad urbana de mediados del siglo XX fue sumamente compleja, muy lejana a la simpleza colonial. En muchas áreas se adoptó para el crecimiento el mismo modelo de trazado reticular, pero también se introdujeron otros modelos. Surgieron así «parches», como si fueran pedazos de distintas ciudades yuxtapuestas en Bogotá, compuestas de viviendas, conjuntos, centros comerciales, grandes bloques de vivienda colectiva.

Bogotá al amanecer del siglo XX [1]

La división cronológica entre los siglos XIX y XX no necesariamente tenía que coincidir con cambios fundamentales en la ciudad. Sin embargo, una sangrienta guerra civil comenzada en 1899 y terminada en 1902, un golpe bajo ocasionado por la separación forzada de una parte del territorio colombiano –Panamá en 1903–, y la permanente llegada de adelantos científicos, inventos y gente extranjera al país y a Bogotá, desencadenaron una serie de procesos en los que claramente se pueden advertir situaciones nuevas, y horizontes abiertos para la ciudad.

La intelectualidad bogotana de fin de siglo percibía la llegada de aires nuevos a la ciudad, como lo testimonió el geógrafo Francisco Javier Vergara y Velasco, en 1901:

> Bogotá, que en longitud ocupa tres kilómetros, al pie de Monserrate y Guadalupe, con variada anchura, es una población en estado de transición: ya casi del todo ha perdido el carácter mozárabe, monástico y medieval que la distinguía cuando era la tranquila corte de los virreyes, y aún no ha adquirido fisonomía característica del giro de los tiempos modernos. Todavía las casas son sendas viviendas de una sola familia, con patios, jardines melancólicos y aún sombríos, rodeados de habitaciones y con huertas al respaldo. Todavía una buena

[1] E. Gutiérrez, *Historia de Bogotá*, tomo II, Fundación Misión Colombia, Bogotá, Villegas Editores, 1988. E. C. Martínez, *Bogotá, Sinopsis sobre su evolución urbana*, Escala Fondo Editorial, Bogotá, 1976. G. Mejía «Bogotá, condiciones de vida y dominación a finales del siglo XIX», *Boletín de Historia*. Universidad Javeriana, Bogotá, enero-diciembre, 1988 5(9-10): pp. 26-40. F. Zambrano, *Historia de Bogotá*, tomo III, Fundación Misión Colombia, Bogotá, Villegas Editores, 1988.

> parte de la gente pobre vive amontonada en tiendas que principalmente son los bajos delanteros de las casas altas, focos de inmundicias una vez que se las dejó subsistir después de suprimir los arroyos de las calles convertidos en sui-géneris alcantarillas. En ella contrasta lo antiguo y lo moderno, las huellas de antaño y los preludios de ogaño; las calles anchas y rectas y las callejuelas y vericuetos, el lujo y la mugre; el aseo de unos lugares y los muladares que rodean el lugar y casi lo atraviesan por las orillas de los cauces de los ríos que la cruzaron en otros tiempos; de suerte que no ha alcanzado y definido su mayor edad, su aspecto es prosaico y común [2].

El siglo XX recibió a Bogotá, desde el punto de vista urbano, con una estructura todavía similar a la colonial [3]. Sólo hacia el exterior del núcleo central, donde se desarrollaban las actividades políticas y económicas y se aglutinaban los barrios residenciales tradicionales, comenzaban a proliferar las viviendas populares de los sectores económicamente deprimidos.

Al referirse a esta división, que comenzó a caracterizar el centro y los arrabales de la urbe, un viajero comentó:

> ...en tanto que uno viaja hacia el este y asciende el Cerro, las casas son cada vez más y más pobres hasta que se llega a los barrios bajos, en donde las paredes de adobe, los techos de paja, la suciedad y los olores son la regla. Las condiciones de la calle en esta parte de la ciudad son simplemente ofensivas [4].

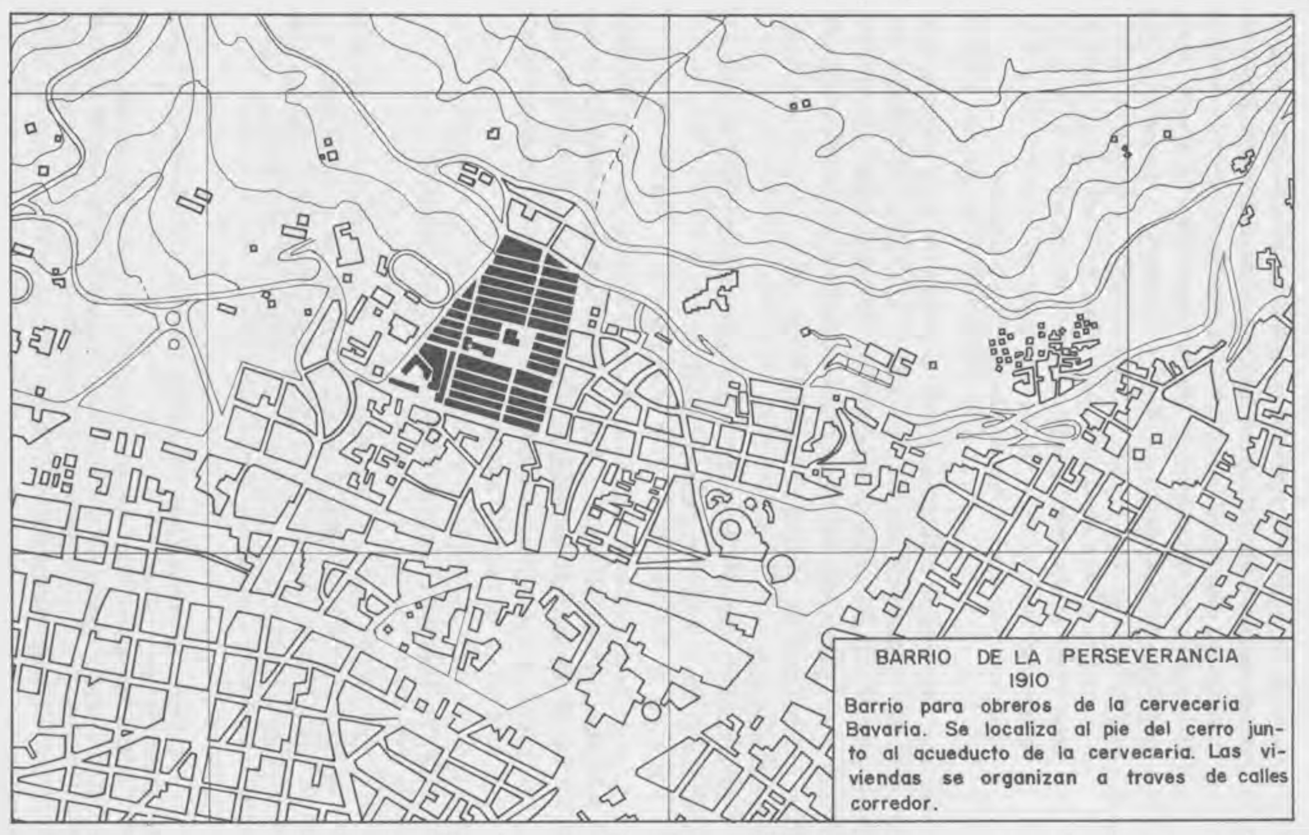
Más despiadado, el francés Pierre D'Spagnat describió:

> Todo lo que hay de rico y elegante permanece agrupado en esa calle Real y en sus alrededores... la calle de Florián, la plaza de Bolívar, la de Santander, gran centro de diversiones y negocios ... Hay en toda esa gente —muchos pobres—, que sólo parecen estar ahí para que se

[2] F. J. Vergara y Velasco, *Nueva Geografía de Colombia*, vol. I, Imprenta de Vapor, Bogotá, 1901, p. 666.

[3] S. Jaramillo, y H. Clavijo, «Apuntes teórico metodológicos para la comprensión de la política sobre propiedad territorial urbana», mecanografiado, Bogotá, 1988, p. 105.

[4] Hiran Bingham. *The journal of an Expedition Across Venezuela y Colombia 1906-1907*, Yale Publishing Association, New Haven, 1909, pp. 241-242, *cit. in.*, G. Mejía. *Ob. cit.*, p. 35.



Barrio de la Perseverancia

> puedan añadir ceros a las estadísticas, una masa innumerable que no cuenta, que nada posee, cuyos medios de subsistencia me parecen problemáticos y que llena con su desamparo los arrabales mal definidos que confinan con el campo. Todos los negocios, toda la política, todo el arte, en una palabra, toda la vida de la Bogotá que piensa y actúa ... se concentra entre las manos de unas cincuenta familias conservadoras que arrancaron esa misión directiva a otras tantas familias liberales [5].

La subdivisión de las casas coloniales ya descrita en el capítulo anterior, no amplió el espacio urbano a pesar de que el crecimiento demográfico fue notable, de ahí que otro viajero observó en 1900: «la ciudad está construida muy compactamente, no hay lotes vacantes intermedios ni callejuelas laterales o traseras, tampoco hay jardines ni prados en los frentes» [6]. Esta situación de estrechez del espacio físico se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX.

Los movimientos de la población bogotana, de acuerdo con los registros de las parroquias en que estaba dividida la ciudad, tuvieron dos períodos bien delimitados. Uno, en el que los ciudadanos se concentraron en las parroquias de La Catedral, Las Nieves, San Victorino y Santa Bárbara, de 1793 a 1881. La vieja ciudad se consolidó en ese marco. Otro, de 1881 en adelante [7]. En este último, la población pasó de 89.723 habitantes en 1881, a 100.000 en 1905.

Ya se advirtió que el crecimiento poblacional no fue directamente proporcional a la expansión del espacio público. De todas maneras, además de las subdivisiones efectuadas en los antiguos edificios, se habilitaron nuevas manzanas en la zona alta de La Candelaria, en la zona occidental de Las Nieves, en San Victorino y en la zona sur de Santa Bárbara, barrio que, al alargarse, formó la parroquia de Las Cruces. Entre 1878 y 1906, la ciudad aumentó 116 manzanas y llegó a contabilizar 299 en total, en el último año mencionado.

Durante todo el siglo XIX y hasta 1905, la población creció cinco veces, pero el espacio urbano solo creció 60 %. Como efecto del des-

[5] P. D'Spagnat, *Recuerdos de la Nueva Granada,* Ediciones A.B.C. Bogotá, 1942, pp. 78-79.

[6] W. L. Scruggs, *Las Repúblicas Colombiana y Venezolana.* Little, Brown y Cía., Bogotá, 1900.

[7] G. Mejía, *ob. cit.*

compasado movimiento poblacional en relación con el espacial, la densidad de la población llegó a su apogeo en 1881 con una tasa de 486 habitantes por hectárea. Para 1906 había descendido a 335. Aún así, el hacinamiento era considerable. Se ha calculado para 1905 un promedio de 10 habitantes por casa.

Las diferencias notables entre los sectores acaudalados y pobres de Bogotá durante la transición del siglo XIX al XX, pueden apreciarse en los textos de Miguel Samper y de William L. Scruggs. Samper anotó, ya para terminar el siglo XIX:

> Dáse a los edificios aspecto simétrico y elegante, a los cimientos sólidos mayor atención, mejorándose los materiales, y se perfeccionan las obras de cantería, alfarería, carpintería y ornamentación interior. En el interior tenemos ya el alumbrado por gas, el agua en todos los pisos, la campana eléctrica y el pavimento de madera, que sustituye el ladrillo cubierto con la esfera de esparto [8].

Scruggs a su vez escribió sobre las tiendas, que mantenían su importancia en Bogotá:

> En la parte comercial de la ciudad estas tiendas son arrendadas como almacenes, oficinas y talleres; aquellas más lejanas son alquiladas por las familias pobres para residencia. En el caso mencionado, el cuarto es raramente más grande que 15 ó 20 pies cuadrados, no tiene ventilación alguna exceptuando la puerta abierta del frente, o pequeñas ventanas de 12 a 14 pulgadas en el mismo lado ... El mismo cuarto usualmente sirve como cocina, comedor, sala y dormitorio. No hay ninguno de los implementos ordinarios para la convivencia o las necesidades de la más pequeña familia y como no hay servicios sanitarios, el caño de las calles públicas es usado muchas veces por la gente común para tal propósito [9].

Los forasteros eran muy sensibles a las diferencias sociales de Bogotá. El escritor antioqueño Tomás Carrasquilla dijo que en ella podían verse

[8] M. Samper, *Escritos político-económicos*, vol. I, Cromos Edic., Bogotá, 1925, p. 149.
[9] W. L. Scruggs, *ob. cit.*, p. 68.

> ...junto a un pisaverde en traje parisiense, una india asquerosa de sombrero de caña y mantellina que fue de paño; junto a damas elegantísimas, la montonera de chinos andrajosos y mugrientos; junto al landó tirado por hermoso tronco de caballos y conducido por cochero de guantes y sombrero de copa, el carro de basura o los burros [10].

Aunque al comenzar el siglo XX Bogotá se hallaba muy distante de ser una ciudad moderna, algunos indicios demostraban que había comenzado su proceso. Uno de ellos fue la llegada del deporte y la aparición de campos deportivos, lugares que para la burguesía criolla sirvieron a la vez de esparcimiento y ostentación. La bicicleta y la hípica fueron quizás las primeras aficiones que tuvieron los bogotanos.

> El primer campo de deporte para carreras de caballos y ciclismo lo tuvimos en Bogotá el 14 de julio de 1898. Se viajaba al hipódromo en fiacres, landós, victorias y calesas o en los coches de la empresa de don Santiago de la Guardia. A la inauguración acudieron nuestras damas engalanadas con larguísimos trajes de seda, de talle muy ceñido, sombreros llenos de flores y botas terminadas en agudísima punta. Los caballeros lucían apretadísimo pantalón de fantasía, sombrero duro de ala enroscada, saco levita corto de punta de lanza, bastón o fuete del más puro estilo británico y botas de charol [11].

Los servicios públicos fueron otra manifestación de cambio. Las dos últimas décadas del siglo XIX, que vieron la instalación de la energía eléctrica, del teléfono, del acueducto, del tranvía y de dos líneas del ferrocarril, no sólo alteraron el paisaje urbano sino que le imprimieron un nuevo ritmo a Bogotá, un cambio de velocidad.

Otro indicio de que la transformación de la ciudad comenzaba, fueron las decisiones que se tomaron sobre la salud, que acaso tuvieron un ingrediente moralista. El intento de acabar con las chicherías fue uno de los objetivos más claros a este propósito. Esos expendios, desde los primeros días de la Colonia representaron una de las más importantes formas de sociabilidad de los sectores populares, especial-

[10] *Cit.* P. Londoño, *Vida diaria en las ciudades colombianas*, Nueva Historia de Colombia, U.G., Ed. Planeta, Bogotá, 1989, p. 316.

[11] A. Correa Restrepo, «El Hipódromo y Velódromo de la Gran Sabana», en *El Tiempo*, Lectura dominical, 12 de febrero de 1961.

mente de indios y mestizos. Hombres y mujeres se reunían allí para hablar de los sucesos del día, para renovar y crear nuevas relaciones de amistad, para informarse de los chismes de las casas de los señores, para intrigar, amar y armar revueltas. Las chicherías siempre fueron consideradas por las autoridades municipales como foco de contaminación moral y subversiva. A pesar de esto fueron toleradas y más bien se había optado por controlarlas, no por exterminarlas. La chicha, según sus enemigos, embrutecía, debilitaba y degeneraba. En la nueva batalla higiénica que las autoridades ganaron sólo casi a mediados del siglo XX, tuvo mucho que ver la creciente importancia que estaba cobrando la industria cervecera bogotana.

A principios de siglo habían comenzado a aparecer los automóviles que con el tiempo llegaron a ser, y lo son, una pesadilla para la ciudad. Ernesto Duperly, importador extranjero de éxito, fue inicialmente el encargado de incrementar su presencia en el paisaje urbano. El, además,

> importó las primeras máquinas de fotografía Kodak, las «vitrolas» de cuerda y las pianolas, cuyos rollos de «moler música» como se decía en son de guasa, fabricaba el propio Duperly. Por cierto que la presentación de la primera vitrola tuvo lugar en el escenario del Teatro Colón, a donde la concurrencia se presentó en traje de gala para escuchar con mucha unción las arias que interpretaba ese extraño aparato, reproduciendo con fidelidad la melodiosa voz del gran Caruso. Ya en esos años, por otra parte, comenzaba el cinematógrafo a ser un espectáculo popular y barato en Bogotá y en otras ciudades importantes del país. Los introductores de esta industria fueron los hermanos Di Doménico, un par de italianos emprendedores, quienes por largos años impulsaron empresas cinematográficas entre nosotros. La primera cinta se pasó en el salón del Bazar Veracruz en la Calle Real de Bogotá, que era un edificio de muchas campanillas construido para don Leo S. Kopp por don Mariano Santamaría [12].

Otras medidas tuvieron que ver con la reorganización del espacio. La Plaza de Bolívar se rodeó de bellos jardines; la plaza de mercado fue reubicada y construida de acuerdo con los principios sanitarios vi-

[12] P. Londoño y S. Londoño, *ob. cit.*, p. 365.

gentes. Poco después se construyeron otras plazas de mercado en diferentes sitios de la ciudad. Esta medida expresaba un proceso de especialización de los lugares públicos.

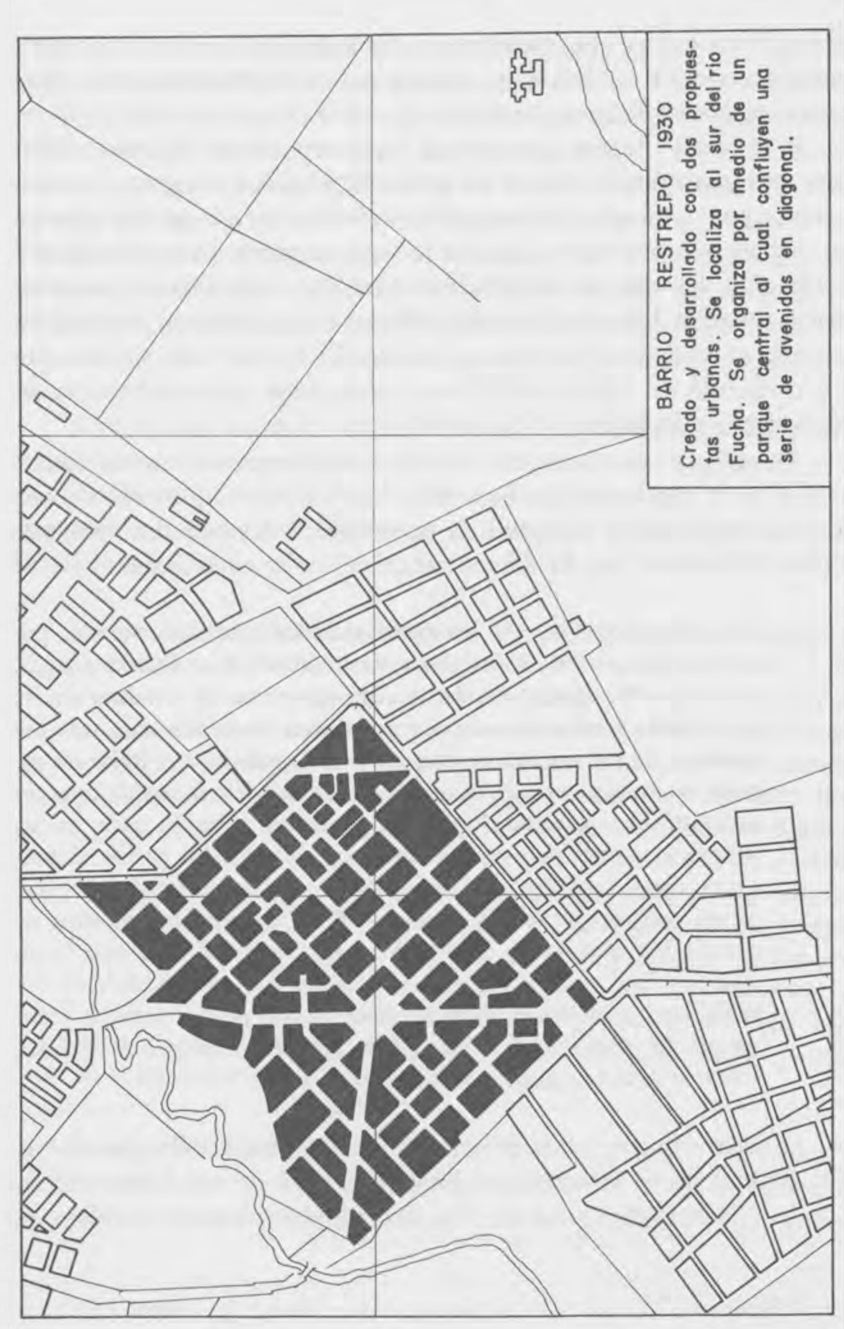
A todo ello habría que agregar la incorporación del reloj como parte integrante de la vida de la gente. Una nueva disciplina se hizo presente con la masiva presencia de relojes en las iglesias, las estaciones, las oficinas públicas y hasta en los mismos chalecos de los caballeros. El afán, del que no ha podido desembarazarse la ciudad posterior, marcó el nacimiento de una época diferente. Comenzó a introducirse con ello un concepto laico de la medida del tiempo, más preciso que el proveniente del doblar de las campanas, o del que se adivinaba en los movimientos solares.

Aunque las circunstancias descritas señalaban una modificación gradual en la conformación física de la ciudad, y la adquisición de una dinámica nunca antes advertida, la personalidad del capitalino ya tenía perfiles definitivos, que lo diferenciaban de sus connacionales.

> Las gentes bogotanas, de temperamento más bien introvertido, poseían agudo sentido del humor, y por lo mismo eran dadas al gracejo, al chascarrillo un poco ácido, y a la crítica mordaz sin dejar de ser en el fondo buenas, serviciales y simpáticas. Gustaban de la vida hogareña y de las tertulias caseras, amaban la música y la literatura romántica. Desde luego la política siempre constituía fuente de rumores en contra del gobierno, los cuales corrían de boca en boca, en las sobremesas, corrillos y mentideros, y también en los paseos al atardecer, por la calle Real, la Plaza Mayor o el Altozano de la Catedral, punto obligado de reunión para caballeros de posición, literatos renombrados, ministros y magistrados a quienes se unía, de cuando en cuando, el propio presidente de la República. Desde ese altozano dominábase por entero la plaza, adoquinada con piedras gastadas y disparejas en cuyo centro un parquecito rodeaba la estatua de Bolívar, sobre su pedestal original de mármol italiano [13].

El acontecimiento más importante de los albores del siglo XX fue, indudablemente, la conmemoración en 1910 del primer centenario de la Independencia de Colombia. La efemérides se festejó en medio de

[13] *Ibidem.*



Barrio Restrepo

un ambiente político en efervescencia, debido a la dejación del poder que hizo en 1909 el presidente Rafael Reyes, y a las reuniones de la Asamblea Nacional Constituyente, segunda del siglo, que terminó eligiendo nuevo presidente. Es preciso recordar que contra Reyes hubo un atentado criminal el 10 de febrero de 1906, en el sitio de Barrocolorado, en las cercanías de la actual Universidad Javeriana. Este intento de magnicidio, primero del siglo, fue seguido pocos años después por el asesinato del líder liberal Rafael Uribe Uribe, a la salida del Capitolio Nacional, el 14 de octubre de 1914.

Obras en el Centenario de la Independencia

Para celebrar el primer centenario de la declaración del 20 de julio de 1810 se construyó el Parque de la Independencia, el cual estaba situado entre las carreras quinta y séptima entre las calles 24 y 26, frente, por el costado oriental, al Parque del Centenario, construido para conmemorar el nacimiento del Libertador –el 24 de julio de 1783–. En el de la Independencia se levantaron pabellones para la Exposición Nacional de Industrias realizada dentro del programa de celebraciones: un pabellón egipcio, otro para conciertos o retretas, uno para maquinarias, uno más para el carrusel eléctrico con caballos y cochecitos primorosamente elaborados, y otro pequeño versallesco, en cemento, para biblioteca infantil, primera del país y que se mantuvo hasta abril de 1938.

En los extremos del Parque del Centenario se erigieron cuatro bustos de próceres, y en el Parque de la Independencia una estatua ecuestre de Bolívar, hecha por el escultor francés Frémiet. La Plazuela de Las Nieves se convirtió en la Plaza de Caldas, con una estatua del sabio neogranadino Francisco José, fusilado en 1816. La de San Victorino fue denominada Plaza de Nariño, también con una estatua de Antonio Nariño, el héroe precursor. En otros sitios de la ciudad se colocaron además estatuas de la heroína Policarpa Salavarrieta, fusilada en 1817 y del mariscal Antonio José de Sucre –asesinado el 4 de junio de 1830–. No se olvidó a los héroes desconocidos, en cuyo honor se inauguró un monumento por los mismos días. Junto con estos reconocimientos patrióticos, se realizaron otras obras: se puso en servicio el acueducto a Chapinero; se cubrieron de macadam la Alameda Vieja,

que pasó a llamarse Avenida Boyacá, la carretera de Occidente –que se llamó Avenida Colón (hoy calle 13)– y la llamada calle larga de Las Nieves –hoy carrera 7– que recibió el nombre de Avenida de la República.

Cabe anotar que con el nombre de Generación del Centenario la historia recuerda a los intelectuales que actuaron en la intersección de los siglos y en parte más amplia del xx. Esa generación ejerció sin duda vasta influencia y, salvo contadas excepciones, asimiló o al menos facilitó y entendió sin mayor egoísmo el tránsito creador al llamado modernismo.

Anotemos finalmente que, en lo poco que resta del Parque del Centenario, está todavía la escultura en mármol conocida como La Rebeca –obra de Roberto Henao Buriticá–, cruelmente constreñida por cinturones de cemento.

El incendio de las Galerías

El 20 de mayo de 1900 se declaró en la ciudad un incendio que pasó a la historia como el de las Galerías, y que redujo a cenizas la mayor parte del archivo colonial santafereño. El edificio de las Galerías de Arrubla, inaugurado como vimos en 1847, era de tres pisos y se extendía a todo lo largo del costado occidental de la Plaza de Bolívar. En esta edificación se encontraban la alcaldía, el archivo y otras oficinas municipales, las cuales ardieron con el incendio de 1900. Informa Daniel Samper Ortega al respecto:

> En la esquina de la carrera 8 con la calle 10 funcionaba una sombrerería llamada El Progreso, propiedad de la casa R. y M. Wegener, de Hamburgo, de la cual era apoderado y administrador el alemán Emilio Streichner. Este individuo gastaba más de lo que podía y para curarse en salud contra un posible examen de cuentas, así como para cobrar la póliza de seguro que había tomado a su nombre sobre el almacén, provocó el incendio. Regó en el piso de la tienda materiales inflamables y dejó encendida la hornilla de calentar sus planchas sombrereras. A las once de la noche de aquel 20 de mayo, las llamas se habían extendido al resto de las Galerías. El fuego duró tres días y consumió totalmente el costado occidental de la Plaza de Bolívar.

Aunque el Juez llamó a juicio al alemán y le libró orden de captura, el reo desapareció de Colombia [14].

Los albores de la modernidad

La situación legal de la ciudad [15]

Desde el nacimiento de la República, el tratamiento jurídico que se le dio a Bogotá no tenía ninguna diferencia con el de los demás municipios colombianos. Sin embargo, su primacía como ciudad capital hizo pensar en repetidas ocasiones en la necesidad de un estatuto particular que la rigiera, dadas sus especiales circunstancias.

Una de esas circunstancias era el aumento desmesurado de población debido a la atracción que ejercía la ciudad sobre las provincias. Era la capital el centro del gobierno y de las decisiones, por lo que el habitarla significaba tener la oportunidad de beneficiarse más pronto que otros de las noticias favorables. Se había convertido también como ya se anotó, en el polo del desarrollo industrial y mercantil de Colombia, y era asimismo la sede de una burocracia en expansión.

La ley 17 de 1905 consagró a Bogotá como Distrito Capital, con dependencia directa del gobierno nacional. Esta situación sólo duró hasta 1909, pues por la ley 65 de ese año, el Congreso determinó que Bogotá debería regirse de nuevo por la reglamentación que cobijaba a todos los municipios del país.

A finales de los años veinte, se inició en la prensa una campaña de apoyo a un proyecto de ley que buscaba convertir a Bogotá una vez más en Distrito Capital. Con esta figura administrativa se buscaba darle autonomía a la ciudad y proveerla de suficientes recursos fiscales. La opinión pública criticaba la dependencia de Bogotá del Código Político Municipal, que según se decía le daba tratamiento de villorrio.

[14] D. Samper Ortega, *Homenaje del Municipio a Bogotá en su IV Centenario*, 1938, p. 154.

[15] *Cfr.* A. González Escobar, «Organización jurídico administrativa de la ciudad de Bogotá», en *Bogotá. Estructura y principales servicios públicos*, Cámara de Comercio de Bogotá, Bogotá, 1978.



Incendio de las Galerías Arrubla en 1900

El tema continuó en debate durante varios decenios más. En la reforma constitucional de 1945 se volvió a plantear la necesidad de buscar para Bogotá un régimen especial. Una de las discusiones más acaloradas entonces se centró en determinar si Bogotá debía seguir siendo la capital del departamento de Cundinamarca y al mismo tiempo ostentar el título y función de capital del país. También se discutió sobre la participación y distribución de las rentas entre Bogotá y Cundinamarca. Como resultado de este debate, el parlamento colombiano aprobó nuevas normas, introducidas en la Constitución Nacional, que determinaron erigir a Bogotá como un Distrito Especial, sin sujeción al régimen municipal ordinario.

La falta de voluntad política para producir la reforma administrativa correspondiente, hizo que la reglamentación de la norma constitucional sólo fuera posible hasta la dictadura del General Rojas Pinilla, –1953-57– , el cual, mediante el decreto 3640 de 1954 organizó a Bogotá como Distrito Especial, capital al mismo tiempo del país y del departamento de Cundinamarca. Esta medida pudo tomarse bajo el gobierno militar pues el mismo no contaba con los obstáculos que interponía la clase política, preocupada siempre por mantener sus feudos electorales y por el reparto de las rentas entre la ciudad y el departamento, de acuerdo con sus intereses.

En el mismo año de 1954 se agregaron al Distrito Especial los antiguos municipios de Fontibón, Usme, Bosa, Suba, Usaquén y Engativá que, al integrarse, perdieron su identidad dentro de la trama urbana de la ciudad, por lo menos desde el punto de vista de la legislación.

La nueva Constitución de 1991 rebautizó oficialmente a la ciudad con el nombre de Santafé de Bogotá, mezcla del nombre colonial con el republicano y la organizó como Distrito Capital, lo cual significa que dejó de ser capital del Departamento de Cundinamarca para serlo en adelante sólo de la República de Colombia.

La danza de los millones

El empréstito Dillon Read & Co.

La Bogotá de los años veinte fácilmente sobrepasaba los 150.000 habitantes, con un crecimiento promedio desorbitado del 5% anual. La

urbe exigía con apremio mejorar las condiciones sanitarias y de vida de esta población, por lo que la administración municipal debía modernizarse y prepararse para brindar a los ciudadanos mejores servicios públicos de acueducto, alcantarillado, energía y transporte.

Para lograr tal objetivo se pensó en los empréstitos externos. Éstos se habían puesto de moda en esa época, que se llamó de *La Danza de los Millones*[16] por la llegada a las arcas nacionales de los veinticinco millones de dólares que pagaron los Estados Unidos a Colombia como indemnización por la separación de Panamá, que aquéllos habían promovido.

En 1923 llegaron a Bogotá varias misiones de banqueros norteamericanos para estudiar la capacidad de endeudamiento de la ciudad. En 1924 se concretaron las negociaciones del municipio con la firma norteamericana Dillon Read & Co. El acuerdo n.° 45, del 8 de octubre de ese año, aprobó el contrato del empréstito por diez millones de pesos. Actuaron como representantes de Dillon Read & Co., Alfonso López, futuro presidente de Colombia y Esteban Jaramillo.

Sobre los diez millones de pesos acordados, el municipio aprobó la emisión de bonos por un valor inicial de seis millones de pesos[17], cuya fecha de vencimiento sería el primero de octubre de 1945, devengarían un interés del 8 % anual y contarían con un fondo acumulativo del 2 % anual. Estos papeles se conocieron con el nombre de Bonos Externos de 1924. Para la obtención de este préstamo Bogotá empeñó las rentas brutas provenientes de

> ...todos los tranvías municipales, con sus plantas de fuerza y luz eléctrica, acueducto, mercados municipales, mataderos públicos y los edificios que hoy ocupa la policía nacional, así como sus franquicias, y las rentas brutas de todos los bienes que en adelante adquiera o construya el municipio con los bonos o el producto de éstos, y además

[16] *Cfr.* F. J. Rippy, *El capital americano y la penetración imperialista en Colombia*, La Oveja Negra, Medellín, 1970. D. Pecaut, *Orden y Violencia: Colombia 1930-1954*, Cerec. siglo xxi. Editores, Bogotá, 1987. G. Ríos Peñaloza, *Bogotá y la protesta popular de 1929*. Tesis Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Departamento de Ciencias Sociales, Bogotá, 1928, p. 269.

[17] Acuerdo 45 de 1924, en: *Registro Municipal*, n.° 15763, 15 de octubre de 1924, p. 5.973.

serán garantizados por una prenda sobre bienes raíces del municipio, impuesto predial, inclusive los del aseo, alumbrado y vigilancia [18] ...

Los dineros del empréstito debían ser utilizados en la ampliación del acueducto, construcción y equipamiento del matadero, extensión de los tranvías y construcción de su planta de fuerza eléctrica, mejora del servicio de higienización de la ciudad, ampliación y mejora de las plazas de mercado público, construcción de viviendas para obreros y de edificios para escuelas públicas, además de pagar la deuda interna del municipio. Sin embargo, al contratar el empréstito la administración de Bogotá no sabía exactamente qué iba a hacer con él, ni cuánto costaban las obras a que pensaba dedicarlo, por lo que buena parte de este dinero se gastó en estudios y proyectos de inversión.

Dos condiciones de esta operación obligaban al municipio a subir las tarifas de impuestos, si el producto líquido mensual de las rentas empeñadas llegaba a ser inferior al 150 % del servicio mensual de la deuda adquirida, y a contratar las construcciones con la firma Ulen & Co. de New York.

A pesar de que quienes diligenciaron el empréstito como miembros del Cabildo en 1925, expresaron que habían desaparecido «las terribles crisis fiscales de otras épocas», muy pronto, en 1928, se agudizó una situación que condujo al municipio a tener que destinar el 50 % de su presupuesto para pagar la deuda.

Para organizar las desordenadas finanzas municipales se contrató una misión de técnicos extranjeros que inició su actividad a principios de 1929, y que aconsejó la disminución de gastos, el aumento de las rentas y la supresión de empleados inútiles, como remedio a la situación. Producto de sus recomendaciones fueron dos acuerdos que desarrollaron el impuesto predial y el impuesto de valorización, así como la creación de la Contraloría Municipal.

Los sucesos de 1929

El 17 de abril de 1929 fue nombrado alcalde de Bogotá el doctor Luis Augusto Cuervo. Desde el momento de su posesión, el nuevo

[18] *Ibidem*, p. 5.973.

funcionario buscó soluciones a la grave crisis fiscal del municipio, la cual obedecía a la mala administración de las empresas municipales del acueducto y el tranvía. El 4 de junio el alcalde destituyó a los gerentes de estas empresas, Alejandro Osorio y Hernando de Velasco, quienes las habían convertido en fortín político de un sector del gobernante Partido Conservador. La reacción del presidente de la República, Miguel Abadía Méndez fue contundente, pues emitió un decreto en el que por «renuncia aceptada» del alcalde Cuervo nombró en su reemplazo al doctor Alfredo Ramos Urdaneta.

Sin embargo, el alcalde Cuervo contaba con el apoyo de la opinión pública. *El Diario Nacional* publicó la noticia de su destitución y citó a una manifestación popular de simpatía con el funcionario destituido y de protesta contra «la rosca empotrada en el acueducto y en el tranvía, y contra el nepotismo oficial».

A las nueve de la noche del 5 de junio, una manifestación, que los diarios calcularon en 1.000 a 2.000 personas, se dirigió desde la Plaza de Bolívar a la casa del doctor Cuervo para expresarle su respaldo. Al terminar la concentración se citó a otra para el día siguiente, a las cinco de la tarde en el Capitolio Nacional. El jueves 6, la ciudad amaneció en estado de alerta, los editoriales de los periódicos eran violentos contra la rosca, y desde las primeras horas de la mañana, se inició un boicot al tranvía, que paralizó el servicio totalmente en la tarde. A la hora señalada, una multitud se reunió a escuchar los discursos opositores, luego de los cuales la manifestación marchó hacia la casa del doctor Cuervo. En esta jornada fueron oradores, entre otros, los liberales Jorge Eliécer Gaitán, Federico Lleras Acosta y los conservadores Ignacio Escallón y el director de *El Debate*, Silvio Villegas, además del propio Luis Augusto Cuervo. Conservadores y liberales se unían, dejando a un lado sus diferencias partidistas, para derrotar a quienes malbarataban el patrimonio de los bogotanos. Todos los discursos coincidieron en denunciar la rosca manzanilla y en hacer un llamado a la ciudadanía para continuar con la movilización.

Al término del acto oratorio, la manifestación empezó a regresar a la Calle Real. Cuando la multitud llegaba a la esquina de San Francisco un pelotón de policía a caballo arremetió contra ella. No obstante el ataque de la fuerza pública, los manifestantes continuaron hacia el Palacio Presidencial, pero la policía les impidió el paso por lo cual éstos se dirigieron hacia el norte en busca del alcalde que había reem-

plazado a Cuervo, pero fueron atacados nuevamente por la policía montada y por agentes de a pie, quienes agredieron a hombres y mujeres con culata y bayoneta. Según la prensa hubo un considerable número de heridos a bala y bayoneta.

Al día siguiente —7 de julio— los estudiantes fueron los protagonistas. Declararon la huelga estudiantil y salieron a la calle, hicieron cerrar el comercio y paralizaron el servicio del tranvía. Según la prensa, a las dos y media de la tarde la manifestación contaba con unas 30.000 personas.

¿Qué pedían los manifestantes? En primer lugar la destitución del general Cortés Vargas, comandante de la Policía, y conocido por su participación en la masacre de las bananeras pocos meses atrás; en segundo lugar la destitución del gobernador de Cundinamarca, doctor Ruperto Melo y en tercer lugar la destitución del ministro de Obras Públicas, Arturo Hernández, quien dirigía la rosca de la administración municipal de Bogotá. Los notables capitalinos nombraron una Junta para que expusiera estos puntos al señor presidente. El día 8 se reunieron las partes a negociar, mientras la agitación popular no cesaba, pues el día anterior en la noche había sido muerto por la policía el estudiante Gonzalo Bravo Pérez. La presión que la ciudadanía ejerció sobre el presidente lo obligó a aceptar las peticiones, incluyendo la destitución del ministro de Guerra, doctor Ignacio Rengifo. Fue un triunfo de los capitalinos, que tuvo mucho que ver con la caída del régimen conservador pocos meses después, régimen que venía gobernando al país desde 1886.

Servicios públicos

Acueducto

Desde 1888, el servicio de acueducto era prestado en Bogotá por la empresa privada de Ramón B. Jimeno. Este servicio era deficiente no sólo por su poca capacidad para cubrir las necesidades de agua de la ciudad sino por la irregularidad con que los usuarios recibían el líquido. Pero lo más grave era la baja calidad de las aguas servidas. Varios estudios bacteriológicos fueron unánimes en este punto. En 1907 se enviaron muestras al Instituto Químico de Inglaterra para que deci-

diera sobre la potabilidad del agua de la compañía del acueducto de Bogotá. Su respuesta negativa provocó una profunda desazón en la comunidad.

Más tarde, el laboratorio municipal, bajo la dirección del médico Federico Lleras, estudió también las aguas del referido acueducto [19] y las encontró con «una enorme cantidad de microbios entre los que hay especies patógenas que hacen peligroso su empleo desde el punto de vista bacteriano».

El problema sanitario se hacía cada vez más insoportable. En 1913, la Oficina de Higiene y Salubridad Municipal presentó su informe anual en los siguientes términos:

> Resulta que las aguas de las diversas vertientes que forman el río San Francisco son pisoteadas por las gentes y animales que transitan por aquella región. Faltan puentes y hay caminos, como el de Choachí, que debieran desviarse ... El inspector halló gran número de habitaciones en esa región. La presencia de ellas es un grave inconveniente, porque las gentes que las ocupan hacen uso de las aguas para todo, inclusive para el lavado de la ropa ... Con mucha frecuencia los celadores de aguas dan aviso a esta oficina de que han caído en las vertientes bestias y reses y han perecido allí. Como a veces no las pueden sacar inmediatamente ... se ensucian las aguas de un modo muy perjudicial para su potabilidad [20].

En 1914 la administración municipal le compró a Ramón B. Jimeno la empresa del acueducto, convencida de que la municipalización del servicio era la solución a los problemas sanitarios de la ciudad. El municipio recibió 6.032 «plumas» de agua domiciliaria, que cubrían el 25 % de las casas existentes en Bogotá en ese momento. En el período de 1914 a 1930, la cantidad de usuarios del servicio aumentó a un ritmo del 5,8 % anual, al pasar de 6.032 en 1914 a 14.180 en 1930. Hasta 1935 el número de abonados creció a un ritmo cercano al 6 % anual.

[19] *Cfr.* «Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá», en *Historia del agua en Bogotá*, Bogotá, 1968. F. Zambrano, *Historia de Bogotá*, tomo III, Fundación Misión Colombia. Villegas Editores, Bogotá, 1988. J. Vargas Lesmes y F. Zambrano. «Santafé y Bogotá: Evolución Historica y servicios públicos 1600-1957», en *Bogotá 450 años. Retos y realidades*, Ediciones Foro Nacional IFEA, Bogotá, 1988.

[20] *El Tiempo*, 27 de junio de 1913.

Con base en un estudio de la Academia Nacional de Medicina, llamada como asesora, se compraron en 1918 once grandes propiedades ubicadas en las hoyas hidrográficas de los ríos San Francisco, San Agustín y San Cristóbal, de las cuales fueron desalojadas cerca de 4.000 personas por considerarlas factor contaminante de las cuencas de los ríos y de los tanques de agua. Esta medida incluyó también la reforestación de las hoyas. En 1920 fueron sembrados 122.425 árboles, entre pinos, eucaliptos, cedros y nogales y 73.000 matas de chusque. Así se mejoró el nivel ecológico y sanitario de las hoyas hidrográficas tradicionales que abastecían a Bogotá.

Todavía para esa época una gran cantidad de casas tomaban el agua de chorros y quebradas. La red de conducción se extendió y se construyeron nuevos tanques. Se instalaron 35 kilómetros de nuevas tuberías y el servicio pasó de 5.200 suscriptores en 1919 a 8.750 en 1920 y a 9.300 en 1923. También se construyó un nuevo tanque de 370 metros cúbicos en Chapinero y otro pequeño para las aguas del río Rosales.

En 1920 el ingeniero sanitario norteamericano Geo C. Bunker dirigió la instalación de casetas de purificación sobre los ríos San Francisco, Arzobispo, Rosales, Chapinero y San Cristóbal. Esta clorización se comenzó en secreto, pero cuando la opinión pública se enteró se desató una polémica conocida como la batalla del cloro. Uno de los argumentos de los contradictores de la medida purificadora, era que el cloro producía impotencia. A partir del momento en que las aguas comenzaron a ser tratadas con cloro, se constató una sensible disminución en la tasa de mortalidad por fiebre tifoidea.

En 1923 se inició la construcción de un nuevo acueducto en el río San Cristóbal. Los dos primeros tanques de magnitud, interconectados, fueron el de Vitelma en el sur y el de San Diego, 4.300 metros cúbicos e incluían pozos de decantación y filtros. Se estableció así una red interconectada de abastecimiento que rompió el esquema tradicional de conducciones paralelas e independientes. Los tanques de Vitelma y San Diego se terminaron en 1924.

En este último año el municipio, de acuerdo con lo pactado, contrató con la firma norteamericana Ulen & Co. de New York, la construcción de una serie de obras para modernizar la estructura urbana de Bogotá. Éstas incluían la extensión de la red de distribución del agua y la ampliación del alcantarillado. Para 1927 la red del acueducto con-

taba con 90 kilómetros de tubería que llegaron a 182,1 kilómetros a comienzos de los años treinta. Pero este esfuerzo de la empresa no bastó para llevar el cubrimiento a toda la ciudad. Hasta 1939 la tasa de crecimiento de la red estuvo por debajo del crecimiento demográfico, con lo que la provisión de aguas se encontraba muy por debajo de las necesidades de Bogotá. En 1928, la Sociedad Colombiana de Ingenieros denunció así este problema:

> La ciudad crece a diario, no solamente por crecimiento vegetativo de los ciento cincuenta mil habitantes que tenía hace diez años, sino debido a la influencia de un contingente considerable que le viene de las provincias, ... A tiempo que esto sucede, una gran masa de población que de un vivir modesto ... asciende económica y socialmente a otras esferas de mayor consumo, de más refinamiento, trae consigo como una de las manifestaciones primeras e ineludibles del progreso la necesidad de un consumo de agua por cabeza de habitante mayor que en años anteriores. De modo pues que la provisión de agua necesita ser mayor, primero porque la población aumenta ...y segundo porque las necesidades de un ciudadano actual no son las mismas que las de hace veinte años [21].

En 1930 se instalaron los primeros 600 contadores de agua, los cuales redujeron el derroche de líquido en un 70 %, según el periódico *El Espectador* [22].

En 1935 se inició la construcción de la presa *La Regadera* en la parte alta del río Tunjuelo, la cual, con una capacidad de 4 millones de metros cúbicos, se conectó mediante una tubería de 24 kilómetros con Vitelma, donde se instaló una planta de tratamiento. La planta de Vitelma se inauguró en 1938 con una producción diaria de 50.000 metros cúbicos de agua filtrada y purificada, que alcanzaba para abastecer a 400.000 habitantes.

Desde 1935 el servicio del acueducto se extendió rápidamente. De las 19.370 instalaciones de 1935 se pasó a 30.914 en 1940. En 1950 se llegó a las 58.238 instalaciones domiciliarias. Al finalizar el año 1938, la valoración del norte de Bogotá como espacio residencial de las cla-

[21] *Anales de Ingeniería*. Bogotá, enero-febrero, 1928, n.os 418-419.
[22] 30 de Agosto de 1930.

ses medias y alta obligó a la Compañía del Acueducto a cubrir esta zona y para ello se conectaron Vitelma y el tanque de San Diego.

En 1940 y 1945 hubo dos fuertes veranos que dejaron a Bogotá sin agua. Se necesitaron nuevas fuentes de captación. Ello determinó la construcción del embalse de Chisacá en 1948, que se inauguró en 1951.

Energía

La Compañía de Energía Eléctrica de Bogotá se conformó en 1904 como sucedánea de Samper Brush y Compañía que producía desde 1900 con dos generadores de 350 kw aprovechando la caída de las aguas del río Bogotá en el sitio de El Charquito. Un tercer generador de 305 kw en 1904, y otro de 810 en 1908, fueron las ampliaciones del sistema inicial.

En la batalla por el alumbrado público que se inició en Bogotá a finales del siglo XVIII, se obtuvo un triunfo por parte de la luz eléctrica al ser iluminada permanentemente en 1908 la Calle de la Carrera o carrera séptima.

Una quinta unidad generadora de 1.910 kw se inauguró en 1913, dos años después de haberse terminado la represa de Alicachín, sobre el río Bogotá, para ser utilizada como reserva en los veranos. Sin embargo, la naturaleza comenzó a demostrar las limitaciones que la energía hidráulica podía tener. En 1912, por ejemplo, el caudal del río Bogotá disminuyó a un ritmo acelerado. A principios de 1914, el verano agotó incluso la represa de Alicachín. Esta circunstancia obligó a la Compañía –que había pasado de 22.000 bombillas servidas en 1909, a 70.000 en 1920–, a duplicar el valor de la tarifa de alumbrado. Aunque no se modificaron las tarifas para calor y fuerza, este hecho fue utilizado por la prensa para entablar una campaña contra la empresa. El argumento central consistió en que siendo el alumbrado un servicio de primera necesidad y una cuestión de interés público, no podía seguir siendo monopolizado por una entidad que escapaba al control estatal.

El alza se suspendió durante algún tiempo, pero aprovechando la coyuntura, un grupo de empresarios constituyó en 1920, con la anuencia del Concejo, la Compañía Nacional de Electricidad, que iría a ri-

valizar con la empresa de los Samper. Entretanto, esta última continuaba sus planes de expansión: inauguró en 1923 una termoeléctrica en el Charquito, con una capacidad de 4.500 kw y una sexta unidad hidroeléctrica de 2.200 kw en 1924.

En 1925 la Compañía Nacional inauguró oficialmente la prestación del servicio con ocho subestaciones que se alimentaban de la caída del Salto del Tequendama, cascada natural que había sido comprada por la empresa en 1921. Comenzó entonces la guerra entre las dos compañías de energía. Algunos hechos pueden mostrar la forma en que se libró esta contienda. La Compañía Nacional, por su influencia ante el municipio, tuvo el privilegio exclusivo de instalar postes en las aceras. La Compañía de Energía, por la misma razón, tuvo que extender sus cables por tejados y tapias, pero conocedora de los problemas financieros de su rival, que se hallaba endeudada y no lograba completar la nómina de accionistas, ofreció tarifas a mitad de precio que implicaban un servicio por debajo del costo de producción.

En 1927 el municipio adquirió 121.000 de las 240.000 acciones de la Compañía de Energía Eléctrica y la totalidad de la Compañía Nacional. Fusionadas las empresas, se transformaron en las Empresas Unidas de Energía Eléctrica, S.A., con lo cual el municipio asumió el control de la generación eléctrica en Bogotá.

En 1928 las Empresas Unidas generaron 23,4 millones de kw/hora, con una tasa de crecimiento del 14 % anual. En 1934 se llegó a los 53,9 millones de kw/hora. El alumbrado público pasó de 7.358 lámparas en 1934 a 11.150 en 1940, lo cual dio un promedio anual de crecimiento del 8,7 %. La alta rentabilidad de la empresa le permitió en 1932 rebajar selectivamente las tarifas y privilegiar los barrios obreros.

En la década de los años cuarenta comenzaron a introducirse en Bogotá las cocinas y los calentadores eléctricos, en detrimento del carbón que hasta ese momento había calentado el agua y cocinado los alimentos en todos los hogares bogotanos. Sin embargo, esta innovación fue, al menos al principio, muy débil pues en 1944, de los 47.174 abonados sólo 963 –2 %– tenían estufa o calefacción eléctrica. En la década de los cincuenta llegó el gas propano, que compitió con la electricidad en las nuevas urbanizaciones.

En 1937 las Empresas Unidas estaban rezagadas frente a la demanda, por lo que muchos industriales se vieron obligados a instalar

sus propias plantas generadoras. Esta situación llevó a la empresa a proyectar el embalse del Muña, situado al sur de la ciudad, el cual aportó 20.000 kw a la capacidad instalada.

Las Empresas Unidas inauguraron en 1945 una tercera unidad generadora de 10.000 kw en la planta de El Charquito. En 1950 contaba con una capacidad instalada total de 45.000 kw a los cuales se sumaron dos nuevas unidades de 10.000 kw en ese año.

Teléfonos [23]

En el incendio de las Galerías del 20 de mayo de 1900 se destruyó la primera estación telefónica, instalada en 1884 por la Compañía Colombiana de Teléfonos, con lo cual terminó esta empresa. Los aparatos telefónicos, líneas, postes y enseres que quedaron fueron adquiridos por George G. Odell el 8 de octubre de 1900. Posteriormente se registró en Londres la sociedad denominada *The Bogotá Telephone Company,* la cual obtuvo del municipio de Bogotá, para los próximos cincuenta años, el privilegio exclusivo del servicio telefónico.

The Bogotá Telephone Company inició sus actividades en 1906. En 1930 instaló un primer conmutador manual, pero debido al crecimiento de la ciudad hacia Chapinero, pronto se hizo necesaria la creación de otra central, con capacidad para 5.400 nuevas líneas. Se ubicó también un conmutador especial en el Capitolio para el servicio gubernamental, con 500 líneas, y se instalaron sendas estaciones en los barrios de Teusaquillo y Ricaurte.

En 1938 la empresa contaba con 83 operadoras y 12.000 líneas. En 1939 se propuso la municipalización del servicio, que se hizo efectiva al año siguiente. La operación costó dos millones y medio de dólares a pagar en treinta años y el nuevo ente municipal se denominó Empresa de Teléfonos de Bogotá. En 1945 se contrató con la compañía sueca Ericson la automatización del servicio telefónico, que se inauguró el 28 de diciembre de 1948.

[23] L. E. Páez del Río, «Pequeña Historia del servicio de teléfonos de Bogotá», en *Estructura por principales servicios públicos*, Cámara de Comercio de Bogotá, Bogotá, 1978.

Transporte [24]

Tranvía

El tranvía de mulas afrontó desde su inicio problemas graves en la prestación del servicio. Los usuarios y la prensa se quejaban permanentemente del sobrecupo, del desaseo, de los accidentes y de la limitación de los horarios, que obligaban a los habitantes de Chapinero a caminar hasta su casa después de las seis de la tarde.

La forma despótica y descuidada como se manejaba la compañía norteamericana —*The Bogotá City Railway Company,* que había obtenido desde 1882 el privilegio de la prestación de transporte por cuarenta años—, aunada al resentimiento nacional hacia quienes se habían adueñado de Panamá, llevaron a que los habitantes de la ciudad empezaran a rechazar la administración del tranvía. El enfrentamiento hizo crisis el 7 de marzo de 1910, cuando uno de los hermanos Martín, directores de la empresa, golpeó a un agente policial que pretendía aprehender a un postillón del tranvía. Este suceso, que había tenido un antecedente en 1908, sirvió de pretexto para un amplio movimiento de protesta en la ciudad.

El mismo día fueron apedreadas las oficinas de la compañía y se pretendió linchar al agresor gringo. La prensa dio inicio entonces a una campaña contra la empresa del tranvía. El periódico *El Republicano* comentó así la situación:

> El señor Martín, gerente de la empresa del tranvía, ha provocado con sus propios puños un grave conflicto contra la empresa de que hace parte, descargando sus manos de púgil insolente sobre personas investidas de autoridad. Ultrajó, pues, la soberanía nacional en la ciudad donde tienen asiento los poderes públicos y cometió grave desacato, punible según las leyes del país [25].

El público inició un boicot contra la empresa del tranvía, idea que fue reforzada con avisos en la prensa como éste: «Quien monte en

[24] *Cfr.,* L. M. Contreras López, y M. G. Restrepo. *Historia del Tranvía en Bogotá: 1882-1952.* Tesis. Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1985. J. Vargas, y F. Zambrano, *ob. cit,* pp. 68 y ss.

[25] *Cfr., El Republicano,* 8 de marzo de 1910.

tranvía será considerado yanqui»[26]. Los tranvías viajaron vacíos y quienes se atrevieron a usarlos se sometieron a las rechiflas y al escarnio público. La prensa comentó que «... en el tranvía amarillo de la línea occidental bajaba ayer una señora. Al llegar frente a la Plaza de Mercado, le salieron las revendedoras y le organizaron una pedrea con huevos de gallina»[27].

premiar vuestros servicios. Aceptad sin escrúpulos, que nadie os lo ha de echar en cara.

Entonces Bonaparte respondió enérgica y secamente:

—Gracias, repito. Largaos de aquí con vuestros cuartos. No quiero, por cuatro «miserables» millones, ponerme a disposición del duque de Módena. Prefiero ser libre.

Pantalones de hilo y lana pura
para muchachos hechos
[con esmero,
barbaridad se llama esta figura.

Un puntapié "soberano"

Cierto día Luis XIV estaba apoyado en una ventana cuando acertó a pasar un paje, y tomando al rey por un compañero le propinó un formidable puntapié.

El monarca se dio rápidamente vuelta y no supo el paje cómo disculparse. Entonces aquél le dijo:

—¡No debías haber pegado tan fuerte!



gría y gratitud a pagar la deuda y dar las gracias a su acreedor:

—Estoy acosado por los negocios—le dijo Mr. Fontaine—tomad la llave, tened la bondad de guardar ese dinero, y dispensadme que prosiga mi trabajo.

Al buen negro Candelario,
poeta de mucho seso,
le preguntaba Rosario:
¿Quieres chocolate, *O... beso*?
Y el negro bardo admirado:
—Por la pregunta, yo infiero—
le contestó entusiasmado:
—¡Ay! Lo último prefiero.



Cómo sube el tranvía de La Alameda por la calle 10

Frente al bellísimo lago de San Cristóbal **'Riverside'** Lunchs especiales para familias

AGUA HERVIDA

Los que acostumbran hervir el agua para esterilizarla, no deben olvidar que por este sistema solamente se destruyen los microbios, pero no los esporos o huevos de éstos, los cuales quedan vivos y son causa de que los microbios se reproduzcan nuevamente al enfriarse el agua. En agua hervida hay menos microbios de los que había antes. En el **Agua Cristal** no hay ninguno, porque la esterilización se hace por medio de los rayos **Ultra-Violeta**, que matan microbios y huevos. Los Los análisis bacteriológicos así lo prueban. El **Agua Cristal** la vende la Compañía de Gaseosas de Posada Tobón.

Sátira sobre el funcionamiento del tranvía

[26] *Ibidem*, 11 de marzo de 1910.
[27] *Ibidem*, 18 de marzo de 1910.

Después de tres meses de boicot el entusiasmo empezó a decaer. Sin embargo, la situación llevó a los norteamericanos a ofrecer en venta la empresa al municipio, que desde años atrás venía discutiendo la necesidad de volver público este servicio. Mediante un préstamo del Banco Central, el municipio adquirió el tranvía el 7 de diciembre de 1910. Comenzó así a operar el Tranvía Municipal de Bogotá. La ciudad recibió una red integrada por 4 líneas, una planta eléctrica y 33 carros de pasajeros y carga.

El 7 de octubre de 1910 se inauguró el tranvía eléctrico, pero este hecho no mejoró en nada el servicio. Sólo se electrificó un kilómetro de la línea, entre la calle 26 y el Parque Santander. El tranvía de mulas continuó dominando todavía la empresa. Ese mismo año aparecieron los primeros automóviles de transporte público, que inauguraron el servicio intermunicipal con Tunja y Sogamoso.

El Tranvía Municipal se convirtió en una de las principales fuentes de ingresos para el municipio, al menos en sus primeros años. En 1912, esta empresa aportó el 42 % de las rentas municipales, cifra que ascendió al 44 % en 1914. Para 1929, la situación era totalmente diferente [28], pues la empresa, que carecía de sistema contable, reportó un déficit de 700.000 pesos. Entre 1929 y 1938 se recuperó económicamente, pero en 1939 empezó de nuevo a producir pérdidas debido a la competencia de los autobuses de gasolina.

En 1914 se aprobó la compra de 8 carros eléctricos que elevaron a 14 el número de la flota. Esta ampliación implicó el ensanchamiento de la capacidad eléctrica mediante una nueva planta de 1.000 caballos de fuerza.

El crecimiento de la ciudad hacia el norte y el sur, obligó a la creación de nuevas rutas. En 1916 la red vial se amplió más allá de San Cristóbal en el sur. En abril de 1918, la empresa del tranvía inauguró el primer tramo hasta Yomasa, en el sur. A comienzos de 1922 se contaba con 41 carros en servicio diario promedio. Para fines de ese año había 55 carros funcionando, de los cuales sólo uno era de tracción mular, que se utilizaba en la línea del barrio obrero Ricaurte.

A finales de los años treinta el servicio del tranvía empezó a decaer. Su capacidad de movilización, que creció al 41,4 % anual en

[28] L. M. Contreras López, y M. G. Vélez, *ob. cit.*,

1922, cayó al 3,8 % en 1936. Entre 1938 y 1942, el volumen transportado creció en promedio sólo el 1,1 % anual. No se tienen datos de la extensión del tranvía en la tercera década, pero sí se sabe que entre 1931 y 1941, las rutas pasaron de 46 a 58,8 kilómetros.

En 1941 había 500 autobuses y 95 tranvías, lo que significa, tomando a 1931 como año base, que en esta década el número de autobuses creció en un 25 % anual, el doble de la empresa del tranvía, que lo hizo a un ritmo del 13 %. Aunque el parque automotor de autobuses era mayor al de los tranvías, estos últimos movilizaban más del 50 % del total de pasajeros de Bogotá. Las razones están en que era cuatro y hasta cinco veces mayor la capacidad transportadora de un vehículo eléctrico que la de un autobús, además del dominio que el tranvía tenía de las rutas troncales y del bajo costo de su pasaje, que desde los años veinte se mantuvo en 3 centavos.

El bajo precio del pasaje pudo ser una estrategia del Consejo Municipal para debilitar el sistema de transporte tranviario favoreciendo en el mediano plazo a los autobuses, de propiedad particular. El gerente del tranvía, Francisco Triana, declaró en 1948 respecto a la situación de la empresa:

> Mientras se mantenga la tarifa de 5 centavos para el transporte de pasajeros en los tranvías, la situación de bancarrota que he venido anunciando no tendrá solución de ninguna naturaleza. ... las entradas seguirán siendo apenas suficientes para medianamente subsistir, sin permitir hacer las debidas reservas para la renovación del material rodante. En cambio, puedo afirmar que mediante el servicio de los autobuses, con pasaje a 10 centavos, el rendimiento que se obtiene permite esperar una efectiva recaudación en prevención de servicios de reparación e incremento del número de vehículos que se ofrecen al servicio público [29].

¿Existió realmente una actitud velada de la administración municipal para acabar con el tranvía? Aún no existen estudios que permitan responder con certeza a esta pregunta. Sin embargo, en 1940, una misión norteamericana hizo una evaluación del transporte en Bogotá y

[29] J. Aprile. El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá, Centro Cultural Jorge Eliecen Gastón, Bogotá, 1983, p. 86.



Barrio Palermo

concluyó que para 1948 se debía hacer un cambio de los tranvías por vehículos trolley, de gasolina o ACPM. Hay quienes consideran que el interés de los norteamericanos se dirigía a la venta de automotores y trolleys, sobrantes en sus mercados internos.

La Segunda Guerra Mundial afectó a las empresas de autobuses, por las dificultades que surgieron para importar nuevos vehículos y repuestos. La empresa del tranvía no tenía este problema, pues en el país existía la capacidad técnica para reparar y fabricar algunas partes de sus carros.

Por ello, entre 1943 y 1946 aumentó de nuevo la actividad del tranvía, y creció el número de pasajeros a un ritmo del 16,8 % anual.

Sin embargo, desde 1945 la prensa vio en el tranvía el segundo problema de Bogotá, después del agua. En ese año las rutas y el parque de carros de la empresa de transporte permanecían casi iguales a los de 1938, pero la población había pasado de 330.312 habitantes a casi medio millón.

En 1948 llegó el fin de la época del tranvía. En el levantamiento popular del 9 de abril fueron quemados 34 tranvías, una tercera parte del total de los de la empresa. Según el entonces gerente de la compañía del tranvía, Francisco Triana, fueron las cooperativas de autobuses las que los quemaron. Los conductores tranviarios informaron haber visto a los ayudantes de los autobuses incendiar tranvías.

El tranvía no desapareció del todo en 1948, pues continuó operando a la par con los nuevos autobuses Mack a gasolina y con los trolleys, que la empresa importó de EE.UU. Sin embargo, poco a poco, sus vehículos fueron saliendo del servicio, hasta que en 1951 desaparecieron totalmente de las calles, y en 1953 fueron vendidos como chatarra los 30 que aún quedaban.

Con la desaparición del tranvía municipal se acabó toda una época, frecuentemente recordada por los cronistas de la primera mitad del siglo xx. El paso de las mulas a la electricidad le había dado a este servicio público cierto aire de peremnidad. El estar al alcance de todos los habitantes, al principio por ser el único servicio de transporte, por su capacidad, y al final por su precio reducido, le dio una estructura de usuarios policlasista, que se prestó para todas las formas de confraternidad en un medio dominado por patrones sociales muy rígidos. Su extinción marcó un paso hacia la modernidad y sirvió de deslinde en-

tre la ciudad del centenario, cerrada y coloquial, y la urbe cosmopolita que la sucedió.

Automotores

Aunque en 1923 los automotores ya rodaban por Bogotá e incluso comenzaban a circular los primeros autobuses a gasolina, sólo representaban el 14 % de los vehículos de transporte de la ciudad. Empero, fue en esta década que los automotores tomaron auge. De 360 automóviles existentes en 1923, se pasó a 892 en 1926 y a 1.100 en 1927, en un crecimiento promedio del 33,6 % anual [30].

En 1925 se intentó poner en práctica un reglamento de tránsito que fue duramente resistido. En 1927 se quiso imponer otro reglamento que provocó una huelga de conductores por lo cual debió ser derogado. Estas resistencias no impidieron que el mismo año se creara el primer cuerpo de policías de tránsito, conformado por 60 agentes. En 1931 se instalaron los primeros semáforos.

La entrada de los automóviles a Bogotá cambió el paisaje y el ritmo de la vida urbana con el ruido de las bocinas, de los motores y sus escapes y con la exigencia de calles más amplias para su circulación. Las altas velocidades, de 10 a 20 km por hora, causaron desconcierto. Un artículo de prensa lo expresó así:

> El empeño de los señores choferes de Bogotá de querer andar a velocidades que no son permitidas en ninguna ciudad civilizada, de creer que las calles son campo raso en donde pueden pasar a su antojo, los obliga a pitar constantemente, molestando con ello no sólo a las gentes que transitan por las calles, sino a los habitantes de las calles por donde pasan [31].

En los años cuarenta el automóvil era el dueño de las calles, y las vías comenzaron a congestionarse de tráfico automotor. En 1940 había 4.899 automóviles, número que creció en un 58,4 % en 1941, cuando llegaron a 7.761. Para 1950 existían ya 11.884.

[30] J. Vargas, y F. Zambrano, Fabio, *ob. cit.*, p. 76.
[31] *El Tiempo,* 27 de enero de 1929.



A comienzos del siglo xx, las calles centrales aún eran transitadas por peatones y coches a caballo

Obras Públicas

En 1922, el municipio organizó la Dirección de Obras Públicas. Su prioridad fue el arreglo de las calles y la construcción del sistema de alcantarillado. En 1923 se habían extendido aproximadamente 6.600 metros de alcantarillado, asfaltado y enladrillado 70 cuadras y adecuado 5.343 metros de andenes.

Las primeras décadas del siglo xx no registran planes de desarrollo urbano ni programas de obras públicas. Cuando en 1907 llegó a Bogotá la Casa Pearson & Sons de Londres para construir un alcantarillado, sus técnicos encontraron que no existía un plano fiable de la ciudad y, por lo tanto, levantaron uno. Hay reseña de otro plano de 1915 y del realizado por la casa White de Nueva York en 1927, encargada de construir otro alcantarillado.

Con los dineros del empréstito Dillon se emprendieron obras de beneficio público, que comenzaron a ejecutarse en 1925, y que se quedaron cortas en poco tiempo, dado el crecimiento de la ciudad. Las construcciones principales consistieron en la plaza central de mercado y la plaza de Chapinero, el estanque de San Diego, la colocación de una tubería de 16 pulgadas instalada en la carrera cuarta y los decantadores del río San Cristóbal. Se inició también la construcción del mercado de Las Cruces, de dos escuelas, una en la calle primera y otra en la calle séptima; de 28 casas para obreros en el barrio Buenos Aires, el matadero, la extensión de las redes del tranvía, y decantadores, estanques y una red de distribución para el acueducto.

En 1926 se inició la reconstrucción de la plaza de Bolívar, que se basó en modelos de algunas plazas europeas. También se continuó con la canalización del río San Francisco y la construcción sobre éste de la avenida Jiménez de Quesada. Las obras de pavimentación estuvieron a la orden del día, para lo cual fue necesario importar asfalto en 1927, ya que la demanda era de 600.000 m^2 y las fábricas nacionales no alcanzaban a satisfacer las solicitudes [32].

Todas las obras en realización, que de acuerdo con las cláusulas del empréstito fueron contratadas con la casa Ulen, se retrasaron. Se había fijado un plazo de treinta meses para su ejecución, que termina-

[32] *El Tiempo,* 27 de junio de 1927.

ba en junio de 1927. Pero a finales de ese año estaban todas a medio hacer y las finanzas municipales exhaustas.

Durante este período Bogotá presentaba la imagen de una obra inconclusa. La expresión de moda era: «Qué bonita quedará la ciudad cuando la terminen». La Liga Cívica de Bogotá dijo que la ciudad presentaba

> ... el aspecto de algo que se ha marchado, de una cosa que se comenzó alguna vez y nunca se hizo. Con sus calles insistentemente destruidas, con sus casas sucias de barnices desteñidos, con los baches opacos del invierno, con el martirizante polvo del verano y con toda una multitud de seres que pasan por todas esas calles y que viven en covachas inhumanas y antihigiénicas ... Todo parece que tuviera carácter de provisional, de inestable, menos lo hecho pedazos que parece eterno [33].

Fue tan grave la crisis fiscal de 1929, que entre los drásticos recortes que debieron efectuarse no se escapó el servicio de aseo. Las má-



La calle Florián, eje del comercio del capitalismo

[33] *El Espectador,* 18 de abril de 1928.

quinas-automóviles, las barredoras e irrigadoras, las volquetas fueron guardadas, y en su lugar volvieron a salir a las calles las carretas tiradas por mulas.

Para resolver la difícil situación financiera, en 1931 se decidió elevar el impuesto catastral, medida que alivió las presiones, aun cuando el déficit presupuestario siguió siendo crónico.

Hacia 1935, el concejo municipal se impuso la tarea de planificar técnicamente las obras con las que debería conmemorarse el IV centenario de la fundación de la ciudad. Para financiarlas, entre fondos del municipio y empréstitos suscritos se reunieron 6.200.000 pesos, con los cuales se aspiraba a terminarlas en su totalidad. Algunas de ellas fueron: la ampliación de la avenida Jiménez y la construcción de unos sótanos bajo la misma, la construcción de 12 barrios obreros, el embellecimiento de la avenida Caracas, el estadio El Campín y la avenida del Centenario.

En 1936, el alcalde Jorge Eliécer Gaitán puso especial empeño en la rehabilitación y saneamiento del paseo Bolívar. Éste era un asentamiento marginal que desde comienzos de los años veinte había copado los cerros orientales de la ciudad. Desde 1925 las administraciones lo señalaban como foco de delincuencia e inmundicia:

> ... es en ese sitio, donde se registran los crímenes más grandes y donde tienen asiento principal las epidemias que azotan la población. Dominando la ciudad y sin alcantarillado ni acueducto, todos los detritus de ese núcleo de población tan considerable llegan al centro de la ciudad, se esparcen por todos los puntos cardinales y la infestan. La aglomeración de personas que viven en esos ranchos de vara en tierra, pugna contra la moral, la higiene y la salubridad... [34]

Sin embargo, hubo que esperar hasta los años setenta, cuando se emprendió la construcción de la Avenida de Los Cerros, para solucionar definitivamente este problema.

El gobierno de Eduardo Santos —1938-1942— creó el Fondo de Fomento Municipal, entidad financiera del orden nacional, para colaborar con el desarrollo de los municipios, y especialmente con la mo-

[34] *Memoria Municipal de Bogotá.* 1925-1927. p. 27.

dernización de Bogotá. Este Fondo fue de gran importancia para la financiación de las obras públicas de la ciudad durante estos años.

Población

Demografía [35]

En las primeras décadas del siglo XX el crecimiento demográfico de Bogotá se aceleró, debido en su mayor parte a la inmigración, pues las condiciones de vida y el desastre sanitario que vivía la ciudad en los inicios del presente siglo eran tan terribles que el crecimiento vegetativo fue casi nulo y en ocasiones negativo. La ciudad recibió buena parte de la población de Boyacá y Cundinamarca, sus zonas de influencia histórica.

En 1905 se contaron 100.000 habitantes y para 1912 había 121.257. Esto implica que en siete años la población creció el 2,8 % anual. El censo de 1928 registró 235.424 habitantes. La ciudad había crecido respecto a 1918 a un ritmo del 5 % anual, la tasa de aumento de población más alta que se presenta en la primera mitad del siglo.

En los años treinta la ciudad desaceleró su crecimiento demográfico al 3,4 % anual. La crisis económica de este período frenó tanto la expansión vegetativa bogotana como la movilización desde las provincias. El aumento de la población se vio afectado favorablemente por la lenta pero segura superación de los problemas sanitarios. Así al menos parecen reflejarlo las cifras de mortalidad infantil que desde 1918 inician su descenso. De una tasa anual del 23 % en este año, se pasa al 18,6 % y al 16,4 % en 1935 y 1940, respectivamente. Para 1950 era del 10,4 % anual.

Aunque el crecimiento vegetativo se vigorizó [36] a partir del período 1919-28 con un 7,2 por 1.000, fue en los años cuarenta —1939-48— cuando se multiplicó inesperadamente, pues saltó del 9,1 por 1.000 en los años 1929-1938, a 15,1 por 1.000 de 1938 a 1949, e, increíblemente, a un 33,9 por 1.000 de 1949-1958.

[35] J. Vargas, y F. Zambrano, *ob. cit.*, p. 22.

[36] P. W. Amato, *An Analysis of the Changing Patterns of elite residencial areas in Bogotá, Colombia*, Cornell, University, 1968. Ph. 1 Aiss, p. 139.

En 1938 la ciudad sumó 330.312 habitantes. A comienzos de los años 40 su población era de 372.000. Durante las tres décadas siguientes su ritmo de crecimiento demográfico fue del 6 % anual, tasa sin precedentes en su historia. Durante la década de los cuarenta ingresó, en términos absolutos y relativos, la mayor cantidad de migrantes hasta ese momento. Según el censo de 1951 de los 653.791 vecinos, tan sólo el 30 % eran bogotanos, mientras 455.000 (70 %) eran de provincia.

En 1950, un artículo de prensa suponía que Bogotá iba a tener «la fabulosa cifra» de un millón de habitantes en el año 2000. En realidad en 1956 la ciudad ya se encontraba en esa cifra.

Salud y condiciones de vida

En 1930 un periódico de la capital publicó un balance de la mortalidad general en Bogotá, desde 1878 hasta 1928 —50 años—, causada por enfermedades epidémicas [37]. Sus resultados pueden dar una idea de la evolución de la salud bogotana.

1889-1898: En 1890 se presentó una epidemia de gripe que alcanzó 60.000 pacientes. En 1897 hubo epidemias de sarampión y difteria.

1899-1903: La Guerra de los Mil Días es señalada como causante de varias epidemias en la ciudad.

> ... nuestra última guerra civil en la cual por el transporte de tropas y la aglomeración de gentes mal alimentadas en prisiones antihigiénicas, dio motivo a que se presentaran ...las epidemias de viruela, fiebre tifoidea y disenterías, a tiempo que por primera y última vez quizá se registraron muertos por fiebre amarilla la cual fue responsable de 31 defunciones en los años de 1901 a 1903.

El coeficiente de mortalidad general en estos años alcanzó a 35,06 por 1.000.

[37] *El Espectador*, 21 de febrero de 1930.

1904 a 1908: Las epidemias desaparecieron. La higiene urbana comenzó a manifestarse pero no cristalizó por falta de especialistas y conocimientos en este ramo. En 1908, la mortalidad fue de 19,42 por 1.000 habitantes.

1909-1913: Se presentaron nuevamente epidemias de fiebre tifoidea y disentería. Fueron causadas en buena parte por la decisión del alcalde Manuel María Mallarino, en 1911, de llevar al barrio Las Cruces el servicio de acueducto desde el muy contaminado río San Cristóbal.

1914-1918: Aparecieron tres grandes epidemias. Una de sarampión en 1914 con 178 víctimas. Otra de tosferina en 1915 con 270 muertos. En 1918 se presentó una epidemia de gripe que dejó 1.400 defunciones. En este período hizo presencia de nuevo la viruela, con 1.930 enfermos hospitalizados.

1919 a 1920: Se desencadenaron la fiebre tifoidea y la disentería de manera alarmante. Los hospitales no alcanzaron a alojar a todos los enfermos y la mortalidad fue tan elevada como en la Guerra de los Mil Días. A partir del 21 de diciembre de 1921, cuando se introdujo el cloro en las principales fuentes de agua, la tifoidea y la disentería dejaron de ser enfermedades epidémicas. En 1920, 1924 y 1927 hubo epidemias de viruela que dieron 4.205 enfermos. La tosferina volvió a aparecer epidémicamente en 1919 y dejó 128 muertos, y en 1924 con 244 víctimas infantiles. El sarampión apareció en 1922 y 1927 con 492 y 98 niños muertos, respectivamente.

Si se ha de creer en estas cifras, las epidemias fueron consecuencia del estado de insalubridad en que vivía la población.

Otras enfermedades continuaron propagándose debido al medio malsano en que habitaban muchas familias que residían todavía en los cuartos sin ventilación llamados «tiendas», donde la ausencia de servicios sanitarios era el común denominador. Por esta razón, las enfermedades gastrointestinales y respiratorias continuaron como la principal causa de mortalidad en las dos primeras décadas de este siglo. Las dolencias respiratorias como pulmonía, tuberculosis, bronconeumonía y gripe, fueron culpables en 1904 del 32 % de las defunciones en Bogotá, en 1906 del 34 % y en 1910 del 20 %. Un informe de Manuel Lobo, director de higiene y salubridad, indicó que en 1910 las defunciones por tuberculosis y tuberculosis respiratoria, correspondían al

13,5 % del total de muertes. Para 1913, la cifra había ascendido al 17,6 %[38].

La mortalidad infantil en 1904 representó el 52 % del total de defunciones, en 1910 el 48 % y en 1922 el 40 %. Las enfermedades que la causaron en 1920 fueron la diarrea y la gastroenteritis, el 22 %, la neumonía y bronconeumonía, el 20 %, la meningitis, el 4 %, tosferina, el 1 % y en menores proporciones la difteria, el sarampión y la tuberculosis.

A finales de los años treinta empezaron a arreciar las nuevas enfermedades, tales como las cardiovasculares, el cáncer y la sífilis. Las defunciones por cáncer pasaron del 5,6 % en 1930 al 6,3 % en 1948, y las motivadas por dolencias del aparato circulatorio, aumentaron del 10 % en 1930 al 14,2 % en 1948.

Desde los años 70 del siglo XIX, los médicos llamaron la atención acerca del grave estado sanitario de Bogotá, pues no se cumplían preceptos higiénicos. Quisieron introducir en la población y la urbe nuevos hábitos y equipamientos urbanos, según los preceptos de la medicina y de la higiene pública. Un Manual de Puericultura de principio del siglo XX expresaba:

> Nada pueden la medicina y la higiene en el sentido de elevar el número de nacimientos: esta grave cuestión es del resorte de los poderes públicos... La lucha contra los grandes factores mórbidos, como la tuberculosis, el alcoholismo, la insalubridad de las viviendas, empieza a organizarse en todos los grandes centros ...[39].

En 1909 se creó la oficina de higiene municipal. Desde ese momento los médicos tomaron acciones directas con relación al espacio urbano y sus habitantes. Los informes de los directores de dicha oficina son un termómetro importante de las condiciones sanitarias, y de las ideas que los administradores municipales tuvieron para solucionarlas. El doctor Manuel Lobo —director de higiene y salubridad— informaba en 1915:

> Los habitantes de las ciudades necesitan amplios espacios para respirar aire puro. En este sentido las condiciones de Bogotá han desme-

[38] *El Tiempo*, 12 de marzo de 1915.
[39] G. Variot, *La Puericultura*, Tipografía a vapor Mogollón, Bogotá, 1910, p. 9.

jorado mucho en los últimos tiempos ... De una casa antigua se hacen otras dos modernas, reduciendo los patios y suprimiendo los solares. Entre tanto que las casas se estrechan en su interior, las angostas calles españolas continúan sus antiguas dimensiones y las plazas y parques no aumentan la proporción que debieran. ... Lo que está pasando con la tuberculosis en Bogotá es una prueba clara de que necesitamos mejorar las condiciones higiénicas del aire que respiramos. Sabido es que esta enfermedad hace estragos en las casas oscuras y estrechas [40].

Los informes y comentarios tanto de la prensa como de los funcionarios fueron enfáticos y reiterativos en sostener como causantes del estado sanitario de Bogotá las deficiencias del acueducto y alcantarillado, de la pavimentación, del escaso servicio de basuras y del descuido en la alimentación

En 1930 el director de higiene observó:

El 50 % de los barrios recientemente construidos carecen de servicios sanitarios ...la prevalencia de la tuberculosis en una comunidad es más un problema de saneamiento, íntimamente ligado al de la habitación, que de aislamiento y asistencia pública. Lo mismo podríamos decir de otras enfermedades como son la fiebre tifoidea, la disentería, etc., dependientes de la purificación y distribución de las aguas [41].

En 1918 la Dirección de Higiene creó la sección de desinfecciones urbanas. Su objeto fue la desinfección de domicilios y establecimientos públicos y el aislamiento de enfermos infecto-contagiosos. También se avanzó en la construcción del nuevo Hospital de San Juan de Dios. Se abrieron un servicio médico domiciliario y una botica. Estos servicios estaban dirigidos especialmente a las gentes sin recursos.

En 1925 se inauguró el Hospital San José. Contaba con siete pabellones, 400 camas, rayos X, servicios de endoscopia y esterilización, lavado y planchado y tres salas de cirugía. Ese mismo año se inauguró el Sanatorio de Marly que, además de atender cirugía general, tenía una sala de maternidad, la primera que funcionó en Bogotá. En febrero de

[40] *El Tiempo*, 12 de marzo de 1915.
[41] *El Tiempo*, 12 de agosto de 1930.

1926 fue abierto el nuevo Hospital San Juan de Dios. En 1941 entró en servicio el Hospital de La Samaritana, especializado en enfermedades venéreas. Por último, el 15 de julio de 1942 se incorporó al sistema de salud bogotano el Hospital de Santa Clara, dedicado a curar la tuberculosis.

A partir de 1942, las autoridades sanitarias de la ciudad adelantaron intensas campañas de fumigación y aseo para erradicar el tifus. Igualmente en ese año, Lorencita Villegas de Santos, esposa del ex presidente Eduardo Santos, promovió la fundación del Hospital Infantil. En septiembre de 1949, con la aparición de la Seguridad Social Estatal, comenzó a operar el Instituto Colombiano de los Seguros Sociales.

Fisonomía urbana

El período 1920-1930 presentó un gran incremento de la población urbana causado por la ola migratoria. Este fenómeno modificó radicalmente el perímetro urbano. Aparecieron los asentamientos marginales y periféricos ubicados en las faldas de los cerros, y en el sur. Los sectores de la élite que hasta ese momento habitaban el centro de la ciudad, comenzaron a emigrar hacia el norte. Este proceso se evidenció entre 1927 y 1938 [42].

Entre 1930 y 1950, los principales barrios en donde habitaban las clases altas eran La Merced, en el cual predominaban las casas de estilo inglés; el Sucre, el Santa Teresa y el Teusaquillo, que tuvieron construcciones a veces inglesas, a veces españolas; el Armenia, donde en forma más o menos proporcional se edificaron residencias que siguieron el estilo inglés, el español inglés y uno que se llamó semimoderno: el Magdalena, en que se encontraban el estilo inglés y el mixto; el Samper, con los estilos español y mixto, y el Sagrado Corazón que alternaba el español, el inglés y el mixto.

Si la élite construía sus casas en el norte de la ciudad con los patrones de la arquitectura europea y norteamericana conocidos, la administración trataba de copiar los barrios obreros de Buenos Aires, en sus proyectos populares. En 1923 el municipio adquirió un lote en el

[42] P. W. Amato, *ob. cit.*, p. 148.

sur para construir 160 viviendas obreras. El proyecto de este barrio fue importante porque demostró que el plano reticular utilizado desde hacía 200 años había caído en desuso.

> Tiene la forma de una elipse. En todo el centro queda la plaza. Dos calles anchas lo atraviesan en cruz ...otras calles, forman cuatro radios más equidistantes y otras, en fin, dividen los triángulos formando otra elipse concéntrica. Este sistema tiene grandes ventajas: facilita la vigilancia, porque un agente de policía situado en la plaza puede vigilar todo el barrio; los focos de alumbrado público pueden iluminar mayor número de calles y la red de agua y de alcantarillado es más fácil de establecer [43].

Fue en 1910 cuando aparecieron los barrios obreros o asentamientos populares, de malas condiciones sanitarias y de servicios. Crecieron aceleradamente hasta ocupar un 61,4 % del área construida entre 1910 y 1930 [44]. Aunque en este período el crecimiento de viviendas fue directamente proporcional al de la población, no resultó suficiente. Un primer síntoma fue el alza del costo de los arriendos. Entre 1918 y 1928, subieron un 350 %. Otro, lo constituyó el nivel de aglomeración de las residencias. Para 1928 se calculaba un promedio de 14 habitantes por casa. Un informe del periódico *El Tiempo* [45], señalaba que para los 235.702 habitantes de Bogotá se necesitaban 29.693 casas. Descontando las 17.767 existentes quedaba un déficit de 11.696, si cada una albergaba ocho personas.

El proceso urbanizador de los 30 primeros años de este siglo, si bien no copó las necesidades sí tuvo una dinámica permanente. En 1915 se levantaron los barrios obreros Villa Javier, Ricaurte y Marco Fidel Suárez.

En 1916 se inauguró el barrio Córdoba, que en 1918 lo componían 30 casas. En 1919 se fundó el barrio La Paz, al occidente del centro. La cervecería Bavaria patrocinó la edificación de un barrio cerca de la empresa, conocido desde 1912 como Unión Obrera y que a partir de los años treinta se denominó La Perseverancia. Es éste un caso

[43] *El Tiempo*, 8 de mayo de 1923.
[44] *Ibidem*.
[45] *Cfr.* J. Vargas, y F. Zambrano, *ob. cit.*, p. 24.

típico de la filantropía empresarial que caracterizó a la industria colombiana hasta los años sesenta.

¿Que ciudad se quiere?, fue la pregunta del municipio en los años veinte. En marzo de 1923 se concluyó el plano del Bogotá futuro, ordenado por el Consejo para facilitar el desarrollo gradual de la ciudad. Se pensó en cuatro veces el tamaño que tenía la ciudad en ese momento. Se adoptó el sistema radial de calles y avenidas, con *Park Ways*, como fueron denominadas las avenidas amplias que tenían calzadas separadas por un parque arborizado. Las principales vías llevaban doble línea de árboles, y las angostas la tenían sencilla. Se previó la construcción de un bosque en los cerros orientales, para preservar las aguas. Se dejó de lado el plano de damero, y se proyectaron avenidas de circunvalación.

> Para luchar contra la tendencia colonial de las calles estrechas y las manzanas cuadrangulares de una monotonía abrumadora, se trazan grandes avenidas de 38 a 40 m de ancho, que rompen las plazas poligonales y atraviesan la ciudad en la forma que Napoleón III proyectó los bulevares nuevos en París [46].

En 1938, con motivo de la preparación de los trabajos para el cuarto centenario de Bogotá, se destruyeron algunos de los más importantes edificios coloniales que aún quedaban en pie. En décadas anteriores habían desaparecido el claustro de Santa Clara y el de San Francisco, el de La Enseñanza y el de San Juan de Dios. Ahora, entre 1934 y 1938, fueron demolidos el claustro de San Agustín y el templo y claustro de Santo Domingo para ser reemplazados por edificios gubernamentales. La de Santo Domingo, fue una destrucción que todavía se lamenta, pues se consideraba como la más bella construcción levantada en el Nuevo Reino de Granada. En su lugar se levantó el edificio Murillo Toro, sede actual del Ministerio de Comunicaciones. El Claustro Agustino desapareció a principios de los años cuarenta. En su lugar se construyó el llamado Palacio de los Ministerios, diseñado en EE.UU. pero edificado por los ingenieros Uribe y García Álvarez [47].

[46] *El Tiempo*, 28 de noviembre de 1923. *El Espectador*, 9 de marzo de 1923.

[47] G. Téllez, «La arquitectura y el urbanismo en la época actual (1935-1970),» en *Manual de Historia de Colombia*, tomo III, Procultura, Bogotá, 1984, p. 343.

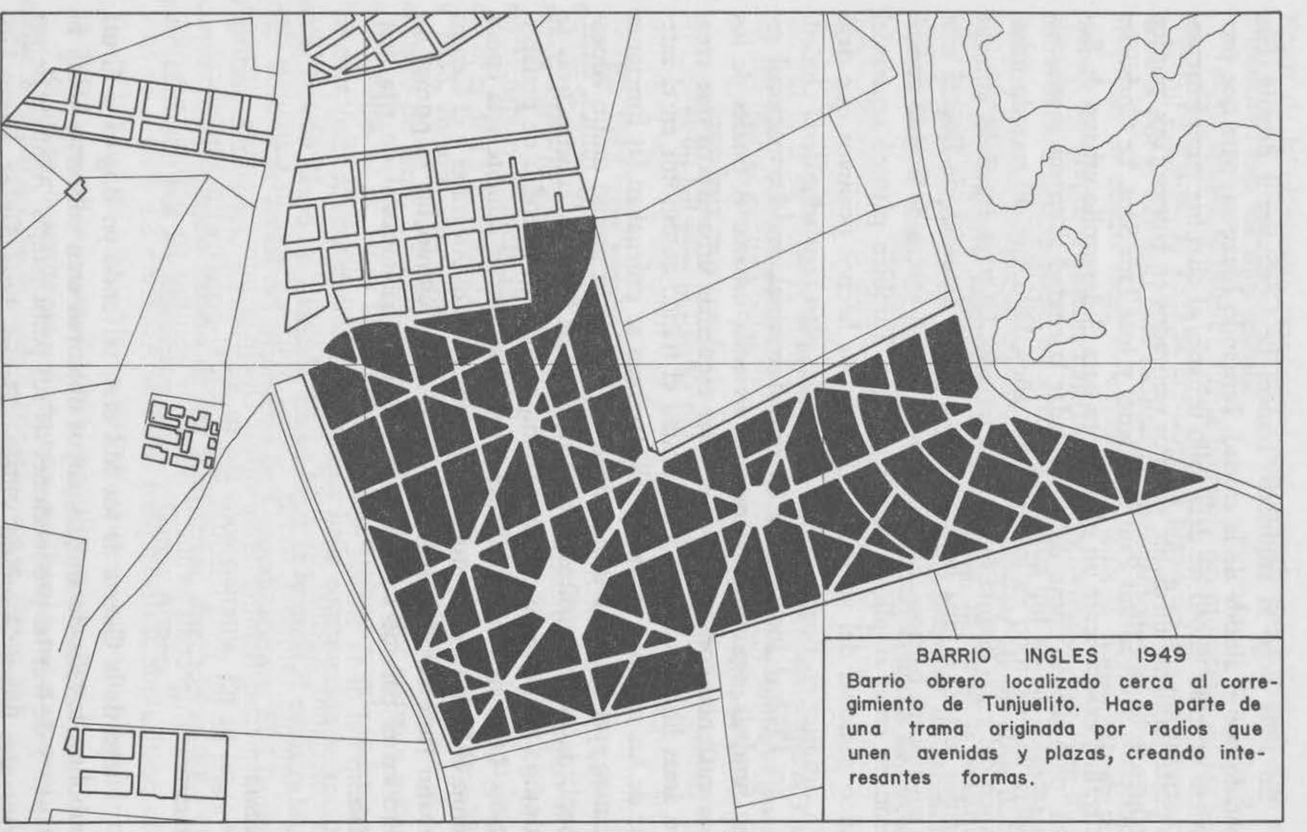
En 1947 llegó el arquitecto francés Le Corbusier a Bogotá. Fue invitado por el alcalde de la ciudad, Fernando Mazuera, para que propusiera un plan piloto de desarrollo urbano, el cual fue complementado posteriormente mediante estudios realizados en Nueva York, por los arquitectos y urbanistas Paul L. Wiener y José Luis Sent. Le Corbusier no realizó exactamente un plan piloto para el desarrollo urbano de Bogotá, pero sugirió cómo debería quedar la ciudad si en sus manos estuviera hacerlo todo en los próximos años. Dijo que «El trazado urbanístico del viejo Bogotá es un buen trazado. La traza española, con sus ángulos rectos, es una hermosa creación. El desorden de Bogotá está en sus nuevos barrios». Sus propuestas para el centro de Bogotá consistieron en crear amplios espacios abiertos. También planteó separar el tráfico peatonal del vehicular. Uno de los hechos positivos que dejó Le Corbusier en Bogotá fue la oficina del plan regulador de la ciudad.

En 1942 el Instituto de Crédito Territorial, entidad nacional recién fundada, realizó programas de vivienda urbana. A finales de los años cuarenta, comenzó a desarrollar esquemas urbanísticos que creaban áreas libres comunes y suprimían el tráfico automotor en el interior de los nuevos conjuntos. Allí también se ordenaban las funciones urbanas y se dotaba a cada unidad vecinal de su propio centro educacional, de esparcimiento y comercio. En las técnicas constructivas se introdujo el sistema modular y se impusieron los métodos de prefabricación. Los barrios que en Bogotá se construyeron durante esta época fueron el Muzú y el Quiroga, luego vinieron Los Alcázares y el Centro Urbano Antonio Nariño –1950-1953–. Este último fue el primer intento en el país de construir un conjunto habitacional de alta densidad.

Cultura

Literatura

Luego de la Guerra de los Mil días, se fundó en Bogotá la Gruta Simbólica, tertulia de amigos, cuyos objetivos eran conversar sobre literatura y de leer las producciones de sus participantes. Algunos de sus integrantes fueron Aquilino Villegas, Daniel Arias Argáez, Diego Uri-



Barrio inglés, 1949

be, Max Grillo, Víctor M. Londoño, Clímaco Soto Borda, Federico Rivas Frade entre muchos más.

La producción literaria de sus miembros adquirió importancia en la sociedad de la época, que daba un gran relieve al quehacer literario. Se hizo célebre entre ellos el repentismo, versificación fácil y rápida cargada de ingenio.

Entre otros, destacaron en la literatura colombiana de la primera mitad del siglo xx, los siguientes intelectuales bogotanos:

Tomás Rueda Vargas –1879-1943–. Su nombre está estrechamente ligado al de la sabana de Bogotá y sobre todo a la glorificación del mundo de las haciendas y de su fundamento social. La obra de Rueda Vargas puede catalogarse como de literatura regional.

Emilio Cuervo Márquez –1873-1937– publicó las novelas *La Ráfaga* –1910–, *Lilí* –1923– y *La Selva Oscura*. Su propósito con estas novelas fue crear una serie de estudios sobre el alma de la mujer bogotana, aunque más que ello, lo que Cuervo Márquez esbozó fue un cuadro de la nueva clase alta señorial.

Germán Arciniegas –1900–. Descontado el caso del prolífico José María Vargas Vila, podría afirmarse que Arciniegas ha sido el primer escritor profesional que ha tenido Colombia y el primero también en tener un mercado internacional. Con más de cincuenta títulos, ha tenido columnas permanentes en diarios americanos y europeos, y su nombre es bien conocido en el mundo periodístico. Inició su carrera con el libro *El Estudiante de la Mesa Redonda*, especie de cátedra de cultura transmitida por universitarios.

En 1939, comenzaron a publicarse los cuadernos de *Piedra y Cielo*, con el patrocinio del poeta Jorge Rojas. Aquel nombre se volvió con el tiempo el de la escuela poética de los que publicaron sus versos en esa colección. Además de Rojas, participaron Tomás Vargas Osorio, José Antonio Osorio Lizarazo, Carlos Martín, Eduardo Carranza, Arturo Camacho Ramírez entre otros. Desde el punto de vista estético, la poesía de los piedracielistas acabó con el neoclasicismo poético.

En los decenios veinte y treinta se acentuó en Bogotá la revolución poética que acaso empezó con José Asunción Silva antes de concluir el siglo anterior, revolución que en el mundo de habla hispana acaudilló el nicaragüense Rubén Darío. Surgió en Bogotá León de Greiff –nacido en Medellín–, con un manejo distinto del léxico y el ritmo, con una orquestación verbal que –como sucede en la música–

registraba los tonos más suaves y los más altos y profundos. Bogotá consagró además a José Eustasio Rivera *Tierra de Promisión* (1921), a Juan Lozano y Lozano *Horario Primaveral* (1923), a Rafael Maya *La vida en la sombra* (1925), a Luis Vidales *Suenan Timbres* (1926), entre otros poetas no afiliados por la crítica ni por sí mismos a grupo literario alguno y en cuya producción, por ello, hay, separadamente, romanticismo, modernismo y protesta social.

El suceso cultural de los treinta fue la iniciación de los trabajos de la Ciudad Universitaria, bajo el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo. Otro hecho importante lo constituyó la inauguración del edificio de la Biblioteca Nacional, en la calle 24, el 20 de julio de 1938, día en que allí se abrió una exposición internacional del libro, inicio de las ferias anuales. La Nacional recibió en 1939 la donación de la biblioteca particular de don Miguel Antonio Caro, a la que habrían de seguir en años posteriores otros valiosos aportes particulares. En ese tiempo empezó igualmente la publicación de la Biblioteca Aldeana de Colombia y de la Revista de las Indias.

En los cuarenta —sobre todo en sus comienzos— hubo intensa actividad; empezó a publicarse la Biblioteca Popular de Cultura colombiana, que en sus ediciones recogió obras de todos los géneros. El 25 de agosto de 1942, para conmemorar los centenarios de Miguel Antonio Caro (1943) y Rufino Cuervo (1944), se fundó el instituto Caro y Cuervo bajo la dependencia del Ateneo de Altos Estudios creado en 1940. Su boletín apareció en 1945.

Artes Plásticas [48]

Andrés de Santamaría —1860-1945—, pintor bogotano, vivió mucho tiempo en Europa, donde se contagió del movimiento surrealista. Sus cuadros se caracterizan por una materia cromática generosa, con temas figurativos.

Roberto Pizano —1896-1929— y Margarita Holguín y Caro (siglo XIX-1959). Viajaron varias veces a Europa y estuvieron en permanente

[48] *Cfr.* G. Rubiano, «Las artes plásticas en el siglo XX» en *Manual de Historia de Colombia*, tomo III, Procultura, Bogotá, 1984, pp. 415-430.

contacto con la cultura del viejo continente. Pizano es conocido por su libro sobre el pintor colonial Gregorio Vásquez; Margarita Holguín, por haber sido una de las primeras mujeres dedicadas a la pintura en Colombia.

La Escuela de la Sabana. Impulsados por el ya mencionado Santamaría y por Luis de Llanos, un grupo notable de artistas se dedicó a finales del siglo XIX y principios del XX a la pintura de paisajes, como temática fundamental. Roberto Páramo, Eugenio Peña, Luis Núñez Borda, Ricardo Borrero, Jesús María Zamora, González Camargo, Díaz Vargas y Gómez Campuzano, formaron, con otros, esta escuela pictórica, que se consagró a los temas de Bogotá y sus alrededores.

Ricardo Rendón cultivó el género de la caricatura, hasta convertirse en agudo y terrible crítico de políticos y costumbres. Se suicidó el 28 de octubre de 1931 en la trastienda del almacén de rancho y licores La Gran Vía, aún existente, sitio donde se llevaba a cabo la tertulia la Bohemia Lituana.

Cinematografía [49]

En septiembre de 1897 se presentó en el Teatro Municipal el vitascopio de Edison. Después de 1910, llegaron a Bogotá los hermanos Vicente y Francisco di Doménico, como empresarios en exhibición de cine. En 1912, su empresa, reforzada con nuevos socios, pudo construir una sala de cine que se dedicó exclusivamente a la proyección cinematográfica. Fue el Salón Olympia, inaugurado el 8 de diciembre de 1912 con la película italiana *La novela de un joven pobre*. Era una sala para 3.000 espectadores, con telón de proyección en el centro.

En 1913, la competencia en el campo de la exhibición llevó a los di Domenico a ampliar sus actividades. Francisco mismo filmaba en las calles de Bogotá el *Diario Colombiano*, imágenes de actualidad que procesaba por la noche y exhibía al día siguiente. Pronto pasó a poner en escena historias de ficción, entre las que se pueden mencionar: *Una notabilidad rural*, *La hija del Tequendama*, *Nobles corazones* y *Ricaurte en San Mateo*.

[49] *Cfr.* L. A. Álvarez, «Historia del cine Colombiano», en *Nueva Historia de Colombia*, vol. 6. Ed. Planeta, Bogotá, 1989, pp. 237-263.

En los años veinte Arturo Acevedo y sus hijos Alvaro y Gonzalo se dedicaron a la exhibición y producción de cine, en competencia con los di Doménico. Su primera producción fue *La Tragedia del Silencio*. La empresa de los Acevedo comenzó también a elaborar noticiarios.

En 1928 la compañía Cine Colombia, de Medellín, compró la empresa de los hermanos di Doménico, con el objeto de sacarla del mercado, pues la consideraba competencia indeseable para el cine extranjero que Cine Colombia distribuía y exhibía.

En marzo de 1938, se fundó en Bogotá la *Colombia Films*. Pese a haber traído de Europa al camarógrafo austriaco Hans Bruckner, la empresa no pasó de unos cuantos cortos de danzas. Después de 1945, se filmó la película *El Sereno de Bogotá*, un melodrama que aunque fuertemente criticado logró un buen éxito de taquilla.

Los cafés

En la segunda década del siglo surgieron en Bogotá los cafés, como forma de sociabilidad de los sectores medios urbanos. Frente a las chicherías, que eran la expresión de la ciudad colonial, el café expresaba la ciudad moderna que comenzaba y se convirtió en centro selecto de reunión y tertulia de intelectuales y otros ciudadanos distinguidos. El Windsor alcanzó celebridad por haber sido sitio de encuentro de los más ilustres e importantes escritores, poetas y artistas que vivían en Bogotá, como el caricaturista Ricardo Rendón, León de Greiff, Rafael Maya, Luis Tejada, Jorge Zalamea, César Uribe Piedrahita, Luis Vidales y Felipe y Alberto Lleras Camargo. En 1928, con motivo de la inauguración del café Riviere dijo la prensa: «Nada tan agradable como llegar a este café y apreciar ese mundo en miniatura de placeres y derroches geniales de todo género de poetas, pintores, artistas y filósofos, comerciantes y bohemios ...todos se dan cita allí» [50].

Otros cafés famosos en Bogotá fueron La Cigarra y La Gran Vía, que eran al propio tiempo expendedores de comida y licores, El Gato Negro y ya en los años cuarenta, El Automático, de la Avenida Jiménez con carrera quinta.

[50] *La Claridad*, Bogotá, 10 de marzo de 1928.

Educación

Uno de los acontecimientos más importantes de la historia de la educación colombiana fue la reincorporación, a finales del siglo XIX, de las órdenes religiosas al sistema educativo [51]. Debilitadas por la independencia y el empuje liberal en el siglo XIX, las congregaciones religiosas retornaron con fuerza a Colombia. Además de las órdenes presentes desde el período colonial, entre 1870 y 1900 llegaron al país 12 comunidades religiosas femeninas y 8 masculinas. Entre 1900 y 1930 llegaron 24 nuevas congregaciones.

La congregación masculina de docentes más importante fue la de los hermanos de las Escuelas Cristianas. Traídos en 1890 por el obispo de Medellín, recibieron en 1892 la autorización de crear un segundo Colegio en Bogotá. Además, el gobierno les ofreció la dirección de la Escuela Normal Central de Bogotá, que administraron libremente hasta 1930. A principios del siglo XX, los jesuitas se hallaban bien restablecidos en Bogotá y administraban el Colegio Nacional de San Bartolomé, y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Estas congregaciones se dedicaron a la educación de las élites. La sociedad de San Francisco de Sales fundó en 1890 el Colegio Salesiano León XIII, establecimiento privado que comenzó siendo sólo una escuela de artes y oficios para los niños pobres de Bogotá, pero a comienzos del siglo XX, los hermanos salesianos abrieron una sección de bachillerato clásico con la intención de educar a jóvenes pudientes.

La orden femenina más destacada fue durante algún tiempo la Congregación de la Caridad Dominicana de la Presentación de la Santa Virgen de Tours. En 1873, dos hermanas de la Presentación fueron contratadas por el obispo de Bogotá para dirigir el Hospital de San Juan de Dios de la ciudad. Respaldadas por este dignatario, las religiosas francesas abrieron en 1875 un noviciado y en 1880 un primer colegio privado, destinado a las hijas de la alta sociedad.

En los colegios de jóvenes, la enseñanza era esencialmente literaria. Los padres orientaban a sus hijos hacia el bachillerato clásico, para que siguieran las carreras tradicionales de derecho y medicina. Para los colegios privados y oficiales era más ventajoso ofrecer un programa de

[51] H. Aline, *La educación en Colombia*, 1918-57. Cerec, Bogotá, 1987.

estudios clásicos, menos costoso que un programa científico. Los hermanos cristianos fueron los que mayor importancia dieron a las matemáticas y las ciencias en sus programas escolares. Estas áreas del conocimiento las enseñaban los religiosos franceses con la ayuda de manuales escritos en francés, idioma oficial de sus colegios.

Con la educación en manos de las instituciones religiosas, los liberales bogotanos se preocuparon de fundar colegios privados que ofrecieran a la élite la posibilidad de apartarse de las congregaciones clericales y de formarse en un espíritu moderno y libre. El más importante de estos nuevos colegios fue el Gimnasio Moderno, que impuso en Colombia la llamada Pedagogía Activa. En 1914 un grupo de intelectuales, Agustín Nieto Caballero, Tomás y José María Samper y Tomás Rueda Vargas, crearon este colegio que empezó a funcionar el 18 de marzo de 1918. Nieto Caballero fue el líder pedagógico del proyecto. Apoyado en sus estudios en los EE.UU. y en París, así como en los contactos que estableció con John Dewey en la Universidad de Columbia y con Adolfo Ferreire y Eduardo Claparede en Ginebra, Nieto creó este colegio masculino, que aplicaría de inmediato los métodos de la escuela nueva. Tenía una sección preescolar basada en la teoría de la pedagoga italiana María Montessori. Primaria y secundaria se basaban en Decroly, Ferriere, Claparede, Dewey y W. James.

Había otros planteles para los hijos de los padres liberales, como los colegios Ramírez y Araújo, la sección secundaria de la Universidad Republicana y la del Externado de Derecho. También funcionaba la Escuela Ricaurte, fundada en 1916 por un cura católico, que imponía el modelo alemán hasta el punto de vestir a sus alumnos con el uniforme gris y el casco de la armada prusiana.

En 1935, el presidente liberal Alfonso López Pumarejo dictó la ley 68 con la cual se reformó la Universidad Nacional. Se integró el conjunto de facultades y escuelas públicas, que se hallaban dispersas, en una sola entidad jurídica y se dispuso la construcción de una ciudad universitaria en Bogotá. La integración física y jurídica obedecía al deseo de estimular la discusión y la investigación interdisciplinaria en la institución, en un esfuerzo por rectificar la tradicional educación libresca y verbalista, procurando mayor actividad personal del estudiante en el proceso de enseñanza.

La Prensa bogotana

Varios periódicos surgieron en la primera mitad de este siglo:

El Nuevo Tiempo: apareció el 17 de mayo de 1902, primero tres veces por semana y a partir del n.º 4 como diario. Fue fundado por Joaquín Pontón, quien lo vendió años después, ya consolidado, a Carlos Arturo Torres y José Camacho Carrizosa y contó con servicio de cablegramas y corresponsales en EE.UU. y Europa. Torres y Carrizosa fueron reemplazados luego por el poeta Ismael Enrique Arciniegas, nuevo propietario y director.

El Diario Nacional: lo fundó en 1912 el doctor Enrique Olaya Herrera, futuro presidente de la República. Constaba inicialmente de seis páginas, pasó luego de ocho y lanzó ediciones extraordinarias hasta de 32 páginas. En 1924 se convirtió en «órgano oficial de la Dirección Nacional del Liberalismo». Dejó de publicarse en 1938.

El Liberal: lo fundó el 17 de abril de 1911 el general Rafael Uribe Uribe. Reapareció en su segunda época el 12 de agosto de 1938, orientado por el doctor Alfonso López Pumarejo. Se clausuró el 4 de diciembre de 1951.

El Espectador: el 22 de marzo de 1887 se comenzó a publicar en Medellín dos veces por semana. En 1915 empezó a editarse también en Bogotá. Las precarias condiciones económicas obligaron a sus propietarios a cerrar el periódico de Medellín en 1923, para unificar los esfuerzos en Bogotá. *El Espectador* introdujo varias innovaciones en la prensa colombiana, como fueron la linotipia, la transmisión de fotografías mediante el sistema de radio y telefotografía y anuncios en colores. En 1989 sus instalaciones fueron destruidas por el estallido de un camión-bomba, presumiblemente dispuesto por un grupo de narcotraficantes.

El Siglo: lo fundaron el 1 de febrero de 1936 los doctores Laureano Gómez y José de la Vega, para defender los principios y doctrinas del Partido Conservador. Emprendió violentas campañas contra los gobiernos liberales. En 1990 cambió su formato por el medio tabloide y pasó a denominarse el *Nuevo Siglo.*

El Tiempo: fundado por Alfonso Villegas Restrepo el 30 de enero de 1914. Periódico de corte liberal en el que colaboró el doctor Eduardo Santos, codirector. Posteriormente el doctor Santos (presidente de la República 1934-1938) lo compró con todas sus instalaciones. Ha continuado en poder de la familia Santos y es en 1992 el periódico más importante del país.

El Bogotazo [52]

La Conferencia Panamericana

En diciembre de 1938 la VIII Conferencia Internacional Americana reunida en Lima acordó que la sede de la IX Conferencia sería la ciudad de Bogotá. Esta reunión se acordó para 1942, pero la Segunda Guerra Mundial obligó a su aplazamiento hasta diciembre de 1947. Luego, los EE.UU. decidieron posponerla hasta abril de 1948.

Los preparativos para organizar esta reunión implicaron para Bogotá la adecuación y organización de su estructura física, con el objeto de recibir dignamente a los visitantes extranjeros. Se quería dar la imagen de una ciudad moderna y adelantada.

Formaron parte de los preparativos para la citada conferencia la construcción de la Avenida de las Américas, desde el aeropuerto de Techo hasta el centro de la ciudad, la refacción del capitolio, la restauración del Palacio de San Carlos, la transformación de la antigua penitenciaría de El Panóptico, sobre la carrera séptima, en el Museo Nacional, la restauración de la Quinta de Bolívar y otras obras de embellecimiento, pavimentación y arborización, que formaron parte de los preparativos para la citada Conferencia.

La realización de las obras para remodelar y maquillar a Bogotá desató una ola de especulación que puso por las nubes desde el precio del cemento hasta el de los víveres, pasando por el de los alquileres. La tierra del centro vio multiplicar su valor a ritmos antes inauditos. El 24 de marzo de 1948, el periódico *El Tiempo* comentó así este hecho: «786.000 pesos se dieron por una propiedad de la calle 14. Resulta la vara cuadrada vendida a más de mil pesos. Este negocio constituye valioso récord en el mercado de fincas raíces».

El 9 de abril

La mañana del 9 de abril de 1948, el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, opositor al gobierno conservador del presidente Mariano Ospina Pérez, fue asesinado en el centro de Bogotá. Algunos momentos

[52] *Cfr.* J. Aprile, *El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá.* Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán, Bogotá, 1983, p. 223. D. Pecaut, *ob. cit.*

más tarde, avisados por las emisoras, los habitantes de los barrios populares llegaron al centro y asaltaron ferreterías en busca de armas y machetes. Se abrieron las prisiones, la muchedumbre liberal atacó los edificios oficiales. La Quinta División de la Policía se adhirió abiertamente a los revoltosos. Con todo, de allí no salió comisión alguna armada con planes concretos, puesto que no existió acción revolucionaria propiamente dicha. Un grupo de manifestantes arrastró el cadáver de Juan Roa Sierra, el presunto asesino de Gaitán, hasta las puertas del Palacio Presidencial, y allí, a gritos, pidió que hablara el gobierno. No hubo intento de asalto a la edificación, en ese entonces sin las plazas despejadas que hoy la enmarcan al norte y al sur. Nadie pudo acercarse posteriormente a Palacio, pues el ejército controló de inmediato la plaza de Bolívar y con tanques y ametralladoras cerró los accesos posibles.

Acerca de los incendios y destrucciones que produjo la multitud enfurecida, los titulares de la prensa y la radio pintaron un panorama caótico: «El saqueo y la destrucción de Bogotá», «Bogotá parece bombardeada como durante la Segunda Guerra Mundial». La Junta de Reconstrucción inventarió 136 edificios incendiados, de los cuales siete fueron oficiales, entre propiedades del Gobierno Nacional y de la Gobernación de Cundinamarca. Otros doce pertenecían a instituciones laicas y católicas. Los demás fueron privados. Algunos medios de comunicación –los radiodifundidos– tuvieron mucho que ver con la imagen de destrucción, pues lanzaron una campaña informativa que, a la postre, engrandeció el acontecimiento.

La verdad es que las zonas más afectadas fueron reducidas y claramente ubicadas. Los incendios afectaron parcialmente a un total de treinta manzanas, y en muchos casos no hubo más de un edificio destruido en cada una de ellas. Los puntos del desastre fueron tres: la carrera séptima hacia el norte, con siete manzanas afectadas; el sector de la plaza de Bolívar, con diez aunque sólo afectadas parcialmente, y San Victorino, con menos de diez. Sin embargo, el suceso, a la postre, incidió de manera determinante en la transformación urbanística de todo el centro de Bogotá.

Capítulo VI

LA MEGALÓPOLIS ACTUAL

Al contrario de la mayoría de las capitales hispanoamericanas, Bogotá no dispone de fuentes documentales que permitan realizar series y cuantificaciones históricas de larga duración para el período anterior al año 1900.

En efecto, con el incendio de las Galerías ocurrido en ese año, se redujeron a cenizas los archivos del Cabildo y la Municipalidad, y con ellos se perdieron valiosas fuentes históricas acumuladas desde el siglo XVI. Por tal razón este libro presenta un giro metodológico a partir del capítulo V, giro que se hace mucho más notorio en el VI: en estos capítulos hay una mayor utilización de series y recuadros que, por lo antes expuesto, no se pudieron elaborar para la época previa a 1900.

BOGOTÁ. SÍNTESIS HISTÓRICA

El desarrollo de Bogotá, historiado en las páginas precedentes, ha sido un tanto irregular si se lo compara con el de otras capitales latinoamericanas. Así, mientras en diversas ciudades del área las influencias modernizantes causaron transformaciones urbanas importantes desde las últimas décadas del siglo XIX, Bogotá vivía entre tanto inmersa todavía en ritmos casi coloniales.

El siglo XX se inició, pues, con un gran atraso respecto a otras capitales latinoamericanas. Además de ubicarse este atraso en los servicios públicos, Bogotá presentaba otra diferencia, cualitativamente muy importante: la ausencia de una migración extranjera significativa. La mediterraneidad y la ausencia de procesos económicos que atrajeran

fuerza de trabajo extranjera, se aunaron para detener las migraciones externas.

En cambio, desde la Colonia, Bogotá recibió contingentes apreciables de migrantes nacionales, especialmente aquellos provenientes del altiplano cundi-boyacense. Esta migración, en un comienzo, fue inducida por la política centralista de la dominación colonial, política que se mantuvo después de la independencia. Se produjo así un relativo hacinamiento, pues el crecimiento de la población se quintuplicó en el siglo XIX, sin que hubiera una ampliación correlativa del espacio habitacional, que sólo se expandió un 60 % durante la misma época. Estas circunstancias, a las que se añadió el escaso alcance de los servicios asistenciales de salud, convirtieron a Bogotá hasta 1918 en una ciudad de crecimiento vegetativo negativo, que progresaba sólo gracias a la migración interna. Los inmigrantes estuvieron, desde entonces, muy presentes en la historia de la capital.

La alta proporción de inmigrantes fue marcando el carácter de la ciudad, ya que una gran parte de su población pasó a tener una débil cohesión y a sentirse poco identificada con su entorno. A su vez, los mecanismos de control social se tornaron más débiles, lo que se convertiría con posterioridad en caldo de cultivo para una creciente criminalidad. Pocos son los datos, sin embargo, que hacen referencia a la relación inmigrantes/nativos. Uno de ellos muestra el origen de los muertos en 1906: el 36 % eran personas nacidas en Bogotá. La confiabilidad de esa cifra es, sin embargo, relativa, pues de allí no se puede deducir que el 36 % de los vivos fueran bogotanos, pero sí da una idea de las proporciones.

A fines de la segunda década del siglo XX, la tasa de crecimiento vegetativo se tornó positiva como resultado de una amplia campaña por el mejoramiento de la infraestructura urbana, que adelantaron médicos e ingenieros. Esos técnicos, varios de ellos convertidos muchas veces en políticos, combatieron los errores que se venían cometiendo e iniciaron cambios radicales, como la municipalización del acueducto y la fluorización de las aguas, que desterraría la fiebre tifoidea, la construcción de hospitales y la lucha contra el consumo de la chicha.

Higienistas y salubristas fueron los encargados en las primeras décadas de este siglo de agilizar el proceso de modernización de la ciudad. Empezaron por señalar la relación entre la mortalidad y las deficiencias de los servicios públicos. Pese a estos esfuerzos la capital seguía



Barrios de invasión en el sureste de Bogotá

muy atrás, rezagada frente a sus homólogas latinoamericanas. El haber comenzado antes a modernizarse, a romper el cascarón colonial, les permitió a esas capitales llegar a los años veinte con grandes adelantos en los principales indicadores urbanos.

Aun cuando desde 1910 se aceleraron las migraciones internas en Colombia, la crisis mundial del treinta frenó un tanto tales desplazamientos. En 1930 ya comenzaba a reducirse la tasa de mortalidad en Bogotá, especialmente en los menores de un año, lo cual llevó en mediano plazo a aumentar la proporción de nativos sobre la de inmigrantes. La inauguración del acueducto de Vitelma, significó a su vez un

gran salto en el mejoramiento de los servicios en la ciudad, lo mismo que el crecimiento hospitalario y la ampliación del sistema de alcantarillado, condiciones que se dieron acordes después de 1930.

El aumento de la natalidad y la reducción de la mortalidad, vale decir el aumento del crecimiento vegetativo, continuó en la década de los cuarenta y coincidió con la guerra civil no declarada, la *violencia*, que se inició entre 1944 y 1946 y que enfrentó con gran crudeza a liberales y conservadores hasta 1953, con efectos que aún hoy se hacen sentir en el país. Este enfrentamiento desató una nueva avalancha migratoria hacia la capital y otras ciudades de Colombia, que tuvo características realmente dramáticas. La violencia política en las zonas rurales generó una de las grandes fuentes de expulsión de los campesinos en Colombia, que en particular en Bogotá fue causa de un notable incremento de la población, en momentos en que el crecimiento vegetativo se aceleraba por el mejoramiento de las condiciones de vida.

Aunque las migraciones ocasionadas por guerras civiles fueron una constante en la historia de Bogotá, la producida en la época de la violencia marcó un hito que por su magnitud y consecuencias dejó atrás todas las predicciones demográficas y las mejoras obtenidas en las condiciones de vida. Las proporciones de la ciudad cambiaron desde entonces radicalmente. En primer lugar, la ciudad se extendió, se regó por toda la Sabana. Urbe, ahora, de muy alta densidad, creó exigencias inmensas en todos los servicios públicos, así como en el de transporte, en proporciones que nunca como entonces habían sido tan dramáticas. De los 100.000 habitantes censados en 1905, se pasó a 200.000 en 1926, a 300.000 en 1935, a 400.000 en 1942, a 500.000 en 1946. Después se llegó a un millón en 1956, a dos millones en 1966, a tres millones en 1974 y a cinco millones en 1991. Esta desproporción demográfica sobrepasó las capacidades de manejo de lo urbano y presentó retos ineludibles. Una primera respuesta para racionalizar la marcha de la ciudad se produjo en 1955, con el cambio de legislación de municipio a Distrito Especial.

Sin embargo, fue sólo en el último quinquenio del sesenta cuando apareció un manejo de la administración pública más racional y coherente. Un amplio grupo de técnicos se hicieron cargo de la planificación y ejecución coordinada de proyectos a largo plazo para dar solución a los agravados problemas que aquejaban a la ciudad, y que ya desbordaban toda previsión y todo control. Bogotá comenzó a re-

correr un camino más ordenado en busca de soluciones para sus múltiples limitaciones, camino que requirió en otras latitudes más de un siglo y que Bogotá recorrió en los últimos cuarenta años para llegar a la urbanización de una manera rápida, casi atropellada. Por fortuna, en la década del ochenta este crecimiento se desaceleró de modo que permite perfilar en el futuro una ciudad más manejable.

La visión de los problemas y la conducción de la ciudad también han variado sustancialmente. En los años cincuenta y sesenta las preocupaciones recaían en el control de la natalidad como solución a la explosión demográfica y a la satisfacción de los servicios básicos. Hoy la atención recae más en la búsqueda de formas de integración de la economía informal, en la financiación y construcción de vivienda y en el control a las diversas manifestaciones de comportamientos violentos que aquejan a la ciudad. Nos encontramos así, al empezar los noventa, terminar los ochenta, con una ciudad que si bien ha logrado solucionar las necesidades básicas y presenta un crecimiento moderado, se enfrenta ahora con uno de sus mayores retos, superar los problemas que afectan a la convivencia social.

Por la misma época, paradójicamente, varias capitales de América Latina, antes más adelantadas, iniciaban procesos de empobrecimiento.

Colombia se ubica en el grupo de países latinoamericanos que, desde la segunda posguerra, entraron en un proceso de urbanización acelerada, grupo dentro del cual también se encuentran México, Brasil y Venezuela. Por efecto de la violencia rural, entre 1950 y mediados de los años setenta, la población urbana creció en Colombia a una tasa anual del 7,8 %, lo que situó al país entre los tres latinoamericanos con mayores tasas de urbanización. Sin embargo, a diferencia de México, en Colombia no hubo concentración de la población urbana en un único centro. Al contrario, cuatro grandes ciudades, relativamente distantes entre sí, absorbieron el proceso urbanizador: Bogotá, con el más alto crecimiento poblacional; Medellín, polo de influencia en la región occidental; Barranquilla, motor del desarrollo en la costa atlántica y Cali, avanzada en el suroccidente. El patrón de urbanización seguido por Colombia se apartó así del que prevaleció en América Latina [1], y

[1] L. Flórez y C. González, *Industria, región y urbanización en Colombia*, Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1983, p. 46.

permitió una mejor distribución geográfica y humana que aquella que exhibían los países vecinos.

En relación con el crecimiento de la población pueden observarse los diferentes grados de importancia de las migraciones frente al crecimiento vegetativo. Colombia se ubica en América Latina entre aquellos países de urbanización reciente donde la importancia de la inmigración neta y de los hijos de inmigrantes es significativa en comparación con el crecimiento vegetativo. Tal situación se puede observar en el siguiente cuadro:

América Latina: Componentes del crecimiento urbano 1950/1970 por grupos de países y tamaño de las ciudades (%) [2]

	América Latina	Urbanización temprana (1)	Urbanización reciente (2)	Urbanización tardía (3)
Ciudades de 1.000.000 y más de habitantes				
Vegetativo	57,39	60,77	49,12	41,89
Inmigración neta	31,14	31,65	35,96	42,93
Hijos de inmigrantes	11,47	7,57	14,92	15,18
Ciudades entre 100.000 y 900.000 habitantes				
Vegetativo	51,19	58,20	44,22	42,30
Inmigración neta	42,31	34,19	39,41	42,63
Hijos de inmigrantes	6,50	7,61	16,37	15,06
Ciudades entre 20.000 y 99.000 habitantes				
Vegetativo	55,46	61,73	54,10	53,76
Inmigración neta	32,53	30,88	35,45	34,16
Hijos de inmigrantes	12,01	7,39	10,45	12,08

(1) Argentina, Uruguay, Chile, Cuba.
(2) Brasil, México, Colombia, Venezuela, Costa Rica, Panamá.
(3) Perú, Ecuador, Bolivia, Nicaragua, Honduras, Haití, El Salvador, Guatemala, República Dominicana.

[2] Alaor Passos, «Tendencias y direcciones del crecimiento urbano en América Latina entre 1950 y 1970», en Flórez y González, *ob. cit.*, p. 50.

POBLACIÓN

Durante las últimas décadas la distribución rural-urbana de la población colombiana se ha modificado sustancialmente como consecuencia del rápido proceso de urbanización.

Colombia: Crecimiento y distribución urbano rural de la población [3]

Tasa Anual de crecimiento. Distribución porcentual (%)						
Año	Población	Total	Urbana	Rural	Urbana	Rural
1951	11.548.000				38,6	61,4
1964	17.485.000	3,14	5,38	1,29	52,0	48,0
1973	22.487.000	2,84	4,28	1,02	59,5	40,5
1983	27.503.000	1,91	3,01	0,07	66,2	33,8

Entre 1951 y 1973 las áreas urbanas vieron crecer su población en nueve millones de habitantes. La población urbana se triplicó en 22 años. En 1973, seis de cada diez habitantes vivían en Colombia en localidades urbanas. Entre 1973 y 1983 la tasa anual de crecimiento total se ubicó alrededor del 1,9 %, y la correspondiente a la población urbana en 3 %, es decir, que se desaceleró la tasa de crecimiento anterior. Lo sorprendente es el corto lapso en que se produjeron estos profundos cambios demográficos. Primero hubo un desbocado proceso de urbanización, y luego un crecimiento lento, que mostró índices similares a los de los países europeos.

El rápido crecimiento y la concentración hicieron que entre 1951 y 1973 el porcentaje de población en Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla se elevara del 14,2 % al 25,4 % del total nacional. En Bogotá el aumento absoluto, en el mismo período, fue superior al totalizado por las otras tres ciudades. Entre los censos de 1951 y 1973 la distancia demográfica entre la capital y las otras ciudades se fue acentuando; Bogotá multiplicó por cuatro su población, Medellín por 3,2 veces y Cali y Barranquilla por 3 veces. Mientras tanto el índice del país apenas se duplicaba.

[3] Dane, «Censos de población», en Flórez y González, *ob. cit.*, p. 52.

Evolución de la población de Bogotá

En 1938, los notarios públicos asumieron la función de llevar el registro de los ciudadanos. Las certificaciones expedidas por estos funcionarios fueron desde ese año la prueba principal para los efectos legales correspondientes, en tanto que la certificación eclesiástica quedó como prueba supletoria. Por tanto, antes de esa fecha, son los libros eclesiásticos los únicos que permiten medir las tendencias demográficas que caracterizaron la vida de la ciudad.

Como se señalo, en el año de 1947, por encargo de la alcaldía de Bogotá, el arquitecto francés Le Corbusier elaboró un plan de desarrollo urbanístico para la capital. Allí realizó varias proyecciones sobre el crecimiento de la población de la ciudad, y calculó que tres décadas después ésta alcanzaría una cifra cercana a los dos millones de habitantes. En realidad tal cifra se alcanzó a los veinte años de realizado aquel cálculo.

Esta disparidad notoria entre el crecimiento real y las proyecciones demográficas sería en adelante una constante de todos los planes de desarrollo de Bogotá. Tal fue el caso del estudio de J. Olivares en 1965, que calculó para 1985 una cifra mayor en casi dos millones a la que arrojó el censo de aquel año [4]. Algo similar le sucedió a Lauchin Currie, quien en 1974 realizó para 1980 una proyección que sólo se alcanzaría en 1985.

La población del Distrito Especial de Bogotá llegó en 1990 a la cifra de 4.899.180 habitantes, de acuerdo con las proyecciones del censo de 1985. Este guarismo es el resultado de un complejo proceso de crecimiento y transformación de sus estructuras demográficas. Se pueden identificar cinco fenómenos históricos a este respecto:

— Crecimiento elevado y progresivo hasta 1964.

— Desaceleración de esta tendencia a partir de 1964.

— Intenso proceso de urbanización durante las dos siguientes décadas.

— Reducción de las tasas de fecundidad y mortalidad con sus consecuencias en modificaciones en la distribución por sexos, fenómeno conocido como transición demográfica.

[4] Alcaldía Mayor de Bogotá, *Bogotá para todos. Plan de desarrollo social y económico*, Bogotá, 1957, p. 52.

—Creciente participación de la mujer en las actividades productivas y en la demanda laboral, con notorio impacto en la estructura de la familia [5].

La población de Bogotá ha venido incrementándose notoriamente respecto a la población total del país, pues pasó del 4,1 % en 1938 al 14,2 % en 1985. En este último año, Colombia tenía una población de 29.879.331 habitantes, de la cual 4.225.858, el 14,2 %, se concentraba en Bogotá. De 1985 a 1990, debido a la inmigración, la población de la capital creció a un 3 % anual, mientras la del resto del país lo hizo al 2 %. De continuar ese ritmo de crecimiento, para el año 2005 se espera que Bogotá tenga algo más de 7.000.000 de habitantes, el 17,2 % del total nacional.

El efecto que este comportamiento demográfico ha tenido en la estructura de edades es notorio, como resultado del profundo cambio sucedido en la curva de mortalidad desde los años veinte y, después, a causa de la reducción de la natalidad desde la década del sesenta, en buena parte debida a la aplicación del control de natalidad. Esta transformación tornó la mayoría de la población de adulta a joven en la década de los setenta, y como resultado de las mismas variables, a adulta de nuevo a fines de los ochenta. Bogotá mostró en 1985 una estructura de población similar a la existente en 1938, y como tal tendencia continúa hoy, puede preverse que a fin de siglo la población adulta aumentará aún más su participación en el resultado global.

Entre los censos de 1938 y 1951 la tasa general de mortalidad descendió un 70 % en Bogotá y la de mortalidad infantil 80 %, lo cual, desde luego, tuvo impacto en la esperanza de vida al nacer, indicador que ganó trece años entre 1951 y 1981, aunque cálculos más optimistas ubican en dieciocho años este aumento. En las dos estimaciones se registra una esperanza de vida al nacer de las mujeres cuatro años mayor que la de los hombres. Estos indicadores son superiores en tres años a los de la media nacional, realidad explicable por el hecho de que la capital sólo tiene el 5 % de su población en áreas rurales mientras que el país se acerca al 35 %. Sin embargo, la tasa bruta de mortalidad en Bogotá se incrementó de nuevo entre 1985-1990 respecto al

[5] Cámara de Comercio de Bogotá, *Bogotá, prioridad social*, Bogotá, tomo I, 1990, p. 43.

quinquenio anterior, como consecuencia del proceso natural de envejecimiento de la población.

En lo referente al nivel de fecundidad, éste fue en 1981 de 2,57 hijos por mujer. De mantenerse el desaceleramiento observado en la tasa de natalidad general del país y en la tasa de migración neta hacia Bogotá, la variable que más influirá en los próximos diez años en el aumento de la población bogotana será la fecundidad.

No obstante que en las cifras generales hay similitud de Bogotá con las otras ciudades del país, en la estructura de sexos la capital tiene una mayor proporción de hombres sólo hasta los diez años, quizás como resultado del fuerte flujo migratorio selectivo por edades y sexo.

Migraciones

El cambio en la estructura de edad de la población es consecuencia de la interacción de los cambios ocurridos en la fecundidad, mortalidad e inmigración. En Bogotá existe hoy una notoria tendencia al descenso en la tasa global de la fecundidad, que ha reducido el número de nacimientos por mujer y, por lo tanto, la proporción de niños en relación con los adultos ha disminuido, lo que ha aumentado en promedio la edad media de la población. Ha contribuido a este efecto el hecho de que entre la población inmigrante tiende a predominar el grupo situado entre los 15 y los 64 años, o sea el de los que llegan a la ciudad en edad de trabajar.

Entre 1938 y 1951 se dio en Colombia la transición de la mayoría de la población adulta a joven. La estructura poblacional de 1938 era considerada como estable, es decir aquella que correspondía a una población cerrada —sin inmigración importante— y cuyos regímenes de mortalidad y fecundidad permanecían estables. En 1951, por el contrario, Bogotá evidenciaba ya una alta población de inmigrantes: sólo el 42,6 % de sus habitantes eran nativos suyos. Los nacidos en Cundinamarca representaban el mayor de los tres grupos inmigrantes de entonces hacia la capital. De este flujo migratorio, el 75 % se concentró en las edades de 10 a 29 años, característica que ha influido decisivamente para que Bogotá tenga en los noventa una población mayoritariamente adulta.

En el cuadro siguiente se puede observar que los migrantes que llegaron a Bogotá durante el período 1980-1985, representaron el 12,61 % del total de la población mayor de cinco años. En general, los nacidos en otra parte representaron el 48,7 % del total. Allí se muestra que la mayor importancia de estos flujos corresponde a las cabeceras municipales, lo cual evidencia la existencia de una corriente de migrantes urbanos, con lo que se deteriora la imagen folclórica de los campesinos que llegan directamente a la gran ciudad, sin escalas intermedias.

Proporción de población mayor de cinco años inmigrante a Bogotá por toma de procedencia (1980-1985)

Procedencia	%	Volumen
Total	12,6	442.140
Capital Departamental	6,5	228.088
Cabeceras diferentes a la capital	3,3	115.798
Resto	1,9	66.672
Otros países	0,8	28.072
Sin información	0,11	3.509

Fuente: DANE. Censo de 1985.

Este cuadro sugiere desplazamientos por etapas, en las que el migrante se dirige primero a pequeñas áreas urbanas y, después de un período de adaptación, viaja a la capital. De ellos, el 55 % son personas con bajos niveles educativos y sólo el 6 % con educación universitaria. El 84 % tiene categoría de empleado, trabajador independiente o empleado doméstico. Se trata entonces de una población económicamente activa que va a engrosar principalmente el sector informal, de empleos de baja productividad.

La dinámica de movimientos de población en Colombia, con cuatro polos de atracción –Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla–, con un fortalecimiento de las ciudades intermedias y la colonización de zonas de frontera, ha hecho que a la capital llegue en mayor grado emigrantes que provienen de la zona andina, donde vive más del 70 % de la población del país, por lo que Bogotá es hoy una de las pocas ciudades del mundo densamente pobladas a una altura de más de 2.500 m sobre el nivel del mar.

El censo de 1973 determinó que la mayor parte de los residentes en Bogotá provenían de los departamentos vecinos: 448.280 de Cundinamarca, 328.799 de Boyacá, 147.705 del Tolima y 106.939 de Santander. Les seguían en su orden los originarios del Valle, 59.633, de Caldas, 52.280, de Antioquia, 44.265, del Huila, 37.433 y del Quindío, 30.245. Norte de Santander, Meta, Risaralda y Nariño tenían colonias con poblaciones entre 16.000 y 20.000 personas. Los otros departamentos estaban menos representados. En Bogotá había más boyacenses y tolimenses que en Tunja e Ibagué, capitales de esos departamentos respectivamente, según datos de 1977 de la División de Demografía del DANE.

La migración a la ciudad ha descendido notoriamente las dos últimas décadas. Entre 1964 y 1973 llegaban anualmente 135.000 personas a Bogotá; entre 1973 y 1985, 121.000 y, según cálculos del gobierno municipal, en la actualidad el incremento de la población migrante se da en 120.000 individuos por año.

Actividad económica de Bogotá

Entre 1945 y 1986 el Producto Interno Bruto de Colombia se multiplicó por siete; ésta es sin duda la más alta tasa de desarrollo que haya registrado la economía colombiana en su historia.

El crecimiento económico se vio acompañado de un cambio estructural de grandes proporciones. El aspecto más notorio fue la fuerte reducción de la participación del sector agropecuario en la economía. Todavía en 1945-1949 dicho sector representaba más del 40 % de la actividad económica del país. A comienzos de los años ochenta, su participación se había reducido a menos del 23 %.

La capital no ha sido ajena a los ciclos que la actividad económica nacional ha presentado en las últimas décadas. Cuando el país padeció una crisis económica entre 1960-67, el Producto Interior Bruto generado por Bogotá decayó de una manera más acentuada que la tendencia nacional. Cuando en 1968 se recuperó la actividad económica en el país, en Bogotá sucedió algo similar. La crisis de mediados de la década del setenta fue en cambio más aguda y prolongada en esta ciudad que en el resto de la nación. Al contrario, la recesión de los ochenta fue aquí menos marcada.



A mediados del siglo xx la vida moderna empezaba a invadir la capital

En 1985 Bogotá generó el 22 % del PIB nacional. A su vez, la composición del PIB de Bogotá fue la siguiente, para el mismo año:

PIB Bogotá 1985	%
Industria manufacturera	22,24
Servicio del gobierno	13,96
Servicio personales	13,80
Alquiler de vivienda	10,39
Comercio	10,25
Transporte	9,25
Financieros	9,23
Construcción y obras públicas	4,61
Comunicaciones	2,74
Electricidad, gas, agua	1,71
Servicios domésticos	0,29
Agropecuario, silvicultura	0,08
Minería	0,01

Fuente: DANE.

Dentro del P. I. B. de Bogotá existe una participación importante de los servicios del gobierno, debido a las funciones de la capital como centro político y administrativo del país.

Al observar la contribución de Bogotá al PIB nacional se puede apreciar mejor el peso específico de la capital en el conjunto del país.

Participación de Bogotá en el PIB Nacional, 1985

Rama de actividad	Participación de Bogotá %
Comunicaciones	48,49
Derecho impuestos de importaciones	42,20
Alquiler de vivienda	37,00
Servicios del Gobierno	35,91
Servicios personales	35,73
Transporte	29,40
Industria	22,85
Comercio	21,70
Electricidad, gas, agua	17,48
Construcción y obras públicas	14,69

Fuente: DANE.

La dependencia de Bogotá respecto a las regiones agropecuarias del país para la satisfacción de sus necesidades alimentarias, de materias primas y de recursos naturales y energéticos es notoria. La capital consumía diariamente en 1991 un promedio de 250 toneladas de carne, 6.000 toneladas de productos perecederos, 70.000 barriles de combustible, 750.000 m^3 de agua tratada y 13,5 millones de kw/h de energía. La mitad del agua potable la capta en las cabeceras del sistema hídrico y fluvial de los Llanos Orientales-Orinoco, y de los Llanos Orientales extrae también el 62,5 % del combustible que quema y el 90 % de la carne que consume diariamente.

Los sistemas de comercialización de los abastecimientos alimentarios han variado sustancialmente desde la creación de las «ciudades dentro de la ciudad», las cuales cuentan con sus respectivos centros comerciales, distintos de los tradicionales de las zonas céntricas de Bogotá. En 1973 se fundó Corabastos, gran central que introdujo algo de orden en el caótico sistema de abastos de la ciudad. Aunque las antiguas plazas de mercado continúan hoy surtiendo el grueso del consumo de Bogotá, las complementan los mercados móviles, los modernos supermercados y también la clásica tienda de barrio.

El 80 % de los proyectos del sector público del país tienen como centro de decisión a Bogotá. Esta estructura de las decisiones lleva a que los grupos económicos y políticos regionales se asocien para influir en la capital, lo que produce una alianza entre los distintos sectores políticos partidistas y entre el sector público y el privado, todos asociados para competir con sus similares de regiones diferentes.

Industrialización y proceso urbano

A finales de siglo Colombia tendrá una población en un 73,3 % urbana, nivel similar al de países europeos, pero con un desarrollo industrial propio del tercer mundo. Su producción industrial está hoy orientada básicamente al mercado interno: exporta el 8 % de la misma, mientras países como Brasil llegan al 25 %, Japón al 42 % y Corea y Taiwan a más del 75 %.

En 1974 el área metropolitana de Bogotá, con el 13 % de la población del país, generaba el 25,4 % del valor agregado de la industria, y el 28,7 % del empleo en el mismo sector. Cali-Yumbo, a su vez, representaba el 14,6 % del valor agregado y el 12,3 % del empleo nacio-

nal de la industria. El área metropolitana de Medellín aportaba el 22 % del valor agregado y el 23,1 % del empleo.

Concentración geográfica de la industria colombiana en 1974

Áreas	Población	N.° de establec.	Valor agregado	Producción bruta	Empleo	Remuneración
Bogotá-Soacha	12,9	33,6	25,4	26,2	28,7	26,8
Medellín-Valle de Aburra	7,0	17,6	22,0	21,4	23,1	24,9
Cali-Yumbo	4,6	10,5	14,6	14,2	12,3	14,1
Barranquilla-Soledad	3,4	7,8	8,4	8,5	7,8	6,9
Subtotal	27,9	69,5	70,4	70,3	71,9	72,7
Restos del país	72,1	30,5	29,6	29,7	28,1	27,3

Fuente: Flórez y González, *ob. cit.*, p. 86.

Además de ser Bogotá el primer centro industrial del país, cabe anotar que en ese mismo 1974 la ciudad mostraba unos niveles de productividad menores que los de las otras ciudades industriales, y que el tamaño promedio de los establecimientos era menor en Bogotá que en las demás ciudades analizadas en el cuadro anterior. Esta situación se debía a la amplia diversificación industrial de la capital. En ella coexistían pequeñas, medianas y grandes empresas, desde talleres artesanales hasta industrias de elevadísimo desarrollo tecnológico.

Aquí se manifiesta otra característica de Bogotá: bajo proceso de concentración de la propiedad industrial, y también bajo proceso de descomposición de las formas tradicionales de producción, especialmente de la artesanía, lo cual le ha permitido poseer una economía más elástica frente a las fluctuaciones externas.

El valor de la producción industrial ha permanecido en Bogotá prácticamente constante desde 1970, 25 % del PIB de la ciudad en promedio. El empleo en manufactura ha crecido durante el mismo lapso a una tasa del 2,98 % al año, en tanto que en el resto del país creció al 1,89 %. La productividad por persona aumentó en las manufacturas bogotanas entre 1970-87 a un ritmo promedio del 2,36 % anual, pero en el mismo lapso el valor promedio de la producción por persona

decreció. El comercio al por menor no demostró igual dinamismo, pues entre 1980 y 1988 apenas si hubo en esta rama un crecimiento promedio del 1,6 % anual.

En Bogotá se obtiene más del 50 % del Valor Agregado Nacional en las llamadas industrias pesadas, como materiales y equipos de transporte, y entre el 30 % y 40 % en las industrias de bebidas y alimentos. La transformación de cereales marca entre el 20 % y 30 % del mismo valor agregado. Sólo está por debajo del 20 % en café elaborado, carne y preparados, productos lácteos y derivados del petróleo y minerales.

Pese a su condición mediterránea, en Bogotá se ubican el 51 % de las pequeñas y medianas industrias exportadoras del país y el 58 % de todas las que colocan mercancías en el exterior. Mientras el total de las exportaciones nacionales creció a partir de 1984 a una tasa del 9,6 % anual, las que tuvieron su origen en Bogotá lo hicieron al 22,46 %. Desde 1970 las exportaciones de la capital representan en promedio el 8 % del total de las del país, pero sus importaciones fueron durante el mismo lapso en promedio el 48 % de las realizadas por Colombia, aunque durante 1987 y 1988 disminuyeron al 22 % del total nacional.

Participación de Bogotá en la producción y el empleo industriales

Año	Producción bruta industrial %	Empleo industrial %
1970	26,28	27,04
1971	25,69	27,39
1972	25,16	27,25
1973	26,69	27,58
1974	25,23	28,29
1975	27,00	28,29
1976	25,04	28,36
1977	25,63	29,24
1978	26,98	29,28
1979	26,02	29,10
1980	24,80	28,71
1981	24,26	29,24
1982	25,95	29,47
1983	25,77	30,06
1984	26,61	30,73
1985	27,03	31,53
1986	26,37	32,01
1987	26,96	32,41

Fuente: DANE.

En el sector financiero es donde más se aprecia el liderazgo de la ciudad en la nación. En Bogotá se genera en promedio el 33 % del PIB de esta rama de la actividad económica nacional, y en 1986 se otorgó en la ciudad el 45 % del total del crédito nacional. Como se observa en el cuadro siguiente, esta participación ha ido creciendo:

Participación de Bogotá en el total del crédito nacional

Año	Participación de Bogotá
1970	37,20
1971	42,77
1972	41,38
1973	41,64
1974	38,18
1975	40,96
1976	40,22
1977	42,62
1978	41,62
1979	41,34
1980	42,61
1981	42,82
1982	43,56
1983	45,21
1984	43,56
1985	44,31
1986	44,78

Fuente: Superintendencia Bancaria.

El empleo

Como ya se advirtió, la tasa de crecimiento poblacional de Bogotá bajó a más de la mitad entre los años sesenta y noventa. Pasó del 7 % anual al 3 % como efecto de la reducción simultánea de las tasas de fecundidad, mortalidad e inmigración, combinación de fenómenos conocida como transición demográfica, de la cual resulta el envejecimiento relativo de la población. Esta evolución es más acentuada en la población bogotana que en el resto del país, y se manifiesta en un crecimiento diferenciado de la población por tramos de edad, reflejado en el mercado de trabajo y en la relación entre población económica-

mente activa y población en edad de trabajar. En los indicadores económicos se observa también una mayor participación de la mujer en el mercado de trabajo, y en particular en la industria manufacturera, la cual para el período 1965-1990 absorbió el 80 % del nuevo empleo femenino.

Bogotá ha registrado en los últimos años un voluminoso nivel de empleo en el sector informal —vendedores ambulantes sobre todo—, que fue de un 53 % del empleo total en 1984, con tendencia al aumento. Mientras entre 1984 y 1988 el empleo en el sector formal de la economía creció al 3,5 %, el empleo informal lo hizo al 5,6 %. Este aumento es resultado también de la actividad económica ligada a la microempresa, que es la preponderante en la ciudad.

Los cambios demográficos y los que tienen que ver con la composición del empleo conllevan unos efectos sociales muy claros en lo referente a los ingresos monetarios, y a la satisfacción de las necesidades básicas. Se ha establecido como medida del nivel de ingreso el término línea de pobreza, que indica el nivel de ingreso monetario mínimo que una persona o un hogar requiere para satisfacer sus necesidades básicas. Pobre será, en consecuencia, todo aquel cuyo ingreso está por debajo de esa línea. En 1989 los pobres llegaban en Bogotá a 1,2 millones de personas, con un acelerado crecimiento de su número en la segunda mitad de los ochenta. De esta manera, si el total de la población de Bogotá creció en un 3 % anual en esos años, se ha calculado que los pobres lo hicieron en un 6,5 % anual en el mismo período.

Si los indicadores del ingreso monetario individual han mostrado un franco deterioro en las últimas décadas, por contraste ha sido notable el progreso en la satisfacción de las necesidades básicas asociadas a la vivienda. Las carencias en esta materia fueron reducidas en más del 50 % en los servicios públicos, mientras las viviendas inadecuadas se reducían en similar proporción.

La capital presenta hoy la tasa más baja de desempleo en el conjunto de las grandes ciudades colombianas. En promedio, en los últimos diez años, el desempleo en Bogotá ha estado dos puntos por debajo del promedio nacional, lo cual refleja el dinamismo de su actividad económica. La ciudad genera uno de cada tres empleos en Colombia.

Al profundizar en las cifras se llega a la conclusión de que Bogotá es una ciudad de grandes contrastes: alberga el 18,1 % a los pobres más pobres y el 54 % de los ricos más ricos de Colombia, tal como se puede observar en el cuadro siguiente:

Ciudad	Pobres (50 % de la población total) % del ingreso total	Ricos (20 % de la población total) % del ingreso total
Bogotá	18,1	54,0
Medellín	20,9	50,7
Cali	19,7	51,5
Barranquilla	23,7	47,0

Según la encuesta nacional de hogares de marzo de 1991, el total de la población económicamente activa de Bogotá era de 2.299.025 personas, de las cuales 1.300.807 eran hombres y 998.218 mujeres. El nivel de escolaridad de esta población reflejaba 602.187 habitantes con educación primaria, 1.077.315 con educación secundaria, 564.141 con educación universitaria y 40.619 sin ningún nivel de escolaridad.

La población en edad de trabajar pasó en Bogotá del 57,62 % en 1973 al 65,34 % en 1985. Esta mayor proporción corresponde al proceso paulatino de envejecimiento que se ha señalado sufre la población, por lo que la edad media entre 1985 y el año 2000 se proyecta que pasará de 22,11 a 25,48 años entre los hombres, y de 24,73 a 27,50 años entre las mujeres. Se producirá así un ensanchamiento de los grupos de población adulta y una disminución de la base de la pirámide poblacional –menores de edad–. Tal situación implicará un aumento sustancial de la población en edad de trabajar, lo que determinará una mayor presión sobre la demanda de empleo.

Organización del espacio urbano

El «Sueño de un Orden» fue la aspiración de las autoridades coloniales, en relación con las ciudades fundadas en América por España. El espacio urbano se organizó de tal manera que debía reflejar la República de los blancos, mientras en el campo estaba la de los indios. Después de la independencia y hasta comienzos del siglo xx, surgieron

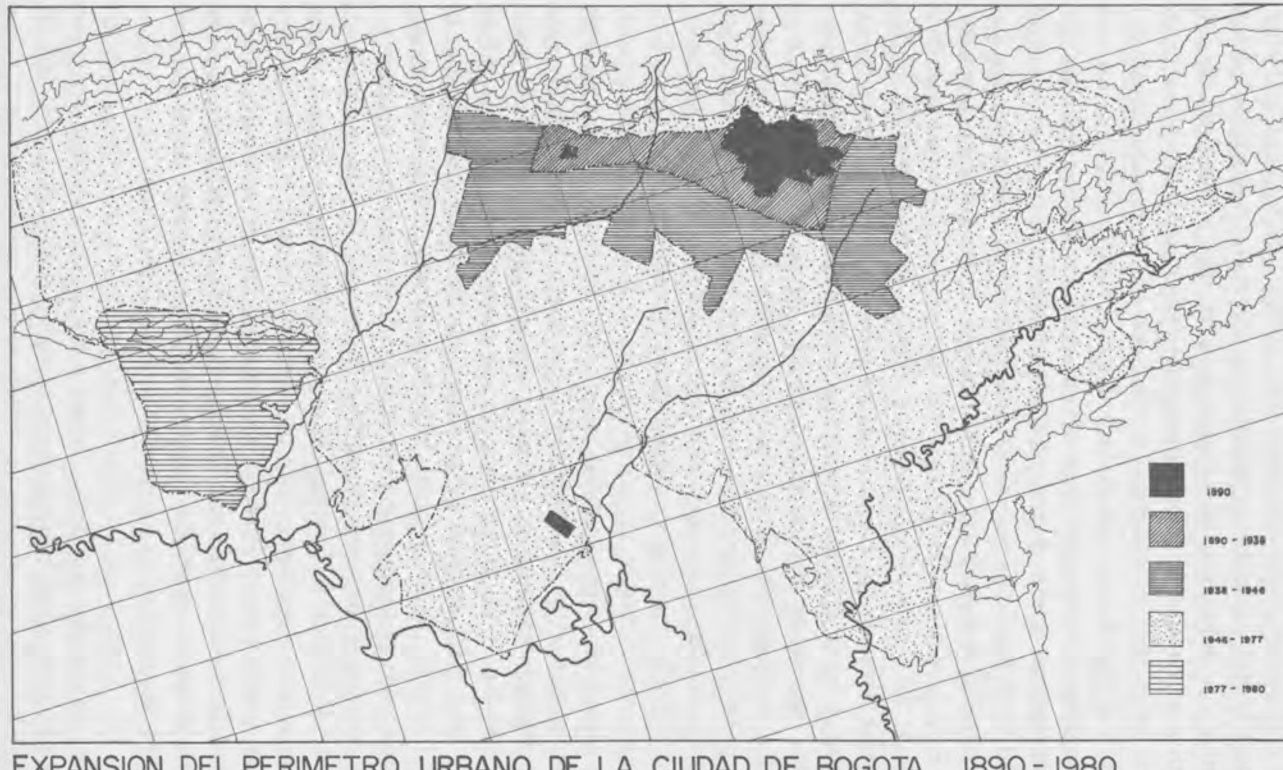
nuevos espacios de desarrollo para una ciudad que iniciaba la transición hacia la modernidad. Aparecieron las plazas de mercado cubiertas, las avenidas, las estaciones de ferrocarril, todos ellos núcleos de un crecimiento a saltos, donde la planificación estaba ausente.

Esta estructura se consolidó en Bogotá en la segunda mitad del siglo xx, a la par de un proceso en el que las élites abandonaron los lugares residenciales tradicionales –La Candelaria, Teusaquillo, La Soledad, Chapinero–, y se desplazaron progresivamente hacia el norte de la ciudad, al tiempo que nuevos contingentes sociales ocuparon los barrios evacuados, y ocasionaron en la mayoría de los casos su deterioro.

A Egipto, Belén y San Diego, los barrios populares por tradición en Bogotá, les siguieron Las Cruces y el Ricaurte. En 1950 se organizaron otros hacia el sur, como el 20 de Julio, Santa Inés, Santa Lucía, San Isidro, y hacia el noroccidente Las Ferias y La Estrada. Estos asentamientos estuvieron al principio separados de la ciudad por algunas fincas. En la década del 60 se generalizaron las invasiones de terrenos por los pobladores sin techo. Fueron famosas por su éxito frente a los intentos de desalojo por parte de la policía, las del Policarpa, Quindío, Salvador Allende, Las Colinas, Santa Rosa, Consuelo, Rocío y El Dorado. Más recientemente, en las periferias sur y occidente, los urbanizadores clandestinos precipitaron la creación de barrios llamados «piratas» –por carecer de la autorización legal para su conformación–, sin la infraestructura mínima de servicios, ubicados algunas veces en lugares inaccesibles en las partes altas de los cerros, o en áreas de difícil drenaje. En 1972 el área desarrollada clandestinamente llegaba al 38,4 % del total urbano y estaba conformada por 206 asentamientos, en los que vivía aproximadamente el 59 % de la población capitalina.

En esta forma, del crecimiento casi lineal –sur a norte– característico de la década de los treinta, el espacio habitado en Bogotá tomó paulatinamente la apariencia de una herradura entre los años cuarenta y sesenta, con un vacío central que correspondía al sector occidental de la ciudad, casi sin urbanizar. Más adelante, la gran zona desocupada se desarrolló con la aparición de grandes urbanizaciones como Ciudad Bolívar, El Tunal, Ciudad Kennedy, Ciudad Salitre, Paulo VI, Quirigua y otras.

Estos desarrollos múltiples, llevados a cabo por instituciones oficiales o por compañías constructoras privadas, datan apenas de los últimos treinta años, pues antes de 1960, con la excepción del Centro



EXPANSION DEL PERIMETRO URBANO DE LA CIUDAD DE BOGOTA . 1890 - 1980

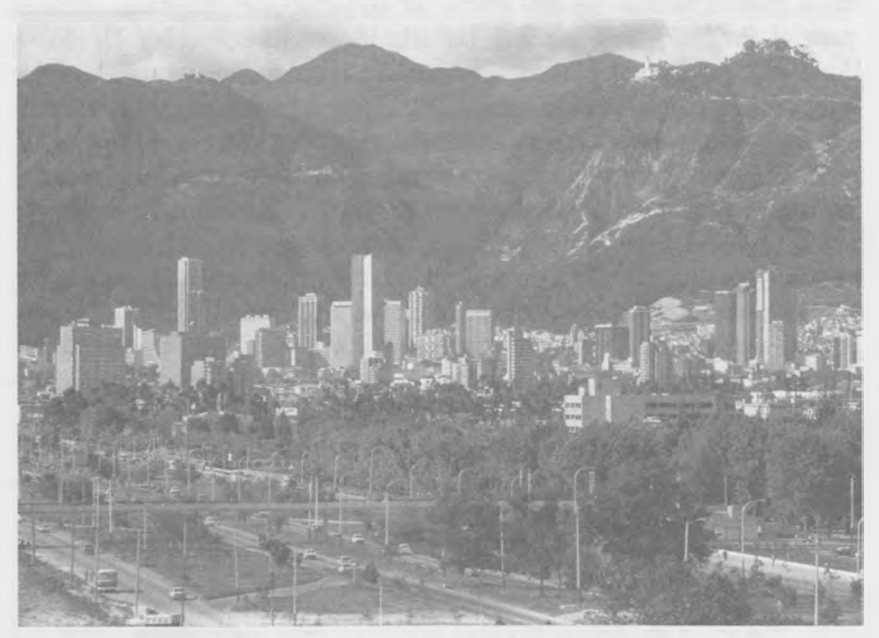
Antonio Nariño, la ciudad se construía a trechos aislados, por iniciativa individual, en pequeñas porciones de terreno con el sistema de ventas a plazos. Ciudad Kennedy fue el resultado del programa Alianza para el Progreso, que orientó las relaciones entre Estados Unidos y América Latina en los años sesenta. La colaboración del gobierno de Bogotá, sumada a sistemas de autoconstrucción y a una efectiva ayuda externa, hizo posible esta gran urbanización al occidente de la ciudad, la cual en su momento modificó rotundamente la estructura espacial de Bogotá y transformó los criterios que se tenían sobre su desarrollo físico.

Desde principios de los setenta, nuevos conjuntos habitacionales, extensas urbanizaciones de casas, apartamentos y locales para comercio, se edificaron en su gran mayoría a partir de la creación del sistema financiero de poder adquisitivo constante, UPAC, dirigido a financiar la construcción masiva de viviendas de clase media y media-alta. Más recientemente –1991–, el lanzamiento de planes estatales de subsidio en dinero, así como créditos UPAC con intereses reducidos, hacen prever un repunte de las urbanizaciones dirigidas hacia estratos medios y bajos.

La ciudad de hoy es de grandes disparidades. Se encuentran extensos complejos urbanísticos al lado de grandes lotes vacíos, llamados de engorde –que esperan valorización–. Pese a que los planes de desarrollo han sido desbordados por el desorden y la improvisación, ha habido sin embargo constantes esfuerzos estatales para lograr una mayor densificación y un mínimo de racionalidad. Se ha tendido a poner límites a la extensión de las zonas urbanizadas con medidas que estipulan el máximo de expansión permitida. Estos esfuerzos, sin embargo, no han llevado a los fines propuestos, pues ante la imposibilidad de contribuir a densificar las áreas actualmente ocupadas a causa del alto costo de la tierra, la mayor parte de la nueva vivienda popular se continúa levantando en la periferia, en lugares bastante apartados, como El Tunal, Ciudad Bolívar, Suba y Soacha, donde la aglomeración poblacional es cada vez más elevada, aunque sin fuentes de empleo ni servicios eficientes.

Por otra parte, la concentración del empleo en el centro histórico y las dificultades de acceder a él han propiciado la descentralización de oficinas y servicios hacia otras áreas de la ciudad –La Soledad, El Lago, Avenida Chile–, lo cual ha generado una invasión a sectores que hasta hace poco tiempo eran residenciales y ha cambiado el uso de la

edificación, con el consiguiente desgaste tanto de las áreas abandonadas –el centro, Chapinero–, así como de las invadidas.



Panorámica del centro de la capital desde el occidente

Áreas disponibles

El desarrollo –en hectáreas– del área urbanizada, y de la población de Bogotá, ha sido históricamente como sigue:

Año	Área urbanizada	Habitantes	Habitantes por hectárea
1560	20	–	–
1600	56	–	–
1670	129	3.000	23,23
1851	294	29.603	100,69
1938	2.514	330.312	131,40
1950	3.000	650.000	216,66
1958	8.084	1.139.058	140,91
1964	14.615	1.729.911	118,37
1969	16.500	2.000.000	121,21
1991	27.800	5.000.000	179,85

En 1991, para albergar una población de 5.000.000 de habitantes, Bogotá disponía de 30.300 hectáreas, de las cuales 27.800 estaban urbanizadas, 1.000 en trámite y apenas 1.495 disponibles. Esta situación ha ocasionado una presión en los municipios vecinos, los cuales están creciendo desordenadamente a causa de la expansión de Bogotá, sin tener herramientas legales para hacerlo, ni una debida programación.

Según los cálculos de los planificadores urbanos, en los últimos tiempos Bogotá ha venido incorporando unas 750 hectáreas en promedio por año al área urbanizada, expansión que creará grandes dificultades cuando llegue la saturación, ya próxima, del área restante urbanizable. Esta última se ubica principalmente al extremo norte, al occidente, al suroriente y en algunos retazos junto a los cerros orientales. La solución obvia es estimular procesos de densificación y renovación urbanas, para impedir que el crecimiento se desborde hacia el sector de los cerros orientales o hacia los extremos norte y occidental, que deben preservarse como sitios ribereños de los ríos y quebradas de la Sabana. La construcción de urbanizaciones en esas zonas traerá serios riesgos, consecuencias contaminantes, tanto para dichos asentamientos como para gran parte de la extensión sabanera.

La política de impulso a la renovación y densificación urbanas ha producido empero algunos graves errores, como el del barrio Rosales y otros que fueron arrasados y reemplazados por un número excesivo de edificios de apartamentos, en detrimento de la calidad de la vida. En otros casos, viejos barrios deteriorados, o en acelerado proceso de degradación física en sectores tradicionales de Chapinero y el centro de la ciudad, han sido acertadamente reemplazados por urbanizaciones modernas, como la Nueva Santafé de Bogotá, en pleno centro, así como con la readecuación de edificios multifamiliares en los sectores más clásicos.

La creación de verdaderas ciudades satélites, con desarrollo planificado, es una política que ha buscado el crecimiento ordenado, una mayor agilidad en la administración, y la dotación de servicios públicos modernos para otras zonas de la ciudad. El primer caso del éxito de una ciudad satélite, con una adecuada autonomía administrativa, lo constituyó la ya mencionada Ciudad Kennedy. Desafortunadamente, desde 1964 se desarrolló de manera espontánea otra ciudad satélite muy distinta, Ciudad Bolívar, conglomerado donde habitan en la actualidad 1.280.000 personas, la cuarta parte de la población de Bogotá, y que

está constituida por 180 barrios, el 75 % de los cuales es de naturaleza informal. Más de la mitad de las viviendas tuguriales de Bogotá se sitúa en esta zona, al sur y sur-occidente de la ciudad, en donde el 56 % de los habitantes vive en la pobreza absoluta y el 60 % es menor de veinticuatro años, con los agravantes de que la cobertura educativa apenas si atiende el 30 % de la población joven, y de que la delincuencia ha empezado a extenderse de manera alarmante.

Los sitios donde actualmente se presenta mayor demanda habitacional de clase alta y clase media se hallan al norte de la ciudad, sobre todo entre las calles 72 y 127. En este sector se prevé en el futuro inmediato la comercialización de 10.850 apartamentos y 700 casas. En el



La «Ciudad Tunal» forma parte de las soluciones estatales a la falta de vivienda en los sectores populares

conjunto de la ciudad existían para 1991 644 proyectos de vivienda, que comprendían 26.838 apartamentos, 3.655 casas y 2.478 oficinas.

Licencias de construcción aprobadas. Nacional y Bogotá

Año	Área por construir Bogota (m^2)		Participación de Bogotá en el total nacional	
	Vivienda	Total	Vivienda %	Total %
1970	1.664.385	1.860.152	41,31	40,77
1971	1.811.991	2.061.986	45,56	42,64
1972	1.476.479	1.812.069	40,55	39,55
1973	2.168.283	2.531.736	43,82	41,69
1974	2.325.819	3.044.133	45,84	45,26
1975	1.616.053	2.103.055	44,43	43,43
1976	1.546.599	1.944.134	39,37	37,91
1977	1.851.704	2.421.822	36,95	37,81
1978	2.176.103	2.457.422	36,63	34,48
1979	1.488.357	2.014.026	31,55	33,05
1980	1.565.503	1.893.076	33,79	31,86
1981	1.575.379	1.913.835	30,59	30,40
1982	1.820.610	2.319.713	36,66	37,06
1983	2.125.309	2.710.671	29,14	31,62
1984	2.237.287	2.483.854	32,86	32,21
1985	2.593.845	2.987.752	35,03	34,63
1986	2.839.924	3.133.193	41,19	37,26
1987	3.351.659	3.961.182	43,05	40,12
1988	2.740.948	3.457.681		

Fuente: DANE.

Es importante destacar que apenas en 1976 Bogotá inició la construcción de grandes centros modernos de comercio, ubicándolos principalmente al norte de la ciudad. En ese año se inauguró Unicentro, el cual fue seguido pocos años después por otros grandes centros comerciales como Granahorrar, Boulevard Niza, Metrópolis, Centro 93 y otros, que hoy atraen el grueso del público de mayor capacidad de consumo en la ciudad.

Crecimiento espacial de Bogotá según tipo de urbanizaciones

Período	Urbanización residencial	Urbanización estatal	Barrio obrero	Desarrollo clandestino	Agro-industria
1890	0	0	0	0	0
1910	36		64		
1930	38,6		61,4		
1938	47,5	1,7	50,8		
1946	69,4	0,1	31,5		
1960	52	13	35		
1966	67,7	14		18,3	
1972	53	20		27	
1977	47,1	12		31,88	
1980	45,4	10,5		20	9,8

Fuente: Luis Carlos Jiménez Mantilla, Crecimiento de Bogotá, D.E., 1980-1981. Bogotá, s.p.i.

Contaminación ambiental y transporte urbano

Uno de los mayores problemas de la ciudad es el de su inadecuada infraestructura vial, que traba el desplazamiento de personas, vehículos y mercancías dentro de la urbe. Su actual red vial central fue desarrollada en su mayor parte desde fines de los años cincuenta, habiéndose complementado últimamente con la circunvalar de los cerros, la troncal de la Caracas y una serie de puentes elevados que buscan dar solución a los crecientes atascos en los cruces de las grandes vías.

Actualmente circulan por las vías capitalinas casi 400.000 vehículos públicos y privados, aproximadamente el 60 % del total del parque automotor del país, con una tasa de crecimiento del 9 % anual. Alrededor de 60.000 vehículos –autobuses, busetas y taxis– se dedican al servicio público, y movilizan con relativa eficiencia el 86 % de los viajes que se hacen dentro de la ciudad, pero por su excesivo número son la causa del creciente deterioro en que se encuentra la red vial local, y protagonistas de una constante disputa con los vehículos particulares por el uso del espacio vial. Afortunadamente, la construcción en 1984 de la Terminal de Transportes, ubicada al occidente de la ciudad, logró ordenar el caótico sistema de transporte interdepartamental que tiene su centro en Bogotá.

Soluciones de transporte masivo, como el metro subterráneo o de superficie, han revelado ser incosteables para las menguadas finanzas del distrito, por lo que las recientes administraciones han optado por soluciones transitorias como la de la troncal de la Caracas, la de vías rápidas –como la carrera 30– con cruces elevados, transversales, y autopistas que absorban parte del tráfico vehicular que hoy se concentra en no más de una docena de grandes arterias.

Las consecuencias de este fenómeno de aglomeración y caos pueden verse en el hecho de que el ciudadano promedio, tanto el que se desplaza en un vehículo público como el que lo hace en uno privado, tiene que dedicar cada vez más tiempo para llegar a su lugar de trabajo o de vivienda, y en que la contaminación ambiental ha sobrepasado los límites máximos de saturación permitidos a escala internacional. Los escapes de gases de los vehículos, en su mayoría de modelos no muy recientes, son causa del 70 % de la contaminación atmosférica que padece la ciudad.

Esta situación se ve agravada por un proceso, hasta hace poco desconocido, que afecta al estado meteorológico de Bogotá. La baja velocidad del viento –40 % menos de la normal– y las altas temperaturas en época de verano, producen la formación a 50 m sobre el nivel del suelo de una especie de capa que impide la dispersión de las partículas o gases contaminantes, aglomeración que tiene sus horas punta entre las 7 y 8 a.m., 6 y 9 p.m. y 1 y 2 de la madrugada, y que es característico sobre todo de los meses de diciembre a marzo, y de junio a julio.

Otro factor negativo es el de la escasa velocidad de desplazamiento de los vehículos. Mientras diez años atrás la mayoría de éstos corrían por las vías principales a una velocidad promedio de 60 km por hora, hoy lo hacen entre 20 y 30. La avenida Caracas y la décima muestran los promedios más bajos de velocidad: 15 km por hora, que llegan a ser 10 en momentos de congestión, comportamiento que se traslada los fines de semana y días de «puente» a las vías de entrada y salida de la ciudad.

Por su parte, las 450 grandes industrias que existen en Bogotá, anualmente arrojan al aire 17.000 toneladas de partículas en suspensión, 10.000 de óxidos de nitrógeno y 3.000 de dióxido de azufre, lo cual sobrepasa en más de un 200 %, los estándares máximos internacionales de seguridad. El contaminante que en mayor cantidad se ha

encontrado en la atmósfera bogotana es el monóxido de carbono, por lo cual no sorprende que las enfermedades respiratorias estén hoy dentro de los diez primeros factores de morbilidad en la ciudad, y que en 1990, 130.000 personas fueran atendidas en los hospitales capitalinos por neumonía y 48.000 por irritaciones en los ojos.

Un caso especial de contaminación lo constituye en la ciudad y en la sabana circundante el río Bogotá, considerado uno de los más contaminados del mundo. Según los científicos, si en diez años las aguas del río Bogotá no han sido tratadas, acabarán con todo vestigio de vida animal y vegetal en el río Magdalena, en el cual desemboca y que es el mayor río de la zona andina colombiana.

Servicios públicos

Después de los trabajos emprendidos para la modernización de los servicios públicos, el balance a finales de la década de los cuarenta mostró que el 40 % de los habitantes de la capital carecían todavía de agua, luz y alcantarillado. A pesar de los diferentes estudios y planes, la inmigración siempre se ha adelantado desde entonces a todas las previsiones en esta materia. El objetivo de las políticas de los gobiernos municipales se centró en la adecuación de los servicios de energía, acueducto y alcantarillado, y en los últimos veinte años, en el de recolección de basuras. El déficit de la infraestructura de servicios públicos se localiza hoy principalmente en Ciudad Bolívar, Usaquén, San Cristóbal y Usme. Los problemas de alcantarillado más comunes se dan en la cercanía de los ríos Juan Amarillo, Fucha y Tunjuelito.

La menor cobertura se registra también hoy día en la red telefónica, que beneficia a un 60 % de la población. Sin embargo, se prevé que para 1992 estarán instaladas 1.700.000 líneas telefónicas. En general, en los últimos años el consumo de servicios públicos presentó un comportamiento favorable, pues logró por fin superar al crecimiento demográfico.

La población de Bogotá, según sus condiciones económicas, se ha catalogado en seis estratos, a partir de los cuales se estipulan las tarifas de los servicios públicos.

Salud

Desde mediados de la década de los cuarenta se han logrado significativos avances en el mejoramiento de la salud. Por esta circunstancia el crecimiento vegetativo logró mantenerse sin mayores fluctuaciones, al igual que los nacimientos.

En cuanto a la atención médica, el Servicio Seccional de Salud estima que la población es atendida en la siguiente forma:

Por el Seguro Social	15 %
Por la Caja de Previsión y Compensación	10 %
Por la asistencia pública	60 %
Por el sector privado	5 %
Población flotante	10 %

Una idea de lo que representa hoy la inversión en salud, la puede dar el dinero que en 1989 invirtió el Distrito Especial en diferentes campos. Un 67,3 % en servicios públicos, un 7,3 % en vivienda y sólo un 4,0 % en asistencia social.

La calamidad más común en Bogotá es la desnutrición, que golpea al 50 % de la población infantil entre los seis y dieciocho meses, y al 16 % de los niños menores de cinco años en diferentes grados de afectación. El 40 % de las muertes de los menores están asociadas con este fenómeno. Otros males comunes son los respiratorios y los de tipo gastrointestinal, que han continuado ocupando los primeros lugares en las estadísticas de las enfermedades más tratadas por los centros asistenciales. Estas mismas estadísticas permiten constatar el aumento de las enfermedades venéreas y de otras de carácter contagioso. En resumen, las dolencias tratadas por la Secretaría de Salud Pública del Distrito en 1977-1979 fueron éstas:

Enfermedades	1977	1979
Diarreas y enteritis	47.217	53.250
Infecciones gonocócicas	4.000	4.449
Sarampión	3.439	1.901
Hepatitis infecciosa	2.383	2.480
Tosferina	2.297	1.794
Sífilis	2.162	2.235
TBC (aparato respiratorio)	2.049	1.694

El sistema de tratamiento a la población que requiere atención médica ha ido paulatinamente privatizándose, situación que se explica en parte por la crisis administrativa y financiera de los centros de salud de carácter estatal, del Seguro Social y de los hospitales de caridad, lo cual hace que la asistencia pública sea deficiente para la mayor parte de la población bogotana. La acción del Estado en los últimos años se ha orientado a la realización de campañas de vacunación masiva con el propósito de erradicar de manera definitiva viejas epidemias como la polio, el sarampión y otras.

Educación

Hoy como ayer el sistema de educación en la capital está a cargo de los sectores público y privado. Cada uno tiene su demanda social, sus propias formas de administración y financiamiento, su autoridad, su organización interna, su pedagogía y su criterio acerca de la función social que se cumple. La educación pública recibe a los niños y jóvenes provenientes de clase media baja y de clase popular. La oferta de cupos educativos depende de la situación fiscal del Estado, de la presión de la población, o de las demandas políticas de la coyuntura. El gobierno dirige, reglamenta, e inspecciona la educación pública, cuya función es apenas capacitar para el desempeño de un oficio o una profesión remunerativos. Más que una educación pública es una educación oficial, y así se la denomina en el argot gubernamental. La educación privada es elitista y conlleva altísimos costos de matrículas y pensiones que la hacen inaccesible para las clases medias bajas y populares. Su cobertura en el nivel primario es pequeña, pues sólo se da en los sectores sociales más acomodados de la ciudad. Funciona en forma completamente independiente del Estado.

En el año 1988, 1.992.000 personas demandaron educación en Bogotá, mientras que los cupos disponibles eran sólo 1.223.000. Aún así, la ciudad tiene la mayor tasa de escolarización respecto al promedio nacional. Existen seis modalidades de bachillerato: académico, pedagógico, industrial, comercial, agropecuario y de promoción social. También funcionan institutos que imparten educación media diversificada como el INEM. En total, Bogotá cuenta hoy con 1.167 planteles públicos de educación primaria y secundaria. En cuanto a centros uni-

versitarios –más de treinta en Bogotá– , se destacan en primer lugar las universidades públicas, y entre ellas la Universidad Nacional de Colombia –fundada en 1867–, que cuenta en la actualidad con 20.000 estudiantes de diferentes regiones del país, además de las universidades Pedagógica –fundada en 1955– y Distrital –fundada en 1950–, esta última sostenida por las rentas locales. Entre las universidades privadas sobresalen los Andes –fundada en 1949–, la Javeriana –fundada en 1933– y el Externado –fundada en 1926–.

Por sectores, la matrícula en Bogotá en cada uno de los niveles educativos es como sigue:

Sector	Público	Privado
En Preescolar:	14.259	51.612
En Primaria:	315.844	51.612
En Secundaria:	165.920	271.375
En Universidad:	42.361	153.062

A excepción del nivel de primaria, en donde el sector público ofrece el 62 % de la matrícula de la ciudad, en los demás niveles es notoria la ventaja de la educación privada sobre la pública.

Administración y finanzas distritales

En 1954 la capital cambió su estatus jurídico de Municipio por el de Distrito Especial. La transformación en metrópoli se cumplió en esa época con la anexión de los municipios vecinos de Bosa, Usme, Soacha, Fontibón, Engativá, Suba y Usaquén, los cuales están hoy integrados a la ciudad como alcaldías menores.

La división administrativa actual consta de veinte alcaldías menores, heterogéneas en su composición, que se distribuyen los 1.300 barrios que componen la ciudad. Dichas instituciones ejercen además funciones jurídicas y policiales y sus funcionarios –alcaldes menores– serán elegidos, según la nueva Constitución, por el pueblo.

En las últimas décadas los municipios de Chía, Cota, Madrid, Guasca, La Calera y Funza, vecinos de Bogotá, han sufrido la influencia metropolitana, especialmente en términos de empleo y en menor

grado en servicios. El 30 % de los jefes de familia de estos municipios se desplazan diariamente a trabajar a Bogotá.

La capital genera el 52 % de los impuestos nacionales. El presupuesto interno del distrito entre los años 1986 y 1989 mostró que sus ingresos fiscales crecieron a una tasa promedio del 13,3 % anual, mientras los gastos lo hicieron al 14,9 %. En términos reales este comportamiento arrojó, en 1991, un déficit aproximado de 250 millones de dólares.

El conjunto de la administración distrital –administración central y empresas de servicios públicos–, ejecutó durante 1991 un presupuesto del orden de los 2.100 millones de dólares, incluido el pago de deuda interna y externa. De este presupuesto le correspondió al sector descentralizado el 85,5 %.

El total de la deuda pública del distrito ascendía al finalizar 1990 a 1.800 millones de dólares, de los cuales el 93 % estaba contratado en monedas diferentes al peso colombiano, deuda vulnerable por tanto en grado sumo a las variaciones en los tipos de cambio.

Las entidades con mayores saldos de deuda vigente –1991–, son las siguientes, en millones de dólares americanos de 1991:

Empresa de Energía Eléctrica de Bogotá	US$ 1.300
Empresa de Acueducto y Alcantarillado	US$ 198
Administración Central	US$ 160
Empresa de Teléfonos de Bogotá	US$ 111

Los principales ingresos tributarios de la administración central capitalina, presupuestados para 1991, en millones de dólares americanos de ese año, eran como sigue:

Industria y Comercio	US$ 73
Consumo de cerveza	US$ 33
Predial	US$ 30
Impuesto a las ventas	US$ 24
Vehículos	US$ 18

Se considera que dentro de pocos años el impuesto al valor añadido (IVA) se habrá convertido en el más importante de los ingresos fiscales de la administración central de Bogotá.

La cultura urbana

La formación de la personalidad urbana de Bogotá ha tomado caracteres de proceso vertiginoso en el siglo XX, especialmente en sus postrimerías. Los asentamientos controlados y las migraciones permanentes han contribuido a una situación *sui generis* de conformación de un tejido social y de consolidación de una cultura urbana, ambas en permanente ambiente de renovación. También los movimientos sociales que han cobrado mayor impulso y dirección en este siglo, como reflejo de la evolución económica de la sociedad y de las influencias extranjeras, han aportado su presencia beligerante a la conformación de una fisonomía urbana cultural definida.

La cultura urbana hasta mediados del siglo XX

Éstos fueron años precedidos de una etapa que se inició con el establecimiento de la República Conservadora en 1886, y que desembocó en la llamada Guerra de los Mil Días. Fue entonces cuando el régimen de la época intentó establecer rígidos principios de control social y moral en Bogotá, que rápidamente mostraron su corto alcance.

Los comienzos del nuevo siglo vinieron acompañados de un período de crecimiento sostenido, hasta la crisis de 1929. En medio de un avance gradual y pausado, la capital se benefició de las exportaciones florecientes, en especial de las de café y se observó en ella el surgimiento de nuevas formas de trabajo y de vida urbana. Aparecieron actividades industriales innovadoras y se diversificó la prestación de servicios. Pujantes, hicieron su entrada en escena una incipiente burguesía, una clase trabajadora y una pequeña clase media, que comenzaron a cambiar la fisonomía social de la ciudad, ya en trance de convertirse en urbe cosmopolita.

Los medios de comunicación por excelencia eran la prensa y las revistas. La tradición decimonónica de los periódicos había comenzado a decaer, aunque varios de ellos como *El Espectador* y *El Tiempo*, ya habían consolidado su presencia, el primero desde fines del siglo XIX, originalmente en Medellín, y el segundo desde 1911 en Bogotá. A partir de los años veinte, la radio, aunque débilmente, comenzó a sonar en Bogotá, y para la época del 9 de abril había adquirido una impor-



Al finalizar el siglo xx, la ciudad en su crecimiento, cubrió parte de la Sabana

tancia tal que los amotinados de ese día tuvieron en la Radio Nacional y en alguna emisora privada sus principales guías.

Fue la época en que el transporte mecanizado evidenció toda clase de progresos, y cuando la ciudad comenzó a vivir en esta materia términos de referencia modernos que tenían que ver con taxis, paradas de autobuses, transporte intermunicipal y tarifas de servicio público, entre otros. Pocos extranjeros formaron parte de la inmigración permanente, casi toda nacional, ya observada en el conjunto del desarrollo histórico capitalino. Más pensiones que hoteles servían a los turistas nacionales, a los vendedores o agentes viajeros y a los parlamentarios

de provincia, que eran los visitantes más asiduos con que contaba Bogotá. El comercio minorista seguía siendo atendido por almacenes tradicionales, que pertenecían a familias raizales o asentadas durante largo tiempo en la ciudad. Los restaurantes abiertos al público brillaban por su ausencia y la vida familiar era el centro de las actividades sociales.

La lenta incorporación del cine como diversión de los bogotanos produjo el desplazamiento de los habitantes a las salas de exhibición, en donde fueron testigos de la irrupción del cine hablado. Las películas de moda ocasionaban comentarios permanentes y hasta discusiones políticas. El culto por la música colombiana fue tomando cuerpo en la medida en que los magnetófonos y las grabaciones nacionales se hicieron populares. No obstante, Bogotá no escapó al tango, música argentina, que había triunfado en Europa a partir de los años veinte.

Con la crisis del treinta la capital experimentó cambios sociales y políticos inéditos. Grandes masas de trabajadores comenzaron a darle una conformación más popular, y propiciaron la creación de sindicatos. Un nuevo partido en el poder, el liberal, más vinculado a las ciudades que el conservador destronado, pudo vincularse más estrechamente a Bogotá. En conclusión, se inició el proceso de lenta modernización de la cultura urbana.

La celebración del Centenario de la Independencia en 1910, fuera de las festividades que originó, dio nacimiento a una generación llamada del Centenario, que marcó con su estilo toda la primera parte del siglo. Los vestidos oscuros, la trascendencia en las opiniones, la rigidez conceptual que caracterizó a los miembros de esta generación, fueron características que se pudieron observar en los bogotanos de la época. La afición por la literatura y la asiduidad a los cafés, como centros de tertulia, fueron comunes a todos los habitantes que participaban en el quehacer intelectual de Bogotá. La desmesurada pasión por la política, distintivo del siglo XIX, seguía latente en los capitalinos, aunque aplacada, quizá, por el recuerdo de tanta conflagración pasada.

El período 1948-1970

El Bogotazo, del 9 de abril de 1948, puso de manifiesto la baja integración de los migrantes rurales a la ciudad, pues la capital vivió una zozobra de gran magnitud gracias en buena medida a los grupos

sociales desarraigados. Sucesivas crisis económicas y políticas sacudieron la vida urbana, en medio de un proceso persistente de modernización que sobrecogía a la ciudad. La radio se impuso como el medio de comunicación de masas por excelencia, acompañada, más tarde, por la televisión. El público fue cada vez más alfabeto, gracias a la ampliación de los programas educativos, pero al arribar la televisión a la ciudad en 1954, su impacto produjo una cultura audiovisual que fue desplazando, en amplios núcleos de población, a la cultura de biblioteca e imprenta.

1948 marcó también el año en que se masificó el deporte-espectáculo en Colombia, y en particular en Bogotá. En ese año nació el fútbol profesional en el país. Dos equipos, Millonarios e Independiente Santafé se han repartido desde entonces el fervor de los fanáticos. El Santafé, fundado en 1941, fue el primer campeón nacional. La llamada época de *El Dorado* la vivió el fútbol colombiano a partir de la contratación masiva de jugadores extranjeros, especialmente argentinos, y tuvo como epicentro a la ciudad de Bogotá, donde los famosos Pedernera, Di Stefano, Rossi y Pontoni, brillaron con luz propia.

El estudiante se convirtió en un personaje notorio y controvertido en la ciudad. La importancia creciente de la enseñanza superior, evidente a partir de hechos como la terminación de la Ciudad Universitaria en 1938, y la apertura de nuevos centros de educación universitaria, permitió que el aumento de la población juvenil pudiera canalizarse hacia los estudios profesionales. La revolución cubana fue el combustible que dio aliento a la politización de la vida estudiantil, que se expresó en incendios de coches, pedreas, manifestaciones permanentes, rechazo a visitantes norteamericanos ilustres, y en el reclutamiento de «cuadros» para los nuevos focos guerrilleros, aunque también en el surgimiento disperso de una conciencia crítica acaso más amplia que la de generaciones anteriores. Un personaje, el padre Camilo Torres, debe ser mencionado porque simbolizó dos características definidas de ese momento. Una, la incursión del clero en actividades políticas de protesta, y otra la participación del estudiante fuera de la universidad en actuaciones contestatarias, pues, el padre Camilo era, antes de morir en la guerrilla, capellán de la Universidad Nacional.

La apertura de las importaciones en los años cincuenta y el incremento de la aviación comercial con la inauguración del aeropuerto de El Dorado en 1955, hicieron que la ciudad recibiera un agregado per-

manente de productos extranjeros que comenzaron a cambiar rápidamente los gustos y aficiones de los habitantes. Los almacenes de productos extranjeros proliferaron y con ellos los anglicismos en las conversaciones, que empezaron a hacerse corrientes, debido a que la influencia norteamericana, la más cercana y obligada, se había presentado como avalancha inesperada en aspectos tan disímiles como los comestibles, los cigarrillos, los cines, las prendas de vestir, la administración de las empresas y la música popular. Con relación a esta última, debe anotarse también que Bogotá vivió intensamente la época del bolero en los años cincuenta, música venida del Caribe que con su letra sentimental marcó todo un suceso y contribuyó en una buena medida a modificar los rígidos esquemas de trato personal, de forma de bailar, de encuentro de la juventud.

Los hoteles le dieron a la ciudad la medida de su nueva perspectiva. El más grande de ellos, el Hotel Tequendama, fue inaugurado en 1953. El incremento de actividades, especialmente las comerciales, hizo que más extranjeros aparecieran en el altiplano. La vida de restaurante para los empleados que laboraban en el centro de la ciudad, y para los turistas, se empezó a imponer como norma permanente.

La presencia de grandes urbanizaciones como la de Ciudad Kennedy, además de ampliar en forma desproporcionada el perímetro urbano, empezó a quitarle unidad y uniformidad a la manera de actuar de los bogotanos. Las ciudades dentro de la ciudad fueron presentándose como núcleos autárquicos, con poca permeabilidad, que dieron origen al cosmopolitismo ya advertido, a partir del cual cambió de manera definitiva la rutina diaria de los habitantes de la ciudad.

El establecimiento a fines de 1966 de la jornada laboral continua en los bancos, no fue más que el reconocimiento de las grandes distancias que tenían que recorrer los bogotanos en su jornada diaria, y la aceptación de que el nuevo uso del tiempo que demandaba el ritmo creciente de la actividad urbana imponía el abandono de costumbres seculares, como la de destinar las horas del mediodía para el almuerzo y la siesta en la casa. El disfrute del ocio y el contenido de las diversiones, se vieron asimismo afectados. Éste fue el período de mayor auge de las salas de cine en la ciudad, el cual sólo se aminoró con la masificación de la televisión y el advenimiento del *betamax* en los ochenta.

Los trajes, por último, tendieron a modernizarse, a abandonar la inpronta tradicional del chaleco y el sombrero en los caballeros y la

formalidad extravagante en las damas. La revolución de los blue-jeans americanos y la invasión de su color índigo fueron sembrando en la capital la semilla de años renovadores en la manera de vestir.

El período 1970-1991

Durante este período la ciudad vivió la entronización del sistema UPAC ya mencionado, que permitió nuevas formas de financiación de vivienda y el surgimiento de numerosas urbanizaciones y conjuntos cerrados en la periferia. La mayoría de los alcaldes de este período no fueron originarios de Bogotá, prueba del proceso cosmopolita de una ciudad que fue sepultando paulatinamente su pasado parroquial. El bogotano tradicional empezó a extinguirse, y se intensificaron comportamientos urbanos neutros y hasta negativos, como la indiferencia ante la necesidad ajena, la agresión y la violencia. Nuevas formas de sociabilidad aparecieron entonces.

La masificación hizo su entrada y los valores individuales que protegían a la sociedad anterior fueron desplazados. Los inmigrantes dejaron de abonar raíces rurales. Nuevos y viejos ciudadanos pudieron cubrirse con una misma capa cultural, fácil de apreciar en las calles, autobuses, estadios y ciclovías.

A finales de los sesenta llegó a Bogotá la moda norteamericana de los *hippies,* y aun cuando no alcanzó a convertirse en un fenómeno cultural de significación entre la juventud capitalina, logró involucrar sin embargo a importantes sectores de jóvenes de todos los estratos sociales. Para mediados de la década siguiente había pasado ya como moda, aunque la afición por el rock en sus diversas modalidades continuó cautivando a esa y a la siguiente generación de la ciudad.

De los inicios de los setenta data también la creciente informalidad en el vestir, que se extendió en la capital como efecto de la incesante ola de inmigrantes, la mayoría de los cuales provenía de zonas y estratos sociales donde los usos y conceptos sobre el vestir diferían notoriamente de los que imperaban secularmente en Bogotá. Más recientemente, en los ochenta, desaparecieron casi del todo los vestidos oscuros, los abrigos de paño, las gabardinas, los zapatones, el sombrero y, entre el pueblo, la ruana de origen precolombino. Igual causa tuvo el debilitamiento del tradicional acento «cachaco» que distinguía a los

bogotanos raizales, para ser reemplazado por un acento y una dicción característicos desde entonces de lo que podría llamarse el acento colombiano. Nuevas formas culturales transmitidas por los medios de comunicación de masas –revistas, radio, cine y televisión–, cambios en la estratificación social dominante en la ciudad y, en general, la entrada de Bogotá en la cultura de la sociedad de consumo contemporánea, incidieron desde luego también en estas transformaciones de la moda y la dicción bogotanas, así como en general en el proceso de desdibujamiento de los símbolos, rasgos de identidad e imaginario colectivo propios de los bogotanos en las décadas anteriores.

Los movimientos estudiantiles de comienzos hasta mediados de los años setenta en Bogotá conmovieron al país y fueron quizás las últimas manifestaciones notables de las tendencias políticas universitarias radicales que se presentaron desde la década de los cincuenta, y correspondieron a un período de agitación internacional en el que la universidad bogotana no estuvo ausente.

Hubo en los años ochenta una modernización negativa en muchos aspectos. Se asistió a la implantación de formas de comportamiento colectivo que eran en realidad opuestos a la modernización ciudadana, como el no cumplimiento de las normas de tránsito ni de las urbanísticas, y la agresividad, la desconfianza y la violencia como elementos de las relaciones humanas cotidianas. Este fenómeno vino acompañado de la instalación de sectores sociales con formas marginales de vida urbana, tales como los gamines, los basuriegos, los pordioseros. Sin embargo, el bogotano comenzó a formalizar una opinión pública independiente que dio al traste con las influencias de los partidos políticos y de las clerecías tradicionales en los distintos comicios electorales de esta década.

Se amplió el horizonte cultural para transformar a la ciudad en un verdadero crisol donde se fundió un nuevo concepto de nacionalidad sin visos de provincialismo y, fundamentalmente, se dieron los primeros pasos en el aprendizaje de la convivencia, tan necesaria en una ciudad que sufrió una transformación demográfica tan acelerada.

Hubo también un aumento gradual de actividades culturales especializadas y surgieron eventos que mostraron a Bogotá como centro irradiador de cultura. Prueba de ello fueron el Festival Internacional de Teatro, el Festival de Cine de Bogotá y la Feria Exposición Internacional, además de numerosos festivales de música, danza y deportes. To-

dos estos esfuerzos de divulgación cultural crearon un cosmopolitismo incipiente de la cultura urbana. Las galerías de arte y las librerías especializadas se multiplicaron de forma notoria.

Tres canales de televisión, las cadenas radiales nacionales de R.C.N. y Caracol y numerosas emisoras, transmiten hoy sus programas desde la capital. Los principales periódicos de distribución nacional, *El Espectador* y *El Tiempo*, han continuado editándose en Bogotá, y su notable influencia forma parte del protagonismo nacional de la capital que atrae a la provincia pero que también suscita resquemores.

Durante los años setenta y ochenta los elementos guerrilleros ejecutaron diversos atentados violentos en la ciudad. Fueron de repercusión internacional las sucesivas acciones emprendidas por el M19, sobre todo las tomas de la embajada de la República Dominicana y del Palacio de Justicia. Según las estadísticas oficiales en este último hecho murieron 94 personas, entre ellos 11 magistrados de la Corte Suprema de Justicia, y también se quemaron importantes archivos judiciales, todo lo cual significó un fuerte golpe a la ya de por sí ineficiente justicia del país. Grupos de narcotraficantes en conflicto con el gobierno hicieron durante 1990 frente común con el terrorismo. En ese año la capital llegó a parecer un campo dinamitado. El asesinato de importantes personajes de la vida nacional, como el director del periódico *El Espectador* Guillermo Cano, en 1986, el de los candidatos de izquierda a la Presidencia de la República, Jaime Pardo Leal y Bernardo Jaramillo, el del jefe guerrillero del M19 Carlos Pizarro Leongómez, y el del candidato presidencial por el Partido Liberal Luis Carlos Galán, en los años 88, 89 y 90, sumieron a la capital en un profundo desasosiego.

La continuidad de la violencia hizo que se desarrollara en la población una cierta inmunidad ciudadana que ya reviste connotaciones dramáticas. La capital, lejos de conmoverse, como sucedió con el asesinato de Gaitán en el año 48, asimiló las desgracias con pasividad. Esta conducta urbana generalizada, de dejar todo tipo de polémica ante las crisis y, si se quiere, de olvidar a una gran velocidad, es una extraña y novedosa condición, que la metrópoli sobreviviente ha aportado a la antigua y sentimental Santafé.

Las nuevas posiciones asumidas por la Iglesia Católica, también representaron un cambio cultural de importancia. Desde la década de los sesenta se efectuó una evolución silenciosa que causó alteraciones en las formas y significación de lo religioso, realidad que empezó a

dejar de ser la principal portadora de normas. Desapareció así paulatinamente una de las bases del control social y moral propios de la tradición, sin que hasta el momento una verdadera moral laica haya entrado a sustituirla. Se diluyo una instancia de mediación y sociabilidad, mientras al mismo tiempo crecieron la violencia y el crimen y múltiples formas de comportamiento antisocial tomaron la ciudad.

Otro cambio cultural destacado fue la revolución educativa. Al finalizar la década de los ochenta, el 94 % de la población bogotana pasaba por la escuela primaria, y el 80 % de los nuevos trabajadores habían pasado por la secundaria. Ha sido un proceso equilibrado: entre los cincuenta y sesenta se amplió el sistema primario, en los setenta el secundario y en los setenta y ochenta el universitario. Esta revolución ha introducido transformaciones profundas en las estructuras sociales.

Los cambios en los patrimonios familiares deben también tenerse en cuenta, pues han producido oscilaciones en las élites, con caídas y ascensos que modificaron parcialmente las jerarquías sociales establecidas. Las fortunas emergentes, aunque poco numerosas, crearon nuevos símbolos de prestigio en la ciudad. Los viejos patricios fueron paulatinamente desplazados de los puestos de representación política y administrativa en la capital.

El debilitamiento de la clase obrera es otro fenómeno clave de la época presente. Hoy son los trabajadores oficiales quienes están a la vanguardia del sindicalismo, y los trabajadores informales, los que más crecen en número. Aunque la prostitución no es una actividad notoria y está muy limitada a un sector del centro de la ciudad, han proliferado de manera exagerada en el último cuarto de siglo las residencias y moteles, frecuentados por parejas de todos los sectores sociales, y que con su peculiar arquitectura contribuyen hoy al proceso de deterioro acelerado que sufren algunos barrios residenciales de la capital.

El fenómeno de la droga, denominador común de la mayor parte de las capitales del mundo, tiene incidencia sobre todo en los estratos económicos bajos. El alcoholismo, por último, aun cuando alcanza niveles de riesgo, no podría ser considerado como una de las aflicciones mayores de la ciudad.

La vida intelectual

Imagen y sonido

Al iniciarse la segunda mitad del siglo xx Bogotá y el país se debatían en la confusión y la violencia. Imperaba una rígida censura de prensa desde el 9 de abril de 1948. La producción literaria y artística se resentía para el hecho público, aunque seguía gestándose en escritorios y talleres. Con todo –y como un respiro para la ciudad– el 15 de septiembre de 1950 salió al aire la emisora H.C.J.K., cuyas audiciones de música clásica han copado desde entonces hasta el 70 % de la programación diaria, y por cuyos micrófonos han dado charlas poetas, escritores, pintores, viajeros, etc. Se amplió así el panorama musical y literario que venía ofreciendo de tiempo atrás la Radiodifusora Nacional de Colombia.

La Television Nacional se inauguró el 13 de junio de 1954, aniversario de la toma del poder por el general Gustavo Rojas Pinilla. Pasaría exactamente un cuarto de siglo antes de que transmitiera en color.

El 20 de febrero de 1958 se inauguró la Biblioteca Luis Ángel Arango, dependiente del Banco de la República. Esta biblioteca incluye sala de conciertos y salas de artes plásticas.

En 1960 empezó a funcionar el Museo Literario de Yerbabuena, del Instituto Caro y Cuervo, en la hacienda cercana a Bogotá que lleva el mismo nombre, y donde se realizan estudios lingüísticos y simposios nacionales e internacionales sobre el idioma y cuestiones literarias.

En los sesenta se trasladaron a su actual edificio del parque Santander las piezas de oro y cerámica que el Banco de la República había venido adquiriendo desde 1938. Fue en 1939 cuando se resolvió no fundir ni una más, sino resguardarlas para la historia, para la cultura y para la belleza. Gracias a ello el Museo del Oro de Bogotá tiene hoy más de 38.000 muestras auríferas de las culturas indígenas precolombinas, amén de gran número de cerámicas.

Otros veinte museos, entre los cuales pueden mencionarse el de Marquéz de San Jorge, dedicado a la arqueología, y el de Desarrollo Urbano que recoge la historia de la ciudad, ambos relativamente recientes, albergan buena parte de la historia tanto bogotana como nacional.

Artes plásticas. Poesía y prosa

Los años cincuenta proyectaron algunas obras de la pintura colombiana al mercado mundial, pero fue en los sesenta cuando se consolidó y tomó nuevo ímpetu esa presencia. Marta Traba, crítica de arte argentina nacionalizada en Colombia, le dio un vuelco al tratamiento teórico del arte. Ejerció una especie de dictadura estética, lo que favoreció la calidad; exigió estudio y trabajo, y valoró económicamente la obra del artista. Después de abandonar el país en los setenta vino a morir en viaje a Colombia en un accidente aéreo en 1986. Otra mujer entusiasta, Gloria Zea, recogió la idea de Marta Traba de fundar el Museo de Arte Moderno e inauguró en 1976 el escenario definitivo del Museo en su sede actual. Se trata, en verdad, de una gran obra cultural.

Dentro de ese movimiento impulsado por Marta Traba han cobrado todo su vigor figuras que entonces empezaron a hacerse conocidas en lo artístico: Alejandro Obregón, Fernando Botero, Enrique Grau, Wiedemann, Ramírez Villamizar y Negret. Pintores y escultores que, con muchos más, trabajan, exponen y mantienen su vinculación permanente con Bogotá, epicentro artístico nacional. La proliferación de Galerías de Arte, 120 actualmente, es una fehaciente comprobación del auge artístico que vive Bogotá.

Si todo aquello ha ocurrido después de los cincuenta en los aspectos tratados, en poesía y en prosa la dinámica no ha sido menor. En poesía, la Casa de Poesía Silva franqueó sus puertas al público en 1986, en el mismo sitio, restaurado, donde vivió el poeta del Nocturno. Permanentemente se dan allí conferencias, recitales y exposiciones.

El movimiento nadaista originado en Medellín, tuvo en Gonzalo Arango, escritor prematuramente desaparecido en 1976, su máximo exponente. Arango vivió la mayor parte de su vida literaria en Bogotá. Deben mencionarse asimismo obras de poesía de Mario Rivero, Germán Espinosa, Fernando Charry Lara y Jorge Zalamea —entre otros— que han aparecido en la segunda mitad del siglo. En prosa, Zalamea dio a conocer *El gran Burundú Burundá ha muerto*, dentro de la literatura política que se desencadenó a partir de 1953, y el largo ensayo *La Poesía ignorada y rescatada*, premio Casa de las Américas —1966—. Pedro Gómez Valderrama publicó *La otra raya del tigre* en 1977, y Próspero Morales Pradilla *Los pecados de Inés de Hinojosa* en 1980.

Queda el punto y aparte que impuso Gabriel García Márquez, nacido en Aracataca en 1928 y anclado luego en Bogotá durante largos

años. En la capital publicó su primer cuento (1947), en *El Espectador*. Aparecieron también aquí sus novelas *La Hojarasca* (1955), *El Coronel no tiene quien le escriba* (1958), y *La Mala Hora* (1961).

Música y teatro

La Orquesta Filarmónica de Bogotá y la Orquesta Sinfónica de Colombia, han alcanzado alto nivel en la segunda mitad del siglo xx. Otros grupos musicales, de cámara especialmente, vienen actuando con éxito en la capital. Los escenarios —como los de otros conciertos nacionales y extranjeros— son el Auditorio León de Greiff de la Ciudad Universitaria, el Teatro Colón, el Teatro Colsubsidio —creación de estos años— y otros particulares que se han sumado al movimiento cultural capitalino.

Vale la pena mencionar el escenario popular de la Media Torta, situado al sur-oriente de la ciudad, en donde gratuitamente se presentan por disposición municipal los principales artistas internacionales que pasan por la capital.

Más recientemente, Bogotá se ha convertido en sede de un importante número de grupos de teatro, algunos de los cuales han logrado construir edificaciones de notable factura arquitectónica. Tal es el caso, principalmente, del Teatro Nacional, construido por iniciativa de la entusiasta actriz argentino-colombiana Fanny Mickey, incansable impulsora del arte escénico.

Infraestructura cultural de Bogotá 1990

Salas de teatro	32
Teatros de marionetas	6
Salas de café-concierto	4
Museos	20
Auditorios	33
Centros de Convenciones	5
Escenarios al aire libre	10
Salones comunales	36
Salas de cine	30
Bibliotecas	58
Salones de danzas	6
Grupos de música, vocal e instrumental	67
Grupos de teatro	86
Grupos de danza	56
Grupos de comparsas	7
Galerías de Arte	120

En las últimas décadas la cultura cotidiana de las mayorías fue progresivamente moldeada por las propuestas y modelos que ofrecían los medios de comunicación masivos, que son los responsables de la homogeneidad cultural actual. Estas mayorías acceden hoy a la cultura a través de la televisión y cada vez menos mediante el libro. En el estudio *La Recreación y el Deporte en Bogotá* se determinó que un cuarenta por ciento de las personas de más de dieciocho años utilizan la mayor parte de su tiempo libre en «ver televisión» en el hogar. El tiempo dedicado a la lectura es de menos de tres horas en promedio a la semana. El deterioro cultural es innegable, aunque se le disfrace de pragmatismo o de modernización.

Al aceptar el análisis de los demógrafos, quienes señalan que las inmigraciones perdieron su alto ritmo y que el crecimiento poblacional de Bogotá se basó –desde la última década– principalmente en el aumento de los nacimientos, se llega a la conclusión de que hay un ciclo que está finalizando. Ya no hay aludes de inmigrantes que deterioren la cultura ciudadana dominante. Ahora, con la estabilidad demográfica, existe un nuevo ciudadano con experiencia urbana desde su nacimiento, socializado en gran parte a través de la televisión, que cada día responde más a la internacionalización de las comunicaciones.

Anexo

Representaciones diplomáticas en Bogotá

La creciente importancia que ha venido cobrando Colombia en el plano internacional se puede medir por el número de representaciones diplomáticas que han acreditado su presencia histórica en el país. Para 1837 existían en Bogotá seis representaciones diplomáticas. Treinta años después, en 1867, ascendían a ocho. Cuando la capital cumplió cuatrocientos años de vida, en 1938, se contabilizaron 29 representaciones extranjeras. En 1956 éstas llegaron a 38, y en 1991 son 55 las misiones diplomáticas y consulares que tienen su sede en Bogotá.

Comportamiento electoral de Bogotá 1946-1990

El comportamiento electoral de Bogotá durante los últimos cuarenta y cinco años ha sido el siguiente:

1946	Potencial electoral	93.777	(Sólo votaban los hombres)
	Total votos	67.874	
	Abstención	25.903	(27,63 %)
	Mayor votación	39.988	(Jorge Eliécer Gaitán-Liberal).
1958	Total votos	303.447	
	Mayor votación	283.144	(Alberto Lleras Camargo-Liberal, candidato del Frente Nacional).
1962	Total votos	208.555	
	Mayor votación	144.443	(Guillermo León Valencia-Conservador, candidato del Frente Nacional).
1966	Total votos	371.690	
	Mayor votación	218.790	(Carlos Lleras Restrepo-Liberal, candidato del Frente Nacional).
1970	Potencial electoral	1.089.839	
	Total votos	564.262	
	Abstención	525.577	(48,22 %)
	Mayor votación	253.562	(Gustavo Rojas Pinilla, candidato de oposición al Frente Nacional).

1974	Potencial electoral	1.178.656	
	Total votos	612.192	
	Abstención	566.464	(48,06 %).
	Mayor votación	394.308	(Alfonso López Michelsen-Liberal).
1978	Potencial electoral	1.710.688	
	Total votos	503.612	
	Abstención	1.207.076	(70,56 %)
	Mayor votación	230.563	(Belisario Betancur-Conservador).
1982	Potencial electoral	2.124.737	
	Total votos	914.292	
	Abstención	1.210.445	(57 %)
	Mayor votación	389.268	(Belisario Betancur-Conservador).
1986	Potencial electoral	2.818.099	
	Total votos	1.135.017	
	Abstención	1.683.082	(60 %)
	Mayor votación	715.032	(Virgilio Barco Vargas-Liberal).
1990	Total votos	1.043.401	
	Mayor votación	494.972	(César Gaviria Trujillo-Liberal).

Respecto a estas cifras, lo más importante de destacar es que la ciudad fue de mayoría política liberal desde 1930 y prácticamente hasta las elecciones de 1970, cuando triunfó el candidato opositor Gustavo Rojas Pinilla. Aunque aún en 1974 el liberalismo arrolló electoralmente en Bogotá con Alfonso López Michelsen, desde 1978 fue notoria la consolidación del llamado «voto de opinión» en la ciudad, franja electoral no comprometida con las lealtades partidistas tradicionales. Gracias a esta franja obtuvo mayoría en Bogotá en ese año y en 1982 el candidato conservador Belisario Betancur, y pudo imponerse en 1988 el también conservador Andrés Pastrana como primer alcalde de elección popular. Asimismo, obtuvieron amplia ventaja en las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente de diciembre de 1990 las listas del movimiento ex guerrillero M-19 y del sector conservador-liberal Movimiento de Salvación Nacional.

Evolución de las normas urbanísticas de Bogotá

1936 Se formuló el Plan Vial. El arquitecto Carlos Bruner proyectó la prolongación del ferrocarril hacia el occidente y promovió la construcción de la Avenida Caracas, la cual reafirmó el desarrollo lineal de la ciudad siguiendo el eje sur-norte.

1944 Apareció el plan Soto-Bateman, en el cual se aplicó por primera vez el concepto de zona de utilidad pública o de interés social. Se hizo la primera zonificación de la ciudad.

1948 Se creó la oficina del Plan Regulador de Bogotá.

1951 Se adoptó el Plan Piloto de Le Corbuiser, mediante el cual se delimitó el perímetro urbano y se dividió la ciudad en zonas: de administración y negocios, el centro; industrial, el centro-occidente; y de comercio.

1954 Creación del Distrito Especial de Bogotá mediante el decreto 3.640 de 1954, con la anexión de los municipios de Bosa, Fontibón, Engativá, Usaquén y Usme.

1957 Con el decreto 1.027 de 1957, se reglamentó la ejecución, reparación, ampliación e higienización de las construcciones económicas en zonas de habitaciones obreras.

1958 Formulación del Plan Vial por el Departamento Administrativo de Planeación Distrital.

1961 Se determinó, mediante el Acuerdo 30, una nueva zonificación de la ciudad para adaptar las normas al crecimiento experimentado en la última década.

1963 Se estableció el procedimiento para realizar programas de habilitación de barrios cuyo desarrollo fuera incompleto.

1967 Con el acuerdo 65 se señalaron nuevas normas y procedimientos para urbanizar.

1968 Con el acuerdo 1.119 se estableció una nueva zonificación de la ciudad, teniendo en cuenta los estratos socio-económicos.

1972 El Acuerdo 21 reglamentó el Plan de Mejoramiento de Áreas urbanas de Desarrollo Incompleto, buscando solucionar el amplísimo crecimiento de los barrios de invasión. Asimismo se creó una comisión de Mejoramiento Urbano para estudiar el establecimiento de medidas de regularización con este tipo de urbanizaciones.

1974 Se creó el Comité Técnico Coordinador de Servicios Públicos para la ampliación de los planes de prestación de servicios básicos.

1979 Con el Acuerdo 7 de zonificación de Forma Urbana se buscó promover el crecimiento dentro del perímetro de servicios. La estructura urbana se concibió conformada por áreas de Multicentros, áreas de centros de municipios anexados, áreas de actividad especializada, áreas de actividad agrícola, áreas de actividad residencial. Asimismo se diseñó una nueva estructura vial, con ejes rápidos y lentos.

Fuente: Luis Carlos Jiménez. El crecimiento de Bogotá, *ob. cit.*, s.p.i.

Capítulo VII

PERSPECTIVAS URBANAS

La con-urbanización

Desde la década de los setenta Colombia inició una fase de crecimiento económico sostenido, que consolidó hasta el presente –1992– la primacía urbana de Bogotá en el contexto nacional, aunque sin llegar a producir hasta ahora el fenómeno de macrocefalia urbana, tan común en otros países latinoamericanos como Brasil, Argentina y México.

Pese a su dinámica económica, el crecimiento demográfico y espacial de Bogotá tiende a aminorarse, pues hoy es ya apenas ligeramente superior al del promedio nacional. Para el año 2005 se anticipa que la ciudad tendrá una población de siete millones de habitantes, evidentemente modesta frente a las capitales de los países ya mencionados, aunque suficiente para que sobrepase la delimitación distrital y el área metropolitana actual –la cual incluye los municipios de la Sabana distantes en promedio treinta kilómetros de la ciudad–, y para que empiece a conformar un área de influencia que rebasará en las primeras décadas del nuevo siglo la Sabana, e integrará municipios de otros pisos térmicos.

Desde el punto de vista de los indicadores económicos actuales, presenciaremos en el próximo decenio un viraje en el equilibrio de la red urbana colombiana, la cual gira hoy no tanto sobre una gran ciudad metropolitana como sobre varias ciudades de tamaño más o menos equiparable, que actúan como otros tantos polos de atracción regional, para entrar a configurar un modelo de crecimiento que

impondrá, de manera definitiva, la primacía urbana de Bogotá en Colombia.

La preponderancia de la capital, de acuerdo con tales tendencias económicas, se verá favorecida por la situación que exhiben hoy las otras grandes ciudades del país. Medellín, por ejemplo, inició la década del noventa inmersa en una profunda crisis social, en buena parte responsable de que esté siendo relevada como el gran centro industrial de Colombia. Barranquilla, por su parte, prosigue su decadencia como gran urbe de la costa norte, y paulatinamente está siendo reemplazada por Cartagena. Cali, pese a su desarrollo agro-industrial, mantiene una primacía de carácter puramente regional. Toda esta recomposición se hará aparentemente en favor de Bogotá.

Así pues, el análisis de las variables económicas de las últimas décadas favorece a Bogotá y permite elaborar un perfil futuro en que la ciudad, y el país, se asemejarán a las características del modelo de la macrocefalia urbana.

Sin embargo, Bogotá muestra una tendencia a la especialización, en el sentido de que cada vez será menos un centro industrial, para intensificar en cambio su papel de gran centro de prestación de servicios especializados, tales como los bancarios, comerciales, de comunicaciones y de transporte internacional. El crecimiento industrial de Colombia será en el futuro inmediato responsabilidad de numerosos centros urbanos, grandes y pequeños, descentralización que se hará en detrimento del perfil industrial de la capital. Por supuesto que esta situación tiene varios efectos en el urbanismo bogotano, pues se intensificará la construcción de centros comerciales y bancarios en detrimento de la poca armonía urbana que todavía se conserva. La ciudad no previó la necesidad de construir zonas de oficinas, y cada vez más va a intensificar su carácter de ciudad, que mezcla viviendas con oficinas de manera indiferenciada.

Existen otros elementos que parecen corroborar tal tendencia. En el estudio del DANE *Cuentas Regionales de Colombia 1980-85*, de manera complementaria con las cifras publicadas por Planeación Nacional para el período 1950-75, las tres regiones más ricas de Colombia —dentro de las cuales se encuentra Bogotá—, tuvieron en 1950 un producto per cápita 5,28 veces mayor que el de las tres regiones más pobres, ventaja que se redujo a 3,5 en 1985. Este resultado es el efecto más notorio de las políticas que desde hace algunos decenios adelanta el

Gobierno Nacional para reorientar regionalmente la inversión pública y privada en Colombia, en procura de una descentralización económica efectiva.

A esta diversificación espacial de lo económico se agrega la descentralización política en que de lleno ha entrado el país desde 1988. Con la elección popular de alcaldes a partir de ese año, y con la nueva Constitución Nacional que empezó a regir en 1991, se introdujeron modificaciones sustanciales en la estructura centralista de decisiones políticas que imperaba en el país. Los gobernadores departamentales son desde 1991 de elección popular, y el Congreso de la República —donde hacen mayoría las regiones distintas de Bogotá— recuperó la capacidad de aprobar o desaprobar el presupuesto nacional, y la oportunidad de vetar a los ministros excesivamente centralistas. Paralelamente, se deberá producir una creciente regionalización en el cobro y gasto de los impuestos fundamentales del país, así como un progresivo traslado de las más importantes rentas nacionales a los departamentos y municipios.

En el presente, varios impuestos cobrados en Bogotá tienen el carácter de nacionales y la ciudad no puede disponer de ellos, lo cual originó que los mandatarios locales hayan iniciado una campaña de descentralización administrativa en favor de la capital.

Las nuevas fuerzas políticas van a moderar sin duda la acción de las variables económicas, por lo que con la paulatina puesta en marcha de la nueva Constitución de 1991, Bogotá deberá incidir en el futuro sobre Colombia más por el peso de la opinión y del prestigio que tradicionalmente la han caracterizado, que por las decisiones económicas o políticas que pueda continuar tomando. Se mantendrá la importancia de la capital como centro cultural por excelencia del país, por ser sede de las más prestigiosas universidades y centros académicos, artísticos e intelectuales de Colombia, así como por los diarios y revistas que edita, las cadenas de radio y televisión que concentra, la pléyade de dirigentes de todo orden que alberga, el decisivo e independiente comportamiento electoral de sus habitantes y, en general, por el protuberante peso de su economía y de su nada despreciable experiencia político administrativa, todo lo cual continuará gravitando como factor vital y en proporciones similares a las de la actualidad.

Tal es el sentido que indican las recientes transformaciones políticas.

La ciudad de fin de siglo

Proyección de la población 1985-2000

Según las proyecciones del Departamento Nacional de Estadística, DANE, Colombia va a crecer de una población de 29.879.331 habitantes en 1985 a 42.556.036 en el año 2005. Para esa fecha, la población de Bogotá va a crecer de 4.225.858 a 7.300.436, equivalentes al 16,4 % y el 17,2 % del total nacional respectivamente. Este pequeño aumento responde a que el crecimiento de Bogotá es ligeramente superior al del promedio nacional.

Población actual y proyectada de Bogotá y total nacional 1985-2005

Año	Bogotá	Total nacional	Bogotá/País %
1985	4.225.858	29.879.331	14,1
1990	4.899.180	32.978.172	14,8
1995	5.627.748	36.181.862	15,6
2000	6.424.666	39.397.193	16,3
2005	7.300.436	42.556.036	17,1

Fuente: DANE. Colombia. Proyecciones de Población 1950-2025. Bogotá, 1986.

Implicaciones de la transición demográfica

En el lapso comprendido entre 1985 y el año 2000 se calcula un crecimiento de 5,8 millones de habitantes para todo el país. Este crecimiento implica una relocalización de la población, de las zonas rurales hacia las cabeceras municipales y de allí a las grandes ciudades, de acuerdo con la tendencia que ha presentado la migración reciente a Bogotá. Según las proyecciones del censo de 1985, la población urbana va a crecer en Colombia del 67,4 % en 1985 al 74,4 % del total nacional para el año 2000.

De otra parte, vistas las proyecciones de población para el período 1950-2025 que realiza el DANE, las tasas de crecimiento poblacional van a aminorarse aun más en Colombia: para el total nacional éstas

pasan de 1,6 % en 1985 a 1,14 % en el año 2000. Por otra parte, la tasa de crecimiento de la zona urbana pasa de 2,5 % en 1985 a 1,68 % en el 2000.

Frente a la desaceleración en los ritmos de crecimiento demográfico, la distribución espacial de la población en el territorio nacional no se verá alterada porque una alta proporción de los colombianos continuará asentándose en un pequeño espacio, –el 7,5 % de la superficie del país que corresponde a Bogotá, Antioquía y Valle–, lo cual permite afirmar que en las próximas décadas vamos a presenciar la consolidación de una red urbana que enlazará a las cordilleras central y oriental, afirmándose en los principales conglomerados urbanos una cantidad cada vez mayor de población.

Para el caso específico de Bogotá, entre 1985 y el año 2000, la población crecerá en 2,4 millones de habitantes, con una paralela desaceleración del ritmo de crecimiento de la población total. Esto es resultado de la reducción de la tasa bruta de natalidad, que pasa del 23 por mil en 1985 al 21 por mil en el 2000, y de un pequeño incremento de la tasa bruta de mortalidad, consecuencia del proceso de envejecimiento de la población. Si a esto se agrega una reducción de la tasa de inmigración neta, la variable que más influirá en el crecimiento de la población de Bogotá será la fecundidad. Esto muestra coherencia con lo señalado anteriormente, cuando se anotaba que la inmigración, selectiva por edad y sexo, estaba formada por un alto volumen de mujeres en edades de alta fecundidad (20 a 34 años).

Bogotá. Indicadores demográficos 1985-2000

Períodos	Masas (por mil)			Esperanza de vida al nacer (años)			Tasa media anual de crecimiento exponencial
	Natalidad bruta	Mortalidad bruta	Migración neta	Hombres	Mujeres	Total	
1985-1990	23,6	5,2	11,0	67,5	71,5	69,0	2,96
1990-1995	22,1	5,3	10,8	71,2	75,4	73,2	2,77
1995-2000	21,3	5,5	10,5	72,3	76,7	74,4	2,65

Fuente: Bogotá. Prioridad Social. Plan de Desarrollo Económico y Social. Tomo I.

De acuerdo con el comportamiento demográfico proyectado, la población de Bogotá alcanzará su tasa de reemplazo alrededor del año 2005, cuando presentará un nivel de fecundidad de 2,23 hijos por mujer y una esperanza de vida femenina de 77,75 años.

En otros términos, se perfila un crecimiento más o menos constante de la población, calculada en unos 120.000 habitantes por año, lo cual va a permitir que la ciudad sea más manejable, como consecuencia de la reducción de la migración y del comportamiento de las estadísticas vitales.

En la composición de la población por edad van a ocurrir varios cambios en Bogotá. Como se observa en el cuadro siguiente, la capital presentará un incremento alto de los grupos mayores de quince años:

Proporción de población en grupos de edades, 1973-2000

Región	1973	1985	1990	1995	2000
Total país					
0-14	45,1	36,7	33,40	34,44	28,13
15-64	52,3	60,4	63,41	65,93	67,88
65 y más	2,6	2,9	3,19	3,63	3,99
Urbano					
0-14	42,4	35,1	32,24	29,68	27,86
15-64	55,0	62,2	64,80	66,96	68,39
65 y más	2,6	2,7	2,96	3,36	3,75
Bogotá D.E.					
0-14	38,43	33,37	31,55	29,18	27,45
15-64	59,12	63,48	64,85	66,72	67,87
65 y más	2,45	3,15	3,60	4,10	4,63

Fuente: Plan de Desarrollo de Bogotá, 1987-1990, Cámara de Comercio de Bogotá.

Distribución espacial de la población 1990-2000

Respecto a la distribución espacial de la población en la ciudad, un tercio de las alcaldías zonales de Bogotá, localizadas en la periferia,

albergan hoy a 4 de cada 10 habitantes, y las proyecciones para el año 2000 prevén que concentrarán a 5 de cada 10.

Se calcula que dos de estas alcaldías, Fontibón y Ciudad Bolívar, van a crecer muy por encima del promedio de la ciudad, un 7,4 % y un 5 % al año respectivamente. Estas zonas, junto con Soacha, son las de mayor proyección de crecimiento hacia el año 2000, forman hoy un gran cinturón periférico, desde el sur-oriente hasta el noroccidente, con un alto porcentaje de necesidades básicas insatisfechas. Ciudad Bolívar, ubicada en el sur-occidente, con un 56,2 % de necesidades por cubrir, y Fontibón, también en el sur-occidente, con un 40,1 %. La alta concentración en los tres sectores creará serios problemas ambientales y sociales, pues se calcula que una tercera parte de la población de la capital va a vivir en ellos en el año 2000.

En gran parte, este crecimiento seguirá siendo responsabilidad de los llamados «urbanizadores piratas», que ofrecen lotes para construir barrios subnormales.

En las últimas décadas el 60 % del crecimiento de la ciudad ha estado a cargo de este tipo de empresarios. Si el sistema de ahorro y vivienda UPAC, creado a comienzos de la década de los setenta, ha cubierto el crecimiento urbano formal, situación que continuará ocurriendo, la gran oferta de vivienda popular seguirá en manos informales, que proseguirá cubriendo una necesidad que el Estado y las empresas formales no va a poder satisfacer. Las clases media y alta continuarán por su parte concentrándose en el norte de la ciudad, y sus nuevos barrios habrán de sobrepasar el actual área del perímetro sanitario con servicios, que llega hoy hasta la calle 190. Desde este límite hasta Chía, hay 4.000 hectáreas urbanizables que, de adecuarse, permitirán una mayor extensión de la ciudad hacia el norte.

En el aspecto laboral se perfila para Bogotá una configuración cada vez más monocéntrica, con ubicación de lugares de trabajo muy concentrada. A pesar de la dispersión periférica, el Centro y Chapinero continuarán albergando una alta tasa de lugares de trabajo, lo cual exigirá recursos adicionales para cubrir las necesidades de transporte.

Hasta el presente las soluciones del transporte han estado basadas en el sistema de autobuses y de automóviles particulares. Por lo pronto, no se prevé que el Estado asuma la construcción de un Metro, por los costos financieros y porque el sistema de autobuses es relativamen-

te eficiente. La ciudad ya creció sin Metro y no se ve que éste sea imprescindible en el futuro.

En contraste con las conclusiones que arrojan todos los estudios realizados, no se han generalizado hasta el momento políticas con incentivos reales para intensificar el uso del suelo urbano. De persistir tal situación la tendencia espacial de Bogotá será la de continuar expandiéndose hacia la Sabana y su periferia, con serias consecuencias en los aspectos ecológicos y de transporte. Tal vez la política de ciudades dentro de la ciudad pueda llegar a modificar de una manera importante tal perspectiva. De otra parte, es fundamental la regularización del río Bogotá, pero, por los elevados costos financieros, no se ve que se pueda realizar a corto plazo. De poder hacerse, se ofrecerían 5.000 hectáreas adicionales al crecimiento neto de la ciudad.

Por último, podemos señalar que en los próximos años Bogotá se va a ver avocada a serios problemas de presupuesto, ya que cada vez es más difícil encontrar un equilibrio entre sus ingresos y egresos fiscales. Los nuevos problemas urbanos requieren mayores ingresos para su solución, y los impuestos recaudados son ya insuficientes. El déficit del presupuesto es hoy una realidad que la administración capitalina no puede seguir eludiendo.

Entre los problemas futuros se destaca también el de la calidad del medio ambiente, cuyo deterioro se está acelerando día a día. Los cerros están sufriendo la voracidad urbanizadora; la Sabana continúa deteriorándose y el río Bogotá requiere recursos gigantescos para su saneamiento, que el Estado no puede proporcionar. Tal situación se agrava a causa de la indisciplina social.

En lo cultural se vive un ciclo bastante interesante. Si en el siglo XIX la mayoría de los habitantes eran bogotanos y muy pocos migrantes, esta relación se invirtió desde fines de ese siglo hasta la década de los ochenta del presente. Tal fenómeno produjo profundas modificaciones en la cultura urbana, en la idiosincrasia, en fin, en la personalidad de la ciudad. Con los cambios demográficos señalados, se vuelve hoy a la relación de principios del siglo XIX, y surge un nuevo bogotano, hijo de migrantes, de manera similar a la situación vivida a principios de la época colonial.

Algo similar va a suceder en lo económico. En el siglo XIX Bogotá fue un gran centro de servicios estatales, culturales y de comercio. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos industrializadores del siglo XX, en las

próximas décadas volverá a ser un gran centro de servicios especializados, donde lo cultural se volverá a destacar. A fines de siglo Bogotá contará con más de 400.000 estudiantes universitarios, y volverá a tomar la característica de ciudad estudiantil que mostró durante la época colonial y comienzos de la República.

APÉNDICES

CUADROS

Cuadro n.º 1. Censo de edificaciones
Santafé 1539-1810

I. Siglo XVI

Obra	Fecha		Fecha		
	Fecha iniciac.	Fecha termin.	Termi. parcial	Destruc. ruina	Fecha reconst.
Convento de San Agustín	1575				
Ermita de Belén	1580				
Ermita de Las Nieves	1581			1596	
Iglesia de Las Nieves	1585				
Iglesia La Concepción	1585				
Capilla de Egipto	1556	1606			
Convento Santo Domingo		1550		1557	
Casa de La Audiencia		1555			
Ermita el Humilladero	1539	1555	1876		
Templo San Francisco		1556			
Ermita La Veracruz	1556	1557			
Hospital de San Pedro		1564			
Ermita Santa Bárbara		1565			
Primera catedral	1553	1565		1565	
Casa del cabildo secular		1575			
Monasterio La Concepción	1583	1595			
Capilla de Las Nieves	1596				

Cuadro n.º 1. Censo de edificaciones
Santafé 1539-1810

II. Siglo XVII

Obra	Fecha		Fecha		
	Fecha iniciac.	Fecha termin.	Termin. parcial	Destruc. ruina	Fecha reconst.
Templo de San Ignacio	1610			1763	
Iglesia El Carmen.	1655				
Ermita de Las Aguas		1600			
Colegio San Bartolomé		1605			
Recoleta San Diego		1606			
Colegio S. Francisco Javier		1607		1621	
Recoleta Dominica (Fucha)	1606	1609			
Capilla de San Diego		1610			
II Convento Santo Domingo	1557	1619			
Templo Santo Domingo	1569	1619		1761	
Monasterio El Carmen	1606	1619		1863	
Capilla de Monserrate		1620		1743	
Casa cabildo eclesiástico		1626			
Casa de la Moneda		1627			
Monasterio de Santa Clara		1629			
Capilla La Veracruz.	1557	1631			
Colegio Santo Tomas de Aquino		1639			
Casa de expósitos y divorciadas		1642			
Iglesia de Las Nieves		1643			
Colegio-Hospicio La Candelaria		1645		1681	
Monasterio de Santa Inés		1645			
Colegio Nuestra Sra. del Rosario		1653			
Capilla La Bordadita		1654			
Capilla de Las Cruces		1655		1827	
Ermita de N.S. de Guadalupe		1656		1743	1760
Noviciado de Las Nieves		1657			
Segunda Catedral	1572	1662	1574	1785	
Carnicería pública (Occidente)		1663			
Convento de Las Aguas		1665			
Ermita de La Peña.		1685			
Capilla San Victorino	1580	1685		1827	
Capilla El Sagrario.	1660	1689			
Capilla de Las Aguas		1690			
Iglesia de la Candelaria		1691			
II Convento de la Candelaria	1684	1691			

Cuadro n.° 2. Relación cronólogica de las principales epidemias en Santafé y la Sabana

Año	Enfermedad	Cobertura
1537	Epidem. de delirio	Sabana de Bogotá y Chocontá. Enfermaron 40.
1556	Viruela	General. Hubo comarcas en que desaparecieron pueblos enteros.
1558	Viruela	General. Principales víctimas: 40.000 indios. Una de las más catastróficas.
1566-69	Viruela	Centro y Oriente (indios).
1572	Viruela	Centro del N.R.G.
1587-90	Viruela	Santafé y la Sabana (murieron 3/4 de los naturales de Santafé).
1618	Epidemia	Tunja-Santafé.
1621	Viruela	Santafé.
1630-33	Tabardillo (tifo-fiebre amarilla)	Sabana de Bogotá. 3/5 partes de la población india muere. 96 blancos-185 clérigos.
1639	Posiblemente tifo «fiebre grave y contagiosa».	
1651	Viruela	La Sabana.
1675	«Achaque contagioso de mal de S. Lázaro». Lo padecen muchas personas con riesgo de inficcionar la ciudad.	
1676	Tabardillo	Tunjuelo (Indios).
1681	Peste	(?)Santafé.
1688	Peste y tifo	En Santafé.
1692	Sarampión	Santafé (40 enfermos, Col. San Bartolome).
1693	Viruela	Santafé.
1701-02	Viruela	General (7.000 muertos).
1729	Sarampión	Todo el reino.
1739	Peste (?)	Santafé. «Se quitaron las monjas de Santa Inés los moños por contagio de peste que luego cesó».
1744	Epidemia	Santafé.
1756-58	Viruela	General (40.000 víctimas).
1759-60	«Peste del Japón»	Santafé. Origen: Quito y Lima.
1774	Sarampión	Bosa.
1782-83	Viruela	General.
1788	Viruela	Santafé (4.000 muertos).
1801	Viruela	Santafé y alrededores.
1802-03	Viruela	Santafé y todo el reino.
1808	«Mal furioso de tos y «Santafé». «Calenturas».	

Cuadro n.° 1. Demografía - Movimiento de población de Bogotá
Año 1905-1989

Años	Número de habitantes	Años	Número de habitantes
1905	100.000	1949	588.601
1912	121.257	1950	620.340
1918	143.994	1951	653.791
1919	150.099	1952	689.045
1920	156.463	1953	726.200
1921	163.097	1954	765.360
1922	170.012	1955	806.640
1923	177.221	1956	850.132
1924	184.735	1957	895.970
1925	192.568	1958	944.290
1926	200.733	1959	995.210
1927	209.244	1960	1.048.870
1928	218.116	1961	1.394.319
1929	227.364	1962	1.488.774
1930	237.004	1963	1.589.628
1931	247.053	1964	1.697.311
1932	257.528	1965	1.812.287
1933	268.447	1966	–
1934	279.829	1967	–
1935	291.694	1968	–
1936	304.062	1969	–
1937	316.954	1970	2.385.529
1938	330.312	1971	2.526.496
1939	348.123	1972	2.676.163
1940	366.895	1973	2.835.041
1941	386.679	1974	3.003.676
1942	407.530	1975	3.182.642
1943	429.505	1978	3.500.000
1944	452.666	1985	4.300.000
1945	477.075	1986	4.215.700
1946	502.800	1987	4.343.100
1947	529.912	1989	4.832.700
1948	558.846		

Fuente: Varios Anuarios Municipales y DANE.

Cuadro n.º 2. Demografía - Movimiento de población. Cifras absolutas y relativas
Año 1919-1975

Año	Matrimonios		Nacimientos		Defunción		Crecimiento vegetativo	
	Total número	Por 1.000 hab.	Total número	Por 1.000 hab.	Total número	Por 1.000 hab.	Total número	Por 1.000 hab.
1919	920	6,1	4.568	30,4	4.582	30,5	14	–
1920	979	6,3	4.694	30,0	4.104	26,2	590	3,8
1921	824	5,1	4.910	30,1	4.024	24,7	886	5,4
1922	885	5,2	5.439	32,0	4.219	24,8	1.229	7,2
1923	1.011	5,7	5.775	32,6	4.299	24,3	1.476	8,3
1924	1.058	5,7	5.919	32,0	4.404	23,8	1.515	8,2
1925	1.166	6,1	6.103	31,7	4.476	23,2	1.627	8,5
1926	1.304	6,5	6.424	32,0	4.966	24,7	1.458	7,3
1927	1.496	7,2	6.708	32,1	4.892	23,4	1.816	8,7
1928	1.627	7,5	7.037	32,3	4.848	22,2	2.189	10,0
1929	1.633	7,2	7.172	31,5	5.043	22,2	2.129	9,4
1930	1.256	5,3	6.927	29,2	4.989	21,1	1.938	8,2
1931	1.287	5,2	7.607	30,8	5.710	23,1	1.897	7,7
1932	1.419	5,5	7.578	29,4	5.591	21,7	1.987	7,7
1933	1.385	5,2	8.747	32,6	6.684	24,9	2.063	7,7
1934	1.746	6,2	8.982	32,1	6.168	22,0	2.814	10,1
1935	1.775	6,1	9.281	31,8	6.441	22,0	2.840	9,7
1936	1.842	6,1	9.883	32,5	7.229	23,8	2.654	8,7
1937	2.361	7,5	10.612	33,5	7.446	23,5	3.166	10,0
1938	2.370	7,2	10.425	31,6	7.422	22,5	3.003	9,1
1939	2.659	7,6	11.380	32,7	7.213	20,7	4.167	12,0
1940	2.582	7,0	12.464	34,0	7.113	19,4	5.351	14,6
1941	2.761	7,1	12.473	32,3	7.936	20,5	4.537	11,7
1942	2.830	6,9	12.817	31,5	8.012	19,7	4.805	11,8
1943	3.183	7,4	13.698	31,9	8.067	18,8	5.631	13,1
1944	3.355	7,4	14.226	31,4	8.610	19,0	5.616	12,4
1945	3.793	8,0	14.235	29,8	8.878	18,6	5.357	11,2
1946	4.339	8,6	16.415	32,7	8.186	16,3	8.229	16,4
1947	4.583	8,7	17.581	33,2	8.136	15,4	9.445	17,8
1948	4.939	8,8	19.774	35,4	8.049	14,4	11.725	21,0
1949	5.315	9,0	22.928	39,0	8.119	13,8	14.809	25,2
1950	5.892	9,5	24.913	40,2	8.074	13,0	16.839	27,1
1951	6.266	9,6	26.967	41,3	8.551	13,1	18.416	28,2
1952	6.430	9,3	30.213	43,9	8.234	12,0	21.979	31,9
1953	7.094	9,8	32.791	45,2	9.112	12,6	23.679	32,6
1954	7.678	10,0	34.441	45,0	8.425	11,0	26.016	34,0
1955	8.040	10,0	38.019	47,1	9.515	11,8	28.504	35,3
1956	8.106	9,5	43.248	50,9	10.048	11,8	33.200	39,1

Año	Matrimonios		Nacimientos		Defunción		Crecimiento vegetativo	
	Total número	Por 1.000 hab.	Total número	Por 1.000 hab.	Total número	Por 1.000 hab.	Total número	Por 1.000 hab.
1957	8.184	9,1	46.874	52,3	10.863	12,1	36.011	40,2
1958	8.232	8,7	47.167	49,9	10.987	11,6	36.180	38,3
1959	9.047	9,1	49.328	49,6	11.494	11,5	37.834	38,0
1960	9.465	9,0	51.422	49,0	12.011	11,5	39.411	37,6
1961	10.965	7,9	58.503	–	12.728	–	–	–
1962	11.524	7,7	61.970	–	13.471	–	–	–
1963	12.228	7,7	64.604	–	13.814	–	–	–
1964	11.952	7,0	64.614	–	14.051	–	–	–
1965	12.407	6,8	64.327	35,3	14.503	8,0	49.824	27,3
1966	12.345	6,4	64.408	33,4	14.271	7,6	50.137	26,0
1967	12.405	6,1	63.593	31,2	14.178	7,0	49.415	24,2
1968	14.179	6,6	60.636	28,1	14.215	6,6	46.421	21,5
1969	13.463	5,9	54.759	24,0	14.582	6,4	40.177	17,6
1970	9.257	3,8	61.512	25,5	15.895	6,6	45.617	18,9
1971	8.336	3,3	57.934	22,7	14.430	5,7	43.500	17,0
1972	–		–		15.126	5,6	–	
1973	12.496	4,4	50.736	17,7	16.457	5,8	34.279	12,0
1974	14.263	4,7	57.104	18,9	17.218	5,7	39.886	13,2
1975	15.386	4,8	66.132	20.8	16.642	5,2		

Fuente: Varios Anuarios Municipales.

Oficios 1806

Censo Indígena

Oficio	N.º	%
Men. 10 años	57	14,5
Jornalero	19	4,8
Leñatero	25	6,4
Albañil	14	3,6
Hilandera	8	2,0
Agregado	5	1,3
Labrador	3	0,8
Otros	42	10,7
Total	393	100,0

Virreynato de Santafé de Bogotá

Padrón general de la población de esta capital según los que se hicieron en el año de 1793

Clases	Matrimonio		Solteros		Viudos		Totales		
	H	M	H	M	H	M	H	M	T
Blancos	754	754	1.667	2.084	70	262	2.491	3.132	5.623
Mestizos	1.044	1.069	2.504	4.617	20	97	3.568	5.783	9.351
Indios	32	31	107	322	0	0	139	353	492
Neg. M. Esc.	50	50	135	350	0	0	185	400	585
Id. Libr.	41	41	100	172	0	0	141	213	354
Total	1.921	1.977	4.513	7.545	90	359	6.524	9.881	16.405
Total de Estado		3.898	12.048			449			
Total general									16.405

* Tomado del «Estado general del virreynato de Santafé de Bogotá» que publicó el Sr. Dr. Joaquín Durán y Díaz, en el año de 1794.

Población económicamente activa
1971-1987

Años	Total
1971	858.660
1972	862.482
1974	1.042.768
1975	1.034.937
1976	1.259.518
1977	1.299.261
1978	1.406.034
1979	1.622.042
1980	1.664.514
1981	–
1982	–
1983	1.768.902
1984	1.847.401
1985	1.780.935
1986	1.902.208
1987	1.943.207

Fuente: Encuestas Nacionales de Hogares Dane. José Fernando López. Características económicas de Bogotá. En: *Vivir en Bogotá*, Foro Nacional, Bogotá, 1990, p. 32.

CRONOLOGÍA

1538 Se hace la primera fundación de Santafé.
1540 Santafé recibe el título de ciudad.
1552 Cristóbal Toro monta la primera tenería de Santafé.
1553 Comienzan las primeras obras en la Catedral y con ello la revitalización de la plaza mayor como centro cívico.
1554 Primer incendio en Santafé. Se quema la casa de los notarios.
1555 Se consagró el primer cementerio público.
1556 Se instala el hospital para pobres y se erige a Santafé en sede de obispado, relevando a Santa Marta.
1564 Santafé es ascendida a arquidiócesis.
1575 Se le concede a la ciudad el título de «muy noble y muy leal ciudad de Santafé».
1605 Se fundan la Universidad de Santo Tomás y el Colegio Máximo de Jesuitas, San Bartolomé.
1642 Se funda la Casa de Beneficencia para expósitos y divorciadas.
1653 Se funda el Colegio de Nuestra Señora del Rosario.
1717 Se crea el virreynato del Nuevo Reino de Granada, con Santafé por sede del gobierno.
1734 Llega la primera tipografía.
1739 Se imprime el primer libro en Santafé.
1770 Se funda el colegio de religiosos La Enseñanza.
1777 Se abre la primera biblioteca pública de la ciudad.
1780 Se abre la primera bótica pública en Santafé.
1783 Se organiza en Santafé, la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.
1785 Un terremoto sacude a Santafé.
1791 Sale el primer número del *Papel Periódico de Santafé de Bogotá.*
1794 En los muros de Santafé aparecen extraños pasquines.

1801 Se funda en Santafé la Sociedad Patriótica de Amigos del País.
1810 El 21 de julio un cabildo abierto forma la Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada.
1813 Nariño derrota las tropas federalistas que intentan tomar a Santafé.
1813 En Santafé se jura la independencia absoluta de Cundinamarca.
1814 Bolívar toma Santafé al mando de las tropas federalistas del gobierno de Tunja.
1816 Las tropas españolas toman Santafé.
1819 Las tropas patriotas, comandadas por Bolívar, retoman Santafé.
1821 El Congreso de Cúcuta erige a Bogotá como la capital de Colombia.
1841 Bancarrota de Judas Tadeo Landínez, primer banquero de la ciudad.
1846 El 17 de marzo se aprueba ley que ordena la construcción del Capitolio Nacional.
1854 El 17 de abril se produce en Bogotá el golpe militar-artesanal del general Melo.
1865 Se recibe en Bogotá el primer telegrama de su historia, enviado desde Cuatro Esquinas, a doce millas de la ciudad.
1870 Se funda el Banco de Bogotá, primer banco privado de la capital.
1872 Se construye el primer tramo de alcantarillado subterráneo en Bogotá.
1881 Se inaugura la primera línea telefónica en Bogotá.
1884 Se inaugura el tranvía –de tracción animal– en Bogotá.
1888 Se inaugura el acueducto de hierro.
1889 Se inaugura el alumbrado termoeléctrico.
1892 Presentación del nuevo cuerpo profesional de policía de Bogotá.
1893 Motín artesanal-liberal en Bogotá que arrasa con la mayoría de las comisarías de la nueva policía capitalina.
1900 Un incendio destruye las Galerías de Arrubla.
1900 Se inaugura en la planta la producción de energía hidroeléctrica para Bogotá.
1905 Bogotá es organizada como Distrito Capital.
1906 Comienza a operar *The Bogota Telephone Company Limited.*
1909 De Distrito Capital la ciudad pasa a ser sólo un municipio. Se crea la Oficina de Higiene Municipal.
1910 El municipio adquiere la empresa del tranvía. El cometa Halley se hace visible en Bogotá.
1918 Se presenta una grave epidemia de gripe en la ciudad.
1919 Se funda la Sociedad de Mejoras Públicas.
1920 A partir de esta década surge el deporte. Existen ya revistas que informan sobre los dictados de la moda parisina. Los barrios obreros son ya 18.
1921 Comienza el uso del cloro para purificar el acueducto.

1922 Se organiza la Dirección de Obras Públicas Municipales.
1923 Se instala la primera estación de telégrafo inalámbrico.
1924 El municipio contrata con la firma norteamericana Gillon & Read, un empréstito por diez millones de pesos, que invierte en la construcción de obras urbanas que contrata con *Ulen Company*.
1927 Se crea la compañía Empresas Unidas de Energía Eléctrica, controlada por el municipio.
1929 Se inaugura el funicular al cerro de Monserrate y surgen las primeras empresas privadas de autobuses. Las primeras ondas de radio llegan a los oídos de los bogotanos.
Se presenta un fuerte movimiento popular de rechazo a la mala administración pública.
1936 Se formula el primer plan vial de la ciudad.
1938 Se inaugura la planta de tratamiento de Vitelma, primer sistema moderno de acueducto de la ciudad.
1940 Se municipaliza el servicio telefónico.
1948 Por iniciativa de Le Corbusier se crea la oficina del plan regulador de la ciudad.
El 9 de abril el centro de la ciudad es saqueado e incendiado por simpatizantes del asesinado líder Jorge E. Gaitán.
1949 Se abre el salón de artistas.
1951 Se adopta el primer plan de desarrollo urbano de la ciudad.
1954 Se organiza a Bogotá como Distrito Especial.
1955 Se funda el Museo de Arte Moderno.
1959 El Consejo Municipal constituye la Empresa de Energía de Bogotá.
1972 Se crea el Instituto de Desarrollo Urbano.
1974 Se termina de construir la Central de Abastos de Bogotá.
1976 Se termina la construcción del primer multicentro comercial de la ciudad, Unicentro.
1978 Se crea el Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
1984 Se da al Servicio la Terminal de Transportes.
1988 Se elige el primer alcalde popular.

1977 [illegible]

1977 [illegible]

1978 El municipio contrata con la firma [illegible]

[illegible] por el municipio.

1928 [illegible]

[illegible]

1936 Se [illegible] el primer [illegible] de la ciudad.

1940 [illegible]

[illegible]

1946 [illegible]

[illegible]

1949 Se abre [illegible]

1951 [illegible]

1954 [illegible]

1955 [illegible]

1956 [illegible]

1962 Se crea el Instituto de [illegible]

1974 [illegible]

1980 [illegible]

1978 [illegible]

1984 [illegible]

1985 [illegible]

BIOGRAFÍAS

Almansa, Rafael. Nació en Bogotá el 5 de agosto de 1843. A los veintitrés años fue ordenado en Pamplona por el obispo Toscano. Célebre por su bondad y espíritu caritativo, era buscado por toda la sociedad bogotana para obtener consejo y bendición. En 1898 es nombrado capellán de días.

Arciniegas, Germán. Nació en Bogotá el 6 de diciembre de 1900. Líder estudiantil en los años veinte, fue uno de los principales polemistas de la Universidad pública colombiana. Escritor, abogado y catedrático de diferentes universidades internacionales. Cursó estudios profesionales en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Es doctor *Honoris Causa* del Mills College, California y de la Universidad de los Andes, Bogotá. Ha ocupado varios cargos públicos entre los que se destaca el Ministerio de Educación en el período 1941-1942. Algunas de sus obras son: *El Estudiante de la mesa redonda, Los alemanes en la Conquista de América, América tierra firme, La leyenda de El Dorado* y *América mágica.*

Ariza, Gonzalo. Nació en Bogotá en 1912. Pintor. Durante los años treinta y cuarenta, trabaja temas sociales, inspirados en el muralismo mexicano. Estudió en el Japón, reflejándose la tradición pictórica de ese país en su trabajo.

Camacho, Nemecio. Nació en Subachoque, Cundinamarca en noviembre de 1869 y murió en Bogotá. En 1888, cursó filosofía y jurisprudencia. En 1895, intervino en la guerra civil al lado de los generales Siervo Sarmiento y Rafael Uribe Uribe. Entre 1905 y 1907 dirigió el Banco Central. Además, fue ministro de Obras Públicas y de Hacienda, senador de la República, miembro de la Cámara de Representantes, colaborador de varios periódicos y revistas y tomó parte en la organización, desarrollo y fomento de muchas empresas. Contribuyó a la modernización de Bogotá al impulsar varias obras como el teatro Olympia y el tranvía.

Camacho Roldán, Salvador. Nació en Bogotá en 1827 y murió en la misma ciudad en 1900. Escritor, político, y empresario. Es considerado el primer gran economista y sociólogo que tuvo el país. Militó en las filas del liberalismo radical y defendió activamente sus ideas en la prensa de la época y en artículos y libros de gran circulación. En 1874 organizó una compañía para construir el ferrocarril entre Bogotá y el río Magdalena –actual ferrocarril de Girardot–, empresa que hizo fracasar la guerra civil de 1876-77. Murió en 1900.

Córdovez Moure, José María. Aunque nació en Popayán en 1835 y murió en Bogotá en 1918, es considerado uno de los más ilustres cronistas con que ha contado Bogotá a raíz de la publicación de sus dos voluminosos tomos de *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, en los que reproduce además el fino humor que ha caracterizado en todas las épocas al clásico «cachaco» bogotano.

Caro Miguel, Antonio. Nació en Bogotá en 1843 y murió en la misma en 1909. Periodista, político y hombre de letras del partido conservador. Es conocido tanto por su obra como filólogo y gramático, como por haber sido uno de los inspiradores –con Rafael Núñez– del movimiento político de la Regeneración, que restauró el poder del partido conservador y de la Iglesia Católica en Colombia. Ocupó la presidencia de la República entre 1892 y 1898. Murió en 1909.

Carrasquilla, Monseñor Rafael María. Nació en 1857 y murió en Bogotá en 1930. Fue rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario durante cuarenta años, desde 1890 hasta su muerte en 1930. Fue ministro de Instrucción Pública de la administración Caro entre 1896 y 1897. Es considerado el gran restaurador de la filosofía tomista en la universidad colombiana, y aunque siempre se mostró severamente dogmático en asuntos religiosos, fue a la vez un espíritu abierto y tolerante.

Castro Silva, Jose Vicente. Eclesiástico. Nació en Bogotá el 1 de marzo de 1885 y murió en esta ciudad el 28 de marzo de 1968. Doctor en derecho y licenciado en filosofía, recibió la ordenación sacerdotal en San Juan de Letrán, Roma, en 1908. Fue secretario del Primer Congreso Eucarístico de 1913, vicerrector del Seminario Conciliar de Bogotá 1913-1917, director y profesor del Colegio Mayor del Rosario, protonotario apostólico desde 1937, y arcediano asignado por la Santa Sede en 1938. Es autor de las siguientes obras: *Nociones del Derecho Canónico, Derecho Eclesiástico; Monseñor Carrasquilla, orador Sagrado* y *Discursos y Ensayos*, entre otras.

De Torres, fray Cristóbal. Nació en Burgos el 27 de diciembre de 1573 y falleció en Santafé el 8 de julio de 1654. Ingresó en la Orden de Predicadores

en 1590. Fue nombrado predicador de Felipe III el 10 de enero de 1617. El 28 de octubre de 1634 es nombrado arzobispo de Santafé. Llegó a esta ciudad en 1635, cuando asumió la dirección del Hospital de San Pedro. En 1650 pensó en fundar un colegio que fuera un seminario de la doctrina de Santo Tomás. El 31 de diciembre de 1651 el rey le dio licencia y las clases comenzaron en 1653.

Espinosa, José María. Nació en 1796 y murió en 1883. Participó en los acontecimientos más importantes de la independencia de la Nueva Granada desde el 20 de julio de 1810. Fue abanderado de las tropas del precursor Antonio Nariño en la campaña del Sur. Sus *Memorias de un Abanderado* constituyen una de las fuentes fundamentales para el conocimiento de la época de la independencia. Pintó un famoso retrato del Libertador, y en sus miniaturas retrató, en general, a sus contemporáneos y la vida santafereña del siglo XIX.

Gaitán, Jorge Eliecer. Nació en Bogotá el 23 de enero de 1898 y murió en la misma ciudad el 9 de abril de 1948. Se tituló de abogado en la Escuela Nacional de Derecho con la Tesis *Ideas socialistas de Colombia*. En julio de 1926 viaja a Roma para especializarse en Derecho Penal en la Real Universidad. En 1933 fundó la unión izquierdista –UNIR–. Fue alcalde de Bogotá desde el 8 de junio de 1936 hasta el 7 de febrero 1937. Su gestión se centra en la municipalización de los servicios públicos y las reformas de los estamentos educativos mediante planes de alfabetización y otros proyectos más. El 9 de abril de 1948 es asesinado en Bogotá.

Hernández de Alba, Guillermo. Nació en Bogotá el 20 de junio de 1906 y murió en esta misma ciudad en 1988. Investigador de la historia cultural colombiana, dejó un sinnúmero de estudios históricos y de compilaciones documentales que son punto de referencia obligado de los historiadores contemporáneos. Algunas de ellas son: *Analectas del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; Archivo epistolar del sabio naturista don José Celestino Mutis;* Bogotá 1948; *Crónica del muy ilustre Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; Santafé de Bogotá,* etc.

Ibáñez, Pedro María. Nació en Bogotá el 20 de noviembre de 1854 y murió en esta ciudad el 21 de diciembre de 1919. Médico de la Universidad Nacional graduado en 1876. En 1879 ocupó el cargo de vacunador oficial y médico cirujano de las fuerzas nacionales que estaban en campaña en Antioquía y en el Tolima. Aficionado a los estudios históricos, dedicó a éstos gran parte de su vida. Miembro de la Academia Colombiana de Historia, dirigió hasta su muerte el *Boletín de Historia y Antigüedades*. Es uno de los principales cronistas de la ciudad de Bogotá, sobre la que publicó

dos libros: *Memoria, para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá*, y *Crónicas de Bogotá y sus inmediaciones.*

Jiménez de Quesada, Gonzalo. Nació en España en 1509 y murió en Mariquita (Colombia) el 16 de febrero de 1579. Obtuvo el título de licenciado en la Universidad de Salamanca y ejerció el oficio de abogado en la Real Audiencia de Granada. A mediados de 1535 se unió a la expedición a Santa Marta de Pedro Fernández de Lugo, en la que fue nombrado teniente de gobernador. El 5 de abril de 1536 salió en busca del rico Perú al mando de una expedición de 600 hombres a pie y 70 a caballo. El 9 de marzo de 1537 encuentra el país indígena de los muiscas, y comienza la conquista de la meseta chibcha. En 1538 en el sitio de Teusaquillo funda a Santafé.

Kopp, Leo S. Nació en Offenbach (Alemania) el 14 de agosto de 1858 y murió en la Esperanza (Cundinamarca) el 4 de septiembre de 1927. En Bogotá formó una sociedad que el 4 de abril de 1889 funda la Cervecería Alemana Bavaria, señalada como el verdadero origen de la industria cervecera colombiana. En 1912 creó el primer barrio obrero de Bogotá, el Unión Obrera, destinado a los obreros de su fábrica.

Lleras Acosta, Federico. Nació en Bogotá el 28 de abril de 1877. Se graduó en medicina en 1899, dedicándose al estudio de la bacteriología. Fue uno de los duros críticos del estado sanitario de Bogotá, por lo cual apoyó la clorización de su acueducto, como medio de higiene y prevención de las epidemias que en las primeras décadas azotaron a Bogotá.

Margallo, Francisco Antonio. Nació el doctor Margallo en Santafé el 28 de enero de 1765 y murió el 23 de mayo de 1837, a la edad de 72 años. Fue ordenado sacerdote en 1818. Famoso en Santafé por sus dotes oratorias, escribió varios papeles titulados: *El Gallo de San Pedro, La Espada de Holofernes, El Perro de Santo Domingo, El Arca Salutífera,* y el folleto *Dirección Cristiana.* Fue redactor de *La Ballena.*

Marroquín, José Manuel. Nació en 1827 en Bogotá y murió en 1908. Literato y político conservador. No hubo en su época empresa literaria en Bogotá en que no colaborara con su prolífica pluma. Entre sus obras literarias destaca la novela *El Moro*, y las estrofas *La Perrilla.* Fue fundador, con Miguel Antonio Caro y José María Vergara y Vergara de la Academia Colombiana. Ocupó la presidencia de la República durante la Guerra de los Mil Días de 1900 a 1904, y durante su gobierno se produjo la separación de Panamá de Colombia.

Mazuera Villegas, Fernando. Nació en Pereira el 20 de agosto de 1906 y murió en París en 1978. Destacado industrial y urbanista, ocupó la alcaldía de

Bogotá en cuatro ocasiones: la primera administración fue desde el 8 de febrero de 1947 al 5 de abril de 1948; la segunda, del 16 de abril de 1948 a junio de 1949; la tercera del 3 de junio de 1957 al 10 de agosto de 1958, y la cuarta del 11 de agosto de 1958 al 14 de octubre del mismo año. De acuerdo con su lema: destruir para construir, se comprometió en diseñar a Bogotá según el modelo contemporáneo de ciudades norteamericanas y europeas. En su última administración impulsó la modificación vial del centro de la ciudad, obra conocida como los puentes de la 26.

Moreno y Escandón, Francisco Antonio. Nació en Mariquita el 25 de octubre de 1736 y murió en Santiago (Chile), el 22 de febrero de 1792 a los 55 años de edad. Estudió en Santafé donde se graduó de abogado y desempeñó varios cargos públicos. Fue nombrado fiscal protector de la Real Audiencia de Santafé. En 1760, Moreno y Escandón redacta un plan de estudios con objeto de organizar la educación en el Nuevo Reino de Granada. En 1771, consigue inaugurar la primera biblioteca pública de Santafé. El 12 de abril de 1780 fue promovido a la Audiencia de Lima y de aquí se le ascendió al cargo de regente de Chile (1798) donde murió.

Mutis, José Celestino. Nació en Cádiz el 6 de abril de 1732 y murió en Santafé el 12 de septiembre de 1808. Llegó a Cartagena en 1760, junto con el virrey don Pedro Mejía de la Cerda. Radicado en Santafé, en 1762 tomó a su cargo la cátedra de matemáticas en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario. Junto con Moreno y Escandón abanderó la iniciativa de reformar el *pensum* de estudios colonial y de crear la universidad pública. En 1783, con el apoyo del virrey Caballero y Gongora, funda la Real Expedición Botánica, institución que laboró especialmente en Santafé y Mariquita.

Nariño, Antonio. Nació en Santafé el 9 de abril de 1765 y murió en Villa de Leyva el 13 de diciembre de 1823. En 1794 fue detenido y procesado por traducir y publicar *Los Derechos del Hombre*. En 1811 comienza a editar el periódico *La Bagatela*, el 19 de septiembre del mismo año ocupa la presidencia de Cundinamarca. Fue precursor de la independencia nacional, por la cual combatió en los campos de batalla y en los espacios políticos.

Nieto Caballero, Agustín. Nació en Bogotá el 17 de agosto de 1889 y murió el 3 de noviembre de 1975. Licenciado en Derecho por la Universidad de París de 1912. Durante cuatro años estudió filosofía, sociología y ciencias de la educación en La Sorbona y en el Colegio de Francia y de Psicología en el Teacher College de Columbia University. En Bogotá fundó en 1913 el Gimnasio Moderno, primer centro educativo que en el país utilizó los métodos pedagógicos de la llamada Escuela Nueva.

Rodríguez Freyle, Juan. Nació en Santafé el 25 de abril de 1566, se ignora la fecha de su muerte. En su juventud fue militar y combatió a los indios pijaos en Neiva. En 1636 comenzó a escribir una crónica sobre la ciudad, que pasó a la historia como *El Carnero*, y que es uno de los principales documentos históricos sobre la vida urbana santafereña en el siglo XVII.

Del Socorro Rodríguez, Manuel. Nació en Sogamo (Cuba) el 3 de abril de 1758 y murió en Santafé de Bogotá el 3 de junio de 1819. Llegó a Santafé en 1790, traído por el virrey Joseph de Ezpeleta, quien lo nombra bibliotecario real. En 1791, funda el *Papel Periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá*, primer periódico del Nuevo Reino, que circuló hasta el año 1797. Creó también la tertulia literaria *Eutropélica*, además de otros periódicos como *El Redactor Americano*, *Últimas Noticias* y *La Constitución Feliz*.

Salmona, Rogelio. Nace en París el 28 de abril de 1929 y crece en el barrio Teusaquillo de Bogotá. Cursa dos años de arquitectura en la Universidad Nacional, hasta que los sucesos del 9 de abril de 1948 lo llevan a Europa. Allí trabaja en el taller del arquitecto y urbanista Le Corbusier durante diez años. Llega a Bogotá en 1957 y en 1959 construye su primer edificio. Un año después realiza el conjunto multifamiliar El Polo en compañía del arquitecto Guillermo Bermúdez. Luego comienza a construir conjuntos multifamiliares en diferentes puntos de la ciudad, entre los que se destaca el conjunto residencial El Parque en el cual incorporó, como factor morfológico dominante las montañas a la silueta de los edificios.

Samper, Miguel. Nació en 1825 y murió en Bogotá en 1889. Empresario, político y escritor liberal. Contribuyó en su labor parlamentaria a la aprobación de las leyes sobre abolición de la esclavitud y sobre separación Estado-Iglesia, así como a la instauración del régimen federalista en el país. Impulsó importantes empresas de progreso para la capital. Entre sus escritos destaca *La Miseria en Bogotá*, publicado en 1867. Fue candidato en 1898 a la presidencia de la República por el Partido Liberal.

Santos, Eduardo. Nació en Bogotá el 28 de agosto de 1888 y murió en esta ciudad el 27 de marzo de 1974. En 1913 adquiere la empresa periodística *El Tiempo* la que dirigió personalmente hasta 1938. En 1922 fue elegido Concejal Municipal de Bogotá. En 1930 desempeñó la Cartera de Relaciones Exteriores. Fue senador electo en 1935. Fue presidente de la República de Colombia en 1938-1942. En esa administración los hechos más notables fueron: fundación del Instituto de Crédito Territorial; del Instituto de Fomento Municipal; del Instituto Geográfico Catastral y Militar.

Sanz de Santamaría, Carlos. Nació en Bogotá el 23 de abril de 1905. Ingeniero civil, egresado de la Universidad Nacional en 1928. Fue alcalde de Bogotá

de 1942-1944; ministro de la Economía Nacional en 1944; ministro de Guerra en 1945 y embajador de Colombia en Washington en 1946. En Bogotá ejecutó las siguientes obras: planta de filtros para el acueducto; terminación de la avenida Caracas hasta la calle 13; ampliación de la carrera 7 entre calles 28 y 30 y la terminación de la plaza de toros Santamaría.

Sanz de Santamaría, Manuela. Nacida en Santafé, se desconocen sus fechas de nacimiento y muerte. A fines del siglo XVIII estableció la academia literaria llamada Sociedad de El Buen Gusto. En ésta se leía literatura universal y la producida por sus miembros, se discutía de política y se homenajeaba a los ilustres visitantes de la ciudad. Muchos de los miembros de esta tertulia como los hermanos Frutos y Joaquín Gutiérrez, Camilo Torres y Francisco José de Caldas, fueron ajusticiados por el general español Pablo Morillo, reconquistador del Nuevo Reino de Granada.

Saquezazipa o Sagipa (1538). Ocupó el zipasgo a la muerte de Tisquesusa, con lo que infringió la tradición que estipulaba que el cargo le correspondía al cacique de Chía. Tras guerrear contra los invasores, Sagipa decidió entregarse e incluso marchó con ellos a someter a los panches. Pero al regreso la gente de Quesada le exigió el tesoro del zipa que murió rebelde. Al no poder responder por este supuesto tesoro, Sagipa fue torturado hasta morir.

Silva, José Asunción. Nació en 1865. Es el más caracterizado poeta colombiano del siglo XIX, aunque incomprendido en su época. Precursor del modernismo, su obra más conocida es el *Nocturno*. Se suicidó a los treinta y un años, en 1896, en Bogotá.

Torres Restrepo, Camilo. Nació en Bogotá el 13 de febrero de 1929 y murió en Santander el 15 de febrero de 1966. Estudió Derecho en la Universidad Nacional. Perteneció a la Orden de los Dominicos. En 1958 presenta su tesis *Una aproximación estadística a la realidad socioeconómica de Bogotá*, trabajo que presenta el drama de las clases populares de Bogotá. En 1959 fue nombrado capellán de la Universidad Nacional, donde creó la Facultad de Sociología. Defensor de la causa social de los estudiantes y de los campesinos publicó el ensayo *La violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas*. Además, fue el gestor de la plataforma del Frente Unido de Movimientos Populares. Se integró a la guerrilla en las montañas de Santander donde murió en combate contra el ejército de Colombia.

Torres Méndez, Ramón. Nació en 1809. Pintor y retratista autodidacta, es autor de cerca de 600 retratos de costumbres y 200 cuadros místicos y otros que constituyen hoy fuente insustituible para observar la vida colombiana

y santafereña del siglo XIX. Fue profesor de dibujo en la Universidad Nacional durante siete años.

Vásquez Ceballos, Gregorio. Nació en Santafé el 9 de mayo de 1638 y muere en 1711. Es quizá el pintor más famoso de Santafé. Fue aprendiz de pintura de Baltasar de Figueroa. Pintó Vásquez muchos cuadros entre los cuales se destacan: *Sansón* (que toma el panal de la boca del león muerto), *El Lavatorio* y *La Cena Eucarística.*

Vargas Vila, José María. Nació en 1860. Fue fundador de la revista *Némesis*, y estuvo vinculado en sus inicios al modernismo, aunque después evolucionó hacia el realismo. Su prolífica obra fue escrita casi toda fuera del país, pero indudablemente está influenciada por la situación social, política y eclesiástica que alcanzó a vivir en Bogotá durante la época de la Regeneración. Entre sus novelas destacan *Flor de Fango* y *Ante los Bárbaros*; murió en 1933.

Zipa. Tenía su asiento en Mueque (hoy Funza). El más antiguo zipa fue Saguanmachica, que comenzó a reinar en 1470. Éste sujetó a los sutagaos y venció en batalla a su jefe Usatama, cerca de Pasca. Saguanmachica, reinó veinte años, le sucedió Nemequene (Hueso de León) (1490) quien continuó la obra de su antecesor y extendió sus dominios hasta morir. Le sucedió su sobrino Tisquesusa (1514), quien no tenía la suficiente preparación como cacique de Chía y su experiencia no bastaba para hacerlo un buen guerrero. A su muerte fue Saquezazipa quien continuó al mando de los ejércitos muiscas.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Para la época colonial se carece de los libros de actas de los cabildos de Santafé, aunque algunas actas se encuentran recogidas parcialmente especialmente en el libro de Enrique Ortega Ricaurte, *Cabildos de Santafé de Bogotá, cabeza del Nuevo Reino de Granada, 1538-1810*, Bogotá. Archivo Nacional, 1957. Este vacío en gran parte es suplido por las recopilaciones documentales hechas por Juan Friede, *Documentos Inéditos para la Historia de Colombia*, en 10 vols., Bogotá, Banco Popular, 1960, y en *Fuentes Documentales para el Estudio del Nuevo Reino de Granada*, 8 vols., Bogotá, Banco Popular, 1976. Del mismo autor se encuentran dos libros de gran utilidad para el estudio de la colonia temprana. Éstos son: *Invasión del País de los Chibchas*, Bogotá. Tercer Mundo, 1965 y *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y Fundación de Bogotá. 1536-1539*, Bogotá. Banco de la República, 1960.

Sobre la sabana de Bogotá se encuentra, para el período prehispánico, el libro de Karl Langebaek, *Mercados, Poblamiento e Integración étnica entre los Muiscas*, Bogotá, Banco de la República, 1987. La agricultura y la tenencia de la tierra han sido estudiadas por Juan Villamarín, en la tesis *Encomenderos and Indians in the Formation of Colonial Society in the Sabana de Bogotá, Colombia, 1537 to 1740*, Ph. D. Tesis, Brandeis University, 1972, y en un artículo titulado «Haciendas en la sabana de Bogotá, Colombia, en la época colonial 1593-1810», en *Haciendas, Plantaciones y Latifundios en América Latina*, México, siglo XXI Ed. 1975. A este tema se le agrega la tesis doctoral de Maurice Brungardt, *Tithe Production and Patterns of Economic Change in Central Colombia, 1764-1833*, Ph. D. Tesis, University of Texas, Austin, 1974.

La relación entre los diferentes grupos étnicos y los conflictos son estudiados por Jaime Jaramillo Uribe, «Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada», en *Ensayos de Historia Social*, Bogotá, Universidad Nacional, 1967.

La arquitectura colonial ha tenido varios estudios a cargo de Carlos Martínez, en los libros *Santafé. Evolución Histórica*, Bogotá, Banco Popular, 1988,

Bogotá Reseñada por Cronistas y Viajeros, Bogotá, Escala, 1978 y *Bogotá, Sinopsis sobre su Evolución Urbana*, Bogotá, Escala, 1976. A estos títulos se le añade el trabajo de Alberto Corradine, *Raíces Hispánicas de la Arquitectura en Colombia*, Bogotá, 1987.

Dos libros de reciente aparición contribuyen a dar nuevas visiones sobre la historia de Bogotá. Desde la historia social, Julián Vargas realizó un gran aporte con el texto *La Sociedad De Santafé Colonial*, Bogotá, Cinep, 1990, y desde el urbanismo, Jacques Aprile-Gniset *La Ciudad Colombiana. Prehispánica de Conquista e Indiana*, Bogotá, Banco Popular, 1991.

La transición sucedida a fines de la Colonia y comienzos de la República ha sido historiada por Renán Silva, *Prensa y Revolución a fines del siglo XVIII*, Bogotá, Banco de la República, 1988, y en *Saber, Cultura y Sociedad en el Nuevo Reino de Granada, siglos XVII y XVIII*, Bogotá, 1984.

A estos textos se le agrega el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, 1791-1797, dirigido por Manuel del Socorro Rodríguez, Edición facsimilar, Bogotá, Banco de la República, 1978.

Los inicios de la república, como el resto del siglo XIX cuentan con numerosas descripciones de viajeros extranjeros, entre los cuales sobresalen John P. Hamilton, William Duane, Charles Cochrane, Gustavo Mollien, Isaac Holton, Ernest Rohtlisberger, entre otros. Estos testigos de los acontecimientos, que privilegiaron el registro de las costumbres y lo cotidiano, son complementados por el cronista decimonónico de la ciudad, José María Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santafé de Bogotá*, Madrid. Aguilar, 1957, además de Pedro María Ibáñez, *Crónicas de Bogotá*, Bogotá, Academia de Historia de Bogotá, 1990, Miguel Samper, *La Miseria en Bogotá*, Bogotá, Universidad Nacional, 1967, Medardo Rivas, *Los trabajadores de Tierra Caliente*, Bogotá, Banco Popular, 1973, y la literatura costumbrista de Eugenio Díaz.

Los aspectos económicos son atendidos por Luis Ospina Vásquez, *Industria y Protección en Colombia*, Bogotá, Oveja Negra, 1975, Frank Safford, *El Ideal de lo Práctico*, Bogotá, Ancora Editores, Salomón Kalmanovitz, *Economía y Nación*, Bogotá, siglo XXI, 1984, José A. Ocampo, *Colombia y la Economía Mundial*, 1830-1910, Bogotá, siglo XXI, 1984, Germán Mejía. «Bogotá. Condiciones de Vida y Dominación a fines del siglo XIX», en *Boletín de Historia*, n.º 5, Universidad Javeriana, Bogotá, 1988.

El siglo XX ha recibido la atención de especialistas de diversas disciplinas. El desarrollo urbano ha sido estudiado por Luis Carlos Jiménez, *El Crecimiento de Bogotá*, Bogotá, copia mimeográfica, 1980, y por Germán Téllez, «La Arquitectura y el Urbanismo en la Época Republicana, 1830-1930», en *Manual de Historia de Colombia*, tomo II, Bogotá, Colcultura, 1978 y «La Arquitectura y el Urbanismo en la Época Actual; 1935-1979», en *Manual de Historia de Colombia*, tomo II, Bogotá, Colcultura, 1980. Sobre la economía se encuentra el trabajo

de Óscar Rodríguez, *Efectos de la Gran Depresión en la Industria Colombiana*, Bogotá, Oveja Negra, 1980, Luis Flórez y César González, *Industria, Región y Urbanización en Colombia*, Bogotá, Oveja Negra, 1983. El desarrollo de los servicios públicos está historiado por Julián Vargas y Fabio Zambrano, «Santafé y Bogotá: Evolución Histórica y Servicios Públicos; 1600-1957», en *Bogotá, 450 años Retos y Realidades*, Bogotá, Foro, 1989.

El bogotazo, 9 de abril de 1948, ha sido motivo de numerosos escritos. Se destaca a Arturo Alape, *El Bogotazo. Memorias del Olvido*, Bogotá, Planeta, 1983 y Jacques Aprile-Gniset, *El Impacto del 9 de abril sobre el Centro de Bogotá*, Bogotá, Centro Gaitán, 1983.

Además de los libros reseñados, sobresale la obra realizada por la Fundación Misión Colombia, *Historia de Bogotá*, en 3 vols., Bogotá, Villegas Ed., 1988 editada con motivo de los 450 años de la fundación de la ciudad, dirigida por el autor de esta obra, y que comprende la historia desde la fundación de la ciudad en 1538 hasta la década de los ochenta del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

PRENSA CONSULTADA:

El Tiempo.
El Nuevo Tiempo.
El Espectador.
El Diario Nacional.
Revista Cromos.
Diario Oficial.
El Símbolo.
Constitucional de Cundinamarca.
Registro Municipal.
El Telegrama.
Correo de la ciudad de Bogotá.
El Agricultor.
Revista Boletín Industrial

LIBROS Y ARTÍCULOS:

Acuerdos expedidos por la Municipalidad de Bogotá: 1860 a 1866, Imprenta de la Luz, Bogotá, 1887.

Alcaldía Mayor de Bogotá, *Bogotá para todos, Plan de desarrollo social y económico,* Bogotá, 1957.

Aprile Gniset, J., *El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá,* Centro Cultural Jorge Eliecer Gaitán, Bogotá, 1983.

Aparicio Pradilla, M. A. *Las desaparecidas costumbres bogotanas,* Tesis. Universidad de la Sabana, Bogotá, 1982.

Bautista, L. M., *Estudios de Urbanismo: planeamiento de la ciudad de Bogotá,* Imprenta Municipal, Bogotá, 1932.
Bogotá, DAPD, *Proyectos de investigación acerca de los problemas económicos y sociales de Bogotá,* Bogotá, 1973.
Bogotá, DAPD, *Relación histórica de los planes de desarrollo urbano para Bogotá, D.E.* Bogotá, 1976.
Brunner, K., «La transformación de Bogotá», en *Registro Municipal.* 1935, tomo V, pp. 142-143.
Brungardt, M. T., *Tithe Production and patterns of economic change in central Colombia, 1764-1833,* Ph. D. Tesis. University of Texas, Austin, 1974.
Brubaker, G., *Santafé de Bogotá: a study of municipal development in eigteenth century spanish América,* Ph. D. Tesis, University of Texas, Austin, 1960.
Bueno, E. y R. Obregón, *Una visión desprevenida sobre el crecimiento de Bogotá 1890-1980,* Fedesarrollo, Bogotá, 1981.
Caballero, J. M., *Diario de la Patria Boba,* Ed. Incunables, Bogotá, 1986.
Calvete Serrano, B. H. y E. Ariza. *Espacio público y vida cotidiana en Santafé de Bogotá,* Tesis, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, 1985.
Cámara de Comercio de Bogotá, *Bogotá. Prioridad Social,* Bogotá, 1990.
Contreras López, L. M. y Vélez Restrepo, M. G. *Historia del Tranvía de Bogotá 1892-1952,* Tesis, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1985.
Cordovez Moure, J. M., *Reminiscencias de Santafé de Bogotá,* Editorial Aguilar, Madrid, 1957.
Cuervo, A. y Rufino J., *Vida de Rufino Cuervo y Noticias de su época,* Bogotá, s.p.i., 1957.
De la Rosa, M., *Las calles de Santafé,* Concejo de Bogotá, Bogotá, 1938.
El incendio del 7 de diciembre de 1889, Imprenta de La Luz, Bogotá, 1889.
Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá, *Historia del agua en Bogotá,* Bogotá, 1968.
Flórez, L. y González C., *Industria, región y urbanización en Colombia,* Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1983.
Fundación Misión Colombia, *Historia de Bogotá,* Villegas Editores, Bogotá, 1988, 3 tomos.
Galindo, A., «El Plan de Bogotá», en *Registro Municipal,* tomo XIII, 1942.
Galindo, Aníbal, *Anuario Estadístico de Colombia,* Imprenta de Medardo Rivas, Bogotá, 1875.
Gómez Restrepo, A., *Bogotá,* Editorial A.B.C., Bogotá, 1938.
González Escobar, Arturo, «Organización jurídico administrativa de la ciudad de Bogotá», en *Bogotá: estructura y principales servicios públicos,* Cámara de Comercio de Bogotá, Bogotá, 1978.

Gutiérrez Girardot, R., «La literatura colombiana en el siglo xx», *en Manual de Historia de Colombia,* Procultura S.A., Bogotá, 1984, pp. 447-536.

Hernández de Alba, G., *Crónica del Colegio del Rosario,* ED. ABC, Bogotá, 1938, 3 tomos.

Hernández de Alba, G., *Documentos para la Historia de la Educación,* Ed. Kelly, Bogotá, 1981.

Hernández de Alba, G., *Memorias del Presbítero José Antonio De Torres y Peña,* Biblioteca de Historia Nacional. vol. XCII, Bogotá, 1957.

Ibáñez, J. M., *Crónicas de Bogotá,* Editorial ABC, Bogotá, 1951, 3 tomos.

Jaramillo Giraldo, G., *La Pintura, la miniatura y el grabado en Colombia,* Colcultura, Bogotá, 1980.

Jaramillo, S. y Clavijo, H., *Apuntes teórico metodológicos para la comprensión de la política sobre la propiedad territorial urbana.* Mecanografiado, Bogotá, 1988.

Jaramillo Uribe, J., «El proceso de la educación del Virreinato a la época contemporánea», en *Manual de Historia de Colombia,* Procultura S.A., Bogotá, 1984, pp. 249-339.

Jaramillo Uribe, J., *Ensayos sobre Historia Social Colombiana,* Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1968.

Jiménez, L. C., *El Crecimiento de Bogotá,* mimeógrafo, 1980.

Liévano Aguirre, I., *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia,* Editorial Tercer Mundo, Bogotá, 1981, 2 vol.

Londoño, P. y Londoño, S. «Vida diaria en las ciudades colombianas», en *Nueva Historia de Colombia,* Editorial Planeta, Bogotá, 1989, tomo 6.

Lucena Salmoral, M., «El indofeudalismo Chibcha, como explicación de la fácil conquista Quesadista», en *Estudios sobre política indigenista española en América,* Seminario de historia de América, Universidad de Valladolid, 1975.

Martínez, C., *Santafé. Evolución histórica,* Banco Popular, Bogotá, 1988.

Martínez, C., *Bogotá reseñada por cronistas y viajeros,* Escala-Fondo Editorial, Bogotá, 1978.

Martínez, C., *Bogotá, Sinopsis sobre su evolución urbana,* Escala-Fondo Editorial, Bogotá, 1976.

Mejía Pavony, G., «Bogotá, condiciones de vida y dominación a finales del siglo xix». en *Boletín de Historia,* enero-dic., 1988. 5 (9-10): 26-40.

Ortega, A., *Arquitectura de Bogotá,* Ed. Minerva, Bogotá, 1924.

Ortega Ricaurte, D., *Cosas de Santafé de Bogotá,* Editorial ABC, Bogotá, 1959.

Ortega Ricaurte, E. y Rueda Briceño, A., *Actas de la Junta Municipal de Propios,* Concejo Municipal de Bogotá, Bogotá, 1957.

Ortega Ricaurte, E. y Rueda Briceño, A., *Cabildos de Santafé de Bogotá,* Empresa Nacional de Publicaciones, Bogotá, 1957.

Papel Periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá, Edición facsimilar, Banco de la República, Bogotá, 1978, 7 tomos.

Pardo Umaña, C., *Historia de la tauromaquia en Santafé y Bogotá,* 1543-1945.

Ríos Peñaloza, G., *Bogotá y la protesta urbana de 1929,* Tesis, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, 1988.

Rivas, R., *Los fundadores de Bogotá,* Imprenta Nacional, Bogotá, 1923.

Rodríguez Freile, J., *El Carnero,* Bedout, Medellín, 1978.

Rubiano, G., «Las artes plásticas en el siglo xx», en *Manual de Historia de Colombia,* Procultura S.A., Bogotá, 1984, pp. 415-444.

Santos, E. y Gutiérrez, E., *Crónica de la Luz,* Empresa de Energía de Bogotá, Bogotá, 1985.

Samper Ortega, D., *Homenaje del Municipio de Bogotá a la ciudad en su IV centenario,* Concejo Municipal, Bogotá, 1938.

Silvestre, F., *Descripción del Reino de Santafé de Bogotá,* Biblioteca popular de cultura Colombiana, Bogotá, 1950.

Téllez, G., «La arquitectura y el urbanismo en la época actual (1935 a 1979)», en *Manual de Historia de Colombia,* Procultura S.A, Bogotá, 1984, pp. 343-412.

Tovar, H., *No hay Caciques ni Señores,* Ed. Sendai, Barcelona, 1988.

Urrutia, M. y Castellanos, L., *Estudio económico social de la población de Bogotá,* Car, Bogotá, 1962.

Vargas, J., *La sociedad de Santafé Colonial,* CINEP, Bogotá, 1990.

Vargas, J. y Zambrano, F. «Santafé y Bogotá: evolución histórica y servicios públicos, 1600-1657», en *Bogotá: Retos y Realidades,* IFEA-FORO, Bogotá, 1988.

Vargas Jurado, J.A., *Tiempos coloniales,* Imprenta Nacional, Bogotá, 1902.

Vergara, E., *Instrucciones de Alcaldes Pedáneos de esta capital,* Bogotá, s.p.i., 1822.

Villamarín, J. A., *Encomenderos and Indians in the formation of colonial society in the Sabana de Bogotá, Colombia, 1537 to 1740,* Ph. D. Tesis Brandeis University, 1972.

Villamarín, J. «Haciendas en la Sabana de Bogotá, Colombia en la época colonial 1593-1810», en *Haciendas, plantaciones y latifundios en América Latina.* Ed. siglo xxi, México, 1975.

Wiesner Rozo, G., *100 años de desarrollo histórico de los precios de la tierra en Bogotá,* Bogotá, 1980.

Yepez, D. y Jairo Arias, *Inmigración a Bogotá (1922-1972).* Mecanografiado, Bogotá, Planeación Distrital, 1977.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.

El libro *Bogotá,* de Fabio Puyo, forma parte de la Colección «Ciudades de Iberoamérica», dirigida por el profesor Manuel Lucena, Catedrático de Historia de América de la Universidad de Alcalá de Henares.

COLECCIÓN CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

- Río de Janeiro.
- Caracas.
- São Paulo.
- Lima.
- Quito.
- Santiago de Chile.
- La Habana.
- Sevilla.
- Bogotá.

En preparación:

- Ciudades precolombinas.
- La fundación de las ciudades hispanoamericanas.
- Barcelona.
- Lisboa.
- Manila.
- México.
- Buenos Aires.
- Madrid.
- Procesos de urbanización y modelos de ocupación del espacio en América del Sur.
- El impacto de la urbanización de los centros históricos de América Latina.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

